

se

REFUGIO

ANN AGUIRRE

Lectulandia

El mundo de Deuce ha cambiado desde que los lectores la conocieron en Enclave. La superficie ya no es segura: los freaks cada vez son más inteligentes. Observan. Planean. ¿Qué destino les espera a Deuce y a los suyos si ya no queda ningún lugar libre de tal amenaza? El deseo de supervivencia constituye la clave y la única esperanza de salir adelante en un mundo cada vez más peligroso e inquietante. Ann Aguirre vuelve sorprendernos con una historia de aventuras, romance y acción concebida originalmente para los jóvenes pero que, a juzgar por la respuesta de los lectores, interesará a personas de todas las edades.

Lectulandia

Ann Aguirre

Refugio

Razorland - 2

ePub r1.0

XcUjDi 05.12.2017

Título original: *Outpost*
Ann Aguirre, 2012
Traducción: Eva González Rosales

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

*Para Jeen, que tiene un cerebro
inquietantemente similar al mío,
y Karen, que siempre
se burla de mí en Twitter.*



Desperté con el frío beso del acero en la garganta. Aunque desde nuestra llegada a Salvación, dos meses antes, me había acostumbrado a dormir sin miedo, no había perdido mi instinto. Antes de que mi asaltante se diera cuenta de que estaba despierta, aparté su cuchillo con un golpe y le hice una llave que lo lanzó por encima de cabeza. Mientras Stalker se recuperaba, me puse en pie y fruncí el ceño. Si lo pillaba en mi habitación, Mamá Oaks nos arrancaría la piel a tiras.

Aquella gente se tomaba el tema de la reputación muy en serio, y la mía ya se había resentido bastante debido a mi insistencia en seguir siendo yo misma.

La sonrisa de Stalker resplandeció bajo la luz de la luna.

—Buen trabajo, paloma.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Era medianoche, pero Stalker disfrutaba poniéndome a prueba.

—Tenemos visita. La campana ha sonado por segunda vez.

Al descubrir que no había venido solamente para poner a prueba mis reflejos, se me pasó el enfado. Nuestra situación no era demasiado buena. Como no encajábamos, teníamos que asegurarnos de no traicionar la hospitalidad de aquella gente desobedeciendo sus reglas, que en su mayoría iban dirigidas a evitar la reproducción no autorizada. No les gustaba que saliera a entrenar con Stalker, y pronto descubrí que, para la gente de Salvación, yo no era una chica normal. Así que entrenábamos en secreto en lugar de hacerlo a la luz del día.

—Vamos a echar un vistazo. Date la vuelta.

Sin hacer ruido me puse mi atuendo de Cazadora y cogí mis armas. No había permitido que nadie las tocara, a pesar de las quejas que tuve que aguantar sobre lo inapropiado que era que una chica las llevara. La mayoría de las protestas eran de las mujeres que pasaban junto a la casa de los Oaks para susurrar su desaprobación ante mis bárbaros modales. Murmuraban que unos salvajes me habían criado en una cueva, pero, como expliqué a Mamá Oaks, yo me había ganado mis cicatrices y mis dagas, y solo podrían quitármelas si me las arrancaban de mis frías manos muertas. Por respeto a la profesora, en el colegio llevaba blusa de manga larga para esconder mi condición de Cazadora.

Stalker salió por la misma ventana por la que había entrado un par de minutos antes. Si no me gustara tanto nuestro entrenamiento habría echado el pestillo, pero, en aquel entonces, nuestros combates eran lo único que me hacía sentir como una cazadora. Le seguí, salté hasta la rama del árbol y después bajé al tranquilo patio.

Era una noche calurosa, y la brillante luz de la luna teñía el suelo de un tono plateado. Sentir las briznas de hierba bajo mis pies era como estar en el paraíso.

Antes, en los túneles, tenía que caminar sobre piedras rotas y duro cemento. Las noches bajo tierra estaban plagadas de ecos, suaves gemidos y sollozos. Pero aquel mundo había desaparecido.

Ahora vivía en Salvación, donde los edificios eran sólidos, blancos y pulcros, y donde los hombres y las mujeres tenían tareas distintas. Yo me resistía a aceptar aquella realidad. En los túneles, mi sexo no tenía importancia. La mayoría de nuestros títulos eran neutros, con la excepción de Cazadora, y habíamos conservado aquel porque, al principio, antes de que nos diéramos cuenta de que las mujeres podían luchar con la misma ferocidad que los hombres, solo estos protegían el enclave. La primera Cazadora lo cambió todo y aquella distinción se había mantenido como reconocimiento a su logro, a diferencia de lo que ocurría con los Constructores o Criadores, que siempre habían aceptado a miembros de los dos sexos.

En Salvación también trataban de un modo distinto a los jóvenes. A los niños no se les permitía luchar, fuera cual fuera la amenaza, pero yo había pasado demasiado tiempo defendiendo el enclave como para sentirme cómoda tumbada en la cama mientras otros luchaban por mí. El pueblo estaba dentro de una muralla de madera con puertas robustas, una pasarela y torres de vigilancia para mantener alejados a los Freaks y proteger a la población. Sin embargo, yo no estaba segura de que pudiera resistir para siempre.

Tanto Stalker como yo habíamos hecho preguntas para descubrir el número de enemigos al que se enfrentaba Salvación, y cómo se las apañaban los centinelas para alejarlos. Pero los que mandaban allí (hombres que ya eran viejos) preferían que la gente joven pasara el tiempo leyendo y sumando números. También tenían clases de Historia e interminables exámenes sobre cosas de las que nadie en su sano juicio te preguntaría jamás.

Me parecía insultante. Si alguien sabía tejer, ¿por qué perder el tiempo enseñándole a hacer pan? Era un desperdicio de esfuerzo, pero en Salvación había reglas para todo. Y romperlas tenía consecuencias, así que había que ir con cuidado.

Stalker y yo atravesamos sigilosamente el oscuro pueblo, evitando a los perros que podrían crear alboroto. Me parecía extraño que la gente tuviera animales para obtener compañía en lugar de comida. Cuando le pregunta a Mamá Oaks cuándo iba a cocinar a la gorda criatura que dormía en una cesta en la cocina, casi se le salieron los ojos de las órbitas. Desde entonces, había mantenido a su mascota alejada de mí, como si sospechara que podría convertirla en un estofado. Era evidente que aún tenía que aprender muchas cosas.

—Los huelo —susurró Stalker entonces.

Levanté la cabeza, olfateé el aire de la noche y asentí. Nadie que se hubiera topado con Freaks (o Mutantes, como los llamaban en la Superficie) podría olvidar el hedor de su carne podrida y sus llagas supurantes. Una vez, hacía mucho tiempo, habían tenido ancestros humanos... o eso contaba las leyendas. Pero algo malo sucedió, y la gente se puso enferma. Muchos de ellos murieron, pero otros cambiaron.

Edmund decía que los muertos habían tenido suerte, pero Mamá Oaks siempre hacía callar a su marido cuando comenzaba a hablar así. No quería que oyéramos ciertas cosas. Su instinto protector me hacía gracia, porque al fin y al cabo yo tenía más experiencia luchando que la mayoría de los guardias del pueblo. Me detuve para escuchar.

Las armas de Salvación no eran silenciosas, así que, si el combate había empezado, escucharía su estruendo. Trepé hasta la torre de vigilancia sur, donde Improbable hacía su guardia. Él no me mandaría a la cama con malas palabras. En las últimas semanas se había mostrado muy paciente con mis preguntas. Otros hombres decían que no era asunto mío y me acusaban de mostrar un comportamiento poco femenino e indecoroso; más de una vez había tenido problemas con Mamá Oaks debido a mis excursiones nocturnas.

Como siempre, Improbable no protestó cuando subí la escala y me uní a él. Desde aquel punto, a la luz del parpadeante farol, vi la tierra que se extendía ante mí. Si seguía adelante podría acceder a la muralla, pero entonces el resto de guardias me gritarían por estorbar. Y, además, como no tenía un arma, de todos modos, no podría disparar a los Freaks. Y encima, Mamá Oaks se enteraría de mi fechoría y me castigaría con tareas extras y un sermón sobre mis nulos esfuerzos por adaptarme.

—Nunca os perdéis un combate —dijo Improbable, amartillando su Vieja Chica.

—No si podemos evitarlo —le respondió Stalker.

—Esto es un rollo... Antes solía ayudar. ¿Cuántos son está noche?

—He contado diez, pero se mantienen fuera de nuestro alcance. Aquella información me hizo estremecer.

—¿Intentan hacer que salgáis?

—No les servirá de nada —me aseguró—. Pueden merodear por ahí fuera tanto como quieran, pero, cuando tengan el hambre suficiente, cargarán, y entonces los abatiremos.

Desearía haber podido confiar tanto como él en la solidez de las murallas. En los túneles teníamos barricadas, por supuesto, pero sabíamos que no se podía confiar exclusivamente en ellas; patrullábamos para mantener limpio nuestro territorio. Me incomodaba pensar que los Freaks podían estar reuniéndose. ¿Quién sabía cuántos había allí fuera? Recordé el destino de Nassau; era el asentamiento más cercano a aquel en el que yo había vivido bajo tierra. Cuando Seda (la jefa de los Cazadores) nos envió a Fade y a mí a investigar, lo que descubrimos fue peor de lo que habíamos imaginado; los Freaks estaban devorando a los muertos después de haber aniquilado a los vivos. Me asustaba imaginar que algo así ocurriera en Salvación, donde los ciudadanos no eran tan duros. Tenían más guardias, por supuesto, pero no todos cazaban, como hacíamos los de allí abajo. En Salvación vivían más ciudadanos, de modo que podían repartir el trabajo. Del otro lado de la muralla llegó el lejano ladrido del arma de alguien, y entonces la campana sonó. Solo una vez, lo que significaba una muerte. Dos campanas indicaban alerta. Yo nunca había oído más de dos, así que

no sabía si había otras señales.

—¿Cuántas señales hay? —le pregunte a Improbable.

—Unas doce —respondió, levantando el arma—. Se basan en un antiguo lenguaje militar que usaba puntos y rayas.

Aquello no me aclaraba nada, pero, antes de que pudiera preguntar más, vi movimiento en el perímetro. Dos Freaks corrían hacia la muralla; Improbable apuntó con su con su Vieja Chica y derribó al primero. No me parecía justo, porque, las criaturas no tenían armas de alcance, pero la mayoría de los ciudadanos no estaban entrenados para pelear cuerpo a cuerpo. Cualquier brecha en la seguridad sería desastrosa. Mientras miraba, el Freak superviviente se arrodillo junto a su amigo caído y después gritó como si fuéramos nosotros los monstruos. El sonido resonó entre los árboles, lleno de dolor y desprecio. Miré a Improbable, que estaba esperando para disparar. Aquella cosa no corrió, aunque debería haberlo hecho. Sus ojos brillaron a la luz de las lámparas mostrando locura y ansia, pero aquella noche vi algo más. O creí verlo.

Es una sombra. Mis ojos me han jugado una mala pasada.

—A veces parece que tienen cerebro en sus podridas cabezas —dijo Improbable, como para sí mismo.

Entonces disparó por segunda vez y el otro murió junto al primero. A continuación, hizo sonar la campana una vez, se detuvo, y la tocó una vez más, reportando sus bajas. Los habitantes aprendieron a dormir a pesar del alboroto. Aquella información era para los guardias, para que todos supieran cuántos cadáveres había en los alrededores del refugio.

Por la mañana, enviarían a un grupo armado que alejara los cuerpos lo suficiente para que los Freaks pudieran alimentarse de ellos sin que la buena gente de Salvación tuviera que verlo. Era una sana costumbre; por suerte, en el refugio la gente era consciente de la vital importancia de la higiene.

Pero aquello era lo único que Salvación tenía en común con Escuela, el enclave en el que me había criado. Allí arriba, dentro de las murallas, mis cuchillos no servían para nada. Y odiaba sentirme inútil. Stalker no llevaba mejor estar apartado de la acción. Había tenido razón al decir, meses antes:

—Tú eres como yo.

—¿Te refieres a que soy una Cazadora? —le había respondido.

—Sí. Eres fuerte.

Aquello era cierto... pero allí la fuerza física no importaba. Y tampoco el entrenamiento. Querían que aprendiéramos nuevos roles y que olvidáramos que en el pasado habíamos vivido de un modo distinto. Para mí era duro, porque me encantaba ser Cazadora. Pero en Salvación no existía tal opción para las chicas; ni siquiera podía llevar mi propia ropa.

* * *

Escuchamos los disparos durante un rato, hasta que la campana dejó de tañer por los muertos. Los ruidos nocturnos regresaron gradualmente... Ese era otro modo de saber cuándo se habían retirado los Freaks. Cuando todos los animales se quedaban quietos y en silencio, el ataque era inminente. En ese momento, el peculiar canto de un pájaro cuyo nombre no conocía rompió el silencio.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Improbable.

Siempre tenía mucha paciencia con mis preguntas, y aquella vez no fue diferente.

—Una chotacabras. Vienen a pasar el verano antes de dirigirse al sur de nuevo.

No era la primera vez que envidiaba la libertad de los pájaros.

—Gracias. Nos iremos de aquí antes de que alguien nos pille.

—Os lo agradezco.

Improbable mantuvo los ojos fijos en los árboles.

Stalker bajó la escala con la misma elegancia que lo convertía en un luchador espectacular a corta distancia. Aprovechábamos cualquier oportunidad para mantener nuestras habilidades a punto porque, en nuestro interior, no creíamos que las armas de fuego fueran a durar para siempre. La vida en los túneles me había enseñado a no creer en nada más que en mis propias habilidades; Stalker, al haberse criado con las bandas de la Superficie, había adquirido una filosofía similar.

Stalker vivía en una casa de acogida distinta. Le habían asignado un lugar donde pudiera hacer algo útil (estaban enseñándole el oficio del herrero), y él decía que no le importaba aprender a fabricar armas y munición. Tegan estaba en casa del doctor Tuttle y su esposa; había luchado contra la infección durante un largo mes. Yo me había quedado a su lado tanto tiempo como había podido, pero después de los primeros días me obligaron a ir al colegio. Tegan había empezado a ir a clase hacía tres semanas. Por las tardes ayudaba al médico con sus pacientes, limpiaba su instrumental y normalmente era útil. En cuanto a Fade, se había instalado con el señor Jensen, el hombre que se ocupaba del establo, y allí cuidaba de criaturas como las que tiraban del carro de Improbable.

De todos nosotros, solo yo permanecía con Edmund y Mamá Oaks. Ella me mantenía ocupada cosiendo, aunque no se me daba muy bien y me molestaba que me endilgaran trabajos de Constructor. Estaban malgastando mi potencial. No veía a mis viejos amigos tanto como antes, y eso tampoco me gustaba. A veces echaba de menos la casa junto al río, donde nadie nos decía lo que teníamos que hacer.

Aquellos pensamientos me acompañaron durante nuestro silencioso regreso. Stalker y yo no volvimos a nuestras respectivas habitaciones. Como teníamos prohibido salir al campo, habíamos encontrado un lugar secreto en el interior de Salvación: una casa a medio construir en la zona norte del pueblo. Tenía tejado, pero el interior no estaba terminado y la segunda planta no era nada más que vigas y listones.

Alguna pareja joven había planeado vivir allí después de casarse, pero la chica enfermó y murió. El chico quedó sumido en el dolor. Mamá Oaks me había contado

que salió al exterior casi sin armas. *Era como si estuviera pidiéndoles que lo mataran*, me había dicho, agitando la cabeza con incredulidad. *Pero creo que el amor puede hacer cosas extrañas con una persona*. Si te debilitaba tanto que no podías seguir viviendo sin él, el amor era algo horrible. Sin embargo, su desgracia nos había proporcionado a Stalker a Stalker y a mí el lugar perfecto donde escondernos para charlar... y para entrenar.

—Creo que no encajamos aquí —me dijo, cuando nos acomodamos entre las sombras.

Yo tampoco lo creía. Al menos, no en los papeles que pretendían que asumiéramos. No podían aceptar que no fuéramos unos niños tontos que tenían que ser supervisados. Habían visto y sobrevivido a cosas que aquella gente no podía imaginar. Aunque odiaba juzgar a las personas que habían tenido la amabilidad de acogernos, en algunos aspectos eran demasiado cerrados de mente.

—Lo sé —respondí en voz baja.

La gente decía que aquel lugar estaba encantado; por eso no había continuado nadie la construcción. Yo no supe qué significaba eso hasta que Improbable me lo explico. Aquello de los fantasmas era extraño; que una parte de una persona pudiera vivir fuera de su cuerpo me parecía imposible, pero a veces yo misma me había sentido como si tuviera el espíritu de Seda dentro de mi cabeza. Le había preguntado a Improbable si la gente podía vivir en un lugar encantado, pero él respondió: *Ni siquiera estoy seguro de que esos lugares existan, Deuce. Si quieres respuesta esotéricas, le estás preguntando al hombre equivocado*. Como tampoco sabía lo que significaba «esotéricas», dejé el tema. En la Superficie tenían montones de palabras y conceptos extraños; yo intentaba asimilarlos tan rápido como podía, pero tantas novedades me hacían sentirme pequeña y estúpida.

Trataba de esconder mi ignorancia lo mejor que podía.

—Podríamos marcharnos —dijo Stalker.

Miré mis dedos en la oscuridad como si pudiera ver las diminutas marcas de la aguja que no estaba acostumbrada a enhebrar.

—¿Y a dónde iríamos?

Casi morimos durante el viaje que emprendimos desde las ruinas, y éramos cuatro. Tegan no abandonaría Salvación, y tampoco estaba segura de que Fade quisiera hacerlo. Por lo que sabía, era feliz trabajando con los animales. No habíamos intercambiado más de un puñado de palabras en varias semanas... y esa era otra de las razones de mi secreta infelicidad. A veces había intentado acortar la distancia entre nosotros, pero Fade me evitaba en el colegio y su padre de acogida era un hombre brusco e impaciente que me echaba del establo siempre que lo visitaba. *Vete*, me solía decir el señor Jensen. *El chico no tiene tiempo para darle a la sin hueso*.

—Hay otros asentamientos.

Él había pasado junto a las mismas ruinas que yo, mientras nos dirigíamos al norte. La mayor parte de los pueblos y ciudades estaban que infestados de Freaks. El

primer humano al que vimos en todos aquellos meses fue Improbable. Aunque no nos gustara aquella comunidad, lo más sensato era que nos quedáramos en ella hasta que fuéramos lo suficiente mayores como para tener algún peso en la toma de decisiones. Desafortunadamente, para eso quedaba mucho tiempo. Para mí era especialmente frustrante, porque yo ya no era una niña: había pasado la prueba de madurez y me sentía como una adulta. Las cosas a las que había sobrevivido me habían ido alejando de la infancia y, a pesar de mi edad, tenía mucha experiencia que ofrecer.

—Ya es suficiente.

Stalker se puso en pie y asumió una postura de combate.

Y aquello era lo que me motivaba a reunirme con él en secreto. Stalker lo comprendía, y estaba decidido a no dejar que olvidara quien era. Mamá Oaks había sugerido que olvidara mi antigua vida e intentara convertirme en una niña normal. Durante la primera semana en su casa me explicó el comportamiento que se esperaba de las mujeres en Salvación. Me hizo blusas de manga larga para esconder mis cicatrices, y recogió mi cabello en una trenza. Odiaba aquella ropa, pero al menos el peinado era bueno para luchar.

Stalker me atacó, y yo lo bloqueé. Aunque estábamos a oscuras, cuando mi puño golpeó su torso supe que estaba sonriendo. A veces se dejaba golpear un par de veces, al principio, aunque nunca lo habría admitido. Giramos y luchamos hasta que me quedé sin respiración, con varios moratones nuevos. Me alegraba que mi madre de acogida fuera tan recatada en temas de vestir, porque así podría ocultar las marcas de mi entrenamiento nocturno.

—¿Estás bien, paloma?

No lo estaba, añoraba a Fade, odiaba las clases y echaba de menos que me valoraran por mi destreza. Intentando consolarme, Stalker me levantó la barbilla e intentó besarme. Me aparté con un suspiro exasperado. Aunque a mí lo único que me interesaba era el entrenamiento, él seguía esperando que algún día cambiara de idea. Yo no creía que eso fuera a ocurrir. Si Stalker quería que procreara con él, haría bien en prepararse para una pelea que terminaría con mis dagas en sus entrañas.

—Te veré en el colegio —murmuré.

Después de asegurarme de que era seguro, abandoné la pequeña casa y me dirigí al hogar de los Oaks. Volver a mi habitación era más difícil que salir. Tenía que trepar por el árbol, avanzar sobre la rama, y después saltar hasta mi ventana. No era mucha distancia, pero si aterrizaba mal me caería, y no sería fácil de explicar. Lo conseguí sin despertar a la familia. Una vez, al volver, Mamá Oaks apareció en mi habitación preguntando la razón de tanto estrépito. Le dije que había tenido una pesadilla y ella me abrazó contra sus abundantes pechos para consolarme. Eso siempre me hacía sentir incómoda e insegura.

Aquella noche me quedé despierta durante mucho rato, recordando el pasado y la gente a la que nunca volvería a ver. Stone y Thimble, mis dos amigos de la infancia que habían creído la acusación que se había vertido contra mí, que me habían creído

capaz de apropiarme de algo indebidamente. Eso aún me dolía. Echaba de menos a mucha gente: a Seda, a la mano derecha del Anciano, Torzal y a la pequeña Niña²⁶, que me miraba con admiración. En un sueño febril, Seda me había dicho que el enclave ya no existía; no sabía si podía creerlo, pero no tenía modo de confirmarlo. Cuando abandoné mi hogar, perdí casi todos los que me importaban. Ahora me sentía como si también hubiera perdido a Fade. Cuando Improbable mató a su compañero, el Freak superviviente había gritado, y esa protesta hizo que me preguntara si los monstruos sentían, como nosotros, si podían echar de menos a aquellos a los que perdían. Luchando contra aquella incómoda posibilidad, me sumergí en un sueño intranquilo.

La pesadilla comenzó.

* * *

Cuando giramos por última vez la piel se me erizó por el olor. Me había acostumbrado hacía mucho a la oscuridad y al frío, pero el hedor era nuevo. Era como el de los Freaks que nos habían rodeado en el vagón, pero un centenar de veces peor. Fade me detuvo poniéndome la mano sobre el brazo. Leí en sus gestos que quería que nos mantuviéramos cerca del muro y que nos aproximáramos muy lentamente. No discutí.

Primero atravesamos la barricada. No había guardia apostado. En el interior del asentamiento, los Freaks merodeaban arrastrando los pies. Estaban gordos, en comparación con los que nos habíamos encontrado por el camino. El horror me inundó. Por un momento no pude asimilarlo: el silencio de los cadáveres me ahogaba cada pensamiento. No había nadie allí a quien salvar, y nuestros ancianos habían asesinado al único superviviente de Nassau. El siguiente enclave con el que podíamos comerciar estaba a cuatro días de viaje en la dirección contraria. Fade me puso la mano sobre el brazo e inclinó la cabeza en dirección al punto por donde habíamos entrado. Sí, era el momento de irnos. No podíamos hacer nada allí excepto morir.

Aunque estaba cansada, el miedo dio fuerza a mis músculos. Tan pronto como alcanzamos una distancia prudente, comencé a correr. Mis pies golpeaban el suelo con fuerza. Correría hasta que enterrara el horror. Nassau no estaba preparada; jamás pensaron que los Freaks fueran una amenaza a gran escala. Intenté no imaginar el miedo de sus niños, o el modo en el que sus criadores debieron de haber gritado. Sus cazadores habían fracasado.

Nosotros no lo haríamos. No podíamos hacerlo. Teníamos que volver a casa y advertir a los ancianos.

Mis pies se movieron, pero iba a ninguna parte. Corría mientras la tierra se abría, me atrapaba. Abrí la boca para gritar, pero no emití ningún sonido. Entonces la oscuridad me arrastró. Todo cambió.

El enclave se extendía ante mí, lleno de una multitud que me odiaba, que me

rechazaba con gestos desagradables.

Me escupieron cuando atravesé el laberinto hasta las barricadas. Levanté la barbilla y fingí que no los veía. Fade se reunió allí conmigo. Nos mantuvimos en silencio mientras examinaba nuestras cosas. Una Cazadora me tiró la bolsa a la cabeza, y la cogí. Apenas me atreví a respirar cuando se acercó a mí.

—Me das asco —me dijo.

No dije nada. Como tantas veces antes. Fade y yo cruzamos la barricada y dejamos el enclave atrás. Pero aquella vez no habíamos salido de patrulla. No nos esperaba la seguridad del regreso a casa. Sin pensarlo, comencé a correr. Corrí hasta que el dolor en mi costado se igualó con el que sentía en mi corazón. Al final, Fade me agarró desde atrás y me sacudió.

—Si sigues así no vamos a conseguirlo.

La escena cambió. El dolor y la vergüenza se convirtieron en terror. No tenía más opción que abandonar el lugar. Lo desconocido me engulliría.

Pronto las sombras nos devoraron. Solo podía ver la vaga silueta de Fade a mi lado.

—Yo subiré primero.

No discutí, pero tampoco pensaba dejar que se alejara demasiado de mí. Tan pronto como comenzó a subir, yo también lo hice. El metal estaba resbaladizo bajo mis palmas; varias veces estuve a punto de perder el equilibrio y caer. Apesadumbrada, continué subiendo.

—¿Ves algo?

—Ya casi estamos.

Lo escuché tanteando a su alrededor, y después resonó el arañazo del metal sobre la piedra. Se metió por lo que parecía un pequeño agujero. Una luz difusa manaba de él, una luz con un tono como jamás había visto. Era dulcemente plateado y frío, como un vaso de agua. Terminé de subir con la ayuda de Fade y vi el mundo de la Superficie por primera vez.

Me quedé sin aliento. Giré en un lento círculo, temblando ante el tamaño de todo. Eché la cabeza hacia atrás y vi sobre ella un amplio campo negro salpicado de cositas brillantes. Quise agacharme y cubrirme la cabeza. Había demasiado espacio y me sentía abrumada y horrorizada.

—Tranquila —me dijo Fade—. Mira al suelo. Confía en mí.

* * *

La mañana llegó tras una noche de sueños devastadores, la mayoría de ellos basados en hechos reales, que me dejaron con un horrible dolor de cabeza. Aun temblando me incorporé y me froté los ojos. Todo tenía un precio. Y aquel era el mío. Durante mis horas de vigilia mantenía el control y estaba tranquila, pero durante las noches mis miedos reptaban en silencio para acosar mis sueños. A veces, mi pasado era como

una pesada cadena alrededor del cuello, pero una Cazadora no debía dejar que eso la detuviera.

Exhausta, salí de la cama, me lavé con agua fría y me preparé para ir al colegio. Con la cabeza gacha, pensé que era una pérdida de tiempo.

¿Qué necesitaba aprender que no supiera ya? Pero no iba a convencer a nadie. Al parecer, según las normas, tenía que asistir al colegio hasta que tuviera dieciséis años, edad en la que podría abandonarlo.

Entonces si Mamá robles no se oponía, podría empezar a trabajar con ella a jornada completa, cosiendo ropa.

A veces preferiría haber seguido bajo tierra.

El colegio era del tamaño de una casa grande, y el interior estaba dividido en clases en las que nos repartían por edades. Coloridos dibujos decoraban la mayor parte de las paredes, excepto la que ocupaba la pizarra. Era suave, pero estaba dura como una roca, y la señora James, la profesora, usaba palos blancos para escribir en ella. A veces los demás garabateaban en ella mensajes estúpidos, a menudo sobre Stalker o sobre mí.

La señora James se movía entre nosotros, supervisando nuestro trabajo. Odiaba aquello porque estaba sentada con niños que eran más pequeños que yo. Cogía el lápiz de un modo extraño; escribir no era tan fácil como usar mis dagas. Los niños se reían de mí tapándose la boca con la mano, con los ojos divertidos e inocentes. Ni siquiera podía odiarlos por su ignorancia.

Ellos solo conocían la seguridad y la comodidad. Aquellos niños eran engréidos y estaban seguros de sí mismos, seguros de su lugar en el mundo. En algunos aspectos, los envidiaba. Ellos nunca tenían pesadillas y, si las tenían, no eran sobre cosas reales. La mayoría nunca había visto a un monstruo, ni había matado a ninguno. Nunca habían visto a un Freak alimentándose de alguien que había muerto en el enclave, y que después había sido tirado como basura. No sabían lo arrasado que estaba el mundo más allá de las murallas; nunca habían sentido unas garras rasgando su carne. No era de extrañar que yo no tuviera nada en común con los jóvenes de Salvación.

La señorita James pensaba que Stalker era un salvaje. Fade le caía mejor, porque podía ocultar sus cicatrices y porque se mostraba educado y distante. Después de todo, llevaba años haciéndolo, desde mucho antes de que llegáramos a la Superficie. Nadie podía descubrir nada de él que no quisiera revelar. A la señora James le gustaba Tegan, como el resto de los adultos, pero suspiraba al mirarme a mí, y me llamaba «Un caso desafortunado caso de potencial desaprovechado», significara lo que significara aquello.

Aquel día estaba divagando sobre alguna terrible tragedia, decidida a que aprendiéramos de los errores de nuestros antepasados.

—Es por esto por lo que es imprescindible que prestemos atención al pasado. No queremos repetir esos errores, ¿verdad?

Mientras la señorita James hablaba, mi mente comenzó a vagar. En el enclave habían pasado cosas que no me había cuestionado en su momento, pero que ahora me molestaban. Me preocupaba ser una mala persona por no haberme dado cuenta antes de que había problemas. A veces, la preocupación y el arrepentimiento se entremezclaban en mi vientre como una enfermedad.

Maté a mi primer hombre cuando tenía doce años de edad.

Fue la última prueba, el último desafío al que tenía que someterme antes de ser aceptada como Cazadora. Aunque había estado entrenando para aquel momento, aquella acción determinaría si tenía corazón feroz o no. Tres años y medio después, aún podía ver su rostro; estaba débil y herido. Los ancianos me dijeron que era un espía de Nassau que habían atrapado merodeando en nuestras fronteras sin el salvoconducto comercial. Recordaba cómo había suplicado piedad, con la voz ronca por la desesperación. Me armé de valor. Era la primera vez que sostenía un cuchillo, ya que los niños no poseían armas. Años después llegué a descubrir lo corruptos que eran los ancianos, pero en aquel momento todavía no era consciente.

—Ellos me trajeron aquí —gimió el hombre—. Ellos me trajeron.

Creí que se refería al momento en el que lo habían capturado en los túneles, y consideré que su súplica era un despreciable intento de evitar su destino. Un espía debía, al menos, morir con dignidad. Aunque se me revolvió el estómago, le corté, la garganta, y sus lamentos enmudecieron para siempre. Como era la primera vez, no supe ofrecerle una muerte limpia atravesando un órgano vital. Los ancianos se mostraron complacidos conmigo. Seda me llevó a la cocina y Cobre me preparó un plato especial. Seguramente, el forastero fue secuestrado para nuestro ritual. En el enclave se hacían ese tipo de cosas, aunque algunos no lo supiéramos.

Después de meses disfrutando de la luz, las sombras aún me acusaban.

La señorita James, enfadada, golpeó su mesa con los nudillos.

—¿Quieres hacer los honores, Deuce?

Levanté la cabeza, con las mejillas ardiendo a causa de la vergüenza. La profesora sabía que no había estado prestando atención y, en aquellos casos, era como Seda. Creía que hacer escarnio público de alguien lo motivaba para mejorar en el futuro. Yo creía que era inútil y humillante. La miré fijamente; yo ya no era una niña y no podía intimidarme, aunque eso era lo que pretendía.

—No me he enterado de lo que quieres que haga.

—Lee la página cuarenta y uno, por favor.

Ah. Así que la clase había pasado de Historia a Lectura. A los demás parecía divertirles el modo en el que pronunciaba las palabras. Leía lenta y laboriosamente, interrumpida por las consonantes correcciones de la señorita James. Me gustaban los relatos, pero no disfrutaba descifrándolos. Los libros me entretenían, pero prefería que los leyeran aquellos a los que se les daba mejor.

Como Fade.

Me miró, pero sus ojos oscuros no revelaron sus pensamientos. Al final, leí el pasaje con mucho esfuerzo y volví a sentarme, odiando en silencio a la señorita James por ponerme en aquella tesitura. En seis meses, dejaría de fingir. En seis meses, sería una adulta. Aquello me fastidiaba porque yo ya había alcanzado la mayoría de edad, según las leyes del enclave. No era justo que, después de escoger mi camino y conseguir alcanzar la seguridad con la que tanto hubiera soñado, ahora me arrebataran la libertad.

Aquello me parecía algo enormemente injusto. Una vez se lo dije a Improbable, y él negó con la cabeza y se rio.

Así es la vida, chica.

Fade y Stalker eran lo suficientemente mayores como para no tener que asistir a las clases si no querían hacerlo, pero venían de todos modos. Quizá creían que escuchar a la señorita James era mejor que trabajar durante todo el día. De este modo, solo tenían que trabajar después del colegio. En el caso de Stalker, sospechaba que aquella era, además, una cuestión de orgullo; no podía soportar que Fade leyera mejor que él, así que se esforzaba en alcanzarlo. Pero la profesora no apreciaba su esfuerzo. Por distintas razones, ninguno de nosotros le caía demasiado bien.

Más tarde, mientras los demás salían para almorzar al sol, la señora James me llamó.

—Me gustaría hablar contigo un momento.

Me acerqué a ella ignorando las miradas y codazos de mis compañeros.

—¿Sí, señor?

—Es señora —me corrigió—. Señor es para los hombres.

En los túneles llamábamos a todos igual (con la excepción del título de Cazadora) sin importar cuáles fueran sus partes íntimas. Me preguntaba por qué éramos más abiertos de mente, y nos preocupaban menos los detalles. Como sabía que a la profesora no le gustaba lo que ella llamaba descaro, cerré la boca y esperé la reprimenda que veía venir.

—¿Por qué no te sientas?

Estaba hambrienta; no quería pasarme todo el recreo sentada allí, pero suponía que lo tenía bien merecido por soñar despierta.

—Sí, señora.

Para complacerla, me senté en la silla junto a su escritorio, reservada para los alumnos que se comportaban mal. Me sentaba allí más a menudo de lo que me habría gustado, no por travesuras sino por mi evidente desinterés. Ella sabía que yo estaba contando los días que me quedaban para ser libre.

—Podrías tener un futuro brillante —me dijo entonces—. Eres una chica inteligente. Sé que crees que esto es una pérdida de tiempo, pero me duele darme cuenta de que ni siquiera te esfuerzas en mejorar.

Curvé los labios, y no pude contenerme.

—¿Tú sabes cómo matar a un Freak con tus propias manos?

¿Sabes despellejar y cocinar un conejo? ¿Sabes qué plantas silvestres pueden comerse? ¿Podrías escapar de las ruinas en las que yo nací?

Negué con la cabeza, ya sabía las respuestas.

—En este mundo, soy tan buena como necesito ser, y además no me gusta tu tono.

Sabiendo que pagaría por ello, salí de la clase. La luz del sol seguía molestándome, pero había llegado a disfrutar de su cálida sensación sobre mi piel. El

cielo sobre mi cabeza era azul, con nubes altas que añadían contraste pero que no amenazaban con lluvia. Había tardado un tiempo en aprender a descifrar las señales del tiempo, qué significaba que iba a haber fuego en el cielo, y qué significaba que iba a caer agua.

Me protegí los ojos con las manos y vi a Fade junto a Tegan, que se había hecho amiga de algunas chicas locales. Eran adorables, supongo. Daba gracias al doctor Tuttle por haber salvado a mi amiga, pero me sentía como si de todos modos la hubiera perdido, después de que nos separaran en distintas familias de acogida. Tegan no había sido la primera, por supuesto. Antes de ella había perdido a Stone y Thimble, cuando me marché de Escuela, mi hogar subterráneo. Los echaba de menos. A pesar de cuánto llegues a distanciarte de ellos, no es posible olvidar a un amigo de la infancia.

En el enclave, yo conocía todas las normas. En Salvación, nada tenía sentido. Todo lo que creía que estaba bien, la gente me decía que ni siquiera debía planteármelo. Día tras día me repetían que estaba equivocada: que ser como yo, y ser una chica normal, era incompatible. Observé a Tegan y a Fade y, por un momento, pensé en unirlos a ellos, pero Fade no me miró a los ojos y, aunque Tegan me saludó con la mano, no parecía una invitación.

Apesadumbrada, me acerque a Stalker, que estaba sentado comiendo solo. Con un débil suspiro, me senté a su lado. Se suponía que las chicas no debían sentarse como yo lo hacía, despatarrada sobre la hierba. Mamá Oaks se quejaría por las manchas de mi falda, pero no me importaba; despreciaba aquella coquetería femenina. Quería recuperar mi antigua ropa, diseñada para proporcionarme libertad de movimiento, y cosida para poder acceder con facilidad a mis dagas. No comprendía por qué en Salvación solo luchaban los hombres cuando las mujeres podían ser igual de feroces para proteger sus hogares. Era un desperdicio ridículo de recursos y, habiendo crecido en los túneles, donde sacábamos provecho de todo (y a veces en repetidas ocasiones), esa actitud me parecía totalmente absurda.

Miré el almuerzo de Stalker. El herrero no tenía esposa, y eso significaba que siempre comía cosas sencillas: pan y carne casi siempre, y a veces un cuenco de judías. Cuando abrí mi bolsa y saqué carne fría, zanahoria cortada y un dulce pastel redondo, me miró con envidia. Era una buena comida; nadie podía decir que Mamá Oaks no se portaba bien con su terca y poco femenina hija de acogida.

—¿Quieres un poco?

Dividí el pastel en dos mitades sin esperar su respuesta.

Era primavera, y el año escolar casi había terminado: solo quedaba un mes de clase. Había oído que durante el verano trabajaban en el campo, sembrando comida para pasar el invierno. Mientras viví en los túneles, nunca imaginé que la comida pudiera salir del suelo, en lugar de tener que ser cazada o encontrada, pero parecía que algunas de las historias que el padre de Fade le había contado eran ciertas. Los champiñones también crecían en el suelo, pero no era lo mismo; aquello parecía

menos mágico.

Durante el verano necesitaban Cazadores para vigilar las plantaciones y a los que se ocupaban de la cosecha. Era el único momento en el que permitían las patrullas, una decisión que yo cuestionaba. Si yo estuviera al mando, las cosas serían distintas: barreríamos la zona y mataríamos a suficientes Freaks como para que nos temieran. No sobreviviría tres meses en el interior de aquellas murallas sin nada que hacer excepto pasar una aguja por la tela.

—¿Has pensado en lo que te dije anoche? —me preguntó.

—¿Lo de marcharnos? No hasta que sepamos donde vamos a ir. No tiene sentido marcharse sin un plan.

No era solo la necesidad de cautela, aunque no lo admitiría ante Stalker. A decir verdad, no podía abandonar a Tegan y a Fade, aunque ellos se hubieran adaptado mejor. Había un lazo entre nosotros cuatro. No nos separaríamos, aunque Salvación pareciera estar haciendo todo lo posible para cortar nuestra conexión.

—Estoy de acuerdo.

—¿Te va bien con el señor Smith?

Aunque aquel era un apellido común, también hacía referencia a su oficio, porque Smith significaba Herrero.

Su padre, antes que él, había trabajado en la misma forja, creando piezas de metal para el pueblo. Salvación llevaba allí cincuenta años, o eso afirmaba. La señorita James decía que aquel lugar histórico que databa de la Guerra de Aroostook. Yo no tenía ni idea de qué guerra fue aquella, pero el nombre parecía inventado. Cuando la profesora divagaba sobre la historia de Salvación, yo no solía escuchar. Si decidía quedarme, entonces me empaparía de todo.

—No habla mucho. —Stalker se detuvo para comerse el pastel, y después continuó—. Está enseñándome a convertir trozos de metal en hojas de cuchillo.

—Parece que podría ser útil.

—Es lo único que puedo soportar de este pueblo. Bueno, el trabajo... y a ti.

El sentimiento atrapado se reflejó en sus invernales ojos.

—No me gusta que digas esas cosas —murmuré.

Eso me hizo recordar una extraña conversación que había tenido con Mamá Oaks, que desaprobaba que hubiera viajado con Stalker y Fade. Aquella primera noche había bajado las escaleras con aspecto satisfecho.

—Bueno, vuestras habitaciones están preparadas. Tengo una libre, y una cómoda despensa fuera de la cocina con espacio suficiente para un camastro, creo.

—Yo me quedo con la pequeña —dije—. Es a lo que estoy acostumbrada.

—No iba a hacerte compartir habitación con estos brutos.

Por su tono, comprendí lo que quería decir; *compartir habitación* implicaba algo que nunca pasaría bajo su techo.

Creía que sabía por qué estaba preocupada, así que le aseguré:

—Llevamos mucho tiempo durmiendo juntos. No sería un problema.

No estoy interesada en procrear.

Su rostro se quedó rojo.

—En... ¿Qué?

Uhm, pensé. Si tiene hijos (e Improbable los ha mencionado) debería saber más del asunto que yo. Creí que estaba equivocándose conmigo, así que le demostré que era responsable.

—En todos los enclaves, los más atractivos, brillantes y fuertes son los que creían niños para mantener estable la población. —Ella debía saberlo, por supuesto—. Si todo el mundo lo hiciera, la gente se moriría de hambre.

Estoy entrenada para luchar y proteger, así que nunca haría nada que me incapacitara para mi deber.

—Oh, hija.

La compasión humedeció sus ojos.

Yo no tenía ni idea de por qué, así que me quedé mirándola, desconcertada. Seguramente ellos tampoco permitían que cualquiera mezclara su sangre. Eso no podía terminar bien. Acabarían teniendo niños estúpidos y bizcos.

—Estoy segura de que así eran las cosas en el lugar en el que vivías —me había dicho al final—. Pero aquí es diferente. La gente se enamora y se casa. Comienzan una familia, si eso es lo que quieren.

Así que, cuando Stalker decía que yo era lo único que le gustaba de Salvación, me ponía nerviosa. Las reglas allí eran distintas y yo no quería que se hiciera ideas equivocadas, que pensará que íbamos a terminar de construir aquella triste y vacía casa para llenarla con nuestros hijos. La idea me aterraba; preferiría matar Freaks todos los días.

—El viernes hablaremos con Improbable sobre las patrullas —le dije, cambiando de tema.

—¿Crees que nos llevará con él?

—Eso espero.

Mamá Oaks me había dicho que Improbable siempre capitaneaba uno de los equipos que se aseguraban de la seguridad de los campos. Yo quería que me eligiera para su equipo con tantas ganas que casi podía saborearlas. Él sabía que éramos guerreros diestros; había visto nuestras armas ensangrentadas cuando nos recogió en el bosque. Y comprendía que no éramos como los dóciles niños que se creían en Salvación. De hecho, era el único adulto del pueblo que actuaba como si estuviera algo de sentido común. Yo sospechaba que era debido a sus viajes de aprovisionamiento. Le habían enseñado más sobre el mundo de lo que podían saber los que vivían siempre tras la seguridad de aquellas murallas. Mantenían fuera el peligro, pero también mantenían dentro la ignorancia.

—Actúan como si los Freaks no pudieran aprender —dijo Stalker tranquilamente—. Como si estás murallas estuvieran construidas de un material mágico, en lugar de con madera, y nada malo pudieran llegar a entrar.

—Pero parecemos humanos.

Capté el débil énfasis que puso en la palabra parecemos, y fruncí el ceño.

—Nosotros entramos.

—Aunque no seamos como ellos, seguimos siendo humanos.

Según la señorita James, ambos éramos tan malos como un barril de manzanas podridas. Solía usar esa frase exacta al describir a Stalker. Una vez por quedarse dormido en clase, había intentado azotarlo con una vara verde, pero él la desarmó tan rápidamente que ni siquiera lo vio venir. Cuando Stalker se levantó y comenzó a golpear la vara suavemente sobre su palma, la mujer palideció.

—En tu lugar yo no volvería a intentarlo —le susurró al oído.

Ahora, además de temerlo, la señorita James lo odiaba, porque la había dejado en ridículo. Algunos de los chicos de Salvación observaban a Stalker desde lejos, intentando copiar su modo de caminar. Las chicas también lo miraban, cuando creían que él no se daba cuenta, pero Stalker lo veía todo. En general, pensaba que los demás eran débiles e inútiles, poco más que un puñado de Criadores.

Me puse en pie, guardé los restos de mi comida y me alejé. Aproveché el tiempo que me quedaba para correr alrededor del colegio. Eso hacía que todos me miraran, pero, si me pasaba todo el día sentada, me volvería débil; el entrenamiento mantenía mi cuerpo fuerte.

En mi cuarta vuelta me topé con dos chicos que me miraban con idénticas expresiones de burla. Se dieron un codazo, animándose el uno al otro, y después comenzaron a perseguirme. Me siguieron hasta el lateral del edificio y me detuve, deseosa de enfrentarme a ellos. En el colegio la tomaban con la gente que era diferente; las niñas con crueles susurros y risita de burla, y los chicos de modos más directos.

Me enfrenté a ellos.

—¿Queréis algo?

—Eso depende. ¿Ha encontrado la señorita James una cura para la estupidez?

El primero empujó al segundo hacía mí.

—Ten cuidado, podría ser contagioso.

—Me han dicho que meas de pie —dijo el chico más grande.

A su amigo se le escapó un extraño sonido, una combinación de un resoplido y una risita, como si hubiera dicho algo malvado e hilarante a la vez. Sus mejillas se colorearon. Se suponía que yo debería haberme quedado pasmada por aquella afirmación, pero los miré hasta que empezaron a moverse nerviosamente.

—¿Por qué corres alrededor del colegio? —Me preguntó el pequeño—. ¿Eres boba?

—Cree que algo la persigue.

Ya me había cansado de aquello, me había cansado de los niños ignorantes que me juzgaban como si la rara fuera yo. Aquellos se merecían una lección sobre buenos modales, pero, si se la enseñaba, sería yo quien se metería en problemas. Intenté

controlarme, y alguien apareció a mi espalda.

—Ya es suficiente —dijo Fade en voz baja.

No hablas conmigo, pero vienes a rescatarme.

Me daba rabia que su sola presencia los alejara, mientras que yo tenía que demostrar mi valía con mis puños. Me habían enviado a Mamá Oaks dos veces por pelearme, con la advertencia de que, si lo hacía de nuevo, me azotarían. Aun así, yo nunca había molestado a aquellos niños. Eran ellos los que no me dejaban en paz... Pero cualquiera le decía eso a la señorita James. Ella ya había decidido que yo era problemática.

—Gracias.

Pasé de largo a su lado, incapaz de mirarle a la cara sin sentir una oleada de desagradable confusión y anhelo.

Antes de que Fade pudiera contestar, si es que pretendía hacerlo, la señorita James salió para pedirnos que entráramos. Afortunadamente, el curso escolar casi había terminado. No tenía ninguna duda de que la profesora usaría el tiempo que quedaba para atormentarme de un modo que haría que Seda se sintiera orgullosa. Eso no me importaba. Yo conocía mi valía. Una Cazadora no confiaría en un grupo de niños para definirse a sí misma, pero aquel último día, pasé los dedos sobre las cicatrices bajo mis mangas para asegurarme de que no las había soñado. Salvación me había acogido, pero su protección venía acompañada de demasiadas restricciones. Sus reglas no me permitían ser yo misma. Sin embargo, en el pasado había formado parte de una comunidad que me necesitaba. Quizá pudiera hacerlo de nuevo.

Algún día. De algún modo.

Después del colegio me marché a casa. Cuando llegué, Mamá Oaks estaba cocinando. La cocina era de madera con bonitas cortinas rematadas con encaje, ganchos para las cucharas y cacerolas, y alacenas llenas de comida. También había una mesa con un par de sillas, donde ella y yo nos sentábamos para hablar sobre cómo había pasado el día. Al principio, aquello me había parecido extraño, pero ella estaba decidida a ser una buena madre de acogida. Como yo nunca había tenido madre, no sabía cómo reaccionar ante tanta atención. Sospechaba que la verdad la haría infeliz (que los niños de todas las edades se metían conmigo, y que odiaba el colegio), así que siempre le decía lo mismo.

—Me ha ido bien.

—¿Solo bien? —repitió.

No sabía qué esperaba de mí. ¿De verdad quería que me quejara? En el enclave, eso me habría valido una bofetada. Me sentía como si aquello fuera una prueba que no dejaba de fallar, así que cambié de táctica.

—La señorita James no me deja en paz.

—¿Haces el indio en clase?

¿*Qué significa eso?*

—Lo que pasas es que no siempre presto atención, sobre todo durante Historia.

Mamá Oaks arrugó la frente.

—Después de tus aventuras en Gotham, debe parecerse aburrido.

Asentí, y cogí el pan y el queso que había preparado para mí. Comer varias veces al día era lo que más me gustaba de Salvación. Tomaba el desayuno, el almuerzo, la merienda, y después también la cena, y no solo un par de tiras de carne o una seta. No era de extrañar que todo el mundo pareciera tan sano; era una tierra de abundancia inimaginable y, durante las comidas, las reglas me molestaban mucho menos.

—Bueno, no todo el mundo tiene que ser buen estudiante.

—¿Tú lo eras? —le pregunté. Su respuesta me sorprendió.

—Lo dejé a los dieciséis años, y me casé con Edmund. Soy una costurera excelente y una cocinera decente pero nunca se me han dado bien los libros.

—A mí tampoco —murmuré, apartándome de la mesa—. ¿Te importa si voy a visitar a Tegan?

Ella sonrió, aparentemente satisfecha porque no iba a quedarme sentada mirando con cara arisca un montón de remiendos.

—Claro que no, Deuce. Vuelve para la cena, si no te importa.

Al principio, Mamá Oaks había cuestionado que me llamara Deuce, porque nunca había oído ese nombre en una chica, pero cuando le enseñé la carta manchada de sangre y le expliqué su significado, dejó de sugerir que debía elegir otro nombre.

Jugueteé con el frágil naipe en el bolsillo de mi camisa; era una reliquia del enclave y de la ceremonia de designación en la que había conseguido mis cicatrices.

—Lo haré. Gracias.

Atravesé la puerta corriendo, camino de la casa del médico. Cuando llegué, Tegan estaba en la consulta, limpiando el instrumental; sonrió, pero no dejó de trabajar. Sin hablar, comencé a limpiar a su lado. La limpieza era importante, sobre todo en el trabajo de su padre de acogida. Cuando terminamos, se dirigió a mí.

—¿Qué te trae por aquí? Me encogí de hombros.

—Solo quería charlar.

—¿De qué?

—¿Cómo te va?

Podría haberlo preguntado con más tacto, pero me sentía responsable de ella, ya que había sido yo quien la había rescatado y arrastrado hasta allí desde las ruinas. También le había puesto un arma en las manos, y había resultado herida (y caso había muerto) porque yo no me había tomado el tiempo necesario para entrenarla adecuadamente. Blandir un garrote no la convertía en una Cazadora.

—Así que estás controlándome. —Sus ojos se arrugaron con una sonrisa—. Qué dulce.

—¿Cuidan de ti los Tuttle?

—Son geniales —respondió—. Me siento bien ayudando al doctor, como si estuviera haciendo algo importante.

—Estás haciéndolo.

No tenía ninguna duda de ello.

—Relájate. Hemos encontrado un buen lugar. Siempre te estaré agradecida por salvarme de los Lobos y sacarme de las ruinas.

Había una cosa que siempre había querido saber pero que nunca había tenido una oportunidad de preguntar, así que lo hice.

Tegan, ¿trataban mal los Lobos a todas sus mujeres?

Por supuesto, era posible que hubieran sido tan estúpidos y salvajes que no se hubieran dado cuenta de que dañar a la madre dañaría también a su prole nonata. Que mi gente entendería algunas cosas no significan que las bandas también lo hicieran.

Contuvo el aliento, y su rostro se oscureció por el recuerdo del dolor.

—Las chicas que nacían entre los Lobos no cuestionaban sus roles. No intentaban huir, así que no eran castigadas.

Asentí.

—En el enclave, las Criadoras tampoco protestaban por su situación.

—Me atormenta —dijo en voz baja—. El recuerdo de los dos cachorros a los que perdí. Solo pensaba en escapar de allí para poder proteger a mi pequeño, como mi madre hizo conmigo. Pero, en lugar de eso, me pegaron hasta que... —Su voz se rompió, y cerró los puños—. Sé por qué lo hicieron; para someterme y que no luchara contra ellos nunca más.

—No deberían haberte hecho daño —le dije—. Hay modos de someter que no dañarían a un niño que aún no ha nacido.

Tegan se secó una lágrima.

—Entonces, ¿tu gente no me habría pegado por intentar escapar? Quería que le asegurara que los míos habían sido mejores que Stalker. Cuando la conocí, pensé que el enclave habría castigado a cualquiera que tratara así a una chica. Pero me equivoqué, porque todavía quería pensar bien de ellos. Con el tiempo y la distancia me había dado cuenta de algo: los únicos que estábamos seguros éramos los que habíamos nacido allí, y los que seguíamos las reglas ciegamente. Solo había que ver cómo habían tratado a Fade y aquella Constructora llamada Bandera, cuya amistad me había sentido celosa. Los ancianos la habían asesinado porque estaba desacuerdo con ellos; habían hecho que pareciera un suicidio y habían convertido su muerte en una advertencia.

En los túneles también habían ocurrido cosas terribles, así que no podía mentirle.

—Si hubiéramos encontrado a una mujer en los túneles que solo fuera buena para criar... y ella no hubiera aceptado ese papel, los Cazadores le habrían cortado el cuello y la habrían abandonado para que se la comieran los Freaks. El enclave no habría malgastado recursos entrenándola. Así que no, nosotros no te habríamos pegado, Tegan. Mi gente te habría matado.

Contuvo el aliento.

—Entonces me alegro de no haber terminado allí abajo.

—Yo también.

Porque era poco probable que hubiera sobrevivido en los túneles hasta dar con una de nuestras patrullas. Aún me sorprendía que Fade lo hubiera conseguido.

Me di cuenta de que estaba intentando asimilar aquella revelación. Tenía las manos apretadas sobre el borde del mostrador donde estábamos colocando el instrumental limpio del médico.

—Pero... Tú no eres como el resto de Cazadores. Tú me protegiste.

—Eso fue después de que abandonara el enclave.

—¿Estás diciéndome que me habrías matado? ¿Tú, Deuce?

Tegan me miró, pidiéndome una negativa con sus ojos castaños. Estaba a punto de destrozarse sus ilusiones.

—Si Seda me hubiera ordenado que lo hiciera, me habría sentido mal por ello, pero habría obedecido. En aquel momento, yo creía que ellos sabían más que yo. Al fin y al cabo, ellos me enseñaron todo lo que sabía.

Con una mueca de dolor, recordé al niño ciego que había llegado de Nassau suplicando ayuda. Fade y yo lo llevamos con nosotros a Escuela, pero cuando los ancianos escucharon su mensaje, consideraron que ya no les era útil. Yo no había blandido la hoja que abrió su garganta, pero entregué el chico al Cazador que lo hizo. Su muerte podía ser atribuida a mi silencio... y por eso no podía dejar que Tegan me idealizara. Aunque había cambiado desde mi llegada a la Superficie, eso no

significaba que fuera una buena persona, o instintivamente amable. De hecho, había pasado años luchando contra la idea de que era demasiado blanda para convertirme en una Cazadora. Durante todo ese tiempo, había visto la compasión como una debilidad.

—¿Es por eso por lo que te gusta Stalker?

Su expresión se retorció, como si las palabras hubieran dejado un sabor amargo en su boca.

Me encogí de hombros.

—Lo comprendo. Compartimos un objetivo común.

—Él es como tú —me dijo entonces.

—Se parece más a mí que tú —admití—. Stalker y yo crecimos con ideas diferentes sobre el bien y el mal, distintas a las que hay en Salvación. Y si, el enclave hizo muchas cosas malas que habría tratado de impedir si hubiera podido. En aquel momento no sabía demasiado... Pero puedo aprender. Y creo que Stalker también.

—Me perdonarás si no tengo prisa por hacerme amiga suya —murmuró.

—No espero que lo hagas. Tenéis una historia común... una mala historia. Él te recuerda la peor época de tu vida.

—Tú también —dijo en voz baja.

Oh. Eso me dolió, más aún porque fue un golpe inesperado.

—Lo siento. No me había dado cuenta. Por eso...

—Es más fácil estar con el resto de chicas. Ellas no conocen mis puntos débiles. No saben lo que ocurrió, y me gustaría que siguiera siendo así. Espero que no se lo cuentes.

—Claro que no. Y no volveré a visitar, si eso te molesta.

Mantuve el rostro tranquilo e inmóvil, mi expresión de Cazadora, y no revelé mi dolor.

En Salvación parecía que no le caía bien a nadie, excepto a Stalker e Improbable. Fade no hablaba conmigo a menos que necesitara ayuda. Los niños del colegio pensaban que estaba loca, y me trataban mal... y ahora esto de Tegan. *Al menos estás a salvo, pensé. Al menos tienes suficiente para comer.*

—Necesito algo de tiempo. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero...

—¿Quieres adaptarte? —sugerí, sin mostrar cómo me sentía—. ¿Hacer nuevos amigos?

La chica asintió, visiblemente aliviada.

—Me alegro de que lo entiendas.

—Lo entiendo. Me voy, entonces.

No volvería hasta que ella viniera a buscarme. Y no por orgullo: una verdadera amiga valoraría el bienestar de Tegan por encima de su propia soledad.

Ella no me pidió que me quedara. Mientras el sol caía en el horizonte, el viento empezó a soplar. La luz se reflejaba en el cielo con colores cuyos nombres acababa de aprender. Aquel día era dorado y naranja con motas rosadas, como una manzana

de otoño. Mientras viajábamos habíamos encontrado algunas de esas manzanas silvestres, un poco arrugada pero comestibles. Un frío viento soplaba sobre mí, soltando mechones de mi trenza. Pronto sería la hora de cenar, y aún no había empezado a hacer los deberes para el día siguiente.

Atravesé el pueblo corriendo, ignorando los susurros. Un par de mujeres me señalaron por cómo me levantaba mi falda.

—¿Es que esa chica no puede caminar como una persona normal?

No sé en qué estaban pensando cuando la dejaron quedarse.

Las ignoré como hacía siempre, aunque cada palabra me dolía como una pedrada en la espalda. Cuando abrí la puerta delantera, Mamá Oaks murmuró que iba a coger frío. Después me pidió que pusiera la mesa, y lo hice sin rechistar. Me parecían fascinantes cuántas herramientas distintas usaba la gente para comer en la Superficie. La comida había sido tan escasa en los túneles que desaparecía de nuestros platos tan rápido como nos lo servían, y nadie tenía kilos de más, como ocurría a veces con la gente de Salvación. Aquello me parecía increíble, que la gente pudiera engordar lo suficiente como para soportar un duro invierno.

Edmund se unió a nosotros y Mamá Oaks me cogió de la mano, como hacía cada noche.

—Creador, bendícenos y protégenos. Guíanos para que podamos vivir de acuerdo con tus leyes, y para que apreciemos tus dones.

La primera vez que hizo aquello, le pregunté con quién estaba hablando y ella me explicó que se dirigía a un ser que vivía en el cielo y que nos observaba a todos. Aunque no me habría gustado ofenderla, pensé que su dios había hecho un trabajo desastroso si quería mantener a la gente a salvo. Teniendo en cuenta el estado actual del mundo, me parecía más probable que los Freaks fueran sus criaturas favoritas.

Mi madre de acogida nos sirvió a todos. Mientras comía, hice algunos comentarios adecuados sobre la carne asada, el pan recién hecho, y la verdura.

—¿Por qué nunca viene a veros vuestro hijo?

Edmund y Mamá Oaks se quedaron mudos. Sus expresiones decían que mi idea de cortesía no encajaba con las suyas. El dolor recorrió los rasgos de Mamá Oaks, que bajó la mirada hasta su plato, aparentemente incapaz de responder.

Pero yo no comprendía por qué era malo que sintiera curiosidad. Llevaba viviendo en su casa más de un mes; me parecía inadecuada que su hijo no hubiera ido a ver cómo estaban. Por lo que la gente decía, yo podía ser una loca peligrosa capaz de asesinarlos mientras dormían.

Entonces, Edmund se aclaró la garganta.

—Rex tiene sus propios asuntos que entender. Está ocupado.

—Oh.

Aquello me sonó a excusa. Era más probable que hubieran discutido pero, como yo no era parte de la familia, no insistí para que me dijeran la verdad.

El silencio reinó durante un rato. Los había entristecido sin pretenderlo, y por eso

temía hacer otra dolorosa pregunta. Al final, cuando vacié mi plato, tomamos un dulce que estaba tan bueno como las cerezas de lata que Fade había compartido conmigo en las ruinas. El postre me hizo recordar.

—¿Qué es?

—Pruébalo.

Fade metió el dedo en la lata y me lo ofreció.

No pude resistirme, aunque sabía que no estaba bien dejar que me alimentara como si fuera una niña. Su dulzura explotó en mi lengua, contrastando con la calidez de su piel. Sorprendida y complacida, retrocedí y metí dos de mis dedos en la lata. Esta vez cogí algo más que la salsa. En la curva de la punta de mis dedos había una cosita roja. Me la comí sin vacilación, y metí los dedos, dos o tres veces más hasta que estuve segura de que tenía toda la boca manchada de rojo, pero no me importó. Fade me miraba con aire divertido.

—¿Cómo sabías que estaría tan bueno? —le pregunté. Me sonrió.

—Una vez lo probé con mi padre.

* * *

Hacía días que Fade no pasaba conmigo el tiempo suficiente como para compartir nada; un dolor me atravesó como un gancho metálico. Tenía que haber algún modo de arreglar las cosas entre nosotros. Antes de que pudiera decidir qué hacer respecto a Fade, Mamá Oaks me hizo una pregunta. Después de cenar, fregué los platos mientras mis padres adoptivos hablaban en voz baja en la habitación contigua. Sus palabras fracturadas llegaban hasta mí a trompicones.

—... Quizá deberíamos contárselo. Se siente apartada —susurro Mamá Oaks.

—... Sentido. No es asunto suyo.

Con determinación, dejé de escuchar y guardé los platos limpios en la alacena, y después me acerqué a la puerta.

—¿Puedo llevarme una lámpara arriba?

—¿Tienes deberes? —me pregunto Edmund.

—Sí, señor.

—Entonces, claro. —Mamá Oaks cogió la lámpara de la mesa y me la ofreció—. Ten cuidado. No la derrames, y no te quemes.

—Teníamos antorchas —le dije, por si creía que el fuego era algo nuevo para mí. Si en Salvación protegían a todos los niños de aquel modo, era un milagro que fueran lo suficientemente avispados como para ir al colegio solo—. Estaré bien.

Edmund asintió.

—Buenas noches, Deuce.

Subí las escaleras rápidamente mientras la lámpara proyectaba sombras en las

paredes. Me senté en mi habitación y copié el párrafo que la señorita James nos había asignado. Después se suponía que tenía que escribir una página sobre lo que había leído. Aquello me costaba más, así que pasé a las sumas, que me parecían más fáciles que leer. Era una habilidad útil, porque podía aplicarse al inventario de provisiones. Cuando terminé volví a aquella estúpida redacción y divagué sobre el significado de las palabras. A la profesora no le gustaría, y seguramente lo leería en voz alta para señalar todos mis errores.

Había sobrevivido a cosas peores. Los niños podían burlarse de mí, y las mujeres podían susurrar todo lo que quisieran. Seguiría soportando los malos recuerdos, las pesadillas, y la amenaza de los Freaks tras las murallas. Lo soportaría, fuera como fuera.

Cuando estuve segura de que mis padres de acogida estaban dormidos, me vestí con ropa oscura y me escabullí por la ventana. Aquella noche no había sonado ninguna campana, pero necesitaba hablar con Improbable, que estaba haciendo guardia en su puesto habitual sobre la muralla. Me mantuve en las sombras, deteniéndome dos veces para evitar que me detectaran, y después subí la escalera. La luna brillaba sobre su cabello blanco, así que lo reconocí inmediatamente. Tenía a su Vieja Chica acunada en los brazos; cuando llegué, no dejó de escudriñar la oscuridad.

—¿Nunca duermes chica?

Se mostraba huraño, pero parecía estar de buen humor.

—A veces —le dije.

—¿Aún no te has aburrido de atormentarme?

Se inclinó para frotarse la rodilla distraídamente, como si hiciera mucho que se hubiera acostumbrado al dolor.

—Tengo algunas preguntas.

—No tienen fin, según parece.

—¿No tienes a nadie en casa que te eche de menos? —Aquello no era lo que había querido preguntarle. Se me había escapado. Pero él estaba siempre, siempre, sobre aquella muralla, protegiendo Salvación.

—Ya no —dijo en voz baja—. ¿Qué es lo que quieres, Deuce? Me puse firme.

—Quiero que me incluyas en las patrullas de verano. Estoy dispuesta a luchar para demostrar mi valía ante el resto de guardias, pero no quería presentarme voluntaria sin consultarte. Si te opones a ello, no lo haré...

Improbable levantó una mano para silenciarme.

—Me alegro de que me tengas en cuenta. Si te ganas el respeto de los hombres, te llevaré con nosotros. Será mejor que tengas preparada una buena demostración, chica.

—Así será —le prometí—. ¿Cuándo debo hacer mi solicitud oficial?

—La siembra comenzará dentro de un par de semanas. Ven entonces.

—Gracias.

—No me las des. Esto va a levantar muchas ampollas.

—Si hubiera nacido en un lugar en el que los hombres se ocuparan de la cocina, y después llegaras a otro sitio donde no te dejaran hacer la cena, aunque solo fuera lo único que se te diera bien, ¿darías tu brazo a torcer?

Él me sonrió y se rozó la frente con dos dedos.

—Creo que no.

Vigilamos juntos durante un rato, en silencio. Aquella era mi parte favorita de la noche porque, para Improbable, yo no era mala, ni rara, ni estorbaba. Con él estaba bien ser una chica que no encajaba.

—¿Cuándo sales de viaje normalmente para obtener provisiones? —le pregunté al final.

—En otoño, después de la cosecha. Vuelvo antes de que caiga la nieve.

Recordé lo competente que me pareció cuando nos rescató y nos metió a todos en su carro junto a las provisiones. No había dudado, no había vacilado. Y nos había salvado a todos. Si tenía la oportunidad, algún día lo compensaría por ello.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté.

—¿Por qué? ¿Estás interesada en ser mi aprendiz?

—Podría ser.

Me sonrojé, esperando que me dijera que aún no era lo suficientemente mayor o fuerte para hacer ese trabajo. O peor aún, diría que era imposible porque era una mujer.

Pero me sorprendió.

—Puede ser un trabajo solitario y muy peligroso, Deuce. Quédate por aquí, termina el colegio, y ya veré qué puedo hacer cuando llegue el momento.

Suspiré.

—Es duro. Tú eres el único que me escucha.

Improbable me pasó un brazo alrededor de los hombros para consolarme.

—Entonces habla más alto, chica. No permitas que apaguen tu chispa.

Durante mucho tiempo, me quedé bajo su brazo, contando estrellas. Me quedé sin números antes que, sin estrellas, y creí que eso era un indicio de que las cosas iban mejorar.

Las dos semanas siguientes pasaron más o menos igual. La señorita James se quejó sobre lo mal que me iba en el colegio, y los niños encontraron nuevas maldades para la hora del recreo. Fade y Tegan continuaron haciendo nuevos amigos. Algunas noches, Stalker se colaba por mi ventana, y después visitábamos a Improbable y entrenábamos en la casa secreta. Otras noches iba a ver al anciano sola, y hablábamos sobre todo tipo de cosas, incluyendo por qué se había presentado voluntario para los viajes de intercambio de suministros a pesar de lo peligrosos que eran.

—Al principio —me contó Improbable— iba porque Salvación necesitaba que fuera valiente. Después continué porque disfrutaba viendo el mundo... Y ahora sigo haciéndole porque, si algo sale mal, no habría nadie que me eche de menos.

—Yo te echaría de menos —le contesté, y él me alborotó el cabello. Eso fue la noche anterior.

Aquella tarde estaba nerviosa.

No tenía ninguna razón para estarlo. Improbable me había dicho que tendría que demostrar mi valía, pero aquel no era el motivo de mi ansiedad. Arrastré los pies hasta el establo y escuché los ruidos de los animales que había en el interior. Llevaba semanas sin visitar a Fade desde la última vez que el señor Jensen me echó de allí... Pero Fade tampoco había venido a verme. Y él sabía dónde vivía. La última vez que estuve cerca de él fue durante su intervención en el colegio, y echaba de menos nuestra antigua relación. La incorporación de Tegan y Stalker a nuestro grupo había aumentado nuestras probabilidades de sobrevivir, pero también lo había cambiado todo.

Sin embargo, no podía unirme a la patrulla de verano sin invitarlo. Aunque no habláramos, aunque pasara todo su tiempo con Tegan, todavía era mi compañero. Al principio, en los túneles, eso había significado vigilarnos la espalda el uno al otro y confiar en que lucharía por mí. Cuando llegamos a la Superficie, el lazo se hizo más profundo emocionalmente: una unión que me hizo anhelar sus caricias y su compañía. Así que reuní todo mi valor y entré al establo.

Después del colegio, Fade ayudaba con los animales. Lo encontré cepillando el lomo de una de aquellas criaturas. Era más grande que las que Improbable usaba para tirar de su carreta, con líneas más elegantes. El animal giró la cabeza cuando entré y relinchó suavemente. Era hermoso, con ojos de largas pestañas y un pelo brillante, seguramente gracias a los cuidados de Fade.

—Deuce —dijo.

La fría formalidad de su voz hizo que algo dentro de mí se retorciera con un lamento. Si hubiera tenido un título, como decía la profesora, lo habría usado para

dirigirse a mí. Y yo no comprendía por qué. Apenas recordaba nuestra llegada al pueblo, pero en aquel momento no fue así conmigo. No, se había vuelto así de frío más tarde. Siempre se había mostrado reservado, pero no indiferente. Nunca había dejado de hablarme por completo.

Por desgracia, me gustaba mirarlo tanto como antes, aunque no fuese propio de una Cazadora. Aquellos instintos venían de mí parte de Criadora: era una debilidad que había heredado de mi madre, y que en los túneles me había causado problemas con el resto de los Cazadores. Necesitaba ser valiente y dura; no quería sentir esos impulsos. No quería recordar lo agradable que era que te rodeara con sus brazos, ni cómo había sumergido en sus besos con el mismo deleite que cuando me metía en un baño caliente. Al principio me había mostrado reacia, pero, con cariño y paciencia, Fade me había enseñado que no todo el contacto tiene que ser marcial, y ahora extrañaba sus labios.

—¿Qué estás haciendo?

Aquella no era la pregunta que tenía en mente.

—Almohazando a esta belleza.

Supuse que se refería a usar el cepillo, pero nunca había oído a Mamá Oaks que fuera a almohazar algo, así que supuse que esa palabra se utilizaba solo con los animales. A veces creía que nunca llegaría a aprender todas las cosas que para los demás eran habituales. Incluso Stalker, que no encajaba allí mejor que yo, entendía que algunas cosas instintivamente.

—Vamos a ir a hablar con Improbable para que nos incluya en las patrullas de verano —le dije sin rodeos.

—¿Quiénes?

—Stalker y yo. Tú también si estás interesado.

—¿No has luchado bastante ya?

Su tono era de reproche, como si debiera alegrarme de que lo único que podía hacer fuera asistir al colegio y coser con Mamá Oaks.

—Es para lo que me criaron. Es lo que hago mejor.

Me puse firme, decidida a no dejar que me hiciera sentir mal, aunque mi decisión lo decepcionara.

Sus siguientes palabras me llenaron de esperanza.

—Todavía eres mi compañera. No dejaré que salgas ahí fuera sin nadie de confianza.

Y yo confiaba en él, a pesar de los problemas que había entre nosotros. Parte de mi hielo interior se derritió.

—Ven con nosotros, entonces.

—Deja que le diga al señor Jensen a dónde voy.

Fade atravesó el establo y se escuchó una discusión que no duró mucho.

—¿Te cae bien? —le pregunté un par de minutos después de que empezáramos a caminar.

Se encogió de hombros, curvando sus bonitos labios por el enfado.

—No mucho, pero al menos no intenta ser mi padre.

A diferencia de Mamá Oaks, que está empeñada en actuar como si fuera mi madre.

Fade no protestó cuando nos detuvimos en la forja para recoger a Stalker. Ninguno de los chicos sugirió que invitáramos a Tegan. Apenas luchó cuando viajábamos, y era ridículo imaginar que quisiera involucrarse en las patrullas de verano. Aunque ella prefería la compañía de las chicas normales, ya que quería olvidar por lo que había pasado, yo no tenía ninguna otra amiga. La echaba de menos. Pero sabía que, a veces, la amistad te obligaba a hacer cosas dolorosas, como alejarte de alguien para hacerle feliz.

El pueblo estaba resguardado en el interior de la muralla defensiva. Había sido reconstruido tres veces; aquella era una de las pocas lecciones de Historia que recordaba. Se había producido una guerra cerca, tras la que el fuerte quedó en ruinas. Habían descubierto aquel sitio hacía doscientos años, y lo habían reconstruido. Yo no comprendía la razón, pero la señorita James afirmó que tenía algo que ver con respetar nuestra herencia cultural. Como yo descendía de aquellos a los que el mundo no se había preocupado por salvar, sospechaba que su respeto no tenía nada que ver conmigo.

Atravesamos el pueblo en silencio, saludando con la mano de vez en cuando a aquellos que nos reconocían. Las mujeres se quedaban en silencio cuando me veían y buscaban ávidamente alguna ofensa de la que poder acusarme más tarde. Los edificios encalados parecían nuevos y relucientes, en comparación con las ruinas que había atravesado hasta encontrar el pueblo. Sin embargo, todavía no comprendía el sistema comercial de Salvación. Usaban fichas de madera simbólicas para pagar los bienes y servicios. Los chicos y yo no teníamos ninguna ficha, lo que significaba que dependíamos de nuestros padres de acogida para todo. Lo odiaba.

Los hombres solteros que no tenían casa propia vivían en los barracones de la zona oeste, lo suficientemente cerca de las murallas para que pudieran llamarlos si necesitaban más guardias. No había sido necesario en todo el tiempo que yo llevaba en Salvación; los grupos habituales siempre habían bastado para aplacar las incursiones de los Freaks. Eso debería haber conseguido que me sintiera mejor. Pero quizá yo sea una de esas personas que no se quedan tranquilas hasta que las cosas van catastróficamente mal.

Fuera cual fuera el motivo, no podía librarme que aquella mala sensación. Los problemas que habíamos visto en otros lugares debido al cambio de los Freaks llegarían a Salvación tarde o temprano. Era solo cuestión de tiempo.

Como era de esperar, Stalker y Fade no hablaron; compartían una honda animosidad, pero ambos estaban decididos a luchar a mi lado aquel verano. Sabía que solo podía tener un compañero, pero parte de mí no lo entendía del todo. ¿Por qué no podía ser amiga de los dos? Ambos me aportaban cosas diferentes, y sus estilos de

combate eran distintos.

Esto no tiene nada que ver con luchar; me dijo una diminuta voz en mi interior. Pero la voz desapareció rápidamente, sin darme una explicación.

Encontremos a Improbable jugando a las cartas en los barracones; llevaba las mangas subidas, con sus arrugados antebrazos expuestos. Su edad seguía pareciéndome milagrosa y sorprendente. Con buena comida y aire fresco, yo también podría vivir mucho, eso si los Freaks no acababan conmigo. En cierto sentido, eso hacía que la petición que estaba a punto de realizar fuera incluso más absurda, pero yo había sido criada para proteger a los demás, y me sentía incompleta si no lo hacía. Podías sacar a la Cazadora del enclave, pero eso no disminuía su necesidad de luchar.

—Hola, pollos —nos dijo, con una inclinación de cabeza.

Así era como llamaban algunas veces a los niños mayores. También era el nombre de las crías de los animales de los que obtenían los huevos. Me parecía más ofensiva que la palabra que usábamos en los túneles, pero la gente de la Superficie no parecía pensar lo mismo. Tampoco les gustaba que llamara a la gente criadores, aunque tuvieran hijos.

Aproveché el saludo de Improbable para hacer mi petición.

—He oído que necesitáis voluntarios.

El hombre alzó sus espesas cejas blancas; estaba representando bien su papel, como si no lo hubiera avisado de aquello dos semanas antes.

—¿Es correcto?

—Pronto empezará la siembra —dijo Stalker—. Y necesitaréis gente para proteger a los sembradores.

—Y más tarde, los campos —añadí.

—Improbable inclinó la cabeza.

—Soy consciente de eso.

—Queremos estar en tú equipo —le aclaró Fade.

—¿Los tres? —El anciano fingió escepticismo mientras su mirada recorría mi larga falda—. ¿Sabes disparar?

Negué con la cabeza.

—Pero en el campo, de todos modos, no hay murallas. Os vendría bien tener a alguien con experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo.

—¿Y esos sois vosotros? —preguntó, con tono divertido.

Si no hubiera entendido lo que pretendía, me habría molestado. Improbable no podía mostrarse demasiado dispuesto al principio, y yo sabía el aspecto que tenía con aquel vestido que ocultaba mis cicatrices de Cazadora y la trenza de Mamá Oaks. Recorrí el barracón con la mirada; un grupo de guardias nos miraba con hilaridad e impaciencia. Hablando no avanzaríamos nada.

Al azar, señalé a un joven que parecía fuerte.

—Te lo demostraré. Salgamos fuera. Si no puedo con él, me olvidaré de esto.

Tenía que ser yo la que luchara en representación de nuestro grupo, ya que los

guardias me veían como el eslabón más débil. Aunque era imposible que permitieran que Stalker y Fade se unieran a la patrulla de verano, yo tendría que demostrar mis habilidades antes de que me tomaran en serio.

El guardia al que había elegido soltó una carcajada incrédula.

—Yo no peleo con chicas.

—¡Eso no es lo que he oído, Frank! —lo acusó alguien. Sus mejillas se sonrojaron.

—Cierra el pico, Dooley.

Improbable se apartó de la mesa de juego.

—Está bien, pero tienes que prometer que te atenderás a las normas.

Era imposible que aquel guardia hubiera entrenado como yo, o que estuviera la misma experiencia en combate. En los túneles, los Cazadores nos tapaban los ojos para que lucháramos siguiendo solo nuestro oído y olfato. Al final llegué a ser lo bastante buena como para detectar los golpes según los movimientos del aire que notaba a mí alrededor. Podría vencerlo con facilidad.

Ansiosa por demostrar lo que podía hacer, di la espalda a Stalker. Sabía lo que quería. Me desabroché los dos botones superiores del vestido, y me lo quité por la cabeza. Los hombres de los barracones resoplaron, excepto Stalker y Fade, que ya se habían dado cuenta de que siempre llevaba mi ropa de combate debajo de la femenina parafernalia que Mamá Oaks me endilgaba. Llevaba unos pantalones, la túnica que había traído conmigo desde los túneles, y mis dagas sujetas en los muslos.

—¿Todas las chicas...? —susurró un guardia, pero otro lo silenció antes de que pudiera terminar la pregunta.

—Salid, entonces —dijo Improbable—. Nada de sangre, juego limpio, y el primero en caer pierde.

Aquellos términos eran aceptables. Me daba pena el pobre joven al que estaba a punto de humillar, pero, por su expresión, parecía pensar que aquello era una broma. Otros guardias se rieron, susurrando sobre mis posibilidades, y el joven levantó ambos brazos anticipando su fácil victoria y girando en un arrogante círculo. Así que quizá se lo merecía.

Sonríó mostrando una mella.

—Intentaré no hacerte daño.

Stalker, a mi espalda, se ríó disimuladamente, pero yo no lo miré para compartir una mirada cómplice. En lugar de eso me concentré en el hombre al que tenía que vencer para convencer a los demás de que me merecía un puesto en el equipo de Improbable. El guardia avanzó sin un estilo definido, creyendo que yo sería fácil de derrotar. Se movió con torpeza, y lo esquivé y giré hasta colocarme a su espalda. Cuando planté el pie en su trasero, el resto de guardias se rieron a carcajadas. La humillación creó parches escarlatas en su rostro.

—No juegues con él, Deuce —me recordó Fade.

En mi cabeza, Seda me respondió. *No malgastes energía. Acaba con él.*

Aunque el joven se hubiera reído de mí, no se merecía que se burlaran de él. Así que, la siguiente vez que se lanzó contra mí, golpeé sus piernas y me abalancé sobre Frank. Le rodeé la garganta con las manos. Si hubiera llevado mis dagas, ya estaría muerto.

Su estupefacta y rápida respiración era lo único que rompía el silencio.

—Estoy jodido —jadeó entonces.

Por lo que había visto en aquel encuentro, entrenaban poco cuerpo a cuerpo. O quizá no había creído que mereciera la pena hacer un esfuerzo conmigo. En cualquier caso, miré a Improbable para asegurarme de que aceptaba el resultado. El anciano asintió, así que me aparté y giré en un círculo lentamente por si el guardia tenía algún amigo enfadado dispuesto a defender su honor. Pero los demás parecían más sorprendidos que ofendidos.

Para demostrar que no le guardaba rencor, le ofrecí la mano. Frank la aceptó después de un momento de duda, y tiré de él para ayudarlo a incorporarse. Negó con la cabeza, mirándome con una mezcla de admiración e incredulidad.

—No será una decisión popular —dijo improbable entonces—, pero sería una estupidez malgastar un talento así. Si tus amigos luchan la mitad de bien, será un honor para mí teneros a todos en mí equipo.

Me sentí orgullosa. Aquella era la primera vez que sentí que podía llegar a ser feliz en Salvación, la primera vez que iban a permitirme ser yo misma.

—¿Cuántos seremos?

—Ocho. Un jefe de patrulla, que seré yo, un especialista en reconocimiento, y el resto como defensa.

—Yo soy bueno explorando —dijo Stalker.

No era una broma. Había sido él quien nos había guiado a través de las ruinas, a pesar de mis agudos sentidos y de la intuición de Fade. Asentí, apoyándolo.

Improbable se dirigió a todos nosotros.

—Recibiréis un pequeño salario a cambio de vuestro trabajo este verano.

Suponía que se refería a que íbamos a ganarnos nuestras propias fichas, que después podríamos gastar en las tiendas del pueblo. Eso estaría bien, porque odiaba depender de mis padres de acogida para todo lo que quería. Eran generosos, pero esa no era la cuestión; yo necesitaba ser independiente. Solo un niño aceptaría limosnas constantes sin protestar.

—Me gustaría que me reclutaras a mí también —dijo el joven que estaba a mi lado.

Improbable lo miró fijamente.

—¿Por qué, Frank? No quiero que empieces a darle problemas a esta chica, ni que intentes complicarle la vida. Te ha ganado justamente.

—No es eso, señor. —Se detuvo, y bajó la voz—. Creo que podría aprender de ella.

—No me sorprendería. Supongo que solo tengo que encontrar tres personas

más...

No había terminado la frase cuando tres guardias más dieron un paso hacia delante, presentándose voluntarios para unirse al equipo. No parecían haberse animado por venganza, o rabia, si no por una sincera admiración.

Quizá fuera buena ser diferente, al menos entre los guardias. Quizá mi destreza importaba más que mi sexo. Si las mujeres no fueran tan cotillas, Salvación podría llegar a gustarnos mucho.

—¿Cuándo empezamos? —le pregunté.

—La siembra será dentro de una semana —me respondió Improbable—. Saldremos entonces.

Para proteger a los campesinos. Aquello no se diferenciaba demasiado del modo en el que habían funcionado las cosas en los túneles. Parte de mí no podía creérselo. Después de tanto tiempo había encontrado mi lugar en el mundo, y tenía un trabajo importante que hacer. Con el tiempo, quizá me enseñaran a disparar y me dieran un turno en las murallas, con el resto de guardias. Como a Improbable, eso me mantendría ocupada cuando no estuviera de viaje.

Si tienes la suerte de que te elija como aprendiz. Primero tienes que acabar el colegio. Acordarme de aquello ensombreció un poco mi alegría.

—Gracias, señor. Estaré preparada. El viejo asintió.

—Nos encontraremos en los barracones el sábado que viene, antes del amanecer. Si Mamá Oaks te pone alguna traba, dile que hablé conmigo.

Una oleada cálida me recorrió. Quería abrazarlo, aunque él no le habría gustado eso más que a Seda. Así comencé con un brusco asentamiento, y después corrí hasta el barracón para recuperar mi estúpido vestido. Murmurando, me lo puse por la cabeza, y Fade me lo abrocho. Sabía que era él por el hormigueo que sentía en mi espalda. En los túneles me había tocado, primero por comodidad y después como consuelo. En la Superficie había pasado de rodearme los hombros con un brazo a probar la dulzura de sus labios. Notaba una sintonía con las manos de Fade que nunca había sentido con nadie más.

—Tengo que volver a la forja.

Stalker acarició mi mejilla con la punta de sus dedos al pasar, pero yo no podía apartar los ojos de Fade.

Cuando Stalker me tocó, Fade tensó los labios y apretó la mandíbula. La relación entre aquellas dos cosas me hizo entenderlo; quizá su distancia no había tenido nada que ver con lo que él sentía por Tegan, sino con lo que creía que yo sentía por Stalker. Se había apartado de mí mucho antes de nuestra llegada a Salvación. Cuando más se había acercado Stalker a mí, más se había alejado Fade.

Pensaba que Fade seguía enfadado conmigo porque no habíamos podido salvar a su vieja amiga Perla, a la que asesinaron los Freaks. En las ruinas, Stalker fue nuestro enemigo. Cuando escapamos de su banda con Tegan, nos persiguió y usó a Perla como cebo. Pero, antes de que lucháramos contra él por segunda vez, los Freaks nos

atacaron, y eso nos convirtió en aliados improvisados. Fade culpaba a Stalker de la muerte de Perla, y yo creía que aquella era la razón por la que no le gustaba que entrenara con él. Ahora me preguntaba si su distanciamiento no sería por algo aún más personal.

Nunca lo sabría si no preguntaba.

—¿Tienes que volver ya?

Hacía varias semanas que no me acercaba a él, y la ansiedad hundió su puño en mis tripas mientras me preguntaba si me rechazaría... y cuánto me dolería si lo hacía.

Sopeso la pregunta, y después murmuró con una mueca dolorida en los labios.

—Mi trabajo puede esperar un poco.

Me atravesó una oleada de placer. No me esperaba aquella respuesta, así que no sabía cómo seguir.

—¿Qué te gustaría hacer?

Fade se encogió de hombros con elegancia. Las reglas de Salvación eran distintas a las del enclave. Dormíamos separados, pero durante las horas del día los chicos y chicas confraternizaban sin censura; no era necesario llevar carabina. En los túneles no podía pasar tiempo con Stone a menos que Thimble nos acompañara, y no se me permitía llevar a un chico a mi espacio sin que alguien más estuviera presente. No habíamos hecho nada juntos últimamente, así que pensé que un paseo sería agradable.

—Mamá Oaks tiene un columpio en la parte de atrás —sugirió Fade para mi sorpresa.

Sabía cuál era. Un largo banco de madera sobre una plataforma, no tanto para los niños como para los que tenían que cuidar de ellos. Yo nunca lo había usado, pero sería un lugar agradable donde charlar en aquella soleada tarde.

—Vamos.

No sabía de qué hablaríamos cuando nos sentáramos, pero no tenía prisa por estropear la paz de aquel momento.

Aún teníamos que aclarar las cosas. Y a mí no me apetecía, incluso si eso significaba que Fade siguiera enfadado conmigo.

Atravesamos el pueblo en silencio hasta la casa de los Oaks. Mi madre de acogida no estaba fuera tendiendo la ropa o regando el jardín, y me sentí aliviada. Rodeamos la casa. El columpio estaba bajo el mismo árbol que usaba para escabullirme por las noches. Mirando con afecto aquella liberadora rama, me senté, y Fade hizo lo mismo. Se sentó más cerca de lo que esperaba, rozando suavemente su muslo con el mío. Eso me recordó cómo nos habíamos acurrucado juntos en los túneles antes de que descubriéramos qué había ocurrido en Nassau, y tuve que controlarme para no abrazarlo como había hecho entonces. Él era lo único que quedaba de mi antiguo mundo.

Fade encorvó los hombros y miró al suelo entre sus rodillas. La hierba crecía desigualmente, verde y marrón. Hasta hacía poco, había estado cubierta de nieve.

—Tengo la sensación de que quieres hablar conmigo de algo —me espetó.

Sí. Pero aquello no se me daba bien. Era mejor actuando que hablando, y no sabía cómo expresar mi descontento. Tartamudeé y me sentí avergonzada, pero incluso eso era mejor que prolongar la distancia entre nosotros. Así que tomé aliento profundamente y me giré hacia él. El movimiento hizo que el columpio oscilara ligeramente. Aunque no entendía por qué, me tranquilizaba, y redujo mi miedo de comenzar aquella tarea.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¿Por qué habría de estarlo?

Utilizaba aquella pregunta para no contestarme, y no pude dejarlo pasar.

—Dímelo tú.

Fade suspiró débilmente.

—No puedo estar contigo todo el tiempo. Es demasiado duro.

—¿El qué?

No tenía sentido.

—Verte con él.

No había duda de que se refería a Stalker, pero yo solo pasaba tiempo con él porque Fade no hablaba conmigo. Había visto a un perro en el pueblo persiguiéndose la cola... Así era como me sentía.

—No lo comprendo.

Las cosas no habían cambiado demasiado desde que llegamos a Salvación, pero Fade se inventaba excusas para evitarme. Prefería estar con Tegan o con desconocidos antes que conmigo. Mentiría si dijera que eso no me hacía daño. Después de los últimos meses, tenía una colección de cicatrices internas que rivalizaban con las que me había ganado el día de designación y con las que, más tarde, había recibido en combate. Cada vez que se apartaba de mí en el colegio, notaba un corte un poco más profundo.

—Antes eras mía —me dijo en voz baja—. Pero, en algún momento durante el viaje, te perdí. Y ahora eres suya.

Eso inflamó mi ira como pocas cosas podrían hacerlo.

—Yo no era tuya, y tampoco soy suya. Yo soy una Cazadora, Fade, no un viejo cuchillo que pueda cambiar de dueño.

Fade tenía unas ideas muy extrañas, de eso no había duda. Pero su expresión se suavizó un poco, y una media sonrisa apareció en las comisuras de su boca. Me gustó verla porque me tranquilizó. Estar en la Superficie le había sentado bien, su piel había adquirido un resplandeciente bronceado, pero incluso antes de eso ya era muy guapo. De hecho, a veces lo odiaba porque su tremendo atractivo atraía mis ojos de un modo que no me gustaba y que no podía controlar.

—Ya sé que eres una Cazadora —dijo entonces—. Has dejado claro que vives para pelear.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No me gusta compartir.

En cierto sentido, lo comprendía. En los túneles los recursos habían sido muy limitados y, cuando te ganabas tu nombre, te asignaban tu espacio personal. Aquello era como un milagro, tener un lugar que fuera solo tuyo. En la Superficie teníamos más espacio, pero, sin embargo, yo poseía menos cosas. Lo único que me quedaba eran mis dagas y mi voluntad, ya que había regalado a Tegan el garrote que Stone me había hecho. Me arrepentía de ello, porque dudaba que ella lo valorara y porque era

lo único que me quedaba de mi querido amigo Criador.

Aun así, sentía que Fade y yo no estábamos entendiéndonos. Seguía sin comprenderlo, como si fuera una forma borrosa en el fondo de un río, una forma que no podría saber si era un monstruo hasta que se abalanzara sobre mí. En ese momento, tenía la sensación de incomodidad; odiaba sentirme estúpida.

—Compartir... ¿Qué?

Recordé que Stalker me dijo que pensó que yo quería algo más, y que por eso había pasado tanto tiempo entrenando conmigo. Ya había aclarado aquello, ¿no? ¿Es que Fade también pensaba que yo quería algo más con Stalker? Ambos eran encantadores y agradables a la vista, pero estaba claro que pensar no era su punto fuerte. Es increíble que los hombres puedan salir de la cama cada mañana sin ayuda. Tendría que dejarle claro una vez más que solo tenía aquel tipo de magia con él.

El chico frunció el ceño, como si creyera que me estaba haciendo la tonta.

—A ti.

—Él no es mi compañero.

Usé la misma palabra que Fade había usado en el pasado para referirse a una unión más profunda que la que tienes con la persona que te guarda la espalda en un combate. Tenía un significado sentimental, algo que no podía expresar pero que sentía en mis huesos.

—Tú... ¿No estás con él?

Sus dudas me irritaban, porque yo nunca le había mentado. Cuando nos perdimos en el bosque y soñé con Seda, que me dijo que mantuviera el fuego encendido, no se lo conté a Fade porque habría pensado que estaba loca, pero no le menté.

—Somos amigos.

—¿No te ha besado?

Solo una vez en el bosque, por sorpresa. Desde entonces había aprendido a controlarlo, y nos limitábamos a entrenar juntos. Su beso no me había derretido, como lo había hecho el de Fade. Una parte de mí deseaba que ambos se dejaran de tonterías de Criadores y se concentraran en asuntos más importantes, pero otra quería estar cerca de Fade. Me gustaba la sensación de su brazo alrededor de mis hombros.

Antes de que pudiera contestar, colocó la palma de su mano en mi mejilla y sus oscuros ojos escudriñaron los míos. Satisfecho con lo que vio, apoyó su frente contra mi cabeza. Mi corazón latió traicioneramente ante su cercanía. Era una tarde soleada y clara, lo que significa que cualquiera podría vernos. Aunque las reglas no eran estrictas allí, podría meterme en líos si me sentaba tan cerca de él y permitía que me tocara, pero no me importaba.

—Te echo de menos.

No pretendía decírselo, aunque era verdad. Admitir que lo necesitaba me parecía una debilidad; mostraba dependencia y vulnerabilidad.

Pero, cuando levantó la cabeza, sus ojos oscuros brillaron más de lo que nunca lo habían hecho, como si hubiera estrellas en su interior.

—Ha sido horrible estar sin ti, pero creí que lo preferías a él. Estaba dispuesto a respetar tu decisión.

—Es solo un amigo —le dije de nuevo—. Él no es como tú.

—Las normas aquí son distintas a las del enclave —murmuró—. No hay nada de malo.

—¿En qué?

—En esto.

Su beso no me sorprendió. Mi respuesta sí. El placer me atravesó en el mismo momento en el que sus labios rozaron los míos. Lo presioné contra mi cuerpo, deseando salir de mi piel y fundirme con la suya. Fade me rodeó con sus brazos temblorosos como si sintiera lo mismo. Aquellos sentimientos tan fuertes me aterrorizaban y entusiasmaban a partes iguales. Aquellas sensaciones eran la razón de los ruidos que había escuchado en el enclave, los jadeos y gemidos de los Criadores mientras creaban una nueva vida. En el pasado siempre había imaginado que era una tarea desagradable, como patrullar en los túneles traseros, y que lo aceptaban a regañadientes para obtener el resultado deseado. Ahora ya no estaba tan segura.

Cuando nos separamos, mi corazón latía furiosamente en mis oídos y no podía recuperar el aliento. Sorprendida, me rocé los labios con los dedos.

—Esto es peligroso. ¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Desde cuándo sé qué?

—Desde cuándo sabes que puede ser tan... tan... Me quedé sin palabras.

—¿Tan bueno? —sugirió, pero fue una descripción muy pobre. Aun así, yo carecía de una mejor, así que asentí y él continuó—. Desde la primera vez que te besé.

Recordaba aquel momento vívidamente: lo aparté del gentío después de que ganara la ronde de combates de la fiesta, para evitar que perdiera el control y atacara a los que lo estaban felicitando. Después de eso, contuvo el aliento mientras me ocupaba de él.

—Nunca había tenido un compañero que me prestara tanta atención como tú.

Aquello me hizo sentir que me había pasado. Fade había tenido dos compañeros antes de mí, así que él sabía mejor que yo lo que podía considerarse un comportamiento normal. Quizá le dedicaba demasiada atención. Eso era inadecuado, y Seda podría degradarme a Criadora si lo descubría.

—Debería volver —murmuré.

—Todavía no.

Con una escandalosa libertad, tiró del nudo de mi cabello de modo que se derramó alrededor de mi rostro.

—¿Por qué has hecho eso?

Contuve la respiración mientras él peinaba con los dedos los mechones alrededor de mi rostro, acariciándome. Nos movíamos en un terreno delicado. Si alguien nos

viera...

—Quería saber qué aspecto tendrías.

Retrocede, me dije a mi misma. Márchate ahora mismo. En lugar de eso me quedé paralizada mirando sus imposibles ojos oscuros.

Inclinó la cabeza y rozó mis labios con los suyos. Su cabello cayó sobre mi frente, lacio y suave. La sorpresa me mantuvo inmóvil; la sorpresa... y algo más. Parte de mí quería acercarse más a él. No debería desear eso. Una Cazadora no. La vergüenza, la confusión y el deseo combatieron por el demonio. Contra toda prudencia, dejé que mi frente rozara su mandíbula, solo un susurro de calor que me envolvió como un par de brazos. Y después me aparté de él.

Incluso entonces, Fade había abierto puertas prohibidas en mi cabeza, me hizo desear cosas que una Cazadora no podría tener nunca. Pero su respuesta me intrigaba, así que tuve que preguntarle:

—Entonces, ¿te sientes... excitado por mí?

—Excitado. —Repitió la palabra con un regocijo que a mí me habría avergonzado—. Buen modo de describirlo. Sí. Desde hace mucho tiempo.

La seguridad de su respuesta hizo desaparecer mis largas semanas de duda y confusión, y de pronto me sentí tan acalorada como si mi vientre estuviera en llamas. Entrelazó sus dedos con los míos y colocó nuestras manos unidas sobre su rodilla, pero no intentó nada más. Era lo mejor.

Yo no me sentía preparada, y seguro que Mamá estaba preocupada. Si todas las chicas de la Superficie sabían lo agradable que era besar, existía el peligro de que comenzaran a aparecer niños nuevos por todas partes.

—Es normal que nos guste estar juntos —le dije, intentando expresar lo que sentía.

—Creo que sí. Aunque no soy un experto. No me sentía así con nadie más.

Fruncí el ceño.

—Espero que no.

Eso es, pensé. Fade tenía miedo de que yo sintiera esto con Stalker.

Acababa de darme cuenta de que aquello era lo que Stalker quería de mí, aunque quería que lo hiciera por decisión propia, y no por obligación. Yo no tenía ninguna duda de que él se había apareado para mantener estable la población de Lobos, pero no habría sido lo mismo.

—No quiero que esto sea un secreto —dijo Fade entonces—. La gente debería saberlo.

—¿Qué?

—Que eres mía.

Me enfade un poco al oír que lo expresaba de ese modo.

—Fade, esto no cambiará nada. Yo sigo perteneciéndome a mí misma y, aunque decida compartir esto contigo, eso no significa que sea propiedad tuya.

—No estoy diciendo eso.

Sonaba frustrado, como si hubiera algo crucial y oculto que yo no pudiera entender.

—¿Qué estás diciendo, entonces?

Seguro que las chicas del colegio no se sentían tan confusas.

—Que tengo derecho a besarte... Yo, y nadie más.

Por fin. Estaba totalmente de acuerdo. Y eso significaba que tendría que dejarle clara la situación a Stalker. Podría no salir bien. Me había dado cuenta tarde de que él quería tener aquel mismo derecho. Yo había temido que Fade prefiriera a Tegan, pero quizá él había buscado su compañía porque era un rostro familiar, igual que yo había buscado a Stalker. Todo parecía mucho más complicado ahora.

Entonces me asaltó una duda.

—Cuando me preguntaste si aún te elegiría como compañero, ¿era esto lo que querías? ¿La exclusividad de los besos?

Fade bajó la cabeza con un toque de color en las mejillas.

—Sí.

—Entonces. ¿Por qué no lo dijiste claramente?

—Temía que me dijeras que no.

Lo comprendía. ¿No había tenido miedo yo de ir a buscarlo? Fade tenía una habilidad única para colarse en mi interior y retorcer mi corazón. Quizá yo también tenía ese poder sobre él. Era un pensamiento asombroso.

—Yo nunca te haría daño a propósito —le dije. Y el alivio se reflejó en un rostro, así que supe que tenía razón. Continué—. Si no me dices lo que te pasa por la cabeza, no puedo adivinarlo. Recuerda... no soy muy hábil con este tipo de cosas. Luchar o entrenar es lo único que sé hacer.

Fade me rozó la mejilla.

—Aprenderemos juntos.

Me sentí aliviada. Después de todo, el exilio en la Superficie podría ser soportable si podía luchar durante el día y disfrutar de los besos de Fade cuando no estuviéramos trabajando. Me alegraba de haberlo invitado a las patrullas. Si hubiera descubierto que iba a salir con Stalker sin decirle nada a él, le hubiera hecho daño. Lo habría visto como otro ejemplo más de que yo prefería a Stalker antes que a él, en lugar de la verdad, que era que Stalker estaba más disponible... y que venía a buscarme a menudo.

Pero ahora comprendía por qué. Debía tener más cuidado. Dejarle entrar en mi habitación (y hablar sobre huir juntos) seguramente había hecho que Stalker malinterpretara mis intenciones... y mis sentimientos por él. Suspiré débilmente. La conversación en la que sacara de su error no sería agradable.

—¿Qué pasa?

Aquella era una carga que no podía compartir con Fade. Me había metido en aquel lío debido a mi nula comprensión sobre cómo se relacionan entre hombres y

mujeres, así que tenía que enmendarlo. Pero ¿cómo podría haberlo sabido? No era algo que hubiera podido aprender en los túneles, donde era una Cazadora. Seda me habría apuñalado si me hubiera pillado meditando sobre mis sentimientos. Aquella debilidad estaba reservada para los Criadores, y con razón.

Suspiré.

—Siento que hayamos pasado dos meses separados.

—Bueno, creo que te asusté —murmuro—. La noche en la que Improbable nos encontró, te dejé claro lo que sentía por ti.

Si lo había hecho, yo no lo recordaba. Tenía fiebre y estaba asustada porque pensaba que Tegan se iba a morir. Excepto el sueño en el que Seda me había dicho que mantuviera el fuego encendido, todo lo demás estaba borroso. Recordaba haberme acurrucado en sus brazos, con nuestra amiga recostada sobre nuestros regazos, pero no creía que eso significara nada especial.

—No sé qué me dijiste aquella noche admití. —Pero eres la persona más importante de mi vida. Eres lo único que me queda.

Me equivoqué al decir eso. Sus largos dedos se apartaron de los míos.

—¿Quieres estar conmigo solo porque te recuerdo una vida que te gusta más que esta?

—No. —Negué instintivamente, pero tenía que ser sincera—. Añoro mi vida, Fade, pero ¿no es normal? Viví allí durante quince años. Tenía amigos y familia; todo mi mundo estaba allí. Aún estoy intentado encajar en la Superficie... y creo que la patrulla de verano me ayudará.

—No sé si lo comprendes, pero nunca he tenido a nadie que se preocupe por mí, que me quiera por quien soy, desde que murió mi padre. Todos los demás querían algo de mí, pero no era personal. Necesito que contigo sea personal.

—Lo es —le prometí.

Fade me abrazó con fuerza y desesperación. Mi corazón se desbocó.

Él te necesita, pensé. No lo decepciones.

No podía recordar ningún momento en el que me hubiera sentido tan feliz... ni tan asustada.

La semana siguiente pasó muy rápido.

Cuando no estaba trabajando para mi madre adoptiva, tomaba clases de tiro. No tenía un rifle propio, pero, si un compañero caía, debía saber qué hacer con su arma. Aunque me faltaba experiencia, tenía una destreza natural con las armas y la práctica me haría aún mejor.

Al principio, como era de esperar, a Mamá Oaks no le gustó que me uniera al grupo de Improbable. Intentó sacarme la idea de la cabeza, diciéndome:

—Hay que respetar ciertas reglas, Deuce: hay trabajos de hombres, y trabajos de mujeres. Salvación lleva un centenar de años funcionando con éxito gracias a estos principios.

—Yo no soy de Salvación —le dije.

Pero ella no había hecho más que empezar.

—Ahora vives aquí, y eso significa que debes aprender nuestras costumbres. Las mujeres se ocupan de la cosecha, de tejer tela, de coser ropa, de preparar la comida...

—Pero a mí no se me da bien nada de eso —la interrumpí—. Tú siempre dices que hay un ser divino a cargo del mundo, ¿no?

Mamá Oaks comenzó a ponerse nerviosa.

—Sí, pero...

—Entonces, ¿por qué permitió que aprendiera a luchar, y que fuera buena en ello, si va contra sus reglas?

—Por favor, no dejes que nadie más te oiga decir algo así —me respondió, con un suspiro—. Está peligrosamente cerca de la herejía.

Como no sabía qué era eso, me mantuve callada. Mamá Oaks continuó.

—Si vas, podría haber consecuencias. La gente podría... sentirse incomoda.

—¿Os darán problemas a ti y a Edmund? La mujer se encogió de hombros.

—Podía ser, pero no te preocupes por nosotros. Hemos sufrido cosas peores. Haz lo que quieras, aunque eso ponga algunas lenguas en movimiento.

Como no había esperado tanto apoyo, le sonreí sinceramente.

—Gracias Mamá Oaks.

Mi padre de acogida no compartía su punto de vista, así que durante la cena hubo cierta tensión. Cuando me fui a la cama, escuché a Mamá Oaks discutiendo con Edmund. Edmund no quería que yo participara en la patrulla de verano, y su mujer le rebatía diciendo que prohibírmelo me alejaría de ellos, como había ocurrido con Rex.

Sabía que había algún motivo para que su hijo no los visitara. Pero, aun así, aquello no era asunto mío.

El sueño llegó rápidamente y, si tuve pesadillas, no las recordé al despertar. Me levanté temprano, me vestí con mi ropa de combate (pantalones y túnica) y después

comí pan con mermelada mientras minutos más tarde, salí de la casa sin despertar a mis padres adoptivos y corrí por las calles de Salvación.

Me reuní con el resto del equipo en los barracones, como Improbable nos había pedido. Fade y Stalker estaban allí, esperándome a mí, o un poco de acción, con una mal disimulada impaciencia. La semana anterior había mantenido cerrada mi ventana y Stalker debía de estar preguntándose por qué, pero yo había optado por no enfrentarme a la situación antes de que comenzáramos nuestro nuevo trabajo. Me parecía mejor no perturbar el equilibrio... o quizá solo era una cobarde. Tenía que manejar aquella situación con cuidado para que no estallara.

A pesar de nuestro acuerdo, Fade no intentó tocarme, y me alegré de ello. No quería que el resto de guardias tuvieran esa imagen de mí. Por eso abandoné mi vestimenta de mujer y me puse lo que había llevado en las patrullas de los túneles. Los hombres se dieron codazos unos a otros, y yo me tragué un suspiro. Aquellas ridículas restricciones de género amenazaban con asfixiarme.

Afortunadamente, nuestro líder no tenía ningún interés en mis pantalones. Improbable ya estaba dando órdenes con su estilo lacónico.

—Nos reunimos con los sembradores en la puerta delantera y los escoltaremos hasta los campos. Una vez allí, nos dividiremos en grupos de cuatro. Uno permanecerá con los trabajadores en todo momento. Los demás patrullarán.

—¿Cambiaremos de tarea? —le preguntó uno de los guardias.

Era una pregunta tan inteligente que le perdoné por haberse sorprendido al ver a una chica con pantalones.

Improbable asintió.

—Rotaremos para que nadie se aburra ni se acomode demasiado.

Aquella me pareció una decisión prudente. Si un equipo pasaba demasiado tiempo viendo trabajar a los sembradores, podía resultar peligroso. Y aquella era una tarea importante. Si la siembra no tenía éxito, habría poca comida para el invierno. Sacrificando a las bestias domesticadas solo sobrevivirían un tiempo, y yo era más consciente de la necesidad de una nutrición adecuada que la mayoría. Había sido una de las leyes inmutables de los túneles; si no comíamos lo suficiente, pagaríamos el precio y nuestros cuerpos enfermarían y se debilitarían antes de lo debido.

Entonces me pregunté si los ancianos del enclave sabían tanto sobre la alimentación como afirmaban, o si su tozuda ignorancia fue lo que propició la degradación que se llevaba a nuestra gente siendo aún joven. Siempre se habían inventado las respuestas para todo lo que no comprendían. En cierto momento, un Guardián de las Palabras prefirió inventarse reglas arbitrarias antes que revelar su ignorancia. Debía de haber alguna razón, sin duda, pero yo nunca lo conocería. Aquel modo de vida se había perdido.

Con aire decidido, presté atención a Improbable, que estaba dando algunas instrucciones de última hora. Entonces, los demás formaron en filas de dos. Era un desfile mucho más formal de lo que yo estaba acostumbrada, pero pronto aprendí el

valor del orden. En contraste, los sembradores iban desperdigados. Eran hombres y mujeres que habían sido elegidos por su destreza en el cuidado de las cosas verdes que crecían en el campo. Por desgracia, la mayoría no estaban preparados para la vida en el exterior de la muralla, e incluso el corto viaje hasta el campo les resultó difícil.

—Se ha perdido un saco entero de semillas —se lamentó un hombre bajito, retorciendo las manos—. Se almacenó al final de la cosecha pasada, y ahora ha desaparecido.

Con una dura mirada, Improbable nos dejó mientras iba a ocuparse de la situación. Estaba a cargo de los viajes de aprovisionamiento, pero también era el responsable de los recursos de la comunidad. Aquella mañana parecía más viejo de lo normal e increíblemente cansado, como si dirigir a los sembradores fuera una carga indeseable. Pero llevaba haciendo aquel trabajo más de veinte años, un hecho que nunca dejaba de sorprenderme, y lo hacía bien, con la pericia nacida de la larga experiencia. En el enclave, los ancianos solo vivían hasta los veinticinco, más o menos, atrofiados por alguna combinación de factores que yo no entendía.

Aquel caos me parecía fascinante, ya que en los túneles rara vez se discutía con los ancianos. Había dos mujeres protestando frente a Improbable por las provisiones perdidas, diciendo algo sobre roedores y telas. Cuando Stalker se acercó a mí, estaba intentando aguantarme la risa. Su presencia eliminó mi buen humor rápidamente porque la culpa hundió sus colmillos en mi vientre y no lo soltó. Era probable que le hubiera dado razones para pensar que yo sentía algo por él. Escabullirme para reunirme con él, hablar sobre nuestra miseria mutua y pensar en huir juntos... cómo habría deseado no haberlo hecho nunca. Debería haberme limitado a entrenar. Ahora, aquellas noches me parecían promesas rotas.

—Las últimas noches tu ventana ha estado cerrada —me dijo en voz baja—. ¿Qué tengo que pensar de eso, paloma?

No temía que se enfadara, pero si perdía su amistad me arrepentiría, porque había demostrado ser feroz, leal, y firme. Sin embargo, había llegado el momento de dejar de evitar aquella conversación.

—No puedo seguir saliendo contigo por la noche.

—¿Por qué no?

Seguramente lo sabía, pero quería que yo lo dijera.

—Yo...

—Deja de husmeara su alrededor. —Fade me puso la mano en el hombro—. Ella está conmigo.

Eché una mirada al resto de guardias, pero estaban demasiado ocupados viendo la discusión de Improbable como para prestar atención. Afortunadamente. Me moriría si perdía su respeto por un tema tan ridículo, por algo relacionado con chicos celosos y sentimientos.

—¿Es eso cierto?

Bajo las cicatrices del rostro de Stalker había una inconfundible expresión de

dolor disfrazada de frialdad.

Odiaba aquello, pero asentí. El chico se encogió de hombros y se marchó para unirse a los guardias. Se oyeron risas, así que debía de decir algo gracioso. Si había algo en lo que Stalker era bueno era en adaptarse a las situaciones nuevas. Debía de sentirse como si hubiera perdido a su único aliado en aquel pueblo, pero no lo mostraría.

—¿Has disfrutado?

—No he olvidado lo que nos hizo —me dijo Fade—. Ni lo que le ocurrió a Perla porque él la obligo a salir, ni que quiso usarla para atraparnos a nosotros. Lo dejé a un lado porque durante el viaje necesitábamos sus cuchillos, pero nunca será mi amigo.

Yo veía las cosas de otro modo. Si me hubiera criado en las bandas, habría sido una Criadora sumisa. Teniendo en cuenta de donde venía, Stalker no era tan malo como podría haber sido. Además, parecía dispuesto a cambiar, pero Fade nunca compartiría mi punto de vista, y me parecía una mala idea enfadarlo justo cuando acabábamos de hacer las paces.

Para mi alivio, Improbable encontró rápidamente las semillas perdidas y la última carreta pudo partir por fin. La distancia no era demasiada, pero a los que pasaban su vida en el interior de Salvación les parecía una tarea monumental. Les había sorprendido que cuatro jóvenes hubieran sobrevivido en un entorno plagado de Freaks, animales salvajes, y solo el cielo sabía que más.

Eso del cielo era un nuevo concepto para mí, como lo del alma. Supuestamente, era el lugar al que la gente iba después de morir. A veces me preguntaba si vería a los que había perdido o si el niño ciego al que no había podido salvar estaría esperándome para darme un puntapié, pero no podía preguntarle aquello a mi madre de acogida.

De todos modos, yo no iría allí, porque solo la gente que seguía todas las reglas conseguía ir al cielo.

Las puertas se abrieron con un chillido atormentado para dejar salir a la caravana: treinta y dos guardias y casi el mismo número de sembradores. La siembra anual era un jaleo tremendo, pero, por lo que parecía, era lo habitual. La tierra que rodeaba Salvación estaba tan tierna como lo había estado la primera vez que la atravesamos, pero la promesa de la primavera había comenzado a despertar brotes verdes en los árboles. Del mismo modo, la hierba marrón estaba volviendo a la vida, pero en el horizonte nada me dio esperanzas de que hubiera otros asentamientos cerca. A su modo, Salvación estaba tan aislada como el enclave subterráneo.

Como las mulas no podían avanzar demasiado rápido, caminamos junto a las carretas, alertas por si había problemas. Mi trenza me golpeaba la espalda suavemente mientras me movía. Había habido Freaks en la zona durante algunas semanas, desde mucho antes de nuestra llegada, y aquella sería su primera oportunidad de atacar a los colonos fuera de las murallas. Si los Freaks se volvían más listos encontrarían un modo de entrar o de atacar las fortificaciones del pueblo;

me alegraba de que aún no fueran lo suficientemente asuntos como para idear estrategias.

Olí a los monstruos mucho antes de verlos. Era imposible pasar por alto aquel hedor que transportaba la brisa de primavera. Apestaba a muerte y a cosas podridas, a esperanzas irremediabilmente perdidas y a la tormenta del ansia eterna.

En las clases de Historia de la señorita James había aprendido que los hombres fueron los responsables del origen de aquellos monstruos, por tener la arrogancia. Normalmente no hablaba en clase, pero aquel día levanté la mano.

—¿Qué es arrogancia?

La clase se rio nerviosamente.

La señorita James no los silenció, y su sonrisa se volvió ladina.

—El orgullo o la confianza excesiva en uno mismo. La soberbia, si quieres.

Entendí que ella pensaba que esa palabra podía aplicarse a mí. Recordé la conversación en la que le dije que no necesitaba aprender nada que ella pudiera enseñarme. Me encogí de hombros y me pregunté qué había hecho la humanidad para crear a los Freaks. Cuando tuviera tiempo le preguntaría a Improbable o a Edmund cuál fue su origen.

—Están cerca —dijo Fade entonces, lo bastante alto como para que el resto de guardias lo oyeran. Ya tenía sus cuchillos en las manos. Me estremecí de placer al ver sus cuchillos en las manos. Me estremecí de placer al ver su esbelto cuerpo tenso y preparado para el combate.

Nuestros compañeros amartillaron sus armas, un sonido metálico que provocó que los sembradores gimotearan de miedo.

—Quizá deberíamos regresar —susurró uno de ellos—. La siembra no tiene por qué hacerse hoy.

—¿Y qué día será totalmente seguro? —le preguntó Improbable, con desdén.

Yo comprendía su enfado, y la razón por la que había decidido hacer sus largos y solitarios viajes de aprovisionamiento. Los aldeanos a los que protegía eran tan cobardes como ratones, escondidos tras sus murallas. Yo prefería tener el enemigo al alcance de mis dagas, donde podía ver el final de una batalla antes de que comenzara la siguiente.

Improbable no esperó una respuesta.

—Mantened a las mulas en movimiento. Casi hemos llegado al primer campo.

Seguramente pensaron que como mucho encontraríamos un par de Freaks dispersos, los supervivientes del último asalto a las murallas. Pero una verdadera horda salió de entre los árboles, corriendo hacia nosotros con su monstruoso fervor.

Se acercaban inhumanamente rápido, con sus cráneos deformados, su piel amarillenta y sus sanguinolentas úlceras. Sus ojos giraban en sus cabezas mientras corrían, concentrados en el festín que tenían delante.

Los disparos resonaron sobre los gritos de los aterrorizados sembradores. Se acurrucaron en las carretas, cubriendo las semillas con sus cuerpos como si fuera eso

lo que los Freaks querían robar. Pero aquellas criaturas eran carnívoras; jamás los había visto comer plantas silvestres. Cazaban animales cuando no podían encontrar algo mayor, o mejor, y parecían ver a la humanidad como su enemigo natural.

Son demasiados, pensé, aunque no dejaban de caer con agujeros en sus cráneos y torso. Las armas eran aterradoras a distancia, pero habían cargado contra nosotros demasiados Freaks, y pronto los tendríamos encima. Esperaba que el resto de guardias supieran luchar cuerpo a cuerpo tan bien como sabían disparar.

En cuanto a Fade y a mí, nos pusimos espalda contra espalda, como venas. Tenía mis dagas en las manos y mi compañero a mi espalda; no temía a nada, ni siquiera a la muerte.

Nos golpearon como una ola de aquella masa de agua enorme que había visto una vez junto a la tierra rocosa. Entré en combate con una carcajada que hizo que el resto de guardias se estremecieran. Golpe, bloqueo, estocada. Mi vida cobraba sentido de nuevo: debía luchar contra aquellos depredadores y alejarlos de mi gente. No era una niña. Era una Cazadora.

Su apetosa sangre me salpicó al matarlos. Era un olor mohoso, uno que permanecía en la piel y en la ropa después de lavarte varias veces. Casi lo había olvidado, después de tantos meses tras la muralla. A mi lado, Fade clavó su cuchillo en la garganta de un Freak y, antes de que hubiera caído, lo atacó otro, intentando clavarle sus mugrientos dientes. Trozos de carne colgaban de su boca, un bocado de un guardia que no había sido tan hábil con el cuchillo como lo era con el rifle.

No podía pensar en eso, no ahora. Improbable usaba su Vieja Chica como un garrote contra el cráneo de cualquier Freak que se acercara demasiado a las carretas. Stalker necesitaba aquel combate, pensé. Su furia se mostraba en cada corte de sus cuchillas, y los Freaks caían ante él a montones.

Pero no podía seguir mirando a los demás. Necesitaba toda mi concentración para evitar que me acorralaran... y, para cuando el último Freak cayó, el brazo me ardía por la falta de costumbre. A pesar de mi esfuerzo, Salvación me había debilitado, y eso me enfurecía. Tenía que entrenar más. Tenía que luchar más.

Jadeando, me tomé un segundo para examinar la situación. Demasiados cadáveres. A dos sembradores les había entrado el pánico y habían intentado huir; yacían muertos a poca distancia de las carretas, destrozados. Habíamos perdido cuatro guardias. Por las expresiones de los que me rodeaban, así no solía comenzar la temporada de siembra.

—Dejadlos —dijo tranquilamente Improbable—. Si no plantamos las semillas, habrán muerto para nada.

La taciturna procesión continuó hacia el campo, y yo me pregunté qué calamidades nos tendría preparadas el destino. Si lo hubiera sabido entonces, quizá no habría seguido adelante.

O quizá sí.

Después de todo, yo había nacido para ser Cazadora.

Los sembradores supervivientes se recompusieron lo suficiente como para terminar su labor, al menos, aunque lo hicieron con aire lastimero. Pensé que las semillas plantadas con dedos ensangrentados darían frutos amargos, pero no podía decirlo en voz alto. Seguramente era un sinsentido del que todos se reírían.

Pero no se burlaron de mi modo de luchar.

Un par de guardias me preguntaron por mi entrenamiento mientras vigilábamos el campo. Frank, el joven al que había vencido para ganarme mi puesto, parecía especialmente interesado.

—¿Es difícil aprender a usar los cuchillos así?

—Se necesita tiempo —le contesté.

—¿Es peligroso?

—Al principio no se entrena con cuchillos de verdad.

—¿Te importaría enseñarme algunos movimientos?

—No, si a ti no te importa aprender de una chica.

Otros hombres se rieron al escuchar eso, pero Frank se encogió de hombros.

Esperé instrucciones. Normalmente, el grupo se dividía y se plantaba más de un campo a la vez, pero Improbable no se sentía cómodo con aquella práctica. Pensaba, teniendo en cuenta el número de Freaks al que nos habíamos enfrentados antes, que era más seguro plantar de uno en uno y no diluir nuestra fuerza. Después de la batalla de aquella mañana, estuve de acuerdo con él.

Me acerqué a Improbable, que estaba apoyado contra uno de los carros con su Vieja Chica en los brazos.

—¿Cómo es normalmente la siembra?

—Así no. —Su tono era serio—. Hacía muchos años que no era así. Su número era totalmente... antinatural.

No eran buenas noticias. Durante nuestro viaje hacia el norte vimos evidencias de una gran invasión de Freaks, pero como acababa de llegar a la Superficie, no sabía si aquello era normal. Fade me contó que no había Freaks en la Superficie cuando era niño, pero era imposible saber cuándo salieron por primera vez al exterior. Yo solo sabía que no habían llegado a la zona de las ruinas en la que vivía Stalker, porque él no los había visto antes de encontrarse con nosotros.

Llegué a la conclusión de que los Freaks no podían haber nacido bajo tierra, como yo, porque de haber sido así no estarían tan extendidos. Parecía que aquella plaga había podrido todo el mundo, como se pudre un cadáver. No sabía de dónde habrían salido, pero debía de haber un foco, la parte más profunda de una herida infectada.

—Entonces, ¿hay más que de costumbre? —le pregunto Stalker, uniéndose a nosotros. Parecía haber agotado parte de su enfado durante la batalla, pero todavía no

me miraba a los ojos.

—En ese grupo había más de los que solemos ver en todo un año —contestó el anciano, con la frente arrugada.

—¿No dejáis guardias vigilando los campos? —le preguntó Fade. Improbable negó con la cabeza.

—No hay necesidad. Los mutantes no tienen emboscadas, solo merodean.

—Te lo dije: los que nos encontramos estaban haciéndose más listos.

Se lo advertí cuando llegamos a Salvación, pero no sabía si me había tomado en serio.

Entonces suspiró.

—Justo lo que necesitábamos, como si nuestra vida aquí no fuera ya lo suficiente dura.

El resto del día pasó sin incidentes. Si había otros Freaks en la zona, habían decidido perseguir presas más fáciles. Pero el ataque me dejó muy preocupada. Habían estado esperándonos, y aparentemente sabían la ruta que iba a tomar la caravana. También debían de ser conscientes de que habría más viajes de ida y vuelta a los campos, al menos durante un breve espacio de tiempo. Cuando las plantas germinaran, los sembradores volverían, y entonces se acabarían las patrullas.

Para mí, estaba claro que lo iban a intentar de nuevo.

Mis instintos me decían también que, si aquellos Freaks eran lo suficientemente listos como para planear una emboscada rudimentaria, quién sabía qué más podrían idear. Aquellos eran, definitivamente, los más listos que yo había visto, y eso era aterrador. Stalker no tenía experiencia suficiente con las criaturas para poder juzgar; en el camino de vuelta me acerqué a Fade, preguntándome si pensaba lo mismo que yo.

—¿Qué opinas? —le pregunté en voz baja. Confirmó mi opinión en un susurro.

—Los monstruos son diferentes.

—¿Tienes alguna idea de qué está cambiándolos? Fade negó con la cabeza.

—Si lo supiéramos, quizá podríamos hacer algo al respecto.

Sí, aquel era el quid de la cuestión. Valoraba la pequeña porción de respeto que me había ganado en el combate de aquel día, y no quería perderla haciendo circular alocadas teorías para las que no tenía solución. Era posible que el tiempo que había pasado en los túneles me hubiera hecho reacia a compartir mis pensamientos con los ancianos, pero en aquella coyuntura no podían culparme por ser cauta. Estábamos en una situación precaria, una que me hizo un nudo en el estómago cuando nos acercamos a las puertas de Salvación. Llevábamos una carga demasiado pesada; la amenaza de perder mi refugio me asustaba y, cuando no estaba luchando, el miedo me dominaba como a todos los demás. Pero yo lo escondía mejor que la mayoría.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el guardia.

—Mutantes —continuó Improbable—. Seis bajas. ¡Abre las puertas antes de que oscurezca!

Un murmullo se extendió entre los guardias de la muralla, y la noticia se difundió rápidamente en el pueblo. Desde fuera oí el alboroto de la gente al conocer la noticia. Los guardias que estaban en la muralla aquella noche debían de alegrarse de no haber salido de patrulla de verano; solo una loca como yo creía que un trabajo tan arriesgado hacía que su vida mereciera la pena.

Nos recibieron sin ceremonia, y había esposas y maridos esperando para ver si habían perdido a alguien. Para mí sorpresa, encontré a Mamá Oaks buscándome, con Edmund a rastras. El hecho de que él también hubiera salido de noche a recibirnos me hizo sentir mejor. Había temido que me viera solo como una persona molesta que dormía en su casa y se comía su comida, pero al parecer no era así.

—Estás cubierta de sangre —me dijo Mamá Oaks con un pequeño sollozo. Tenía los ojos húmedos, y Edmund le dio una palmadita en la espalda sin convicción.

—No estoy herida.

No comprendía qué estaba pasando.

—Abrázala —me aconsejó Improbable amablemente—. Perdió a su hijo y ahora que te ha adoptado...

Adoptado. Aquella era una nueva palabra. No sabía lo que significaba, pero creía que tenía que algo que ver con el modo en el que acercó sus manos a mí antes de retirarlas, como si no supiera qué hacer con ellas. Sintiéndome incómoda, me acerqué y añadí mi gesto de consuelo al de Edmund. *Las mujeres son sentimentales*, me decía su mirada. Por primera vez, compartí un momento de total sintonía con él. Si era así como reaccionaban las mujeres de Salvación, no creía que llegara a convertirme en una de ellas, por muchos vestidos que Mamá Oaks cosiera para mí.

—Estará bien en un minuto —me dijo Edmund.

—Estoy bien —replicó la mujer entre lágrimas—. Deberíamos volver a casa para que puedas lavarte. Va a ser imposible dejar limpia esa ropa.

Lo comprendía. En los túneles, la gente protestaba a veces por cosas que no tenía nada que ver con lo que les preocupaba realmente. Era un rasgo que, al parecer, tenían en común todos los seres humanos. Me fui con mis padres adoptivos sin protestar, mientras echaba un vistazo perplejo a Fade. Me parecía mal que los Oaks hubieran estado esperándome a mí, y que él no tuviera a nadie. El señor Jensen no había ido a ver si su ayudante había regresado con vida.

—Esperad —les dije, negándome a alejarme más.

Edmund frunció el ceño, porque aquello retrasaría su cena.

—¿Qué pasa?

—¿Podemos invitar a Fade a cenar?

Mamá Oaks estaba muy sorprendida, pero no por mi deseo de que viniera Fade.

—Pues claro. Puedes invitar a tus amigos siempre que quieras. Ahora, nuestra casa es tu casa.

Hasta aquella noche había pensado que me había acogido por obligación, por caridad. No sabía que se preocupaba por mí. ¿Por qué iba a hacerlo? Yo no era una

niña normal, alguien a quien hubiera elegido para su familia. Y, aun así, sus sentimientos eran inconfundibles; había estado preocupada por mí. No creía que nadie lo hubiera estado antes. Yo era una Cazadora, así que, si salía y moriría, solo habría sido parte de mi trabajo.

Comencé a sentir una calidez en mi estómago que se extendió hasta convertirse en un cosquilleo en la punta de mis dedos. Por impulso, abracé a Mamá Oaks rápidamente, como había visto hacer a otras chicas. La mujer me miró con asombroso, como si hubiera hecho algo especial. Ella no era mi madre, pero dudaba que la chica que me había engendrado en los túneles hubiera pensado un solo instante en mi seguridad. El enclave tenía sus propias reglas y no permitía que se formaran lazos entre los niños y sus padres. Por primera vez, casi comprendía la pérdida que había sufrido Fade, porque él sí podía recordar a sus padres.

Me giré y corrí de nuevo hasta las puertas, desde donde aún nos observaba Fade.

—Ven a cenar con nosotros.

El chico miró sus ropas manchadas y ensangrentadas y negó con la cabeza.

—No puedo.

—Lávate, Cámbiate, y después ven. Por favor.

Fueron aquellas dos últimas palabras las que lo convencieron. Noté cómo se rendía; aquello era algo que le apetecía, pero, por alguna razón, tenía miedo. Stalker nos estaba mirando, y sentí una punzada desagradable. Pero yo no podía cambiar lo que había hecho para darle falsas esperanzas, solo lo que iba a hacer de aquel momento en adelante. Y, por lo que a mí respectaba, tenía que ser Fade. Mi elección siempre sería Fade.

—Muy bien —me dijo—. Al señor Jensen no le importará.

En sus palabras había cierta tristeza. El hombre que lo había acogido no se preocupaba por él: solo había querido la ayuda gratis. Esta vez, la afortunada había sido yo. Pero quizá podía compartir lo que tenía, lo que ni siquiera había querido, con Fade, que parecía desear ansiosamente lo que había perdido. Quizá yo podía ayudarlo de algún modo.

Lo sorprendí besándole la mejilla, aunque había gente a nuestro alrededor a los que tales impulsos podrían no parecerles bien. Podrían empezar a pensar todo tipo de cosas, pero a mí no me importaba. Fade se tocó la cara con sorpresa, como Mamá Oaks cuando la abracé. Hasta entonces, no me había dado cuenta de que yo era muy parecida a mis dagas: afilada, fría, y muy buena para mantener a la gente a distancia.

Después de eso, volví con mi familia de acogida y regresamos juntos a la casa que, de un modo inesperado se había convertido en mi hogar. Tenía una acogedora solo para mí, y una cama más cómoda de lo que nunca había soñado. Después de aquella bienvenida inesperada, decidí que protegido mi propio enclave antes de que me expulsaran, antes de que decidieran que mantener el asentamiento acobardado bien valía traicionar mi lealtad. Aquel día, Salvación me había hecho sentir valiosa de nuevo, y de este modo las partes desagradables (los niños que se burlaran de mí y la

señorita James) me importaba menos.

—Va a venir luego —dije sin aliento. Mamá Oaks sonrió.

—Parece un buen chico.

—¿Está mal la cosa ahí fuera? —me preguntó Edmund.

No me pareció extraño que un hombre de su edad me preguntara por el estado del mundo. Yo llevaba toda la vida entrenándome para proteger a la gente, pero Edmund tenía otro trabajo: los zapatos que llevaba puestos los había hecho con sus propias manos. Me parecía bien que cada uno hiciera el trabajo que mejor se adecuara a sus habilidades. Yo no necesitaba aprender a hacer zapatos, porque ya lo hacía Edmund, y él no tenía que luchar, porque yo estaba allí.

—Solo he visto a los Freaks reunidos de ese modo en las ruinas —le respondí.

—En Gotham —susurró Mamá Oaks. Asentí.

—Cuando nos marchamos, estaban agrupándose.

Aquella había sido una de las razones principales por las que habíamos salido a buscar un lugar más seguro.

—Creo que se sienten atraídos por la gente —dijo Edmund, elaborando una teoría—. No solo porque tengan hambre, sino porque nos odian. Nos culpan de haberse convertido en lo que son. No se trata solo de supervivencia; creo que esto es una guerra.

Sus palabras me pusieron el vello de punta, ya que me recordaron la historia de la señorita James sobre la arrogancia y el origen de los Freaks. Mamá Oaks suspiró, disconforme, pero no lo contradijo. Como Edmund había reforzado sin querer la versión de la historia que nos contó la profesora, pensé en ello durante todo el camino a casa.

—¿Crees que la historia de la señorita James es cierta? —le pregunté a Edmund.

Tenía el rostro cansado y arrugas alrededor de los ojos debido a que se pasaba todo el día cosiendo cuero con los párpados entornados. Sus manos estaban llenas de cicatrices. Caminó con aire cansado hasta su butaca en la sala de estar y se hundió en ella con un suspiro de alivio. Después pensó en la pregunta mientras se frotaba la barbilla con una mano.

—¿Sobre el origen de los mutantes? —me preguntó.

—Sí, señor.

Aquello le gustó, y se enderezó en su butaca. Al parecer, la gente no solía usar fórmulas honoríficas con un hombre que hacía zapatos, pero a mí me parecía un trabajo importante. Sin Edmund, todos andaríamos descalzos y nos congelaríamos los pies en invierno.

Contenta por que estuviéramos hablando, aunque no tanto por el tema de la conversación, Mamá Oaks entró en la cocina y nos dejó solos. Se escuchó un trajín de ollas y sartenes y el olor de la cena hizo que me rugiera el estómago. Me había acostumbrado a tomar tres comidas al día, en la cantidad que deseara, además de algunos tentempiés de vez en cuando.

Edmund asintió, aunque aún no había compartido sus pensamientos conmigo.

—Hasta donde sabemos es cierta —me dijo—. No hay muchos registros, ¿sabes? Al principio, los fundadores de Salvación eliminaron todo el conocimiento que no aprobaban. Eligieron conscientemente volver al pasado, a los modos más sencillos de vida, con la esperanza de complacer al cielo mejor de lo que el hombre lo había hecho antes.

Lo examiné, perpleja.

—Entonces, ¿tenían artefactos del viejo mundo, pero decidieron no usarlos?

—Eso creo.

—Pero ¿por qué? Exhaló con hastío.

—Es difícil de explicar, Deuce, pero lo intentaré. Si no supieras utilizar un arma y al usarla, sin querer, le hicieras daño a un montón de gente, ¿no sería mejor destruirla para que nadie más pudiera cometer el mismo error?

Lo comprendí.

—Gracias. Me has dado algo en lo que pensar —añadí, dirigiéndome hacia las escaleras. Tenía que cambiarme, para que Fade no tuviera que quedarse charlando incómodamente con Edmund. Subí las escaleras corriendo, nerviosa. No sabía qué tenía de diferente aquella cena, ya que había comido con Fade un millar de veces mientras viajábamos, pero una parte de mí reconocía que era especial.

Me lavé rápidamente y deshice la trenza que me había hecho para pelear. Los mechones castaños cayeron sobre mis hombros en indomables ondas. Tenía un espejo pequeño en mi habitación, pero, como siempre, no me sentía identificada con la chica de mi reflejo. Sabía que no era tan guapa como algunas chicas del colegio, pero eso me parecía irrelevante. Era fuerte y podía luchar; seguramente eso era lo más importante.

Me puse un vestido verde que no odiaba, porque era sencillo. Si llevara eso, en lugar de mi propia ropa, contentaría a Mamá Oaks; lo había cosido especialmente para mí sin ponerle ningún adorno. Después de girar un par de veces, decidí que estaba limpia y presentable, así que bajé las escaleras a la carrera. Edmund acababa de abrir la puerta y estaba acompañando a Fade al interior. Mi corazón dio un brinco con absurdo placer. Me había pasado todo el día con él, aunque el trabajo no nos hubiera dejado tiempo para charlar.

De algún modo, desde que había aceptado que nuestra relación era exclusiva, lo veía con otros ojos. Siempre me había sentido fascinada por su rostro, pero ahora, cuando hablaba, prestaba demasiada atención a su boca. Me sentía incómoda, como si tuviera cinco pulgares en cada mano, hasta que él entrelazaba sus dedos con los míos sin decir nada. Entonces me relajaba como un pájaro sobre la rama adecuada.

—Deberíamos preguntarle a Mamá Oaks si necesita ayuda —dije, señalando la cocina con la cabeza.

Fade asintió con un entusiasmo que hizo que me alegrara de haberlo sugerido. ¿Habría ayudado alguna vez a su madre en la cocina? Era evidente que sabía lo que

estaba haciendo mejor que yo, así que me senté a la mesa y los observé. *Debería ser él quien estuviera aquí, con los Oaks*, pensé. *No yo*. Después de la vida que había llevado, no me molestaría que me usaran para trabajar. Aquello era, de hecho, a lo que estaba acostumbrada.

Pero ¿Fate? Deseaba que fuera feliz más que nada en el mundo.

Durante una abundante cena de carne y patatas fritas, mi familia de acogida hizo un esfuerzo por conocer a Fade. Le preguntaron cómo había sido la vida en los túneles, y sobre el tiempo que había pasado con sus padres en las ruinas. Al principio parecía incómodo, pero, a medida que Mamá Oaks lo atiborraba de comida, perdió su resistencia.

En los túneles, y mientras viajábamos, habíamos sobrevivido con mucho menos. En Salvación siempre había mucha comida disponible... y eso que aquella era una cena básica para lo que era habitual en el pueblo, porque era lo que quedaba de la cosecha del año anterior. A mí me parecía una tierra de abundancia. Parte de mí aún no podía creerse que el padre de Fade tuviera razón.

—Entonces, ¿vivías en Gotham con tus padres? —le preguntó Mamá Oaks—. No quiero parecer insensible, pero ¿qué edad tenías cuando...?

Fade terminó la pregunta por ella.

—¿Cuándo murieron? La anciana asintió.

—Sí.

Yo estaba fascinada porque nunca le había preguntado a Fade tantas cosas sobre su vida en la Superficie, sobre todo porque jamás pensé que fuera a responderme. Me costó creer las pocas cosas que me había contado, y eso lo había enfadado un poco. Así que esperaba ansiosamente sus respuestas.

—Cuando mi madre falleció yo tenía unos seis años y ocho o nueve cuando murió mi padre.

Edmund y Mamá Oaks compartieron una mirada, aunque yo no la entendí.

—¿Se pusieron... enfermos, hijo?

Fade asintió, pero por su expresión supe que ya no quería seguir hablando. Su rostro se tensó y bajo los ojos hasta su plato. Hablar sobre la enfermedad despertaría todos aquellos recuerdos de nuevo; no tenía sentido aliñar una buena comida con antiguas penas.

—El asado está delicioso. Nunca he comido nada así —dije.

—Es faisán —me explicó Mamá Oaks—. Los cazadores salieron ayer, y les compramos una de las aves.

Aquello me provocó una punzada. Me hubiera gustado que me incluyeran en un grupo que traía carne para el asentamiento. Era aquello lo que debería estar haciendo, de acuerdo con mi entrenamiento, en lugar de quedarme sentada en el colegio. Pero ya habíamos tenido aquella conversación antes, cuando comencé a ir a clase, y ya había conseguido suficiente al ser admitida en las patrullas de verano. *Poquito a poco*, me dije a mí misma. No podía esperar sortear todas sus normas de una vez. Era suficiente que allí, a diferencia de en los túneles, algunos ciudadanos como

Improbable y Mamá Oaks estuvieran dispuestos a escuchar que había otro modo de hacer las cosas.

Viviría con las consecuencias. Después de todo, las mujeres de Salvación no podían hacerme la vida más complicada de lo que ya era. Sus susurros me habían seguido desde mí primer día en el pueblo.

Quizá habían juzgado a Tegan del mismo modo, y por eso ella estaba intentando encajar y hacerse amiga de sus hijas. Sin embargo, yo había elegido luchar junto a sus hombres.

Después de comer, limpié mientras ellos charlaban en la sala de estar. La cálida agua jabonosa era reconfortante. Aquella era una tarea mecánica: frotar y enjuagar. Era uno de mis deberes, además de coser, y me alegraba de hacerlo a cambio de tener comida de forma regular en mí estómago. Pero estaba empezando a darme cuenta de que incluso si me hubiera negado a ayudar, Mamá Oaks me había alimentado. Era ese tipo de persona. Ya estaba totalmente oscuro, así que Edmund encendió velas y lámparas para iluminar la penumbra: una luz más bonita que la de las antorchas de los túneles, y que además olía mejor. El aire allí era fresco y limpio, a pesar de los Freaks que infestaban la tierra tras las murallas. Aquella era una habitación acogedora, a lo que contribuía el amarillo dorado de las cortinas de la ventana y las pulidas vigas que encuadraban las escaleras.

Mamá Oaks se acomodó en una butaca junto a la de su esposo, lo que dejaba el pequeño sofá para Fade y para mí. A él no pareció importarle, y se sentó la suficientemente cerca como para coger mí mano. Como yo le había dado un beso en la mejilla por voluntad propia delante de todo el pueblo, incluidos los guardias, parecía tonto acobardarse por esto. Mis padres de acogida intercambiaron una mirada indulgente, les haría gracia nuestro afecto, supongo.

—Podríamos escuchar una historia —dijo la anciana. Edmund parecía dispuesto.

—¿Cuál, Mamá?

Me pareció extraño que le llamara así cariñosamente, ya que era evidente que ella no era su madre. Pero la mujer no protestó, así que yo tampoco lo haría.

—Deberías contar la de la fundación de Salvación.

Interiormente, refunfuñe. La señorita James ya nos había contado esa historia antes, y yo, invariablemente, me ponía a pensar en otra cosa antes de que su larga y aburrida lectura terminara. Pero no quería herir los sentimientos de Edmund justo cuando acababa de darme cuenta de que, a su modo, él también se preocupaba por mí. No era tan expresivo como su esposa, pero había acudido a la puerta para asegurarse de que volvía a salvo. Así que apreté la mano de Fade, diciéndole en silencio que fuera educado, y él me devolvió el apretón con una media sonrisa tan adorable que hizo que me olvidara de mis mudas objeciones a una lección extra de historia.

—En el pasado —comenzó Edmund—, la humanidad tenía carretas sin caballos que se movían a una velocidad increíble y carruajes que volaban por el aire. Podías

cruzar todo el país en solo tres horas si subías al carruaje volador que cruzaba el cielo.

Negué con la cabeza con incredulidad. Habíamos visto los restos de las carretas sin caballo, oxidadas e inútiles, en las ruinas que ellos llamaban Gotham, pero nunca había visto nada que me hiciera pensar que habían existido carruajes voladores. Ni siquiera podía imaginar qué aspecto podrían tener. ¿Cómo pájaros, quizá? Aquello se parecía a los sinsentidos que el Guardián se había inventado acerca de la Superficie para mantenernos bajo su control. Sin embargo, si Edmund tenía una imaginación tan poderosa, su versión podría ser más interesante que la de la señorita James, sobre todo si llegaba a parecerse más un cuento de hadas que a una clase de Historia.

—Teníamos máquinas que hacían el trabajo por ellos: resolvían problemas, realizaban operaciones e imprimían escritos. La gente se volvió perezosa. Tenían demasiadas bendiciones, así que habían dejado de apreciarlas. Siempre querían más, más y más, y aquello —recitó— les condujo a la oscuridad.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Fade, inclinándose hacia delante con interés ante la idea de que hubieran existido máquinas que podían hacer operaciones aritméticas.

Seguramente no se lo creía. Para que una máquina pudiera contar necesitaría una cabeza, ¿no? Y dedos. Eso sería como una persona mecánica. Negué con la cabeza con una sonrisita. Aquellas fantasías eran imposibles, aunque hacían que la historia fuera interesante.

—Se produjeron incontables escaladas bélicas. El dragón luchó contra el águila, y la hidra combatió contra el gran oso. Se masacraron unos a otros, pero ni siquiera eso fue suficiente para el dominio en el que se había convertido la humanidad. Crearon nuevas armas, una y otra vez, polvo y gas...

Aunque jamás lo habría creído posible, el relato me tenía atrapada.

—¿Qué es gas?

—Como una niebla —me respondió Mamá Oaks—. Pero, en lugar de salir de la tierra, fue creado por los hombres y estaba lleno de un veneno que abrasaba los pulmones.

Quizá aquella era la razón por la que el Guardián de las Palabras había creído que la lluvia podía arrancarnos la carne de los huesos. Los relatos habían pasado de generación en generación y en algún punto habían cambiado: el gas venenoso se había convertido en agua abrasadora. En cualquier caso, mi tribu había estado en los túneles mucho tiempo, y había perdido todo el contacto con el estado actual del mundo.

—Algunos dicen que empeoró aún más. —Convenientemente sombrío, Edmund continuó su historia—. El mundo se unió en el caos, y llegaron las plagas de la soberbia.

Mamá Oaks respondió la pregunta antes de que la hiciéramos. Estaba segura de que podía ver la curiosidad en nuestras embelesadas expresiones.

—Fue una enfermedad que golpeó a adultos y niños por igual.

Fade y yo compartimos una mirada. Sus padres habían muerto de algo que él había pensado que tenía que ver con el agua que bebían. Parecía que había muerto mucha gente. Yo no estaba segura de que la soberbia hubiera tenido algo que ver con aquello, pero no quería interrumpir.

Edmund recuperó el entusiasmo por su relato.

—La gente huyó de las ruinas en manada, llevándose solo lo que podían portar. Algunos de nuestros visionarios más brillantes se dirigieron al norte, que se decía que estaba limpio y era seguro.

Como el padre de Fade le contó.

—Dejaron atrás los instrumentos e ídolos que habían provocado que la destrucción cayera sobre ellos. Finalmente, el profeta Mathew los trajo hasta aquí. Había predicho que encontrarían un refugio seguro que había sido construido dos veces antes, y que, al edificar esta sagrada tercera vez, porque tres es la trinidad y el más santo de los números, encontraríamos un santuario alejado de las penurias del mundo, siempre que nos adhiriéramos a las antiguas costumbres y no volviéramos a adoptar los hábitos que enfadan a los cielos.

Yo no tenía ni idea de qué significaba todo aquello, ni sabía por qué iba a preocuparse el cielo por lo que pasara aquí abajo. Pero conseguí mantenerme concentrada en la historia, que me parecía buena. Para variar, había aprendido algo de Historia sin morirme de aburrimiento. Había sido gracias a la habilidad de Edmund para contar buenas historias, y se lo dije.

—Gracias. Ha sido mucho más interesante que escuchar a la señorita James. — Pero tenía una pregunta—. He oído que las plagas de la soberbia dieron origen a los... Mutantes. —En mi cabeza, aún los llamaba Freaks.

—¿Es eso cierto?

—Eso se cree —respondió Edmund, asintiendo—. No sé si es verdad.

—Bien, deberíamos irnos arriba —dijo Mamá Oaks, echando una mirada significativa a su marido, que se levantó inmediatamente.

Mi padre de acogida inclinó la cabeza.

—Os dejaremos para que podáis charlar un poco, pero no te quedes levantada hasta muy tarde.

Dicho eso, la anciana pareja se retiró.

El techo crujió sobre mi cabeza, mientras se preparaban para acostarse. Era un sonido hogareño, uno que me recordaba que no estaba sola. Por muy raro que fuera, tenía una familia en Salvación. En los túneles, solo habrían notado mi ausencia Stone y Thimble... y no me habrían llorado durante demasiado tiempo. La muerte era una parte de nuestro mundo que teníamos demasiado aceptada como para que fuera un suceso perturbador.

—Me caen bien —dijo Fade en voz baja. Entonces se acercó a mí, y me apretó contra su costado como había hecho para consolarme en el pasado. Aquella vez la intención era otra, y me acurruqué junto a él, aceptando la nueva situación. Su calidez

era deliciosa; se filtraba en mi piel y me hacía sentir perezosa.

—Han sido buenos conmigo. —Hice una pausa, pensando en lo que Edmund nos había contado—. ¿Crees que es verdad?

—¿Qué parte?

—Que el estado actual del mundo sea una especie de castigo. Fade negó con la cabeza.

—Mi padre nunca lo mencionó. Y tenía razón sobre un montón de cosas, así que creo que solo es algo que pasó.

—Entonces, ¿por qué crees que cuentan la historia de ese modo?

Apoyó la cabeza contra la mía y meditó su respuesta. Frotó su mejilla contra mi cabello y me alegré de habérmelo soltado para que pudiera sentir su suavidad, aunque no tuviera el lustre del de otras chicas. Al final me respondió.

—La gente intenta encontrarle un sentido a las cosas y, si no conocen las respuestas, se las inventan porque, para algunas personas, una respuesta equivocada es mejor que no tener respuesta.

Sonaba razonable, y encajaba con lo que había estado pensando sobre el Guardián de las Palabras.

—Supongo. Pero yo preferiría la verdad, aunque esa fuera incierta.

—Porque tú eres valiente y honesta.

—¿Y tú no?

—Lo intento.

Aquella no era la respuesta que había esperado, pero me distrajo cogiendo mi mejilla y besándome. Su boca sabía a la dulce sidra que había tomado durante la cena, y estaba caliente, delicada y deliciosa. Un beso dio paso a muchos; me acarició la espalda mientras me abrazaba con fuerza. Rocé su mandíbula, sentía sus movimientos cada vez que me besaba. Entonces deslicé su cabello, sedoso y frío, entre mis dedos. La pasión se incrementó hasta que no pude seguir sentad, y luché contra el deseo de subirme sobre él. Cuando nos separamos, Fade estaba temblando como si tuviera fiebre. Preocupada, le toqué la frente y él se rio.

—No estoy enfermo, Deuce. No eres consciente de tu propio atractivo.

¿Atractivo? No sabía que tuviera. *Debe de ser el vestido*, pensé.

—Uhm.

Me sentía temblorosa, trémula de un modo que me avergonzaba, como si nunca fuera a conseguir acercarme lo suficiente a él, por mucho que lo intentara. La calidez de sus palmas sobre mi espalda me daba ganas de arquearme como un gato perezoso. Me aparté de él para mantener el control, aunque aún teníamos las manos unidas. Por su expresión, parecía entender la retirada táctica, pero sus dedos acariciaron los míos como si intentara mantener vivas aquellas sensaciones. Un cosquilleo se extendió desde la punta de mis dedos por mis brazos hasta provocar pequeñas chispas en mis codos.

—¿Te gusta estar aquí? —me preguntó.

—¿En Salvación, o con los Oaks?

—En ambos lugares. Asentí.

—Es distinto, y algunas de sus creencias no tienen sentido, pero en general sí, me gusta mucho.

—Entonces no te arrepientes.

En sus ojos oscuros vi otra pregunta, así que negué con la cabeza.

—Ya no. No volvería, aunque tuviera esa opción. Tengo más libertad aquí.

Se le escapó un suspiro, como si le hubiera preocupado que yo deseara no haber abandonado el enclave. Sin embargo, no lo había hecho por él. Me había sacrificado para que mi amigo Stone no fuera enviado a los túneles. De lo único de lo que había hecho aquella confesión falsa para salvarlo.

Fade cogió mi mano entre las suyas e inclinó la cabeza, de modo que un mechón negro azabache cayó sobre su frente y ocultó sus ojos.

—¿Puedes explicarme por qué pasabas tanto tiempo con Stalker si no eráis...? Si tú no...

—¿Si no le había dado la exclusividad de mis besos?

Sospechaba que estaba haciéndome una pregunta diferente, pero sabía cuál.

Levantó la mirada y asintió, aliviado.

—Eso. ¿Puedes?

—Me lo puso fácil —dije, sin saber si eso era lo suficientemente aclaratorio—. Él siempre estaba cerca, y yo me había cansado de estar sola.

Levanté las cejas.

—Entonces, ¿eso es lo único que tengo que hacer? ¿Estar disponible?

—Es un comienzo —murmuré.

Por un momento, pensé que se enfadaría, pero se rio.

—Bueno, yo no lo estuve. Me rendí demasiado fácilmente, supongo.

—Yo ni siquiera sabía... —Me detuve, intentando traducir mi confusión en palabras—. Ni siquiera me di cuenta de que pensabas que yo tenía algo con él.

Su rostro todavía tenía una expresión preocupada, un rastro de duda. Era como si tuviera alguna imagen en su cabeza que no pudiera apartar. Sin embargo, yo ya había aclarado las cosas. No había secretos entre nosotros. Entonces, como si hubiera tomado alguna decisión, su expresión cambió. Esperaba que dejara de sentir celos sin razón.

—Eso fue error mío —dijo Fade, y me besó suavemente—. Olvidé que, si tenías algo que decirme, lo harías sin rodeos.

—Así es.

Se llevó mi mano hasta la boca.

—No lo recuerdas, pero, cuando llegamos a Salvación, te dije lo que sentía por ti. No me contestaste, así que pensé... Bueno. No importa.

—¿Qué me dijiste? —le pregunté, fascinada. Fade se rio y negó con la cabeza.

—No te lo voy a decir. Tendrás que currártelo para volver a oírlo de nuevo.

No sabía que era, pero tenía la sensación de que merecía la pena esperar para oírlo. Por primera vez, me di cuenta de que Fade llevaba toda la noche sentado en el borde del sofá. Pensé en el momento en el que Edmund había estado contando su historia y, estaba casi segura, también había estado sentado así. Me pregunté si la razón sería que estaba nervioso, pero antes que pudiera preguntarle, cambió de tema.

—¿Te alegra que seamos parte de las patrullas de verano?

—Por supuesto. Necesitaba un propósito.

—Creo que todo el mundo lo necesita.

Fade me rodeó los hombros con el brazo. Me atrajo hacia él y apoyé la cabeza en su pecho.

—Es agradable volver a luchar a tu lado.

Su sonrisa envió una cálida oleada de sensaciones hasta la punta de los dedos de mis pies.

—Sí. A partir de ahora, no creo que nadie vaya a poner en duda tu habilidad para defenderte.

Tenía razón; me había ganado mi puesto. A pesar de las bajas y de mi preocupación, en ese sentido me sentía bien.

—¿Sabes cuándo volveremos a salir?

—Improbable dijo de dentro de dos semanas. Las semillas necesitan tiempo para arraigar. Después, patrullaremos regularmente para que los sembradores puedan atender los campos.

—Quitar las malas hierbas —supuse—, y asegurarse de que los pájaros no se comen brotes verdes.

—Eso dijo.

A juzgar por cómo había sido el primer día, aquella tarea nos mantendría ocupados toda la estación. Sufriríamos más ataques de Freaks, y seguiríamos sorprendiéndonos con su inteligencia. Me habría gustado saber qué esperar de aquellas astutas criaturas.

Fade se puso en pie.

—Debería irme. Los Oaks han confiado en nosotros y nos han dejado un poco de intimidad; no querría darles una razón para no invitarme de nuevo.

—Buenas noches Fade.

Me puse de puntillas para besarlo.

La despedida duró más de lo que yo había pretendido. Con cierto esfuerzo, él se apartó de mí, sin aliento y con los puños cerrados para no tocarme de nuevo.

—De verdad, tengo que irme ya. Antes de que olvide la razón por la que debo hacerlo.

Después de que se marchara me fui a la cama, pero la culpabilidad por el modo en el que había tratado a Stalker no me dejó dormir. Esperaba que llamara a mi ventana aquella noche y la dejé abierta porque creía que se merecía una explicación. No seguiría comportándome como una cobarde. Media hora después, entró sin hacer

ruido. Mi habitación estaba iluminada por las velas, que proyectaban largas sombras. Me di cuenta inmediatamente de que ya no estaba enfadado, si no confuso.

Se quedó cerca de la ventana, sin acercarse a mí.

—Solo he venido porque quiero comprenderlo. ¿Te sentías sola? ¿Has estado utilizándome?

—No. Somos amigos y compañeros de entrenamiento. Eso es lo que hemos sido... y lo que todavía somos.

—No lo parecía —me espetó—. Me hiciste pensar que algún día podría convertirse en algo más.

—Lo siento.

—Esto duele —dijo con sorpresa, como si no se hubiera imaginado el sentimiento antes de sufrirlo.

—No era mi intención. Se rio con amargura.

—Está bien. —Stalker estaba ya atravesando la ventana, dando por terminada la conversación... y su relación conmigo. Pero se giró para una última réplica—. Él no va a hacerte feliz, paloma. Es débil en aspectos en los que tú y yo no lo somos. Al final, vas a destrozarlo.

Mientras estaba tumbada en la cama, incapaz de dormir, esas palabras resonaron en mis oídos, y temí en mi corazón que Stalker estuviera en lo cierto.

Tegan vino a visitarme una semana después, y fue la excusa perfecta para tomarme un descanso, porque estaba remendando ropa con Mamá Oaks.

Mi amiga era la que más me había cambiado desde nuestra llegada a Salvación. Nunca había estado tan pálida como Fade y yo, y su piel era incluso más oscura que la de Stalker. Meses después de nuestra llegada, su piel había asumido un tono cobrizo que encajaba muy bien con sus oscuros rizos. Los llevaba amontonados en la cabeza en un complicado peinado que yo jamás sería capaz de imitar, y llevaba puesto un nuevo vestido amarillo que la señora Tuttle le había encargado a Mamá Oaks.

Me preguntaba si Tegan estaría ya preparada para continuar con nuestra amistad. La había echado de menos. Como Fade y Stalker solo querían besarme, no podía hablar con ellos sobre ciertas cosas. Con permiso de mi madre de acogida, cogimos refrescos y piscolabis y nos sentamos en el columpio. Durante varios minutos, solo llenó el silencio el chirrido de la cadena.

A lo lejos escuché hombres discutiendo y el estruendo de las risas de los niños. Salvación tenía una atmósfera distinta a la de Escuela. En los túneles, la disciplina era más estricta y teníamos menos tiempo para las conversaciones triviales. Debido a nuestros limitados recursos, tenía que ser así. En Salvación, la gente charlaba solo por entretenerse, e intercambiaban noticias y cotilleos sin miedo a la censura.

—Siento haber herido tus sentimientos cuando... —Se detuvo, ambas sabíamos a qué se refería—. Tenía muchas cosas en las que pensar. Primero fue mi pierna y, cuando me puse mejor, el colegio. Solo pensaba en encajar, y...

—Yo no.

Aparte de mis compañeros guardias, la gente me había dejado claro que no era de su agrado.

—Tú tienes tus propias reglas. Yo lo respeto, pero no soy como tú.

Quiero caerle bien a la gente. Me encanta estar aquí.

—No espero que sigas mi camino —le dije.

Tegan sonrió. Con el paso de los meses había engordado un poco, así que ya no parecía tan frágil. Era evidente que sus padres de acogida habían estado alimentándola adecuadamente, pero, a pesar de sus cuidados, la chica cojeaba más que Thimble. Pensar en mi antigua amiga hizo que el dolor me atravesara el pecho. NO sabía qué había ocurrido con ella, o con Stone, y quizá nunca lo sabría. Sin embargo, la pierna de Tegan acabaría sanando; aquella no era una discapacidad permanente. Ya estaba mejor que antes.

Dejé el pasado en el lugar al que pertenecía y le hice a Tegan una pregunta.

—¿Todavía trabajas con el médico? La chica asintió.

—He aprendido un montón de cosas. Dice que tengo buena mano y que podría llegar a ser médico algún día.

—¿No te importa tratar a los enfermos y heridos? Aquello exigía una fortaleza que yo no poseía.

—No. En realidad, me hace sentir bien. Con la ayuda del doctor, estoy aprendiendo a ser útil.

Recordé a Stalker, en las ruinas, gritándole que no valía para nada.

Ya no podría decir eso.

—¿Y qué le parece a la señora Tuttle? Se le escapó un tenue suspiro.

—Al principio no le gustaba mucho la idea. Estaba segura de que ciertos grupos no lo aprobarían, pero el doctor cree que no hará daño a nadie.

Me parecía que Salvación necesitaba sangre nueva con ideas nuevas. Una buena sacudida que espabilara a su gente.

—Estoy segura de que serás una buena *curadora*.

La chica continuó.

—En cualquier caso, no quería que pensaras que había olvidado lo que estuvimos hablando. O el hecho de que, si no fuera por ti, no estaría aquí.

—Fade también contribuyó.

Si no hubiera cargado con ella durante la mayor parte del camino a través del bosque, Tegan no habría sobrevivido. Stalker la había llevado durante un turno, pero dudaba que quisiera que le recordaran que le debía una pequeña porción de su gratitud, debido a lo que había soportado con los Lobos. Me sentía inquieta.

Si hubiera estado en el lugar de Tegan, habría luchado hasta la muerte. Nadie me habría tocado mientras me quedara aliento, así que no habría tenido ningún niño que perder... Pero habría muerto. Gracias a su muda resistencia ella había sobrevivido, eso sí con mucho sufrimiento. Tegan no era una cazadora, así que, según las reglas del enclave, si la hubiéramos encontrado seguramente habría sido una Criadora porque, como Stalker había dicho, no tenía habilidades ni defectos visibles. Pero en el enclave, los Criadores aceptaban su destino.

Tegan no. Eso significaba que su madre le había enseñado que no tenía que aparearse si no quería, a pesar del bien común. Tal libertad parecía extraña... e irresponsable. En los túneles, nadie había sugerido jamás que sus propios deseos pudieran ser más importantes que las necesidades de la comunidad. Pero eso no significaba que Tegan estuviera equivocada; y sin embargo los Lobos la habían castigado. En mi opinión eso había sido un error. Hasta donde yo sabía, nadie había inventado el sistema perfecto, y era horrible hacer daño a la gente que pensaba de forma distinta. El enclave era igual. Los Lobos deberían haber dejado a Tegan en paz cuando se dieron cuenta de que no estaba conforme.

—Está muy callada —me dijo y paré de darle vueltas a la cabeza.

—Solo estaba pensando. Abrió los ojos de par en par.

—Suenas serio.

—No quiero hablar de ello —le contesté, seguro que ella tampoco querría.

Quizá supo verlo en mi rostro, porque aceptó mi respuesta sin preguntas; en lugar de eso, sacó otro tema.

—Sé qué crees que el resto de chicas son tontas, pero, si les dieras una oportunidad, quizá te caerían bien.

No podía imaginar que pudiera darse el caso, pero asentí porque sabía que eso le gustaría.

—Estoy segura de que son simpáticas.

Desafortunadamente, esa concesión abrió la puerta a otra cosa. Los ojos castaños de Tegan brillaban.

—Hoy es la fiesta de cumpleaños de Justina, y le he preguntado si podía invitarte.

Recordé que Justina era una niña que solía reírse de mí cuando leía en clase (y que a veces enviaba a algún chico para que me molestara) así que aquello era lo último que me apetecía hacer, pero Tegan parecía decidida. Había confiado en mí lo suficiente como para seguirme por las ruinas, así que me tocaba a mí confiar en ella y asistir a aquella fiesta.

—¿Qué es un cumpleaños? —le pregunté. Tegan parpadeó.

—El día en el que naciste. Lo celebras, y la gente te da regalos.

Cuando mi madre estaba viva hizo una pequeña fiesta para mí.

Aquella idea parecía extravagante.

—¿Por qué te da regalos la gente por algo que no es mérito tuyo?

No era como ganarse un nombre. Yo había recibido regalos el día de mi designación porque había sobrevivido durante quince años, tiempo suficiente como para merecerlo. Aquello tenía sentido, el cumpleaños no.

—Porque te aprecian —me dijo Tegan, al darse cuenta de que yo no estaba bromeando.

—Pero ¿todos los años? Forzó una sonrisa.

—Por supuesto.

Yo intenté entenderlo.

—¿Por sobrevivir durante tanto tiempo, quizá? Aquello me habría parecido casi lógico.

—Es... un modo de verlo.

—¿Tengo que llevar algo?

Para participar en una costumbre no era necesario comprenderla.

Como eso haría feliz a Tegan, no me importaba.

Ella asintió.

—Sería educado.

—Muy bien. ¿Cuándo es?

—Esta tarde. Vendré a recogerte. Será muy divertido. Jamás pensé que la vida podría volver a ser tan buena.

Tegan estaba contenta, resplandeciente, ante la perspectiva de la fiesta.

Me habría gustado pedirle que me devolviera mi garrote, ya que ella no iba a volver a usarlo, pero eso iba contra todas las reglas de la generosidad. Quizá podría hacerme otro. Había suficiente madera por allí, eso estaba claro.

Tegan se marchó un poco después, y fui a buscar a Mamá Oaks. Ella sabía qué regalar a una chica como Justina. Resultó que sí, y fue conmigo a comprar para ayudarme a elegir bien. Al final, me llevé de la tienda algunos lazos para el cabello. Yo no habría querido algo así, pero mi madre de acogida parecía convencida de que a la chica le gustarían.

—Me alegro de saber que estás haciendo amigas, y adaptándote —me dijo.

Aquello era mérito de Tegan, no mío, pero dejé que se quedara con aquella impresión, aunque fuera equivocada.

—Todo esto es nuevo para mí.

—Lo estás haciendo bien. Y estoy orgullosa de que hayas conseguido un puesto en la patrulla de verano. —Mientras caminábamos, noté los susurros de las mujeres, y sus miradas de soslayo—. Pero no todo el mundo piensa lo mismo. Quiero que tengas cuidado.

Eché un segundo vistazo a las mujeres que estaban prestándome demasiada atención y asentí; las suyas no eran miradas de aprobación. Aquello no era nuevo, ya que sus prejuicios habían estado presentes desde el principio, pero ahora parecían más enfadadas. Los ceños fruncidos nos seguían por la calle principal, me temía que seguir haciendo lo que quería podía causar problemas a la gente que estaba siendo amable conmigo. Quizá si intentaba encajar y conseguía caerles bien a sus hijas, las madres se preocuparían menos si ocupaba un puesto que tradicionalmente había sido para los hombros.

Me costó mucho preguntar.

—¿Quieres que lo deje?

—No —dijo bruscamente Mamá Oaks—. Yo no creo en esa tontería supersticiosa, aunque sea una de las bases de la fundación del pueblo.

Me había perdido.

—¿A qué te refieres?

—A las plagas de la soberbia. Está escrito que las mujeres deben hacer el trabajo de las mujeres, o el cielo nos golpeará de nuevo.

—¿De verdad?

No sabía qué me resultaba más difícil de creer: que alguien hubiera escrito aquel sinsentido, o que la gente de Salvación lo creyera.

Con el incremento de la actividad de los Freaks, que Improbable había dicho que no era normal, aquella gente no tardaría mucho en empezar a culparme de su desgracia. Fuera verdad o no, yo aceptaba aquel defecto en la naturaleza humana. Ya fuera en la Superficie o en los túneles, la gente necesitaba a alguien a quien culpar. Volvimos a casa en silencio, ella distraída y yo pensativa. Cuando entramos Mamá Oaks sugirió un par de mejoras en mi apariencia.

Para complacer a mi madre de acogida, dejé que me retorciera el cabello. Usó un cuenco de agua y tiras de tela; me las dejó puestas varias horas, tiempo durante el que tuve que seguir remendando. En comparación con la costura, la salida de aquella tarde incluso me apetecía.

—¿Estás nerviosa? —me pregunto mientras trabajábamos. Mentir iba en contra de mi naturaleza.

—No mucho.

—¿Por qué no?

—No encajo con ellas. Se ríen de mi cuando leo en el colegio porque soy mayor, pero lo hago peor que las niñas que tienen la mitad de mis años.

Aun así, iría, por Tegan. Intentaría caer bien a la gente, usaría para variar una habilidad que no fuera apuñalar monstruos con mis dagas. Si aquello no era un gesto de verdadera amistad, no podía imaginar qué podría serlo.

Mamá Oaks me miró fijamente.

—Bueno, su padre es un hombre importante: prácticamente gobierna todo el pueblo. Si le caes bien a Justina, todo irá mejor. —Dejó a un lado la falda con el dobladillo caído—. Es el momento de terminar tu peinado.

—Fantástico —murmuré.

Contra de mi voluntad, me colocó un grupo de rizos sobre la cabeza, y dejó el resto sobre mi espalda. Me sentía ridícula... Y, si había algún problema, seguramente no podría luchar. Esta vez me quité los pantalones y las dagas de debajo de mi falda, aunque me sentía extraña con el vestido en contacto con mis piernas.

Tegan regreso por la tarde, y dio una palmada al verme.

—¡Estás perfecta!

Después de una breve despedida, cogí el pequeño paquete de cumpleaños y seguí a Tegan por el pueblo. No tenía ni idea de a dónde íbamos, pero no me importó. No dejaba de hablar sobre cuánto le iba a gustar a todo el mundo, cuando tuvieran la oportunidad de conocerme. Yo no estaba tan segura, pero estaba dispuesta a hacer el esfuerzo si conseguir un par de amigas me evitaba los posibles problemas que podría provocar mi inclusión en las patrullas de verano.

—Justina —gritó Tegan—, ¿te acuerdas de Deuce, del colegio?

Justina Bigwater era una chica preciosa con la cara redonda, enormes ojos azules, y un montón de soleados rizos. Cuando sonreía, como estaba haciendo entonces, le salían hoyuelos en las mejillas. Parecía dulce, pero la expresión de sus ojos me hizo retroceder un paso, sobre todo porque me recordó a la de Seda cuando estaba a punto de infligir un horrible castigo. Pero entonces la expresión desapareció dando paso a un sencillo deleite, así que quizá solo era que yo estaba nerviosa. Le entregué el paquete deseándole felicidad en su cumpleaños y ella lo cogió para colocarlo con los demás.

La familia Bigwater era importante, o eso me había dado a entender Mamá Oaks. Si había interpretado sus palabras correctamente, su padre era el equivalente a

Whitewall, el anciano jefe de los túneles. Así que, si quería tener una buena relación con los Bigwater, no podía permitirme ofender a Justina.

Había decorado el patio de Justina para la reunión, con mesas y sillas y banderines de alegres colores. Un hombre al que conocía de vista, aunque no sabía su nombre, estaba tocando una animada melodía con su flauta mientras las chicas charlaban en grupos de dos o tres. Como me sentía totalmente fuera de lugar, me mantuve pegada a Tegan. Allí no importaba en absoluto lo buena que fuera con mis dagas. Allí solo importaba hablar, ya mí nunca se me había dado bien. Me condujo hacia un grupo de compañeros de clase, todos desconocidos. Mal por mi parte, quizá, pero no me había molestado en conocer a la gente que se reía de mí mientras leía.

Afortunadamente (y sospecho que a propósito), Tegan los saludó uno a uno, usando sus nombres, y yo me hice una nota mental de quienes eran. La chica más alta, Hannah, me sonrió.

—Siempre te veo comer con el chico de las cicatrices. ¿Estás colada por él?

Estaba confusa. Yo no conocía aquella palabra. Si Fade hubiera estado allí le habría preguntado, pero preferí no revelar mi ignorancia ante unas chicas a las que apenas conocía.

Tegan respondió por mí, con voz áspera.

—Deuce no tiene tan mal gusto.

Eso me crispó. Me sentía como si estuvieran tirando de mí en tres direcciones distintas, y como si, eligiera la que eligiera, estuviera siendo desleal. Comprendía la razón por la que Tegan lo odiaba, pero para mí era difícil culparlo porque nació donde nació, y lo educaron como lo educaron. Las cosas que yo había hecho bajo las órdenes de los ancianos también me avergonzaban ahora. Había matado a un hombre inocente como prueba de mi lealtad, y había permitido que asesinaran a un niño a sangre fría. Mis manos no estaban limpias. Quizá las de Tegan si lo estaban; ella nunca le había hecho daño a nadie que no se lo mereciera. Pero yo no podía cambiar lo que había hecho antes de saber que estaba mal: solo podía intentar hacerlo mejor en el futuro. Y aquello mismo valía para Stalker. Ser capaz o no de dejar atrás a la persona que había sido en las bandas estaba en sus propias manos.

Tegan me había pedido que no le contara a nadie por lo que había pasado. Aquellas frívolas chicas pensarían que era imperfecta, impura, y que había sido culpa suya. El hecho de haber sobrevivido la hacía más fuerte, mucho más dura de lo que ellos pudieran imaginar. Pero yo comprendía por qué quería encajar y mantener su secreto. Y lo protegería con mi vida.

—Da miedo —dijo Merry. Era más baja que yo y tenía el cabello pelirrojo y un montón de pecas.

Yo asentí.

—Es posible.

—He oído que le diste a mi hermano Frank una buena tunda. —Aquello lo dijo una chica que acababa de acercarse a nosotras. La reconocí porque se parecía a

Frank, delgada y con el cabello oscuro, pero nunca antes habíamos hablado. Se rio—. Ojalá hubiera estado allí para verlo. Estoy segura que se lo merecía.

Le devolví la sonrisa, y me sentí un alivio tan cálido como un rayo de sol.

—No fue algo personal. Solo quería enseñarle a Improbable lo que podía hacer.

—Tegan dice que has matado a un millón de Mutantes —añadió Merry.

—Lo dudo —murmuré, y me puse roja.

—Pero has luchado contra ellos —insistió Hannah. Asentí.

—Ese era mi trabajo.

La hermana de Frank se estremeció y se frotó los brazos desnudos con las manos.

—No puedo creer que cruzaras sola la tierra salvaje.

—Éramos cuatro —señalé.

—Eso es cierto dijo Hannah. —Tegan nos contó lo aterrador que fue.

No creo que yo hubiera sobrevivido.

Nadine, una chica delgada y silenciosa cuya intensa expresión me recordaba a la de Thimble, murmuró:

—¿De verdad vivías en un agujero?

—No exactamente. Era más parecido a un grupo de túneles.

Un par de chicas se rieron al creer que estaba bromeando, pero sospechaba que no era así como se suponía que tenía que ser aquella fiesta. Tendría que estar haciendo amigas, no recordándoles lo diferente que era de ellas. Pero antes de que pudiera cambiar de tema, Justina apareció con expresión insatisfecha. El fuego azulado de sus ojos decía que me culpaba de que no todo el mundo estuviera girando a su alrededor.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó con fingida alegría.

—De lo peligrosos que fue para Tegan y Deuce llegar a Salvación —le explicó Merry, que no era consciente del peligro.

—Oh —suspiró Justina—. Sí, supongo que las chicas normales no habrían tenido ninguna oportunidad allí fuera. Y tampoco fue prudente viajar con chicos, como hicieron ellas.

Su aire de superioridad me irritó, pero aquella era su fiesta y yo era su invitada. Tenía educación suficiente para saber que no debía inmovilizarle el brazo a la espalda y aplastarle la cara contra el suelo.

Aunque quería hacerlo.

—A veces no tenemos elección —murmuré—. Hacemos lo que tenemos que hacer.

Hannah asintió.

—Yo pienso eso cada vez que tengo que hacer mis tareas.

A continuación, las chicas comenzaron a hablar sobre qué tipo de fiesta querían para sus cumpleaños, lo que me liberó de la necesidad de prestar atención. Lo único que parecía que tenía que hacer era asentir, sonreír, y fingir interés. Comimos un poco, jugamos a algunos juegos tontos y después tomamos tarta. A continuación, Justina abrió todos los regalos. Eran un montón, más de los que yo había visto nunca,

y la mayoría eran cosas nuevas. Había lazos y cepillos para el cabello, brillantes botellas, una bonita blusa con un volante en el cuello, y un par de cosas de las que ni siquiera sabía el nombre. Tanta abundancia me provocó una pequeña punzada. Allí abajo, rara vez había tenido algo que no hubiera pertenecido antes a otra persona, solo mis dagas y mi garrote.

Me pregunté si Justina sabía lo afortunada que era por tener tantas buenas amigas, y por tener una familia que se tomaba tantas molestias por ella. Era como si los viera desde fuera, intentando encontrar sentido a aquellas costumbres que eran tan extrañas para mí. *Esto es*, pensé al ver el desinterés de Justina mientras apartaba pequeños paquetes para coger los más grandes. *De esto es de lo Edmund estaba hablando cuando dijo que la gente había tenido demasiadas bendiciones*. El pensamiento me puso nerviosa porque, a partir de ahí solo había un paso antes de que la gente culpara a Justina por el ataque de los Freaks. Desconocía la razón por la que los monstruos odiaban a la humanidad, pero estaba segura de que no tenía nada que ver con la fiesta de una niña, o con cuántos regalos había recibido.

Pero otros podrían no pensar lo mismo.

Mientras volvía a casa con Tegan después de la fiesta, apenas le prestaba atención a lo que me decía. Tuvo que darme un golpecito en el hombro para que me diera cuenta de que me había hecho una pregunta.

—¿Te han caído bien? Merry dice que va a preguntarle a tu madre de acogida si puedes quedarte a dormir alguna noche en su casa.

—Son agradables —le contesté, a la vez que me preguntaba por qué querría yo dormir en casa de Merry cuando tenía mi propia cama.

—¿Más de lo que esperabas?

Asentí. Tegan empezó a brincar de alegría.

—Sabía qué, si ponías un poco de tu parte y dejabas de merodear por ahí con Stalker, funcionaría.

—No es tan malo como crees —le dije en voz baja—. Y está totalmente solo.

—Nunca he comprendido por qué pasas un minuto con él cuando tienes a Fade pendiente de ti todo el tiempo.

Me detuve, incrédula.

—Durante los dos últimos meses apenas me ha dicho una sola palabra. Estaba siempre contigo.

—Conmigo no. ¿No creerás...?

—Ya no.

—Deuce —me dijo seriamente, comenzando a caminar de nuevo—. Yo nunca volveré a acercarme a un chico. No estoy diciendo que debas tenerme lástima: no habría sido tan feliz desde que mi madre murió. Me gustan los Tuttle y me siento segura con ellos. Pero ¿Fade y yo? —Negó con la cabeza—. Aunque él hubiera sentido algo por mí, yo no habría podido. Necesito tiempo para curarme... y para aceptar que no todos los chicos son como los de las bandas.

—Los de aquí parecen más civilizados —le dije, mientras nos acercábamos a mi casa.

Ella asintió.

—Aquí les llevan margaritas de los jardines de sus madres a las chicas que les gustan. Y les piden permiso a los padres antes de salir con ellas.

No tenía ni idea de eso. Me pregunté si Fade lo sabía... y qué significaba exactamente.

—¿Alguien le ha pedido permiso al doctor Tuttle para salir contigo? Tegan negó con la cabeza.

—No he animado a nadie a que lo hiciera. En cualquier caso —continuó— Fade nunca ha tenido ojos para otra que no seas tú. Algunas veces me ha hablado de ti, ¿sabes?

Noté una oleada cálida atravesando mi estómago.

—¿Ah sí? ¿Qué... qué te dijo?

—Me contó cómo atravesasteis los túneles juntos, escondiéndoo de los Freaks y protegiéndoo las espaldas. Me dijo que lo salvaste.

—Él también me salvó a mí.

Muchas veces, y de modos que no podía describir, como si me hubiera curado de una herida que no sabía qué tenía.

—También me dijo que fue la primera vez que se sintió seguro desde que se unió a vuestro enclave.

Nuestro paseo terminó frente a la casa de los Oaks. Me fijé en lo acogedora y agradable que era. No era tan elegante como la casa de los Bigwater, pero encajaba conmigo. Aprovechando lo que Tegan me había dicho sobre pasar la noche en casa de Merry, como si eso fuera algo bueno, murmuré:

—Si quieres, puedo preguntarle a Mamá Oaks si puedes quedarte a pasar la noche. Mi cama es bastante grande.

—Eso sería divertido.

Corrí al interior y encontré a mi madre adoptiva en la sala de estar, con una mano sobre su regazo. Era un tipo de manta formada por varios trozos de tela, sorprendentemente bonita. Parecía tan delicada que me daba miedo usarla.

Le he pedido a Tegan que se quede a pasar la noche. ¿Te parece bien?

—Sería un poco tarde para decir que no —gruño—, puesto que ya la has invitado. —Pero yo sabía, por el brillo de sus ojos, que no le importaba—. Claro, es una buena chica. ¿Le habéis preguntado a los Tuttle?

—Iremos a hacerlo ahora.

Me levante la falda y salí corriendo, ignorando su advertencia de que no debía correr. La risa de Mamá Oaks me siguió.

—Y pensar que yo siempre había querido una hija... Tegan levantó ambas cejas.

—¿Y bien?

—Está de acuerdo. ¿Quieres que vaya contigo? Tegan negó con la cabeza.

—Volveré en media hora, más o menos. Si no vuelvo, será que el doctor tiene algún trabajo importante y me necesita.

—Espero que no.

Ya qué eso significaría que alguien estaba enfermo o herido.

—Yo también. Me vendría bien una noche libre.

Volví a la casa y encontré a Mamá Oaks en la cocina. Un aroma dulce y especiado llenaba ya el aire. Si iba a tener una invitada, entonces tenía que hacer una cena especial, aunque ya hubiéramos comido tarta en la fiesta.

Sería inútil, pero intenté hacerla desistir.

—No tienes que tomarte ninguna molestia. Solo me apetecía tener compañía.

—No comprendes a las madres en absoluto —me dijo amablemente.

—Supongo que no. Nunca había tenido una. Mamá Oaks me rozó la mejilla.

—Lo sé, Deuce. Lo único que tienes que hacer es aceptar qué hago lo que hago por ti porque quiero hacerlo. Si no quisiera, no lo haría. Es así de sencillo.

Poe alguna razón, tenía un nudo en la garganta.

—Gracias —le dije torpemente.

Después de preguntarle si necesitaba mi ayuda (y de qué ella me lo negara) subí las escaleras para ordenar mi habitación. Normalmente no estaba mal, pero después de haberme rizado el pelo para la fiesta había jirones de tela húmedos por todas partes, y mi ropa no estaba tan ordenada como me gustaría. Cuando Tegan llegó, ya lo tenía todo en su lugar.

Bajé rápidamente las escaleras para recibirla.

—¿Qué quieres hacer?

Tegan entró en la cocina y golpeó la puerta con los nudillos para llamar la atención de mi madre de acogida.

—¿Tenéis algún juego de mesa?

—Claro que sí. Deja qué te los muestre.

Ladeé la cabeza con curiosidad. Nunca me había mencionado qué teníamos algo así, pero yo tampoco se lo había preguntado. En el interior de la cómoda había una vitrina llena de todo tipo de chismes. Tegan sacó cuatro cajas y las llevo al sofá para ver qué contenían. Las abrió con expresión alegre.

—¿Sabes lo qué son? —le pregunté.

—La mayoría. —Tocó cada una de ellas y las nombró por mí—. Conecta Cuatro. Tangram. Cribbage. Guaca Mole. Esto parece un tablero de ajedrez, pero es un juego muy complicado. Yo no juego demasiado bien.

—Yo sí —dijo Edmund mientras entraba en la habitación.

Por impulso, me puse en pie y lo recibí con un beso en la mejilla.

Cuando volví a sentarme juntó a Tegan, estaba sonriendo.

La chica inclinó la cabeza a modo de súplica.

—¿Nos enseñas? Edmund asintió.

—Dejad qué me lave y me cambie de ropa. Si aún queréis aprender cuando vuelva, compartiré algunas estrategias básicas con vosotras.

—Estrategia.

Repetí la palabra en mi cabeza. Sonaba como si aquel juego pudiera resultar valioso en otros aspectos, como si pudiera mejorar mi habilidad de planificación. Podría aplicar lo que aprendiera del ajedrez en el combate.

Cuando se lo dije a Tegan, negó con la cabeza y se rio.

—Nunca piensas en otra cosa aparte de luchar, ¿eh? Juguemos a esto mientras esperamos. No es difícil.

Sacó un tablero y me explicó qué tenía qué meter mis fichas en las ranuras, y qué mi objetivo era intentar conseguir cuatro en una hilera antes que ella.

Para cuando Edmund se unió a nosotras, ya había perdido mi primera partida de Conecta Cuatro, pero pensé qué le había pillado el tranquillo. Era el momento de

nuestra primera lección; Edmund resultó ser un profesor muy eficaz, y pronto tanto Tegan como yo supimos lo suficiente sobre ajedrez para animarnos a jugar una partida. Estaba pensando mi siguiente movimiento cuando Mamá Oaks nos llamó a cenar. Olía deliciosamente; había cocinado un plato donde la carne y la verdura estaban cubiertas de una cremosa salsa y metida dentro de un hojaldre.

—Esto es increíble —dijo Tegan después de dar el primer bocado.

—Es mi plato favorito. Gracias, Mamá Oaks.

Mi madre de acogida levantó su tenedor con una sonrisa satisfecha.

—Cocinar para gente que aprecia mi comida es suficiente para mí.

—Yo la aprecio —protestó Edmund.

—Sí, querido, pero llevas años comiéndola. Ya no te sorprende.

—Eso es verdad —asintió—. Lo que me sorprendería sería que alguna vez no estuviera todo estupendo.

La anciana sonrió.

—¿Veis? Por eso me casé con él. Es un adulator.

Tegan y yo nos reímos ligeramente con aquella tontería, y así se propició una cálida aura durante toda la cena que no se desvaneció ni siquiera mientras fregábamos. Cuando terminamos, recogí los juegos que habíamos dejado en la sala de estar y después cogí una lámpara y me detuve a mirar a mis padres de acogida. Eran los momentos como aquellos los que hacían que todo lo demás mereciera la pena. Las pesadillas y los malos recuerdos no podían afectarme ahora. Me sentía segura, pero eso también me daba miedo, porque tenía algo querido que perder. Un nervioso escalofrío me recorrió.

—Nos vamos arriba, si no os importa —murmuré.

—Claro que no —dijo Mamá Oaks—. Tendréis cosas de las que cotillear.

A mi espalda, Tegan subía la escalera con pasos irregulares. Conduje el camino hasta mi dormitorio, puse la lámpara sobre mi tocador, y cerré la puerta. A continuación, me aseguré de que la ventana estuviera cerrada y también corrí la cortina. Como no tenía intención de salir de nuevo me puse el camisón y Tegan hizo lo mismo. Las dos nos acurrucamos sobre mi cama, mirándonos con las piernas cruzadas.

Yo hablé primero.

—¿Cómo está tu pierna?

Tegan se subió el camisón y me enseñó la cicatriz, una pálida línea púrpura que cortaba la piel de su muslo. Había tres puntos oscuros debajo; los examiné con curiosidad.

—Parece que está mejor, ¿no? —me preguntó.

—¿De qué es esto?

Le señalé las marcas bajo la herida inicial.

—No recuerdo cuando me las hizo el doctor, pero estaba fuera de mí por la fiebre. Al parecer tuvo que drenar la herida y, como la habíamos cauterizado, tuvo que hacer

tres pequeñas incisiones para dejar salir el fluido purulento.

—¿Purulento? —repetí.

—Infectado.

—¿Te dolió mucho?

Tegan se encogió de hombros.

—Seguramente. No recuerdo casi nada de la primera semana, aunque sé que te quedaste conmigo todo el tiempo que te dejaron.

—¿Cómo te curó la fiebre?

—Usó un té de menta, milenrama, matricaria, y bálsamo de limón.

Sabía mal.

Suponía que aquellos eran los nombres de las plantas.

—Pero funcionó. Tegan sonrió.

—Así es. El doctor se sintió bastante aliviado cuando me recuperé lo suficiente como para quejarme por tener que beberlo.

—¿Cómo llamas a tus padres de acogida? —le pregunté.

—No te rías, pero en privado los llamo Mamá Jane y Doctor papá. Tegan no deseaba hablar sobre el tiempo que había pasado con los Lobos, pero yo sentía curiosidad.

—¿Cómo era tu vida antes?

—Antes... ¿de que la banda me raptara? —me preguntó con cautela. Asentí.

—Recuerdo a mi madre, pero no sé quién era mi padre. Supongo que más o menos como tú.

Se apoyó contra la pared, con expresión pensativa.

—Cuando era pequeña, éramos veinte. Cuatro o cinco familias.

—¿Dónde vivías? ¿En las ruinas?

Tegan se frotó los ojos como si le escocieran por las lágrimas, pero, cuando apartó la mano, los tenía secos.

—En el laboratorio de ciencias de la universidad. Era un buen lugar para buscar comida, céntrico, y el edificio tenía un montón de cosas útiles. Sembramos nuestras propias plantas durante un tiempo, fuera, en la tierra. Había todo tipo de semillas.

—¿Las bandas no os molestaban?

—No cuando éramos más. Era bastante feliz —añadió en voz baja—. Tenía a mi madre y a mi padre, y a otros niños con los que jugar.

—¿Cómo era la vida?

—Sembrábamos comida. La cocinábamos. Yo ayudaba en el jardín, sobre todo.

—Entonces eras una sembradora.

Eso explicaba por qué las bandas no vieron en ella ninguna utilidad más allá de engendrar. Ellos no plantaban semillas en el campo y esperaban a qué crecieran: rebuscaban y cazaban para sobrevivir.

—¿Por qué no te presentas voluntaria para la cosecha de verano?

Apuesto a qué podrías ser útil en el campo. Tegan ladeó la cabeza y se lo pensó.

—Podría, si el doctor le parece bien. Normalmente hay menos enfermos durante los meses cálidos.

Cómo había terminado su vida feliz no era ningún secreto para mí. La gente de su pequeña colonia se había puesto enferma y había muerto, uno a uno. Había perdido a su padre y, al final, solo quedaron Tegan y su madre, que tuvieron que huir de las bandas en lugar de vivir felices y a salvo en el edificio de ciencias de la universidad. No había necesidad de hacerla revivir aquello, pero tenía otras preguntas.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué alguna gente moría tras enfermarse, mientras que otros se ponían bien?

—Sí —me respondió ferozmente—. Y por qué alguna gente nunca llegó a ponerse enferma. Supongo que debía de haber alguna razón, pero no sé cuál. El doctor tampoco lo sabe.

—Es frustrante.

—Por eso me encanta trabajar con él. Quiero entender por qué el mundo funciona así.

—Espero que lo consigas —le dije.

—Yo también.

Había llegado el momento de meternos bajos las mantas. Atenué la luz, pero no la apagué por completo, y después me metí en la cama. Tegan se acostó a mi lado. Como le había dicho, mi cama era lo suficientemente grande como para que no nos molestáramos la una a la otra. Parecía un milagro que no tuviéramos que cazar para desayunar; alguien cocinaría para nosotras cuando nos despertáramos.

—¿Sabes que los Oaks tienen un hijo que nunca viene a verlos? Hable en la oscuridad, y me puse de costado para mirarla.

—¿Por qué no? Negué con la cabeza.

—No estoy segura. Discutieron, pero no sé por qué.

—Qué mal —dijo Tegan en voz baja—. Yo daría cualquier cosa por volver a ver a mis padres. Los echo mucho de menos.

—Lo sé.

La abracé en la oscuridad, pero no lloré. Aquella era una pérdida antigua y mate, como un cuchillo dejado bajo la lluvia. Pero Tegan me devolvió el abrazo con fuerza y me hizo sentir importante, merecedora de su amistad, aunque no fuera perfecta. Seguro que no tenía tanta confianza con ninguna de sus amigas.

—¿Echas de menos a alguien del enclave? —me preguntó al final.

—A mis amigos de la infancia, Thimble y Stone. Tegan se apoyó sobre un codo con curiosidad.

—¿Quiénes eran?

—Los que se criaron en el dormitorio al mismo tiempo que yo. A veces, los niños se reunían en grupos de tres o cuatro y se mantenían unidos después de hacerse mayores y ganarse sus nombres.

—¿Tus amigos eran mayores que tú? —me preguntó. Yo asentí.

—Me dejaron atrás, y fue horrible. Me sentía muy sola.

Me dio cuenta de que nunca le había contado toda la historia. Mientras viajábamos habíamos dedicado gran parte de nuestro tiempo y energía a la supervivencia.

—Después tuviste que dejarlos para siempre.

Se lo expliqué todo apresuradamente: las reglas sobre la apropiación indebida, el niño ciego, cómo trataban los ancianos a Fade, el supuesto suicido de Bandera, y cómo el jefe enviaba a la gente a los túneles de vez en cuando para atemorizar al resto del enclave, lo que provocó que Stone fuera acusado de un delito que no había cometido. Cuando terminé tenía un nudo en el pecho y la mano de Tegan descansaba sobre mi cabello sin acariciarme, como si supiera que todo aquello estaba a punto de superarme. No me había dado cuenta de que aún me dolía tanto, pero el dolor aminoró a medida que me tranquilizaba. Compartirlo con ella me ayudó.

—Entonces, por eso te marchaste. Es horrible, Deuce.

—Lo fue —dije en voz baja—. Pero no me di cuenta de ello mientras estaba ocurriendo.

Suspiró.

—Porque te criaron así.

No podía responderle verbalmente, así que asentí.

—En las ruinas, cuando me dijiste que hiciera borrón y cuenta nueva con Stalker, te odié por ello. Pero creo... Creo que por fin lo entiendo. Quizá él tampoco se dio cuenta de que estaba haciendo algo malo hasta después. Quizá lo sabe ahora. Intentaré juzgarlo por sus actos presentes.

—No me importas si perdonas a Stalker o no —le dije en voz baja—. Eso es algo entre vosotros.

—Gracias. Gracias por ser mi amiga.

Me sentó bien saber que yo también tenía la capacidad de consolarla.

Abracé sus palabras junto a mi corazón mientras me quedaba dormida.



Una semana después de la fiesta, me reuní en los barracones antes del amanecer junto al resto de miembros de la patrulla de verano. Los días eran cada vez más cálidos y más largos, pero Improbable quería conducir a los sembradores hasta los campos bajo la protección de la oscuridad. En las últimas dos semanas se habían producido un par de asaltos a las murallas. Nada en comparación con la emboscada que nos tendieron fuera. Aquellos asaltos recientes eran como si los Freaks estuvieran poniendo a prueba nuestra resolución, en lugar de intentos reales de entrar en el pueblo.

O quizá esperaban que nos quedáramos sin munición. Pero Salvación llevaba años fabricando su propia pólvora y el herrero que trabajaba con Stalker sabía fabricar balas para los rifles, así que no era probable que eso ocurriera jamás.

A menos que se vuelvan lo bastante listos como para atacar la caravana comercial que va hacia el resto de asentamientos en otoño. Me obligué a apartar aquel pensamiento. Aunque ya no fueran criaturas que se movieran solo por instinto, como lo habían sido antes, los Freaks no podían ser tan astutos.

Improbable pensaba que habíamos diezmado su población y que el resto de la estación pasaría sin sobresaltos. Yo había visto demasiados cambios de comportamiento de los Freaks como para creérmelo, pero no contradije a nuestro líder. Él tenía más años de experiencia en aquella guerra concreta, así que me conformé con seguir órdenes. Aquel también había sido mi papel en los túneles, y al menos Improbable parecía tener una buena cabeza sobre los hombros.

Sin embargo, siempre mantenía mis armas preparadas.

Fade me saludó tomando mi mano en silencio. Aunque no me sentía cómoda con las muestras de afecto públicas, no me aparté de él, y mi contención se vio recompensada cuando me sonrió. Nunca me cansaba de sus sonrisas, ya que no las veía a menudo. En los túneles era conocido por su carácter reservado y su aire melancólico.

Stalker pasó junto a nosotros sin mirarnos ni saludarnos y se unió a los guardias mayores, a los que parecía caer bastante bien. Conseguí no seguirlo con la mirada, pero escuché sus palabras en mi cabeza. *Él no va a hacerte feliz paloma. Es débil en aspectos en los que tú y yo no somos. Al final lo destrozará.*

No lo haré, me dije a mí misma. Yo también había sido más débil de lo que se suponía que debía ser una Cazadora. Lo había demostrado una y otra vez, así que eso me hacía una pareja perfecta para Fade. ¿No?

Aparté aquellas dudas y me uní al resto del grupo mientras se dirigía a la puerta. Aquella vez no había carretas, y los sembradores caminaban en el interior de nuestra línea defensiva con sus herramientas: palas, azadones y cubos para recoger agua del

lago que había junto a los campos. En las últimas semanas no había llovido tanto como necesitaban los brotes, así que, además de desherbar, tendrían que regar para asegurarse de que había comido para el invierno. Aquellas eran palabras nuevas para mí, desherbar y regar, pero había deducido su significado por el contexto.

El grupo compartía un estado de ánimo tenso y sombrío. Después de lo que había ocurrido la última vez que salieron de las murallas, comprendía por qué. Saqué mis dagas de las vainas que tenía en los muslos, y atraje la mirada de Fade. Entonces asintió para apoyar mi instinto, y negó con la cabeza para darme a entender que estaba en desacuerdo con Improbable; el problema no había terminado.

En lugar de eso, tenía la oscura y perturbadora sensación de que acababa de comenzar.

Marchamos hasta el primer campo sin ver a un solo Freak. Pronto entendí el porqué. Lo habían destruido todo. Habían arrancado las frágiles plantas aún verdes del suelo y estaban secándose, con sus diminutas raíces expuestas al sol. Habían rastrillado los surcos repetidamente con sus garras hasta quitarles a los campos su capacidad de renovación y esperanza.

Para empeorar las cosas, Los Freaks nos habían dejado una señal, una ofrenda inconfundible. En nuestra última patrulla habíamos perdido a seis, dos sembradores y cuatro guardias. Allí había seis cabezas montadas sobre estacas; solo eran ramas razonablemente rectas, cierto, pero reflejaban una premeditación que me puso el vello de punta. Aquella pobre gente tenía la cara medio devorada, y su piel arrancada y podrida mostraba partes de hueso. Les habían quitado el cerebro, suponía que, para comérselo, y habían dejado agujeros abiertos en la parte posterior de sus cráneos.

Cuando los vieron, los sembradores gritaron. Algunos cayeron de rodillas, vomitando el desayuno o llorando por los muertos. Los guardias se mantuvieron estoicos, así que su repulsa solo se mostró en el modo en el que apartaron los ojos, incapaces de mirar la profanación más de un par de segundos seguidos. En cuanto a mí, le eché una larga mirada, porque aquel era el nuevo rostro de un viejo enemigo.

Como advertencia, aquella era magistral. No solo provocaba terror y repulsa: también nos decía que había más Freaks escondidos cerca. Observándonos. Esperando. Y no sabíamos cuántos eran. Improbable creía que habíamos acabado con la mayoría de ellos, pero era evidente que algunos se habían mantenido atrás y habían salido cuando nos marchamos para comerse a nuestros muertos. El horror trepó por mí columna como un insecto con muchas patas, insidioso e inexorable.

—Están intentando que nos quedemos sin provisiones —le dije a Fade en voz baja.

Él asintió.

—Esto no es solo instinto. Esto es...

—Estrategia —terminó Stalker. Era la primera vez que me hablaba desde la última noche que vino a mi ventana, pero al parecer aquella situación le había parecido lo bastante grave como para dejar a un lado nuestros conflictos personales.

—Esto no me gusta —murmuré.

—Es una advertencia —continuó Stalker—. Las bandas dejaban mensajes similares, aunque no con cabezas.

No nos explicó en qué se diferenciaban sus mensajes, y me alegré de ello.

Estaba realmente asustada. Aunque teníamos comida de sobra, una mala cosecha destruiría la prosperidad de Salvación. Mamá Oaks tenía un pequeño huerto que sumaba provisiones a las cosechas que se plantaban para todo el pueblo (y de las que todas las familias recibían una parte), pero no sería suficiente para pasar el invierno. Otras familias no habían pensado en plantar nada, o no tenían el espacio suficiente.

—¿Qué hacemos? —le preguntó un sembrador a Improbable—. ¿Limpiamos y aramos por segunda vez?

Era una buena pregunta, pero, ahora que los Freaks habían descubierto la importancia de aquel sitio, volverían. Necesitábamos tomar medidas más drásticas y, por su expresión, Improbable lo sabía. Habló en voz baja con otros líderes de patrulla, todos hombres curtidos que habían pasado el invierno protegiendo la muralla. Al final, después de un poco de discusión, y con el resto observando el horizonte y olfateando el aire, llegaron a un acuerdo.

—Plantaremos el problema ante un consejo —dijo Improbable—. Algo ha cambiado en el modo en el que actúan los Mutantes. No tiene sentido quedarnos aquí hasta que se nos echen encima. Volveremos y convocaremos una reunión de emergencia.

Mientras regresábamos al pueblo, la gente habló del problema en voz baja.

—Podríamos construir una muralla —sugirió uno de los sembradores. Otro se rio con desdén.

—Esto es lo único que podemos hacer ahora mismo, idiota. ¿Cómo iban a proteger las patrullas a los constructores y a los sembradores?

¿Sabes cuánto nos costaría cortar y transportar tanta madera?

Seguí la mirada del hombre hasta el oscuro bosque que rodea Salvación. Había madera de sobra, claro, pero aquella también había sido la base de operaciones de la última oleada de Freaks Un segundo guardia negó con la cabeza.

—No podrían pagarme lo suficiente para que me metiera ahí, ni siquiera para proteger a unos hombres que talan árboles por el bien del pueblo.

Sus recelos tenían sentido. Tenía que haber otro modo.

—Podríamos poner una guardia permanente en el campo —sugirió otra persona.

Aquello me sonaba más factible, aunque sería peligroso. No había ningún refugio, solo la interminable amenaza de una muerte repentina y espantosa. El aislamiento y la incertidumbre podían consumir un alma débil.

Sobra decir que yo me presentaría voluntaria. Estaba distraída, intentando decidir cómo iba a decirle aquello a Mamá Oaks antes de que el mundo explotara con dientes y garras. Está vez, los Freaks nos atacaron en las puertas; era bastante difícil hacer que las poleas y tornos se movieran para que nuestro grupo pudiera entrar. Llegaron

sin hacer ruido, rodeando la muralla, en lugar de asaltarnos directamente. Aquellos monstruos habían ganado en ingenio; se habían camuflado (incluso su asqueroso olor) con tierra y vegetación, de modo que, cuando llegaron por los flancos, estaban ya más cerca de lo que podíamos haber imaginado. Debían de haberse colocado allí durante el cambio de turno, esperando nuestro regreso.

Dos minutos más tarde, y habrían conseguido atravesar la muralla, pensé, con el temor palpitando en mi cabeza.

Mis dagas se deslizaron en mis manos por instinto. Los que sobresalíamos en el cuerpo a cuerpo, incluidos Fade y Stalker, nos colocamos ante las puertas mientras el resto de guardias disparaban. Era una locura; el sonido de los rifles se mezclaba con los aullidos y gruñidos de los Freaks, que mostraban sus intenciones a través de sus sanguinolentas bocas.

—¡Cerrad! —gritó Improbable.

Y las puertas gimieron mientras los guardias tiraban de las cuerdas, arrastrando la pesada madera hacia ellos. Con las prisas, uno de ellos tiró demasiado fuerte, desequilibró el mecanismo y una pieza de metal se rompió con un horrible tañido. A mi espalda, la puerta permanecía abierta sesenta centímetros, y sobre mi cabeza los hombres maldecían mientras corrían buscando las piezas de repuesto.

Los sembradores corrieron, gritaron, hacía aquel pequeño hueco. Pensaban que las murallas aún eran seguras, pero no existía seguridad más allá de nuestra propia fuerza. En los túneles solía repetírmelo, y seguía haciéndolo mientras recibía la primera acometida. Los Freaks estaban enloquecidos por la posibilidad de éxito... y un festín mayor de lo que habían esperado.

Esto es pura astucia, y son muchos.

Me convertí en una criatura veloz e implacable, nacida para acuchillar con mis dagas. Luché contra tres a la vez, apartándome de las garras y colmillos. Sabía por experiencia que podían desgarrar la frágil carne humana, y lo fácilmente que se infectaba tales heridas. Mi daga izquierda abrió una garganta, y giré para abatir a otro: conseguí hundir mi daga derecha en el vientre del Freak. Emitió un lamento, se llevó las garras a la herida, y sus compañeros se detuvieron para observar su muerte durante unos segundos que tuvieron un alto precio para ellos. Pero fue un gesto de respeto que dejaba claro que el Freak al que había matado les importaba. Aquellos no eran como los Freaks contra los que habíamos luchado en los restos del vagón de hierro de los túneles, a los que solo les importaba la carne.

El miedo hirvió en mis venas. Lo combatí mientras arremetía contra los Freaks. Si dejaba que aquel sentimiento creciera, me aplastaría. La batalla estaría perdida. Los Freaks no estaban atacando; morirían ellos o yo. No terminaría de ningún otro modo.

Mis manos se estabilizaron.

No pasará ninguno, me dije a mi misma. Fue un juramento silencioso. Aparté las distracciones externas y el miedo de mi interior y me concentré en mis enemigos. Eran más fuertes que aquellos contra los que había luchado en las ruinas, porque

estaban mejor alimentados. Comían bien en aquella tierra salvaje, donde había abundancia de presas grandes y carnosas, lo que me hizo pensar que debían de tener otra razón para atacarnos. No había duda de que éramos una fuente de alimento, pero sus gritos llenos de odio me dejaron claro que nos veían como verdaderos enemigos. Era un pensamiento aterrador.

Para ellos, nosotros somos los malos. Nosotros somos la amenaza que debe ser exterminada.

La idea me perturbó tanto que un Freak me empujó, y me hizo perder el equilibrio. Sus garras trazaron un arroyo en mi estómago. Perdí la visión de la tierra a mí alrededor y me derrumbé sobre el cadáver de su camarada caído. Caí con fuerza, y mi daga derecha se escapó de mi mano.

Por esto, pensé, me merezco morir. Mi entrenamiento había fracasado. Había permitido que mis pensamientos rompieran mi concentración. Si los Freaks no lo hacían, me mataría la vergüenza. Sin embargo, atacé su corva con la daga izquierda esquivando el golpe mortal.

En aquel momento, Stalker y Fade llegaron desde cada lado y partieron al Freak casi en dos. Limpiaron un camino hasta mí, mientras los muertos caían en enormes oleadas a sus espaldas. El sol de la mañana los retrataba, como la oscuridad y la luz, y ambos me ofrecieron una mano manchada de sangre para que me pusiera en pie. Acepte la ayuda de ambos y me incorporé, dejando atrás el arma que se me había caído.

Volvimos a luchar juntos, y me concentré. Apuñalé y bloqueé, di patadas y golpeé sin consideración, sin piedad. Cuando derrotamos al último Freak de la desesperada oleada, habíamos perdido cinco guardias más. Al menos, aquella vez, los sembradores habían conseguido ponerse a salvo... y habíamos evitado que los Freaks entraran en Salvación. Durante unos largos y aterradores minutos nos mantuvimos allí, manchados de sangre escarlata y sudorosos, esperando a que los del interior terminaran las reparaciones.

Temblaba de agotamiento. Fade rozó mi barbilla ligeramente para que lo mirara.

—¿Estás bien?

—No ha sido mi mejor pelea. Pero gracias por salvarme.

Stalker estaba un poco apartado, pero dirigí mis palabras a ambos. Asintió, aunque no se acercó, y me dolió haberlo apartado de mí al elegir a Fade, y al parecer no pudiéramos tener nada si no estaban incluidos los besos. A veces no comprendía a los chicos.

El portero nos llamó por fin.

—¡Entrad!

Con la ayuda de Fade, arrastré el cuerpo de un guardia al interior, y los demás hicieron lo mismo. No queríamos dejar a aquellos hombres para que fueran profanados como los otros. Me parecía extraño que aquello me hubiera parecido tan ofensivo. Después de todo, en los túneles, habíamos dejado sistemáticamente a

nuestros muertos para que los Freaks se alimentaran de ellos. Pero nunca nos habían devuelto ninguna de nuestras ofrendas de un modo tan horrible. Quizá, entonces, era él despreció obvio que representaban aquellas pobres cabezas empaladas. Nunca había creído que los Freaks fueran capaces de sentir nada aparte del hambre, pero era evidente que aquellos sentían emociones poderosas.

Cuando las puertas se cerraron tras nosotros, los guardias colocaron la viga de refuerzo. En el tiempo que llevaba allí nunca había visto sellar las puertas de aquel modo. Aquello era una señal de lo inauditos que habían sido aquellos ataques. Les habíamos advertido de que los Freaks estaban cambiando, pero ni siquiera yo había esperado aquellas tácticas.

Mi corazón saltaba salvajemente en mi pecho, tanto como reacción por la pelea como por la alarma ante lo desconocido. Parecía que los Freaks eran cada vez más listos, pero ¿por qué? Una vez más, pensé que, si pudiera contestar aquella pregunta, tendría el mundo en mis manos. Exhalé entrecortadamente y me froté los brazos.

—¿Se te ocurre algo? —le pregunte a Fade. Negó con la cabeza.

—Si pudiéramos estudiar a los Freaks, capturar uno o dos y observarlos, podríamos descubrir algo.

Sofoqué una carcajada.

—Estoy segura de que esa idea no gustaría demasiado a la buena gente de Salvación.

Fade me pasó un dedo por la mejilla, y lo apartó pegajosa por la sangre.

—Por eso solo te lo he dicho a ti.

—Por favor, dime que no estás sugiriendo... —Comencé.

—No. Creo que todas las criaturas tienen derecho a vivir en libertad, incluso las que están intentando matarnos.

—Y cada vez son mejores en eso —murmuré a la vez que notaba un escalofrío.

En silencio, examiné a la gente de Salvación durante un momento. Deteniéndome en sus rostros cansados y sin esperanza, pensé, *No están preparados para una guerra. Ni siquiera a sus guardias les gusta abandonar las murallas.* Y aquella fue seguramente la razón por la que me dejaron unirme a las patrullas de verano, a pesar de lo que opinaban sobre lo que era y no era adecuado para las mujeres. De otro modo, el apoyo de Improbable no habría sido suficiente. Pero carecían del feroz espíritu de los Cazadores para proteger a los demás.

Esta es tu misión. Para esto sobreviviste en las ruinas y llegaste a la Superficie. La voz de Seda resonó inconfundible en mi cabeza, tan clara que me giré para buscarla. La orden inflamó la Cazadora que había en mí, e incentivó mi deseo de defender y mi necesidad de un propósito. La tragedia de los ciudadanos de Salvación había reforzado de mi determinación. La noticia ya se estaba extendiendo, y la gente llegó en pequeños grupos para reclamar a sus muertos. Los sollozos llenaron el aire, junto a los miedos y las recriminaciones susurradas.

Fade me pasó un brazo por los hombros y me llevó hacia el pozo que había cerca

de los barracones. Comprendí su intención y nos lavamos en silencio, escuchando el lejano drama de las vidas sesgadas. La herida de mi estómago me dolía; no era profunda, pero tendría que vendarla. Cuando volvimos, húmedos pero limpios, Improbable se marchó, seguramente para buscar a Elder Bigwater.

No había ningún edificio lo bastante grande como para acoger a toda la preocupada ciudadanía, así que salvación se reunió al aire libre. Era un escenario caótico: todos gritaban a la vez, exigiendo respuestas. Yo me quede con Fade en la parte de atrás, ya que el resultado de sus deliberaciones me interesaba. Improbable había llevado a Elder Bigwater hasta allí.

Aquella era la primera vez que podía ver bien al líder de salvación, ya que yo no era lo suficientemente importante como para merecer su atención personal. Era un hombre alto y delgado con mejillas cavernosas, la carne hundida alrededor del hueso, y los ojos sepultados bajo una frente protuberante. Suponía que Justina había salido a su madre... y había tenido suerte. No creía que a ninguna niña le pudiera ir bien allí con aquella cara.

Mamá Oaks se detuvo a mi lado con mi padre adoptivo en su estela, como siempre. Me examinó y se relajó visiblemente cuando descubrió que estaba de una pieza, Edmund sonrió como saludo, pero no dijo nada, porque la reunión estaba a punto de empezar. Fade me cogió de la mano y su presencia me consoló, aunque nuestra seguridad acabara de sufrir un golpe tremendo. Pero yo no estaba tan inquieta como algunos, que lloraban silenciosamente; había interiorizado que la seguridad era tan solo una ilusión. Aquel fue uno de los regalos que me hicieron en el enclave.

—¡Silencio! —gritó Elder Bigwater. Esperó hasta que todos dejaron de hablar, y se quedó mirando fijamente a aquellos que no obedecieron al momento—. Creo que ha habido algún problema con la siembra de primavera.

—Once muertos hasta hora —exclamó uno de los sembradores—. ¡Y nuestro esfuerzo no ha servido de nada!

Elder Bigwater frunció el ceño.

—No te he dado permiso para hablar. Escucharé el informe oficial de Karl antes de abrir el tema a discusión.

Improbable resumió la situación como yo lo habría hecho, exponiendo los acontecimientos sin jugarlos o suavizarlos. Y, cuando terminó, Elder Bigwater tenía una expresión oscura que encajaba bien con sus duros rasgos. Me hizo acordarme de los pájaros que habíamos encontrado en la tierra salvaje, aquellos negros que se cernían sobre las criaturas abatidas con la esperanza de arrancar la carne de sus huesos.

—Esta es, efectivamente, una grave disyuntiva —dijo por fin—. Sin embargo, no me interesa escuchar vuestros lamentos sobre lo desgraciados que somos. Si tenéis alguna solución factible, elevad vuestro símbolo de ciudadano y os concederé la palabra.

¿Símbolo de ciudadano? Yo no tenía ninguno. Intercambié una mirada con Fade,

que negó con la cabeza. Quizá tenía algo que ver con la edad, y necesitábamos más cumpleaños antes de que se nos concediera el derecho a hablar en una reunión pública. Aquello no me parecía justo. La edad no tenía nada que ver con el modo en el que funcionaba mi cerebro. Al principio, hubo un silencio sepulcral, y después los sembradores propusieron algunas de las ideas de las que ya habían hablado en el camino de vuelta al pueblo.

El anciano rechazó la idea de cerrar los campos con otra muralla.

—Unas murallas sin guardias no sirven para nada... y lo que es peor, les proporcionarían la oportunidad de examinarlas de cerca y descubrir cómo escalarlas o destruirlas. A continuación, asintió en dirección a un sembrador que había elevado su símbolo.

—Tú.

—Está claro que no podemos dejar los campos desatendidos —dijo el hombre—. Debemos apostar guardias en todo momento.

—¿Y quién sería tan... audaz?

Con aquel momento de duda, Elder Bigwater dejó claro que había querido decir imprudente, que pensaba que aquella idea tampoco era buena.

Pero yo no creía que él pudiera resolver el problema. Me dio la sensación de que era el tipo de hombre que prefería mandar mientras los demás mandaban mientras los demás a su alrededor hacían el trabajo de verdad. Y después cosechar los beneficios. Se hizo el silencio. Parecía que nadie iba a presentarse voluntario para arriesgarse de aquel modo.

En aquel momento, me sentí avergonzada de todos los guardias presentes. ¿Qué había de bueno en tener un hogar tan estupendo si no estabas dispuesto a luchar para protegerlo? Aunque aún estaba húmeda y desaliñada tras el combate, solté la mano de Fade y me abrí camino a través de la multitud. Era imposible que le causara una buena impresión a Elder Bigwater, pero no me importaba. Aquel pueblo no necesitaba otra niña normal con un vestido bonito y hermoso tirabuzones. Lo supieran o no, me necesitaban a mí.

—Yo lo haré —dije, cuando estuve segura de que tenía su atención.

El anciano me inspeccionó concienzudamente, fijándose en las dagas de mis muslos y el modo en el que me había detenido.

—Eres una de los nuevos jóvenes —dijo, pensativamente. Podía verlo calculando las posibilidades de usarme contra la posibilidad de ganarse la desaprobación al ir contra las viejas costumbres.

Sin embargo, algo tenía que cambiar. Para los Freaks, ya había cambiado.

—Yo también.

No sabía si Fade me seguiría, pero allí estaba, a mi lado, más valiente que los guardias que le doblaban la edad.

Me erguí. Y entonces Stalker apareció a mi izquierda. Aquel fue un momento de orgullo que superó cualquier cosa que hubiera sentido antes, incluso el día de mi

nombramiento. Estábamos enseñando a aquella gente lo que significaba ser valiente: cumplir con tu deber incluso cuando te enfrentas a una posible extinción. Quizá, después de aquello, algunos más decidirían no esconderse tras sus murallas y, si la estación de la siembra rendía frutos, sería gracias a nosotros.

—Creo que estos jóvenes necesitan a alguien que conozca esta tierra —dijo Improbable mientras se colocaba a nuestro lado.

No éramos suficientes. Para mantener una guardia permanente necesitaríamos al menos veinte hombres, para que algunos de nosotros pudiéramos dormir mientras el resto patrullaba. Para la patrulla de verano habíamos sido más voluntarios, pero eso había sido antes, cuando sabían que volverían a casa al final del día y dejarían la tierra salvaje tras las murallas del pueblo. Aunque los campos no estaban lejos, había un mundo de diferencia en lo que concernía a la seguridad.

—Debería daros vergüenza —dijo Elder Bigwater—. Ya que ninguno sois lo suficientemente valientes como para dar un paso adelante, lo sortearemos. —Se dirigió a su hija, que estaba cerca ofreciendo una bonita imagen en aquel momento oscuro—. Trae papel y lápiz, Justina, y después escribe todos los nombres.

La chica parecía disfrutar de aquella pizca de poder, y tenía una amplia sonrisa. El miedo puso nerviosa a la multitud. Las mujeres se aferraron a los brazos de sus hombres por temor a que fueran escogidos. Justina regresó con las mejillas ardiendo por la carrera, y después circuló a través de la multitud, escribiendo los nombres de todos los guardias del pueblo. Recibían un trato especial y no realizaban ningún otro trabajo excepto sus turnos en la muralla, pero no esperaba demasiado de sus espíritus de Cazadores. Sospechaba que la mayoría no querían tener que mancharse las manos con un trabajo de verdad.

Cuando terminó, Justina colocó las tiras de papel con los nombres en un delicado cuenco. Estaba hecho a mano, pero era más bonito que ninguna otra cosa que yo hubiera visto bajo la Superficie. Los guardias nos miraban fijamente, como si nos hubiéramos presentado voluntarios solo para hacerlos quedar mal. No me importaba haber herido sus sentimientos.

Elder Bigwater llamó a Improbable y habló con él un momento en voz baja. Parecía que Improbable estaba de acuerdo con mi evaluación de cuántos hombres necesitábamos para una guardia permanente, porque Bigwater se dirigió a la multitud de nuevo y dijo:

—Ahora sacaremos dieciséis nombres y, si alguien cae este verano, volveremos a sortear para reemplazarlo.

Un murmullo de protesta atravesó la multitud, pero no fue suficiente para ahogar la estruendosa voz de Bigwater, un sonido más impresionante del que un pecho estrecho como el suyo debería poder emitir.

—Mamá Oaks, ¿harás los honores?

Como ella solo era la costurera del pueblo, no podía esperar recibir un trato especial del anciano por su cooperación. La gente necesitaba lo que necesitaba. Ante

aquella elección, algunos ciudadanos se relajaron un poco: parecían confiar en que sería imparcial. Algunos hablaron entre susurros, y una mujer me miró con malicia.

—Es ella. Todos nuestros problemas comenzaron cuando ella llegó al pueblo, con sus masculinas maneras. Nos traerá las plagas de la soberbia de nuevo, ya lo veréis. Haríamos mejor dejándola al otro lado de las murallas, con los Mutantes. Seguro que sus ataques terminarían si apaciguáramos al cielo con una prueba de nuestra piedad.

—Caroline —jadeó su compañera, realmente sorprendida.

Fingí que no había oído aquel comentario lleno de odio, pero me provocó un poco de miedo. Sabía demasiado bien lo rápido que puede volver la marea. Tenían que terminar aquella horrible lotería y dispersas a la gente antes de que las cosas se pusieran feas. Salvación necesitaba una rencilla interna tanto como un agujero en la muralla.

Escuché con poca atención los nombres que estaban leyendo: Frank Wilson, Nick Ganarpero Noiba, Ephrain Holder, Odell Ellis, Will Sweeney, Ty Frampton, Earl Wallace, Desmond Woods, Sonny Benton, Elroy Smith, Darrell Tilman, Gary Miles, Harry Carter, Ross Massey, Matt Weber, y Jeremiah Hobbs. Solo conocía a uno de ellos, Frank Wilson, el hermano de la chica con la que había hablado en la fiesta de Justina, cuyo nombre no podía recordar. El resto pertenecía a guardias que nunca abandonaban las murallas.

Sus familias rodearon a los hombres elegidos, llorando como si hubieran escogidos para algún truculento sacrificio humano, como si fueran a abandonar las murallas desnudos y desarmados. Negué con la cabeza y suspiré débilmente. Stalker observó la situación con la misma repugnancia y fascinación, y después negó con la cabeza.

—Hace que me alegre de no tener una familia —dijo en voz baja. Fade asintió.

—Tienen posibilidades de volver, siempre que no hagan ninguna tontería.

—Supongo que ese es el problema —sonreí, agachando la cabeza para no llamar la atención en aquella sombría ocasión riéndome de su dolor.

Mamá Oaks se unió a nosotros con el ceño fruncido.

—No sé si morirme de preocupación o si explotar de orgullo. Vas a matarme de un disgusto, chica.

Sus palabras me hicieron ponerme seria enseguida.

—Lo siento.

—Me habría gustado que nos consultaras antes de tomar esta decisión. Tenemos la responsabilidad de criarte.

Aquel era el problema. En los túneles, yo ya era adulta. No estaba acostumbrada a discutir mis decisiones con nadie. Los que estaban sobre mí en la cadena de mando me daban órdenes. Si no lo hacían, la decisión siempre era mía. No me gustaba demasiado aquella reducción de poder, y por eso seguía intentando destacar de algún modo que compensara mi falta de cumpleaños.

Intentando mostrar tacto, dije, más suavemente de lo habitual:

—Ambos sois muy amables, y siento haberos preocupado, pero...

—Eres como eres, y no puedes ser de otro modo —terminó Mamá Oaks por mí—. Y eso significa que tienes que hacer lo que crees que es correcto. Lo comprendo niña. De verdad que lo hago.

—Echaré de menos tenerte en casa —dijo Edmund, refunfuñando, y noté que lo decía de verdad—. Está noche te haré unas botas resistentes con las que puedas pelear.

—Gracias.

Edmund miró a Stalker y Fade un momento y después dijo:

—Creo que a tus amigos también les vendría bien un par. No te prometo que vaya a tenerlas preparadas para mañana, pero enviaré a un mensajero con ellas a los campos.

Dudaba que pudiera encontrar a alguien dispuesto, debido al peligro actual, pero no quería desanimarlo, así que no le dije nada mientras se arrodillaba y les tomaba medidas a los dos chicos. Stalker parecía especialmente sorprendido por el gesto; me pregunté si alguna vez había hecho alguien algo por él solo porque quisiera hacerlo. Aquello me hacía arrepentirme de mi falta de cercanía, porque no podía ofrecerle consuelo sin molestar a Fade. No estaba segura de por qué era así, pero suponía que tenían instintos territoriales, como todos los animales jóvenes.

—Tengo que decirle al señor Smith que no voy a estar para ayudarle durante un tiempo —dijo Stalker cuando Edmund terminó de medirle los pies.

—Será mejor que yo también informe al señor Jensen. Fade no parecía contento con la tarea y quise ir con él.

Les pedí permiso a mis padres de acogida, intentando hacerles sentir que me importaba su opinión.

—¿Podría acompañar a Fade?

—Ven a casa después —dijo Mamá Oaks—. Te prepararé una cena especial. Solo Dios sabe cuánto pasará antes de que vuelvas a comer algo decente.

Allí fuera la comida sería la menor de nuestras preocupaciones, pero comprendí su necesidad de contribuir con lo que pudiera. ¿Y quién podía decir que el recuerdo de una cena deliciosa no me ayudaría más tarde a aguantar, recordándome por qué estaba luchando? Nadie me oiría nunca decir que los cocineros y los constructores no importaban. Todos teníamos nuestro papel.

Fade entrelazo sus dedos con los míos mientras nos dirigíamos al establo. Tenía la mano caliente y firme, una seguridad en un mundo con un terreno cambiante. Era guapo de un modo que me dolía, pero era el más dulce de los dolores que había conocido, mejor incluso que el de las cicatrices que había recibido el día de mi designación. Aquel dolor hinchaba mi corazón y me empujaba a acercarme a él, incluso con todo el pueblo mirándonos.

—No te he dado las gracias por presentarte voluntario conmigo —le dije.

—No me des las gracias por hacer lo que me pide el cuerpo, Deuce.

Estaré contigo siempre que me lo permitas.

Aquello me pareció algo extraño. Nunca le había pedido que me dejara en paz, ni siquiera cuando pensaba que estaba loco. Pero quizá sus palabras se debían a las frecuentes pérdidas que había sufrido. En su interior quizá creía que nada duraba para siempre, ni siquiera nosotros. Y, algún día, me iría como se había ido su padre y su madre... o nos separaríamos, por alguna razón que aún no podíamos adivinar. Entonces decidí que nunca lo dejaría. Sería yo la que no lo abandonaría. Le demostraría que algunas cosas podían durar para siempre... Que nosotros seguiríamos juntos para siempre.

Cuando nos acercamos al establo, una voz enfadada resonó.

—¿Dónde cojones has estado, chico? Está mierda no se va quitar sola.

Cojones y mierda eran términos desconocidos para mí, pero por la tensa y enfadada expresión de Fade supe que no eran agradables, y que los había escuchado antes.

—De patrulla. Mañana voy a Salir para una guardia permanente, así que tendrás que encontrar a alguna otra persona para que trabaje en mi lugar.

—Y una mierda voy a hacer eso —dijo Jensen, apareciendo ante nosotros. Era un hombre poco atractivo, bajito y maleducado. Tenía un fuerte y desconocido olor pegado a él, como el de algo fermentado—. ¿Voy a tener que darte con la correa otra vez?

Me puse furiosa ante la idea de que hubiera estado azotando a Fade, que nunca me había dicho una sola palabra al respecto. ¿No confiaba en mí?

—Elder Bigwater lo ha decidido así —le dije tranquilamente—. No creo que tenga opción.

El hombre nos dedicó más palabras feas... o creí que lo eran, a tenor de los puños cerrados de Fade. Tomé las riendas de la situación.

—Coge tus cosas y ven conmigo. No vas a pasar otra noche aquí.

Cuando atravesé la puerta delantera, pensé que la casa de los Oaks olía a hogar. Era curioso que pensara algo así, ahora que iba a marcharme a la guardia permanente que íbamos a establecer en los campos, pero el aroma del pan recién hecho se había convertido en mi cabeza en un sinónimo de seguridad y comodidad. Mamá Oaks salió de la cocina secándose las manos en su delantal. Como no le había preguntado si podía invitar a alguien (y Fade tenía sus cosas en la mano) la sorpresa se reflejó en su rostro.

—¿Qué pasa? —me preguntó, invitándome a aclarárselo.

Como era evidente que Fade no quería hablar de ello, le conté mi versión.

—Tiene que quedarse a pasar aquí la noche. El señor Jensen lo amenazó con pegarle con la correa por marcharse, y creo que no es la primera vez que lo hace.

La mujer tensó los hombros y formó una línea blanca con la boca ante la idea.

—¿Lo ha amenazado... o lo ha hecho de verdad?

Suponía que aquello era importante. A veces, los ladridos de la gente eran peores que sus mordiscos, pero yo no creía que aquel fuera el caso.

—Levántate la camisa —le dijo a Fade.

Si me equivocaba no habría nada que ver. Sus ojos oscuros me miraron con avergonzada ferocidad, y la plomiza sensación de mi estómago me dijo que tenía razón. Fade no quería hacerlo, pero, como Mamá Oaks estaba mirándolo con preocupación, obedeció. Su vientre estaba bien... y entonces se giró.

Allí, sobre su adorable y musculosa espalda yacía la evidencia de sus meses en Salvación. Tenía la piel llena de habones, algunos con postillas, otros con franjas rojas, y bajo todo ello había moratones verde-azulados que probaban que llevaba pegándole casi desde que se marchó de la casa de los Oaks. En el rostro de la mujer podía ver que deseaba que se hubiera quedado con ella, por muy inapropiado que fuera. Salvación no había sido tan buena para Fade como lo había sido para mí.

—Arlo Jensen no va a irse de rositas —dijo con una tensa ira—. ¡Edmund!

Fade intentó esconder su humillación, pero yo sabía que aquello estaba haciendo que se sintiera peor. Y, aun así, si no hacíamos nada, el despreciable gusano que le había hecho daño no pagaría por sus crímenes. Cuando Edmund descubrió para qué lo llamado su mujer, se puso rojo y apretó los puños.

—Yo me ocupo —gruñó mientras salía por la puerta.

Mamá Oaks cogió la mano de Fade suavemente y lo condujo a la cocina.

—La cena está casi preparada, pero hay que curarte la espalda.

Fade retrocedió instintivamente ante aquella idea. Mamá Oaks lo notó y, por la tristeza de su rostro, supe que entendía que Fade no confiaría fácilmente en ella. Reunió lo que necesitaba y me puso la mano en el hombro.

—Iré a poner la mesa. Será mejor que te ocupes tú de él.

—¿No te importa? —le pregunté a Fade.

—Preferiría que lo hicieras tú.

Por su tono, parecía que preferiría fingir que aquello no había pasado, pero eso no haría que las heridas desaparecieran.

—Entonces lo haré. Quítate la camisa.

Lo hizo y la dejó sobre la mesa de al lado. Rara vez comíamos en la cocina, pero la mesa nos venía bien. Me temblaban las manos un poco. Aquello no era como frotar unguento en heridas de batalla; esas no me molestaban. Aquellas sí, porque las había provocado un humano que no tenía la excusa de la mutación, la enfermedad o la locura que aquejaba a los Freaks.

Me lavé las manos en agua jabonosa y después humedecí una toalla. Temía hacerle daño, pero él confiaba en mí. Deseé que me lo hubiera contado antes, aunque, como no habíamos hablado mucho, suponía que no podía culparlo. Tegan lo habría ayudado, e incluso Stalker. No había ninguna razón para que se sometiera a tales maltratos. Con mucho cuidado, le lavé la espalda y de vez en cuando notaba que se encogía. Tenía los nudillos blancos sobre el borde de la mesa, y la cabeza gacha. No sabía en qué estaría pensando.

—Casi he terminado —susurré.

Por último, extendí un unguento curativo por toda la espalda, tan ligeramente como pude. Se estremeció un poco, pero no sabía si le estaba haciendo daño. Con la punta de los dedos recorrí cada marca de correa, cada moretón, y, cuando terminé, quise ir a buscar a Arlo Jensen y hacer con él pienso para Freaks. Imaginármelo me proporcionó una inmensa satisfacción. Las zonas en las que su piel se había abierto no parecían estar infectadas, así que no era necesario tratarlas más, y tenían postillas limpias, así que tampoco le puse vendas.

—¿Has terminado?

Antes de que pudiera contestar, Fade se puso en pie y volvió a ponerse la camisa con dificultad. No me miró, como si lo hubiera traicionado.

—¿Fade? ¿Estás enfadado?

—Contigo no. Pero lo parecía.

—Si no se lo hubiera contado...

—No pasa nada —me espetó.

—Sí pasa. ¿Qué tienes en la cabeza?

—Seguramente me lo merecía —dijo—. Tegan está bien. Tú estás bien. Incluso Stalker parece llevarse bien con su padre de acogida. Y yo fui un bocazas, estaba enfadado porque...

Nos señaló a los dos.

Por nuestra situación. Por mí.

Se encogió de hombros.

—Probablemente tuvo algo que ver con mi actitud. Yo negué con la cabeza.

—No importa lo que le dijeras o cómo se lo dijeras, esto no estuvo bien. Fue su error, no el tuyo. No fue culpa tuya.

Era tan reservado... Me acerqué a él y, antes de que pudiera moverme de nuevo, le vi echarse entre mis brazos. No podía soportar que nadie que no fuera yo lo tocara. Y por eso lo abracé con cuidado, y me pregunté si alguna vez le había hecho daño con una caricia despreocupada. Si era así, no me lo había demostrado. Había sufrido un dolor inimaginable, y aquellas cicatrices se añadirían a las muchas que había coleccionado con el paso de los años. Fade dejó caer la cabeza y apoyó su barbilla sobre mi hombro. Nos quedamos así hasta que oí a Mamá Oaks moviéndose en la sala de estar.

Entonces la puerta delantera se abrió u se cerró. Edmund había regresado. Fade se separó de mí. Entrelacé mis dedos con los suyos y lo llevé conmigo a la otra habitación.

—Ya está arreglado —dijo Edmund con satisfacción.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Mamá Oaks.

—He informado del asunto a Elder Bigwater. Sabes que odia el maltrato infantil. Jensen recibirá diez latigazos y se pasará un día en el cepo.

Se dirigió a Fade.

—No es que importe, pero Arlo es alcohólico. Si lo hubiéramos sabido, nunca le habríamos confiado tu seguridad.

—¿Alcohólico? —pregunté.

Mi madre de acogida me lo explicó.

—Toma demasiado licor de maíz. Es un borracho. Lo siento tanto... Puedes quedarte a pasar la noche aquí, y serás bienvenido cuando termine la cosecha.

Estaba alegre, concentrada en la certeza de que ambos íbamos a volver.

—Puede quedarse con mi habitación.

Dejé a Fade charlando con Edmund mientras iba a ocuparme de la herida de garra de mi estómago. Apenas me dolía, y solo me molestaba cuando torcía la cintura. Mamá Oaks protesto mientras me curaba, negando con la cabeza.

—Nunca comprenderé por qué haces esto —murmuró. Le eché una dura mirada.

—¿No lucharías tú por tus hijos? La mujer dejó escapar un suspiro.

—Olvídalo. Tumbate en la mesa.

La cena fue sorprendentemente agradable. Como mis padres adoptivos no insistieron en sus heridas, Fade se relajó y disfrutó de la comida.

Me di cuenta que estaba sentado muy recto, sin rozar la espalda contra la silla. También lo había hecho en el columpio y en el sofá, y entonces no entendí la razón. *Estúpida. Podrías haberlo ayudado antes.*

Después de la cena, juguemos a un juego de cartas que Edmund había estado enseñándome. Tenía un montón de reglas y no se parecía en nada a los que había aprendido en los túneles. Había que prestar atención al valor de las cartas y a los descartes. Aquella noche nos dividimos en equipos, Mamá Oaks y Fade contra

Edmund y yo. Me alegró que ganaran, porque eso hizo que Fade sonriera. Edmund me guiñó el ojo cuando se levantó de la mesa, haciéndome pensar que había amañado el resultado. Cada vez me caía mejor.

—Cuando vuelvas del puesto de guardia jugaremos al ajedrez —me prometió Edmund.

Sonreí.

—Me encantará.

Pasaban las horas y Mamá Oaks recogió la mesa y yo la ayudé. Lavamos los platos en un silencio agradable. Cuando estaba secando el último plato se dirigió a mí con las manos en las caderas.

—Ese chico es importante para ti. No era una pregunta.

—Sí, señora.

La señorita James estaría orgullosa de mí, pensé, por acordarme de diferenciar el género.

—¿Él es la razón por la que vas a luchar?

—No —dije lentamente—. Creo que es al contrario. La mujer se rio.

—No me sorprende oírlo. Nosotros nos vamos a la cama ya. No te pases demasiado tiempo pelando la pava: tienes que dormir.

Era la primera vez que oía aquella expresión, pero confiaba en Mamá Oaks lo suficiente como para exponer mi ignorancia.

—¿Qué significa pelar la pava?

Su rostro se suavizó como si estuviera recordando algo agradable.

—Significa que estás en el momento más brillante de tu vida, y que por eso disfrutas pasando tiempo en privado con tu jovencito.

Ah. Se refería a los besos. Si me paraba a pensarlo, aquello era exactamente lo que me pasaba cuando Fade me tocaba. Me sentía como si tuviera motas de luz parpadeando por todo mi cuerpo. Me sonrojé al descubrir que Mamá Oaks sabía tanto de aquel tipo de cosas, pero, si había elegido a Edmund como pareja y para engendrar a sus hijos, no había duda de que tenía que ser así. Imaginármelos jóvenes y ardientes me hizo sentir extraña.

—No voy a darte más consejos —continuó—. Eres una chica valiente. Has conseguido llegar hasta dónde estás, y sé que tienes tus prioridades bien claras.

Asumí que aquello significaba que por fin creía que no estaba interesada en aparearme sin autorización. Me gustaban mucho los besos, pero no iba a ir más allá hasta que mis reflejos en combate se hicieran más lentos; no iba a arriesgarme a que un niño acabara con mis mejores años como luchadora. Cuando fuera vieja y lenta, quizá con veinticuatro años o así, podría pensar en asentarme y procrear con Fade, pero eso formaba parte de un futuro muy lejano y apenas podía imaginarlo. Mi presente era cualquier cosa excepto seguro.

—Gracias por todo —le dije.

Mamá Oaks se acercó a mí y me dio el abrazo más fuerte que nunca me había

dado. Olía a cosas buenas cocinándose, y me escocieron los ojos un poco. Casi a la vez, retrocedió y murmuró que seguramente no estaría levantada cuando nos marcháramos, pero que me tendría presente en sus oraciones. En Salvación aquello era algo bueno, como si hablara con el ser divino que gobernaba el mundo desde el cielo. Yo no creía que él escuchara, pero mi madre de acogida parecía sentirme reconfortada de ese modo, y eso fue suficiente para mí.

Tarde un momento en recuperarme después de que se marchara de la cocina, y fui a la sala de estar, donde encontré a Edmund poniéndose los zapatos y el sombrero.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—Te prometí unas botas nuevas para mañana —me dijo tranquilamente.

—No tienes que...

—No seas tonta.

Aquello aparentemente zanjó la discusión, porque entonces mi padre adoptivo cerró la puerta suavemente a su espalda.

Fade observó nuestra conversación desde el pequeño sofá. No estaba apoyando la espalda, así que supuse que el ungüento había irritado sus heridas. En lugar de eso apoyó los codos en las rodillas y me examinó como si yo tuviera todas las respuestas a los misterios del universo. Aquella mirada aceleró mi pulso.

—Se preocupa mucho por ti —me dijo. Asentí.

—Durante las primeras semanas pensé que era una molestia para ellos, pero parece que no.

—Me alegro de que hayas terminado con gente que te quiere.

No me apetecía hablar de ello porque sabía que estaba provocando mucha preocupación en aquellas amables personas.

—¿Estás cansado? —le pregunté para cambiar de tema. Negó con la cabeza.

—Esta es la última vez que estaré a solas contigo durante un tiempo.

—Podría pasar todo el verano antes de que volvamos a estar solos —asentí.

Estaríamos juntos, pero no habría muchos momentos de tranquilidad como aquel. Sería imposible pensar en besos mientras estábamos de guardia en los campos. Aquello me llevó a preguntarme si estaba loca por haberme presentado voluntaria; podría haber estado a salvo en el interior de las murallas, pasando momentos como aquel con Fade. Podría haber dado paseos a la luz de la luna y haber disfrutado de nuestros besos en el columpio, de secretos susurrados y una infinita ternura. Había renunciado a todo aquello para vivir al raso, luchando para sobrevivir.

Pero no podía rechazar a la Cazadora que había en mí.

—Entonces, aprovechemos esta noche. Fade se levantó y me ofreció la mano.

Había poca luz. Su cabello negro brillaba y caía en temblorosas ondas alrededor de su delgado y hermoso rostro. A aquellas alturas conocía sus rasgos mejor que los míos. Una media sonrisa jugó en la comisura de su boca, dándole un aire travieso. Pero, incluso así, Fade aún irradiaba peligro, como si fuera un animal salvaje que solo me obedeciera a mí. Inspiré temblorosamente y me acerqué a él, hasta que puse mis

dedos sobre los suyos. Me atrajo lentamente, o por miedo a hacerse daño en la espalda, o por no asustarme.

Estando tan cerca podía ver el oscuro límite de sus pestañas. Sus ojos eran oscuros, pero al mirarlo noté un tenue brillo violeta. Nunca antes lo había visto mirarme de aquella forma, con ojos tiernos y llenos de adoración. Creo que podría haberme quedado así toda la noche, si no me hubiera besado.

Sus labios se movieron sobre los míos. Me rozó el labio inferior con los dientes, y después con la lengua. Una llama se encendió en mi interior, y me sentí llena de luz. Fade me acercó a él poniéndome la mano en la cintura, pero, casi perdida en sus besos, recordé que no debía posar las manos en su espalda. Le acaricié la nuca, y él deslizó sus dedos hasta mis caderas y me apretó hasta que nuestros cuerpos comenzaron a sudar. Sentía que los latidos de su corazón eran un eco de los míos, y formaban una estruendosa melodía. Se bebió mis jadeos y suspiros con labios hambrientos, y yo respondí con todo mí ser. Al final, su boca se apartó de la mía y beso mi oreja y mi cuello. Se me escapó un débil gemido.

—Creo que sería mejor que paráramos —dije entrecortadamente.

Antes de que olvide que aparearse no es buena idea para una Cazadora. Un par de minutos más y no me habría importado en absoluto que un niño me cambiara la vida. No protesté cuando me aparté de él, pero sus manos temblaban, lo que significaba que aquello tenía el mismo efecto en él. Su reacción me hizo sentir mejor: él tenía tan poco control como yo sobre sus instintos. Sonreí para demostrarle que no me importaba.

—No te vayas a la cama todavía —susurró.

—No pensaba hacerlo.

Habíamos pasado más noches juntos que separados. De hecho, cuando llegamos a Salvación, descubrí que me resultaba difícil dormir sola. Estaba acostumbrada a tener a Fade, Tegan y Stalker cerca.

No estaba acostumbrada al silencio y la intimidad, y me había sentido muy sola. Aunque había llegado a apreciar mi cama, mi espacio, algunas noches aún deseaba encontrar a Fade a mi lado, para poder observar mientras dormía sus pestañas rizadas como oscuros abanicos sobre sus mejillas.

—¿Qué hacemos ahora, entonces?

Por su expresión, supe que estaba controlándose para no acercarse a mí. Yo también quería acercarme a él, pero no era buena idea. Si empezábamos con los besos otra vez, me dejaría llevar más de lo que debía. Mi sentido común ya había hecho las maletas, preparado para abandonarme durante aquella noche. Afortunadamente, tenía una alternativa en mente.

—Hay algo que siempre he querido hacer —le confesé. Sus ojos negros como la noche me miraron fascinados.

—¿Qué?

En respuesta, me senté en el sofá y le pedí que se uniera a mí.

—Túmbate y pon la cabeza sobre mi regazo.

Tardó un momento en encontrar una posición cómoda, pero consiguió ponerse de lado, mirándome, con la cabeza descansando sobre mis muslos. Exhalé, satisfecha, y hundí mis manos en su sedoso cabello. Lo había tocado antes, por supuesto, pero no durante mucho tiempo ni deleitándome en ello. Con largas y delicadas caricias, pasé mis dedos por su frente, sus sienes y sus mejillas, y recorrí el arco de sus cejas y el puente de su nariz. En el pasado nunca me habría permitido tanto contacto; creía que la ternura era solo para los Criadores.

Pero Fade necesitaba aquello tanto como yo.

—¿Siempre has querido acariciarme? —me preguntó, con somnolienta dulzura.

—¿Te parece bien?

—Es... perfecto.

Cuando se quedó dormido estaba sonriendo, y yo pensé que no había nada que no estuviera dispuesta a hacer por aquel chico.

Cuando me desperté, el cielo seguía oscuro. Me dolía el cuello por haber estado sentada sosteniendo la cabeza de Fade toda la noche y él seguía durmiendo. En aquellos tranquilos e íntimos momentos, era totalmente mío. Sin defensa, sin fingimientos. Acaricié su cabello de nuevo, y después recorrí la elegante línea de sus cejas. Sus párpados se movieron y, si hubiera podido darle un beso sin despertarlo, lo habría hecho. Contuve el impulso porque pensé que hacía mucho tiempo que Fade no descansaba tan bien.

Al otro lado de la habitación, sobre la escalera, había un par de botas nuevas, lo que significaba que Edmund había trabajado en ellas hasta terminarlas. Había vuelto a casa y nos había encontrado acurrucados como cachorros, pero no había dicho una palabra al respecto. Me lo imaginé mirándonos, con resto amable, y después dejando el regalo donde sabía que yo lo vería. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Me levanté del sofá con cuidado, apoyé la cabeza de Fade sobre un cojín, y fui a coger mi regalo.

Apreté las botas contra mi pecho y me dirigí a la cocina. Odiaba la idea de soltarlas, incluso si solo era para preparar el desayuno. Siempre había pan tierno y mantequilla, y una salsa roja y viscosa que Mamá Oaks llamaba mermelada de fresa. No encendí el hornillo porque eso despertaría a mis padres de acogida, y Edmund debía de haber dormido muy poco. Aquello estaría bien; era más de lo que habíamos tomado algunas mañanas mientras viajábamos. Extendí la mantequilla y la mermelada y recordé los días en los que no habíamos comido nada más que un poco de conejo chamuscado.

Cuando terminé de preparar el desayuno, llevé dos platos a la sala de estar. Desperté a Fade poniéndole una mano en su hombro y, para mi alegría, no buscó sus armas. Me miró con una sonrisa inquisitiva y adormilada. Entonces me reconoció, y sus ojos se alegraron.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —susurró.

Ligeramente avergonzada por la calidez que sentía en mi vientre, le eché una mirada.

—No lo hagas.

Su sonrisa se amplió mientras se incorporaba y cogía la comida. Yo comía rápidamente y en silencio, sabiendo que teníamos que lavarnos y preparar nuestras cosas. No sería bueno que apareciéramos tarde el primer día. Aquello me recordaba mucho a nuestra primera patrulla en los túneles. Aplasté el dolor que me provocó pensar en mis amigos perdidos y llevé los platos a la cocina, donde llené una palangana de agua. Fade fue el primero en lavarse, con un trapo, en la cocina. Yo me quedé en la sala de estar, imaginándome la tela recorriendo su pecho. Cuando

terminó, fue mi turno. Me puse una túnica y pantalones, y después me calcé mis nuevas botas. Maravillosas. Después, cogimos nuestras pertenencias y nos dirigimos a los barracones.

El cielo estaba iluminándose con destellos cobres y rosados. Los colores emergían en capas, una exquisitez celeste que siempre me robaba el aliento. Pronto, el sol me haría daño en los ojos, pero aquel tranquilo prelude antes de la embestida del día ofrecía la belleza más perfecta que había encontrado en la Superficie.

—¿Nerviosa?

Fade caminaba a mi lado, acompasando sus zancadas a las mías.

—Un poco —admití—. Esto será peor que todo lo demás a lo que nos hemos enfrentado en Salvación... Y hemos estado viviendo bien durante un tiempo.

No había olvidado las penurias de los túneles y de las ruinas mientras huíamos de las bandas. Las privaciones del largo viaje tampoco se habían diluido en mi mente. Pero, en el fondo, me enorgullecía de lo que habíamos sufrido porque lo habíamos superado solo con nuestras armas y nuestro trabajo en equipo.

Fade asintió.

—No tendremos un refugio, pero el clima será bueno. Cada vez hace más calor.

—Lo más importante es establecer la guardia en un lugar de fácil defensa.

Fade pensó en ello.

—Parece que Improbable sabe lo que está haciendo.

—Eso es lo único que tenemos a nuestro favor.

Si hubieran puesto a otra persona a cargo de aquel proyecto, dudaba que hubiéramos tenido alguna posibilidad de éxito.

El pueblo estaba tranquilo a aquella hora; solo veíamos guardias nerviosos, algunos en las murallas y otros de camino a los barracones. Asentí para saludar a algunos. Cuando llegamos, la mitad del equipo ya se había reunido, pero aún estaban esperando al resto. Sentí un alivio suave y tan dulce como la miel. Al menos, no empezábamos nuestra tarea con Improbable enfadado. No era tan susceptible como Seda; de hecho, no parecía darse cuenta de su propia importancia.

Stalker apareció un par de minutos después y, para mi sorpresa, Fade lo saludó. El chico rubio se detuvo, con las cejas levantadas con evidente perplejidad. Después esquivó a un grupo de hombres para unirse a nosotros. Parecía que Stalker pensaba que yo era mejor que nuestros demás compañeros, pero lo cierto era que ellos tampoco podían compararse con él. No debería haber sonreído ante el insulto que implicaba aquello, pero, a decir verdad, yo tampoco tenía buena opinión de nuestros camaradas. Si hubieran sido Cazadores, se habrían presentado voluntarios. Aun así, no se merecían morir. Fade negó con la cabeza, aunque dudaba que los guardias hubieran notado nuestra muda interacción.

—Tenemos que trabajar con ellos.

—Para algunos, podría haber esperanza —dije en voz baja—. Los niños pueden ser entrenados.

Ambos chicos echaron una segunda mirada al grupo, y Stalker se rio.

—Niños viejos.

Un par de minutos después, los demás hombres aparecieron, abatidos e infelices. Improbable habló durante un par de minutos sobre sus expectativas y nos explicó su plan, que era lógico durante un par de minutos sobre sus expectativas y nos explicó su plan, que era lógico y estaba bien pensado. Después de la primera semana se concederían permisos, y dos guardias saldrían y dos entrarían. Eso, dijo, evitaría que los soldados desertaran.

—Va a ser duro —continuó—, pero debemos hacerlo, o el pueblo se morirá de hambre. Esto es un hecho. Los Mutantes han descubierto cómo hacernos daño, y no podemos permitirlo. Ha pasado mucho tiempo desde que participamos en una guerra, pero me temo que podría llegar a eso.

Los guardias murmuraron, algunos preocupados y otros especulativos. Nos pusimos en formación de a dos y marchamos a través del alba, bendecidos por el sol naciente. Era posible que el día estuviera avanzando con normalidad, pero, mientras la luz se hacía más brillante, creí que su resplandor significaba algo especial: que tendríamos éxito... y que el daño no sería catastrófico.

Diecisiete sembradores nos recibieron en la entrada del pueblo con carretas llenas de semillas. Esta vez parecían acobardados; ninguno quería regresar a los campos. Si algo salía mal, Salvación no tendría provisiones para plantar una tercera vez. Yo intentaba no pensar en ello. Uno de los sembradores me distrajo levantando una mano, y cuando me acerqué reconocí a Tegan con el cabello recogido en pulcras trenzas y una pañoleta en la cabeza para protegerse del sol.

Corrí hasta ella.

—¿Qué le ha parecido al doctor que te presentes voluntaria para ayudar con la cosecha?

—Con todos los problemas que ha habido últimamente he tenido que convencerlo, pero les faltaban manos dispuestas a trabajar, y yo sé lo que estoy haciendo.

—Yo te protegeré —le prometí. Tegan asintió.

—Lo sé... De no ser así, no estaría aquí.

Improbable gritó a los guardias para que formaran, así que me despedí de Tegan y volví a mí puesto. Cuando las puertas se abrieron, no hubo algarabía. Ninguno de los aldeanos vino a desearnos que nos fuera bien mientras salíamos para proteger los campos. Estaba bien; habría sido más difícil para los que iban, como mínimo, reacios.

—Manteneos cerca de las carretas —ordenó Improbable—. Quiero guardias apostados a cada lado, y mantened los ojos en la línea de árboles.

—Sí, señor —murmuré, junto a diecinueve más.

Olfateé el aire de la mañana, buscando cualquier señal de que algo no fuera como debía ser. Solo el aroma de la hierba verde, rota bajo nuestros pies, llegó hasta mí, seguida por el débil almizcle de los animales y la dulzura de las flores blancas. En

aquel nuevo mundo encontraba belleza constantemente; aún no se había convertido en algo familiar para mí y me sorprendía que los nativos se aburrieran con tantas cosas para deleitarse la vista.

Los pájaros me confirmaron que todo era seguro, por el momento. Parpadeos de color revoloteaban en el verde laberinto aéreo. Aquella mañana trinaban y gorjeaban sus canciones matinales, tranquilos en ramas lejanas. Aun así, la paz era desquiciante, porque ya habíamos hecho aquel viaje antes y sabíamos que el peligro acechaba en el interior del retorcido embrollo de ramas. Para una Cazadora, la espera podía ser infinitamente peor que el combate. Toqué mis dagas cuando nos acercamos al primer campo, destrozado por las garras de los Freaks. Solo quedaban allí plantas muertas, tan secas y marrones que dolía mirarlas. Habían representado la esperanza de la supervivencia del pueblo.

Está vez lo haremos mejor. Improbable tiene un plan.

Tardó un poco en demostrar que mi evaluación era correcta. Ladró sus instrucciones a los sembradores que iban montados en las carretas, diciéndoles que bajaran y se pusieran a trabajar. Tegan cargó con un cubo que tenía una larga cuerda y su compañero, un hombre mayor que parecía muy protector, llevó jarras de agua. Ella pondría las semillas en el suelo mientras el hombre las cubría y regaba.

Les presté atención mientras trabajaban en los campos, pero tenía que observar a todos los sembradores. El resto de nuestro séquito hacía guardia conmigo, observando en todas las direcciones. Por el modo en el que agarraban sus armas, sabía que muchos de ellos estaban asustados.

Frank Wilson, el guardia contra el que había luchado para ganarme mi puesto, se acercó a nosotros. Parecía tener unos veinte años, aunque podría ser mayor, teniendo en cuenta como envejecía la gente en la Superficie. Su cabello castaño necesitaba un corte, y tenía una nariz de pájaro que destacaba en su delgado rostro. Había que reconocer que Frank no estaba tan tenso por el miedo como los demás. No sabía si eso significaba que era valiente, o tonto. Algunos Cazadores eran ambas cosas en igual medida, pero Seda me contó una vez que solo un idiota no le tendría miedo a nada. Los Cazadores inteligentes sabían cuando las situaciones eran peligrosas, pero tomaban la decisión de arriesgar sus vidas por el bien del enclave.

—No puedo creer que vayamos a estar aquí fuera todo el verano —dijo Frank, negando con la cabeza.

—Nosotros pasamos todo el invierno fuera.

Técnicamente, lo pasamos en una pequeña casa, pero Frank parecía tan impresionante con nuestras habilidades de supervivencia que me faltó corazón para desilusionarlo. Fade estaba mirando la línea de árboles, como Improbable había dicho, y parecía que no prestaba demasiada atención a nuestra conversación. Al mirarlo me sentí reconfortada, pero no dejé que el sentimiento me distrajera.

—He oído hablar de eso —dijo Frank—. ¿De verdad venís de Gotham?

Si me hubieran dado un cuchillo nuevo cada vez que me habían preguntado eso,

no podría llevarlos todos encima. Dejé que Stalker respondiera la pregunta.

—De verdad —le respondió.

—¿Y cómo era? ¿Había carretas sin caballos y carruajes voladores?

Justo entonces, Frank me pareció más joven de lo que había pensado al principio.

—Claro —dijo Stalker, jugando con él—. También había fuentes con toda la sidra que puedas beber, y torres brillantes de plata pura.

Frank se sonrojó.

—Lo siento.

Yo me compadecí de él.

—Está todo en ruinas.

Aun así, no se desanimó, y yo supuse que esperaba trabar amistad con nosotros porque el resto de los guardias tenían al menos diez años más. La mayoría de ellos tenían familias propias y estaban en grupos con las armas en descanso mientras se quejaban amargamente sobre su labor. Como Frank no era así, quizá encajaba mejor con nosotros que con los demás. Le había prometido que iba a enseñarle algunos movimientos; quizá tendríamos tiempo para eso más tarde.

—¿Quién iba a imaginarse que los Mutantes iban a hacerse lo suficientemente listos como para atacar nuestros suministros de comida? —preguntó, intentando sacar conversación de nuevo.

Me recordó a Torzal, que en los túneles no le caía bien a nadie. Torzal era un hombre pequeño y débil del enclave que servía como segundo del líder. Aunque carecía de carisma, resultó ser nuestro mayor aliado, así que no creí que fuera prudente aislar a Frank. Podríamos necesitarlo.

—Son distintos —dije pensativamente—. Podría haber dos tipos, los tontos y estos nuevos, que parece que pueden pensar y planear.

Aquella era solo una especulación, por supuesto. Recordé que Fade había dicho que tendríamos que estudiarlos para descubrir porqué estaban cambiando. Sin embargo, eso no parecía una posibilidad. Imaginé qué diría Elder Bigwater si alguien le planteaba aquella alocada y peligrosa idea.

Stalker se protegió los ojos y miró con muda frustración hacia los árboles.

—Si eso es cierto, estamos condenados.

Aquello puso fin a la conversación. El día avanzó lentamente mientras hacíamos guardia y examinábamos el paisaje buscando señales de peligro. Al mediodía comimos pan y cecina. Esperábamos que las comidas mejoraran cuando termináramos la siembra inicial y decidiéramos dónde fijar el puesto de avanzada. Tegan comió con nosotros, con la pierna mala extendida hacia delante.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Te duele?

Sus ojos castaños se oscurecieron con indignación.

—¿Le has preguntado eso a alguien más?

—No, pero...

—Déjala en paz —dijo Stalker, sorprendiéndome—. Es fuerte. Estará bien.

Lo miré, perpleja, pero él ya se había girado para contarle a Frank que habíamos pasado una semana entera sin comer más que pescado. Tristemente, la historia era cierta; si no volvía a ver un pez de nuevo, me parecería bien. Tegan lo observó, con expresión desconcertada pero agradecida. Sabía que no comprendía a Stalker.

—Sé que tienes buena intención —susurró mientras me levantaba—, pero no necesito que me mimes. Sé exactamente lo que puedo soportar.

—Lo siento. No volveré a hacerlo.

Asintió para demostrar que no estaba enfadada y después volvió a unirse a su compañero para seguir plantando. La siembra terminó a última hora de la tarde. Las semillas no necesitarían cuidados especiales tan pronto, pero era necesario que alguien las vigilara para asegurarse de que los Freaks no venían por la noche para arrancarlas. Regresamos a Salvación casi en silencio, pero, cuando nos acercamos a las puertas, un guardia murmuró:

—Esto es ridículo. No hemos visto ni oído a los Mutantes en todo el día. Esta noche deberíamos dormir calientes en nuestras camas.

—Odell Ellis, he reconocido tu voz —ladró Improbable sin volverse—. Si quieres explicarle a Elder Bigwater qué vas a hacer cuando abandones tu puesto, entra directamente con los sembradores. Pero, si lo haces, estoy casi seguro de que no vas a comerte nuestra comida cuando llegue el invierno. Es decisión tuya.

—Sé cuál es mi deber —murmuró Odell.

—Entonces deja de quejarte. —Improbable elevó la voz para llamar a los guardias de la muralla—. Abrid, rápido, justo lo suficiente como para que pasen las carretas. Es seguro.

—Tened cuidado —gritó Tegan mientras entraba—. Estoy segura de que nos veremos pronto.

Levanté una mano como despedida y vi que Stalker y Fade, a mi lado, hacían lo mismo. Solo tardamos unos minutos en poner a salvo a los civiles. Inmediatamente, me sentí preparada para el combate. Improbable nos hizo una señal y nos movimos, de vuelta hacia los campos. Había sido un día muy largo, y la inactividad me irritaba. A aquellas alturas estaba tensa como una cuerda, con la presión a punto de romperme.

Pero el trabajo de guardia no era todo nervios y acción. Sabía lo que me esperaba.

Improbable eligió un lugar excelente sobre una colina baja que permitía una vista amplia sobre los campos recién plantados. El viento portaba el aroma de la tierra recién removida. Desde aquel punto veríamos si algo se acercaba, y la pendiente sería una ventaja para los fusileros. Con suerte, derribarían a un amplio número de Freaks, y nuestro equipo de combate cuerpo a cuerpo acabaría con el resto.

—Por la mañana recogeremos madera para construir una torre de vigilancia. Por la noche construiremos una fogata y un campamento sencillo. ¿Quién sabe hacer sopa?

Fade levantó la mano.

—La hemos hecho más de una vez. ¿Dónde está la cacerola?

Lo seguí para ayudarlo, y Stalker hizo la fogata. Era casi como en los viejos tiempos, si ignoraba la marcha de Tegan y a dieciséis hombres desconocidos quejándose sobre que los estuvieron obligando a dormir en el duro suelo cuando estaba claro que habían eliminado la amenaza de los Mutantes.

Yo no estaba tan segura.

Su comportamiento indicaba que eran capaces de una ladina planificación que, combinada con su fuerza y su aterrador número, presentaba un desalentador desafío. Afortunadamente, Fade y yo habíamos sobrevivido a cosas peores. Allí, al menos, teníamos hombres dispuestos a luchar con nosotros, y Salvación seguía estando cerca si la situación se volvía insostenible.

Pensé en todo aquello mientras preparábamos la cena. Fade llenó la cacerola hasta la mitad, usando agua de los envases que habíamos llevado con nosotros desde el pueblo, y yo corté la verdura y después añadí cecina. Improbable nos ofreció varios saquitos de especias. Los examiné con un olfateo antes de decidir cuáles añadir a la sopa.

Uno de los guardias dio un codazo a otro y murmuró:

—Así que para eso es para lo que la hemos traído. Al menos sabe cocinar.

Un tercero se rio.

—Apuesto a que no es lo único para lo que vale.

Fade se quedó paralizado. Antes de que pudiera decirle que los ignorara, ya tenía su daga contra la garganta del hombre.

—Si oigo otra tontería como esa, seremos uno menos antes de que veamos a un solo Freak.

—Tranquilo, hijo.

Improbable puso una cautelosa mano sobre su hombro y, después de varias inhalaciones profundas, Fade retrocedió y bajo la daga.

—Yo me ocuparé de esto. Ella es tu chica, lo sé, pero son mis hombres.

El hombre al que había amenazado parecía igualmente asustado y furioso, pero Improbable le agarró el brazo y lo apartó a un lado. No escuché lo que le dijo, pero, cuando el hombre volvió (creo que se llamaba Gary), se disculpó sin mirarme a los ojos. Yo me encogí de hombros. En los túneles había Cazadores que siempre tenían un chiste a punto sobre los Criadores. Si dejara que eso me afectara sería tan débil como ellos decían, y yo no temía a ningún hombre. Aunque podían ser más fuertes, no eran más inteligentes ni más rápidos que yo.

—Esto va por todos vosotros. Esta chica lucha tan bien como cualquier hombre presente, y mejor que algunos, así que no quiero oír nada más de eso. ¿Está claro?

El resto murmuró un asentimiento. Tomamos la cena en silencio, y los guardias olvidaron gradualmente el incidente mientras se calentaban las barrigas y apreciaban el resplandor de las estrellas sobre sus cabezas. Teníamos sopa caliente, un mullido saco de dormir y una noche clara; las cosas podían ser infinitamente peores.

Después de limpiar, me tumbé junto a Fade y entrelacé mis dedos con los suyos.

—No puedes amenazar con matar a todo el mundo que me insulte.

—¿Por qué no? —murmuró.

—Principalmente, porque empezarían a verme como tu punto débil y me usarían para molestarte a ti. A mí no me importa lo que piensen de mí. Solo me importa lo que tú pienses.

Sé inclinó y susurró:

—Ojalá pudiera besarte.

—Ahorra los besos. Los recibiré todos a la vez cuando podamos.

En respuesta, pasó la mano por mi cabello. Poco después, Stalker y Frank se unieron a nosotros. La conversación se hizo más general, y especulamos sobre lo que nos depararía el verano y sobre cuánto tendríamos que trabajar al día siguiente en el bosque. Al final, nos tapamos con las mantas mientras la noche caía.

Aquella noche no tuve pesadillas, pero comenzarían muy pronto en la vida real.

Hubo turnos de guardia durante toda la noche, pero éramos tantos que yo no fui elegida. Mi turno sería al día siguiente. Los restos de sopa y pan duro fueron nuestro desayuno. Durante los viajes, Fade y yo habíamos descubierto, casi por accidente, que la sopa que se deja indefinidamente en el fuego se espesa y queda más sabrosa, y que el calor constante reduce las posibilidades de que se estropee.

Viviendo como lo hacíamos, tenía sentido que usáramos el conocimiento que habíamos obtenido al viajar al norte. Repartí la comida, desafiando con la barbilla alzada a cualquiera que se atreviera a hacer un comentario sobre mi género y la razón por la que estaba sirviendo. Después de comer, Improbable echó a suertes qué mitad de nuestro grupo iría al bosque para serrar la madera para la torre vigía. Fade y yo sacamos palitos cortos, pero Stalker y Frank no. Los otros ocho hombres eran mayores, y los conocía solo de vista. Ninguno parecía feliz con la situación, y sospechaba que estaban recordando el número de Freaks que habían salido del bosque hacía poco.

En cierto sentido, yo compartía su duda y su miedo; parecía imposible esperar que tan pocos actuaran por el bien de todo el pueblo, pero la mayor parte de Salvación no sobreviviría allí fuera. Ofrecer a los Freaks comida gratis en forma de desvalidas mujeres y niños no serviría para nada, así que aquel trabajo tendríamos que hacerlo nosotros. Uno de los guardias se acercó a mí durante el camino. Era un hombre bajito y robusto con hombros demasiado anchos. Su cabello gris indicaba que era al menos tan viejo como Improbable, pero llevaba el rostro afeitado. Me pregunté cuánto duraría allí fuera.

—Hobbs —me dijo. Estrechamos las manos mientras caminábamos, ya que era así como se saludaba educadamente a otra persona en la Superficie—. Jeremiah. Pero todos me llaman Hobbs.

—Deuce.

Yo no tenía apellido; en los túneles no lo había necesitado. No éramos suficientes para quedarnos sin nombres, que recibíamos de los regalos del día de nuestro nombramiento. El Guardián nos había dicho desde pequeños que nuestros nombres significaban algo especial, y que el objeto que eligiera nuestra sangre era sagrado. Aquello era, seguramente, otra basura que se había inventado, pero yo mantenía mi carta a salvo, solo por si acaso. Sé la había enseñado a Edmund durante mi primera semana allí y me dijo que era un dos de espadas, parte de un antiguo juego de cartas. Aquel objeto contenía mi esencia, y en el enclave nos habían enseñado que, si no lo guardábamos, nos ocurriría algo terrible.

—Sé quién eres —me dijo—. Creo que todo el mundo lo sabe.

No sabía cómo tomarme aquel comentario, así que le eche una mirada de soslayo.

—¿Si?

Me sonrió para tranquilizarme.

—Tienes tus detractores, señorita, pero yo no soy uno de ellos. Un poco más de valentía nos vendría bien en Salvación.

—Gracias.

No sabía qué más decir.

No estaba acostumbrada a que los mayores fueran amables cuando no querían nada de mí. Esperaba que en cualquier momento me ordenara algo desagradable, por mis experiencias en el pasado, pero siguió caminando en silencio, con los ojos en los árboles que se acercaban más con cada paso. Mi temor se incrementó. No me gustaba dividir nuestras fuerzas, pero comprendía que necesitábamos un puesto de vigilancia. Eso permitiría un mayor rango de disparo para los fusileros que estuvieron de guardia, y podríamos ver con antelación si se acercaban amenazas lejanas.

Suponiendo que sobreviviéramos a aquella tarea.

La idea era que cortáramos un árbol joven, lo suficientemente pequeño para que dos de nosotros pudieran arrastrarlo de vuelta con las cuerdas que rodeaban nuestros hombros, que se atarían formando una especie de arnés. Yo no sabía hacer eso, pero los guardias mayores sí. No eran demasiado diestros en el combate, pero lo compensaban con otras habilidades.

—¿Me lo sujetas? —me pregunto Hobbs. Debí quedarme perpleja, porque me lo explicó—. Sostén el árbol mientras lo sierro.

—Oh. Por supuesto.

Eché una mirada a Fade, pero otro guardia ya lo había reclutado. Asintió para dejarme ver que estaba bien, y yo deseé que su espalda no estuviera molestándole mucho. Había guardado un poco de ungüento entre mis cosas, así que, si tenía la posibilidad, más tarde le aplicaría otra capa, pero tenía que tener cuidado para no prestarle demasiada atención. La paz provisional que Improbable había impuesto con su orden de un tratamiento igualitario no duraría mucho si los guardias nos pillaban actuando como tortolitos.

El bosque se alzó para recibirnos, con espinosas ramas que dificultaban nuestro avance. Los hombres las cortaron mientras maldecían en silencio. Los seguí, ya que ellos tenían una mayor fuerza física. Si los Freaks atacaban, saltaría en su defensa, pero no tenía sentido que limpiara maleza si ellos lo hacían mejor que yo. Me había introducido en el bosque con Stalker durante nuestro viaje al norte, pero nunca habíamos abierto caminos. No había duda de que no sabía nada sobre cortar árboles.

El interior del bosque estaba sombrío y frío a pesar del sol de la mañana, y las sombras verdosas de las copas de los árboles teñían nuestra piel con tonos enfermizos. El movimiento de las ramas sobre mi cabeza me tranquilizó. Los pájaros protestaban por nuestra incursión con graznidos y trinos reprobadores. Ignoré su enfado y seguí a Hobbs hasta un árbol adecuado: delgado y flexible, pero no

demasiado pesado.

—Pon las manos aquí —me dijo—, y sostenlo con fuerza.

Hice lo que me ordenó; aquello era algo que se me daba bien. Durante toda mi vida había hecho lo que los ancianos me habían ordenado. Era una pena que no supieran demasiado del mundo. Aquella era una tarea mecánica, así que mi mente comenzó a vagar. Recordé los exilios (la pobre gente a la que enviaban a los túneles), y contuve una punzada de dolor. En su momento debería haberme dado cuenta de que eran sacrificios innecesarios, y no verdaderos delincuentes. Hasta ahora no había detectado la misma obediencia ciega en Salvación, pero había suficiente fanatismo como para ponerme nerviosa.

Hobbs pasó su sierra repetidamente a lo largo del árbol. Al principio pensé que se había inventado mi papel, porque el tronco no parecía necesitar que nadie lo sujetara, pero, a medida que cortaba más profundo tuve que aplicar toda mi fuerza para mantenerlo inmóvil. El hombre inclinó la cabeza con aprobación ante mi trabajo. Yo solo escuchaba los sonidos normales de los animales además del chirrido del metal sobre la madera, así que estaba segura de que no había Freaks cerca.

Deben de haberse adentrado más en el bosque, pensé. Si es que queda alguno.

Hasta entonces no habíamos visto señal alguna de su presencia. *Podrían haberse movido; quizá han ido a buscar una presa más fácil.* Como Improbable había mencionado brevemente la noche que nos rescató, había rutas comerciales establecidas entre los asentamientos y, durante el otoño, las carretas pasaban por allí bastante a menudo. En los meses fríos, solo viajaban si había una emergencia. La presencia de Improbable, por tanto, en aquella ventosa noche, había sido un auténtico milagro, más de lo que había creído en un principio. Tenían muchos enfermos y había salido para buscar medicinas, igual que ahora, se había presentado voluntario; yo creía que era el mejor anciano que había conocido nunca. Me había contado que no tenía a nadie esperándolo en casa, y supuse que aquella era la razón. Improbable creía que era mejor que asumiera él el peligro que un hombre con familia.

Al final, los árboles cayeron y los atamos a los arneses. Cogí una cuerda, y Hobbs cogió la otra. Era más duro de lo que parecía, pero los campos estaban aún tranquilos cuando regresamos. Algunos hombres estaban nivelando la parte superior de la colina para prepararla para la construcción, y otros habían sacado las herramientas que iban a necesitar, incluyendo martillo y clavos.

Fueron necesarios muchos viajes y medio día antes de que pudiéramos empezar a construir. Improbable supervisó el trabajo, dando instrucciones a los hombres que tenían poca experiencia en cosas así. Cuando cayó la noche, teníamos ya una estructura primitiva hecha de troncos cortados, y el primer centinela subió para hacer guardia en la plataforma.

—Mañana —dijo nuestro líder— comenzaremos a recoger piedras. Durante las próximas dos semanas construiremos fortificaciones alrededor de este campamento.

Después de la cena busqué a Improbable. Estaba disfrutando de una taza de té de

hierbas del que subía un dulce y agradable vapor. Aunque durante el día hacía calor, por la noche hacía frío, y me senté a su lado con la manta sobre los hombros. Más tarde pensé que quizá debería haber esperado a que me invitara, pero Improbable no era el tipo de anciano que inspiraba terror. En lugar de eso, yo sentía un profundo respeto por él. Si me ordenara que me cortara los pies y se los diera de comer a los Freaks, lo obedecería, confiando en que eso me evitaría un destino peor.

—¿Hay algo que te preocupe? —me preguntó sin mirarme.

—Ha estado tranquilo —dije, en lugar de hablar de lo que quería.

—No vas a empezar a quejarte tú también, ¿verdad?

—No, creo que establecer un puesto aquí ha sido buena idea. Pero sospecho que los engendros están esperando su oportunidad, o quizá agrupándose.

—Los dos lo creemos. —Dio un sorbo a su bebida—. Ahora, ¿por qué no me cuentas lo que querías decirme?

—Si nos sobrepasan en número, estaría bien que los hombres supieran luchar cuerpo a cuerpo. —Él asintió, así que, animada, continué—. No recibirían con agrado lecciones mías, pero deberían entrenar. Tú podrías hacerlo... o Stalker y Fade. Ambos son excelentes con arma blanca.

—Necesitamos disciplina —acordó—, y un régimen así evitaría que les quedara tiempo y energía suficiente para quejarse. Veré qué puedo hacer por la mañana.

—Gracias.

Me puse en pie, satisfecha al saber que aquellos guardias no serían siempre tan poco diestros. Eso me afectaba porque eran ellos quienes protegían mi espalda y, si no lo hacían adecuadamente, se incrementarían mis posibilidades de una muerte prematura.

—Hobbs y tú tenéis el segundo turno —me dijo.

Me sentí decepcionada, porque desearía haber hecho guardia con Fade, pero comprendía y respetaba su decisión. Con Hobbs no habría absolutamente ninguna posibilidad de que nos distrajéramos de nuestra tarea. Además, era práctico y educado, y no armaba revuelo por tener que trabajar conmigo. Hobbs se había ganado mi respeto.

La hora de la comida se desarrolló sin sorpresas. Todos estaban cansados de sopa, pero aún estaba comestible. Cuando terminemos la cacerola, me di cuenta de que alguien tendría que pensar en una alternativa, pero, como Fade y yo ya habíamos cumplido con nuestro turno cocinando, no sería problema nuestro hasta dentro de otras dos semanas, aproximadamente. Para entonces, los brotes ya habrían salido, lo que demostraba que nuestra presencia había merecido la pena.

A mí no me importaba comer lo mismo una y otra vez. En los túneles lo hacíamos por sistema y nos sentíamos afortunados por tener carne... y durante el viaje habíamos comido conejo y pescado sin demasiada variación. Así que tenía una ventaja sobre los que estaban acostumbrados al cordero, el venado, y el ocasional pollo asado; yo no llevaba en Salvación tanto tiempo como para haber olvidado que

tal abundancia era una bendición, y no un derecho.

Aunque intenté dormir desesperadamente, no pude, por miedo a perderme mi guardia. No era una razón lógica, pero me hizo recordar la noche anterior a mi primera patrulla como Cazadora con Fade. Aquella noche estaba igual de nerviosa, como si estuviera a punto de vivir algo nuevo y excitante. Racionalmente, comprendía que ese no sería el caso. Ya había hecho guardia antes. Escuché los susurros de los guardias: a ellos no parecía importarles si molestaban a los demás.

Hobbs me dio un golpecito en el hombro cuando comenzó nuestro turno. Salí de mi saco de dormir con un asentamiento de gracias mientras los otros dos guardias hacían su informe en voz baja.

—No se ha movido nada, ni siquiera una liebre.

—Buenas noticias —dijo Hobbs—. A partir de ahora nos ocuparemos nosotros.

Me senté junto al fuego con Hobbs frente a mí; miramos en distintas direcciones mientras el tiempo pasaba como si estuviera congelado. Hobbs y yo no hablamos, porque los demás estaban durmiendo. La mayoría roncaban. Stalker estaba cerca, casi como si estuviera vigilándome, y tenía una mano en su cuchillo. Sospechaba que tenía razón; yo tenía más en común con él que con Fade, pero aquel era el problema. Éramos demasiado parecidos.

Al final, nuestro turno terminó. Hobbs dio el informe (igual que el anterior, todo tranquilo) y dos nuevos guardias empezaron su turno. Después, me enrollé en mi manta y me acosté mientras el sueño me eludía. Había empezado a adormilarme cuando algo me despertó. ¿Un sonido, un dolor? Me moví, medio despierta, y miré el emborronado cielo oscuro con un lento parpadeo. Noté un movimiento cerca. Debían ser los guardias cambiando de postura para mantenerse alertas, pero creí ver una figura oscura. Unos brillantes ojos pasaron de largo, hundidos en un devastado rostro. Era un rostro de pesadilla, un Freak visto demasiado cerca, aunque si hubiera uno en el campamento, seguramente estaría muerto... o lo estaríamos nosotros. Debía de estar soñando.

Esperé con cautela, creyendo que estaba aún sufriendo los efectos de una pesadilla, pero el campamento estaba tranquilo. Demasiado tranquilo. Los dos hombres que se suponía que tenían el tercer turno se habían quedado dormidos. A lo lejos, huyendo, vi la misma silueta harapienta de antes. El hedor era menor del que habría esperado, apenas un rastro de podredumbre, pero lo que más me preocupaba no era que un Freak se hubiera deslizado como una sombra en nuestro campamento.

No, el mayor problema era la rama ardiente que portaba aquella criatura.

—¡Despierta! —grité, dando una patada al guardia que debería haber sido nuestro centinela.

Sé apartó de mí con una maldición y después intentó golpearme, pero estaba atontado y torpe. Lo esquivé.

—Echa un vistazo ahí fuera. ¿Qué ves? —le pregunté. Entornó los ojos mirando la distancia.

—No son más que fuegos fatuos, estúpida...

La mano de Fade agarró su garganta y no la soltó hasta que el rostro del guardia se puso púrpura. Intenté que lo soltara, pero Fade no toleraba que los hombres me molestaran o insultaran.

Viendo la situación estaba yendo de mal en peor, desperté a Improbable. Sé despertó totalmente alerta y examinó el terreno a mi espalda.

—¿Qué pasa?

Le resumí lo que había ocurrido y frunció el ceño.

—¿Esperas que me crea que un Freak se ha infiltrado en nuestro campamento... y que nos ha robado fuego?

Su escepticismo no me molestó. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, yo tampoco lo habría creído. Con una mano, le señale al guardia al que había despertado.

—Él también vio la luz alejándose en dirección a los árboles.

Pregúntale.

Sé encogió de hombros. Con retraso, me di cuenta de que era el mismo que había hecho la broma sobre las cosas para las que yo era buena, además de cocinar. No le convenía haber abandonado su guardia.

—Era solo un fuego fatuo.

—¿Lo jurarías? —le preguntó Improbable, poniéndose en pie. Sé produjo un largo silencio.

—No.

—Por la mañana empezaras a cavar la letrina, Miles, tú y tu compañero. Esa cosa, si es que era un Mutante, podría habernos cortado el cuello a todos mientras dormíamos.

Podría haberlo hecho, pero no lo hizo. Aunque aún era de noche, caminé de un lado a otro mientras la preocupación me devoraba por dentro. ¿Quién demonios sabía que iban a hacer con aquella rama encendida? Quizá se apagaría. Quizá no ocurriría nada malo.

Como desearía haber creído eso.

Sé estaban volviendo cada vez más peligroso. El hambre ya no servía para predecir sus movimientos. Aquellos Freaks tenían suficiente para comer, porque en el bosque podían cazar. Los ciervos y los alces les proporcionaban carne cruda de sobra. Para ellos, aquello ya no era una cuestión de comida.

Era otra cosa. Algo más aterrador.

Durante la siguiente semana, mientras construíamos las fortificaciones y montábamos las tiendas, los demás me trataron con una combinación de enfado y desconfianza. La fuente de aquella animadversión era Gary Miles, que creía que yo lo había metido en un problema sin razón. La mitad del equipo estaba de acuerdo con él, ya que las noches siguientes no vimos nada. Pensaban que solo era una mujer histérica que había tenido una pesadilla por dormir al raso. No podía jurar lo que había visto, por supuesto, pero, aunque pareciera extrañar, mi versión de los hechos era más probable que la de Miles: según él habíamos visto una bola de luz mágica que era un espíritu que salía por la noche para atraer a la gente hacía la muerte.

Me alarmaba el ominoso silencio en el que se habían sumido los Freaks desde aquel avistamiento. Repasé el suceso una y otra vez en mi cabeza, preguntándome si me habría equivocado. Durante el día, me parecía algo imposible. Los Freaks no eran sigilosos, pero hasta hacía poco tampoco nos habían dejado advertencias, ni habían usado camuflaje. Su astucia hacía que su comportamiento fuera más difícil de predecir, y como consecuencia que fuera más duro combatirlos.

No, yo tenía razón. Había ocurrido. La única pregunta era qué intenciones tenían, qué iban a hacer con el fuego que habían robado.

—Esto es más aburrido de lo que esperaba —dijo Stalker, al sentarse a mi lado. Yo estaba afilando mis dagas. Me alegraba de que hubiera dejado las cuestiones personales atrás. Quería ser su amiga.

—La espera es así —le respondí—. Es aburrida, por definición.

—Deberíamos salir a buscarlos. Erradicarlos.

Stalker ya lo había sugerido antes, e Improbable siempre rechazaba la idea. Decía: «Tenemos ordenes de proteger estos campos, y eso es lo que vamos a hacer. No me importa si ese bosque tiene Mutantes en cada árbol. Los dejaremos en paz siempre que ellos hagan lo mismo con nosotros».

Los hombres estaban poniéndose nerviosos, dejándose llevar por la impaciencia de Stalker. Cuando caminas todo el día alrededor de un trozo de tierra, hay poco que puedas hacer para no perder la cabeza. El resto de guardias no querían salir a buscar Freaks, pero estaban cansados de no hacer nada, Improbable decía que teníamos suerte de que no nos hubieran aniquilado mientras construíamos la torre de vigilancia. En mi opinión, eso hubiera sido demasiado fácil. Los Freaks tenían algo peor en mente, algo para asustarnos y quitarnos las ganas de mantener una guardia en aquellos campos. No podía imaginar qué sería.

Al menos, Improbable mantuvo su promesa y Stalker y Fade comenzaron a enseñar técnicas de combate cuerpo a cuerpo al resto de hombres. Frank mostraba

potencial; tenía buenos reflejos, y bastante alcance. Pero la mayoría de los hombres eran demasiado viejos como para no sentirse ofendidos al ser instruidos por chicos con la mitad de sus años. Aquello era puro orgullo, y un error en aquellas circunstancias. Deberían aprovechar cualquier ventaja para el combate que se avecinaba.

Stalker sacó sus armas y cogió con aspecto pensativo la piedra de afilar.

—Si Improbable no nos envía oficialmente, deberíamos ir por nuestra cuenta.

—¿Mejor pedir perdón que permiso?

Aquel era el único refrán que recordaba de mis clases de Historia, pero no podía recordar quién lo había dicho, ni por qué. Creía que podía haber sido una célebre guerrera, lo que habría hecho que la cita me gustara aún más.

—Algo así. ¿Te apuntas?

No debía hacerlo. Pero, si no nos habían ordenado que no lo hiciéramos, entonces no sería exactamente insubordinación, un delito del que Seda le encantaba acusarnos de vez en cuando. Obtener más información parecía buena idea. Por otra parte, cuando aún estábamos en los túneles, Fade y yo habíamos ido a Nassau solo para hacer un reconocimiento de la zona, y aquella información no nos había ayudado. Si había un paralelismo entre ambas situaciones, nos expulsarían de la patrulla de verano y quizá de ese tipo de anciano, no podía estar segura.

—Vamos a preguntarle a Fade. Stalker hizo una mueca de desdén.

—No puedes dar un paso sin él, ¿eh? Es vergonzante.

—No —le dije en voz baja—. Solo te molesta porque te gustaría que eso pasara contigo.

La verdad podía ser brutal. Sé detuvo, y después volvió a sus cuchillos. Yo solté los míos y rodeé el fuego para sentarme junto a Fade, que había estado observando nuestra conversación en voz baja con el ceño ligeramente fruncido. Aunque confiaba en mí, no le caía bien Stalker; me sorprendía que no se hubiera acercado para interrumpirnos.

—¿Va todo bien? —me preguntó.

—Más o menos.

Le expuse la idea, para ver su reacción. Tenía buen instinto y, como yo tenía dudas, él podría dar el voto del desempate.

—Deberíamos ir —me dijo Fade.

Me quedé sorprendida; esperaba que optara por ser prudente. Tenía que haber algún motivo para aquella decisión, así que esperé a que continuara.

—Saldremos a explorar esta noche. No tenemos guardia, así que es nuestra decisión dormir o no, ¿verdad? —Yo asentí y él continuó—. Llevo preocupado desde que dijiste que un Freak se había infiltrado en nuestro campamento. ¿Sacó la madera del fuego, o traía una rama consigo?

Comprendía porque lo preguntaba, pero negué con la cabeza con pesar.

—No estuve totalmente despierta hasta que salió huyendo. No lo vi.

—Entonces ¿cuál es el veredicto? —preguntó Stalker, uniéndose a nosotros.

Fade inclinó la cabeza.

—Vamos.

Comprobé mis dagas, aunque sabía que estaban impolutas y preparadas para la acción.

—Si enfadamos a los Freaks y los atraemos hasta aquí.

Improbable se enfadará.

—Entonces nos aseguraremos de que no nos vean —dijo Stalker.

—Y si lo hacen —añadió Fade—, no llegaran al campamento vivos.

¿Qué harías si te infiltraras en un campamento de Freaks dormidos?, me pregunté a mí misma. ¿Les rebanaríamos el cuello? La respuesta hizo que me preguntara si yo tenía más de monstruo que la criatura que nos había robado el fuego. Eso no significa que sean capaces de sentir compasión. Quizá fue lo suficientemente listo como para saber que huir era su única oportunidad de sobrevivir al robo.

Por motivos obvios, era aterrador pensar lo que los Freaks podían hacer con una rama ardiente. Hasta donde yo sabía, no cocinaban. Consideré otras alternativas rápidamente. No olía mal, así que quizá había sido algún humano deforme que vivía como un salvaje en aquel peligroso bosque. Ojalá fuera eso.

Lo descubriríamos en breve.

Cuando oscureció, salimos del campamento sin alertar a los centinelas. Aunque éramos hábiles, la falta de atención de los guardias me alarmó; no se dieron cuenta de nuestra marcha, y ni siquiera estaban dormidos. Improbable tendría que enterarse de aquella grieta en nuestra seguridad. Stalker negó con la cabeza, disgustado, mientras rodeábamos la torre de vigilancia. Caminamos a lo largo de la colina para rodearla, aprovechando el punto ciego del centinela de la torre. Tendríamos que ocuparnos de aquello por la mañana.

Pero, aquella noche, sirvió a nuestros propósitos.

Quedarme sentada no iba conmigo, así que me alegraba de tener un poco de acción, aunque nuestro líder no nos hubiera pedido que lo hiciéramos. *Pero podría haberlo hecho, razoné, si hubiera sabido lo buenos que éramos moviéndonos sin ser vistos.* Sin embargo, en el bosque estábamos en desventaja, porque habíamos sido entrenados en terrenos distintos. Stalker estaba acostumbrado a las ruinas, y tanto Fade como yo habíamos aprendido a luchar bajo tierra. Confiaba en que pudiéramos ocultar nuestros movimientos gracias a los ruidos de la cabeza.

Me puse en cabeza, siguiendo un sendero del bosque. Las retorcidas ramas blanqueaban la mayor parte de la luz de la luna, pero yo podía ver bastante bien. En eso destacaba. Podía encontrar los lugares en los que había menos maleza. De hecho, parecía que unos pies habían recorrido con los dedos, como si pudiera contarme qué había pasado por allí.

En mi corazón, temía saberlo.

Las aves nocturnas cantaban en los árboles. Las ardillas parloteaban. Mientras

vijábamos había aprendido los nombres de las criaturas cuyo mundo compartía ahora. A veces, nos la comíamos. Siempre las admiraba. En los túneles, donde yo crecí, apenas había vida.

Desde el suelo vi un camino a través del embrollo de maleza baja. Los arbustos susurraban frondosamente contra nuestra piel. Esperaba que no hubiera ortigas cerca. Habíamos aprendido por las malas que algunas hojas que crecen cerca de los árboles grandes podían provocar un terrible sarpullido. No quería tener que cubrirme con lodo de nuevo, y eso era lo único que aliviaba el horrible picor.

Demasiado tarde para pensárselo mejor. Si salíamos de aquella misión solo con la piel irritada, no tendríamos de qué preocuparnos.

Entre en un mundo diferente. No nos habíamos adentrado tanto para conseguir madera, ya que los árboles jóvenes de la periferia eran los más fáciles de cortar y transportar. Me sentía turbada; no por la oscuridad, sino por estar rodeada de tantos árboles. Los encontraba ligeramente inquietantes; eran cosas que vivían y que parecían observarnos, pero que nunca se movían. Era como estar rodeada por un ejército mudo que podría, cuando menos lo esperaba, abatirme.

Me arrodillé y examiné el suelo de nuevo. Una vez más, encontré señales de paso frecuente. No podía ver huellas, pero las plantas estaban pisoteadas. Los pequeños animales, como los conejos y las ardillas, no hacían eso. Miré a Stalker para que me confirmara mi impresión, y él asintió. Mantendríamos el silencio hasta que encontráramos lo que estábamos buscando... o hasta que nos aseguráramos de que el bosque estaba deshabitado.

Para bien o para mal, decidí seguir el sendero. Caminé lentamente, salvando obstáculos como ramas caídas y troncos. Era demasiado pronto como para que hubiera hojas secas, algo que agradecía, ya que el terreno era suave y facilitaba el viaje en silencio. Nos adentramos más en el bosque. Me habían dicho que solo se adentraban tanto los que cazaban carne para el asentamiento, así que eso significaba que íbamos en la dirección correcta, aunque no estábamos acechando a ningún animal. En lugar de eso buscábamos información, que a veces podía ser mucho más valiosa para sobrevivir.

Fui la primera en escucharlo.

Oí un quejido grave en la oscuridad. No era exactamente un gruñido, no se parecía a nada que hubiera oído antes. Lo miré y Fade negó con la cabeza; él tampoco lo reconocía. Todos habíamos oído a los Freaks gritar al morir, y sus horribles chillidos antes de atacar, pero ninguno de nosotros había sido testigo cuando... se comunicaban unos con otros.

Podría no ser eso, por supuesto. Quizá había animales allí que nunca habíamos visto. Pero, mientras nos acercábamos, estuve segura de que no era eso, porque el olor me golpeó. Cuanto más nos adentrábamos, más hedía el bosque a Freak: carne podrida, piel sucia, y el asqueroso olor dulzón de las heridas infectadas. ¿Cómo podían soportarse unos a otros? Suponía que uno podía acostumbrarse a todo.

Cuando vivía en los túneles apenas notaba algo más que aquel desagradable olor algunos días, pero el aire de la Superficie olía a un centenar de cosas, la mayoría hermosas y frescas, como la lluvia de la mañana.

Me arrastré sobre el blando suelo como una criatura de cuatro patas. Así esperaba agitar menos los arbustos. El corazón me latía en los oídos, como el herrero golpeando su yunque. A mí espalda escuchaba la rápida y ansiosa respiración de los chicos. Quería decirles que se mantuvieran en silencio, pero los Freaks no oirían sus respiraciones: oirían mi voz. Así que no había nada que hacer, excepto apartar la última barrera y ver a qué nos enfrentábamos.

Era aterrador. Era una aldea, un centenar o más de Freaks cohabitando en lo que parecía una especie de tribu. Era posible saberlo por el movimiento, por el modo construyendo, y tenían una fogata como la nuestra. Así que, después de todo, yo tenía razón. Uno de ellos había venido a robar nuestro fuego porque habían reconocido su valor. Quizá ya no se conformaban con devorar a sus presas crudas, aunque algunos de ellos mostraban pocos reparos al hacerlo. Un Freak pasó junto a nosotros, aterradoramente cerca de nuestro escondite entre los arbustos, mordisqueando lo que parecía un brazo humano.

El estómago se me revolvió.

Habían construido cobertizos con ramas y hojas. Eran estructuras pequeñas, sin duda, pero no era posible confundir su propósito. Asaban carne de algún tipo sobre las llamas, y el olor de la carne quemada se mezcló con su característico hedor hasta que todo el claro quedó sumido en un poco saludable miasma. No charlaban con sus horrorosas y malformadas bocas, sino que se tocaban la cabeza unos a otros como si estuvieran consolándose. Pero lo peor era que allí había Freaks pequeños. Yo nunca había visto a sus crías, nunca había pensado demasiado en cómo se reproducían, pero aquello demostraba que no se creaban mediante mordiscos o infecciones. Eran criaturas naturales y legítimas de aquel mundo, igual que nosotros, aunque su origen fuera aún desconocido.

Sentí náuseas. No quería ver aquello. Habían aprendido demasiado. Estaban volviéndose como nosotros, aunque estaban demasiado lejos de la humanidad original como para que aquello pudiera terminar bien... para los Freaks o para nosotros.

Retrocedí e hice que los chicos volvieran conmigo. No era posible que nosotros tres atacáramos a tantos, no a menos que quisiéramos morir. Con el corazón en la garganta, me escabullí retrocediendo lo mejor que pude. No me esperaba encontrar algo así. Era inexplicable.

En silencio, volvimos sobre nuestros pasos hasta que un Freak perdido salió de entre los arbustos. Estaba claramente herido y se agarraba el costado lleno de sangre. Hundí mis dagas en su garganta antes de que pudiera gruñir. La bestia murió en silencio, que era lo que necesitábamos. *No podíamos dejar que volviera con los demás y los alertara*, pensé.

Pero aquel despiadado acto me hizo sentir mal. El que había entrado en nuestro campamento podría haber matado a muchos de nosotros, pero había elegido no hacerlo. ¿Por qué? Quería creer que era parte de un plan para intimidarnos, pero ya no estaba segura de nada respecto a aquellas criaturas.

Fade y Stalker me ayudaron a bajar el cuerpo al suelo en silencio, y después les hice una señal para que nos moviéramos. Con ellos a mi espalda, corrí hasta que estuve segura de que nuestras voces no podrían llegar ni hasta el puesto de vigilancia ni hasta la aldea de Freaks en el interior del oscuro y fantasmagórico bosque. Al final me detuve, con las manos temblorosas y las rodillas débiles.

Horrible. Es horrible. Los Freaks tenían niños; eso significaba que se apareaban. Estaba a punto de vomitar la cena.

—Qué demonios... —dijo Stalker. Había aprendido algunas palabrotas de los otros guardias.

—No van a creernos. —Fade se frotó los ojos con una mano temblorosa—. Esto es igual que Nassau.

Me giré y miré los árboles, me sentía insegura.

—Improbable nos creerá. Él sabe que no mentiríamos. Aunque no sé qué podría hacer él al respecto.

Era el momento de volver y enfrentarnos a las consecuencias de nuestra improvisada misión de reconocimiento. Solo esperaba que nuestra advertencia llegara a tiempo de hacer algún bien.

No tuve la oportunidad de confesar lo que sabíamos y cómo lo habíamos descubierto hasta la tarde siguiente. No había podido dormir, y la falta de sueño me afectaba. Me escocían los ojos, me dolía la cabeza, y apenas podía comer.

Mientras el sol se deslizaba hacia el horizonte, Improbable se apartó de los hombres para observar su entrenamiento.

Como yo ya sabía lo que Stalker y Fade podían enseñarme, me uní a él.

—Tengo que hablar contigo.

Parecía cansado y solitario, como si aquella tarea fuera más pesada de lo que podía soportar. Improbable miró sobre su hombro, con una mezcla de curiosidad y resignación en su expresión.

—¿Por qué cada vez que oigo tu voz, niña, sé que mi vida va a volverse más complicada?

Su tono amistoso eliminó el resquemor de las palabras, y me dio el valor de continuar.

—Supongo que porque has llegado a conocerme bien. El viejo se rio.

—Aumenta el desafío. ¿No?

Sabía a qué se refería. Salvaguardar los campos era una enorme responsabilidad que se había confiado a muy pocos. Nuestro escaso número añadía otra capa de tensión a la tarea.

—¿Estás enfadado porque no hayan enviado más ayuda? Improbable negó con la cabeza.

—En ese caso lo único que tendría serían más hombres quejándose porque tienen que dormir en el suelo. No estoy hecho para esto.

—Parece que estás haciendo un buen trabajo.

Nunca antes me había hablado un anciano como si fuera su igual, y me gustaba... mucho.

Suspiró.

—No soy un buen líder. Conduzco carros para aprovisionarnos, y a veces hago viajes por mí mismo. No es lo mismo.

—Entonces, ¿por qué te presentaste voluntario para esto?

Su seria mirada me recorrió de la cabeza a los pies, sombría de repente.

—Porque tú me hiciste sentir avergonzado.

—¿De qué?

Contuve la respiración, preguntándome la razón. Yo admiraba mucho a Improbable.

—De todo el maldito pueblo.

La sorpresa me dejó sin habla durante un instante.

—¿Tan buena opinión tienes de mí?

—¿Estás buscando cumplidos, niña?

No estaba segura de qué significaba eso.

—No creo.

—En cualquier caso, no es de esto de lo que querías hablar. Te escucho.

En tan pocas palabras como fue posible, le expliqué nuestros descubrimientos nocturnos. Su reacción a mi noticia desafió mi habilidad de interpretar. Sé pasó una mano por su desgreñado cabello gris con los ojos fijos en el cielo. Era un bonito día, con el cielo azul y un brillante sol. No era el tipo de clima en el que esperas recibir una noticia tan nefasta; lo justo habría sido que estuviera lloviendo, tronando y relampagueando.

—Olvidaré por un momento que fuisteis sin permiso —dijo, cortante—. ¿Estás segura de que era un asentamiento?

Asentí.

—Primitivo, pero sí.

—¿No llamasteis su atención?

Recordé al Freak al que habíamos matado y negué con la cabeza. No nos había visto ningún otro. Si encontraban el cuerpo, no podrían saber con seguridad qué había pasado y, con suerte, los carroñeros del bosque se ocuparían de que quedara menos claro aún.

—Eso está bien. Pero, joder, no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

Parecía una mala señal que Improbable hablara con tanta libertad delante de mí. Él estaba al mando, y debía mostrar certeza para que los hombres continuaran siguiéndolo sin cuestionarlo. O quizá aquel era un rasgo que solo se daba en los túneles. Era posible que los líderes de la Superficie pudieran ser más honestos sobre su falta de conocimientos. Desde luego, eso los hacía parecer más humanos. Pero en momentos como aquel, parecer más humano no era necesariamente algo bueno.

—Dijiste que los dejaríamos en paz siempre que no nos atacaran. ¿Ha cambiado de opinión, ahora que sabes que están construyendo cerca?

—No estoy seguro —admitió—. En realidad, solo quiero sobrevivir a la estación de siembra, llevar la cosecha, y meterme dentro de la muralla. Cuando estoy de viaje para traer provisiones no me quedo en un lugar demasiado tiempo, y esto me pone de los nervios.

—A los hombres también. Si supieran lo que nosotros sabemos...

—Encenderían antorchas y quemarían todo el bosque —terminó por mí—. Necesitamos esa madera, por no mencionar todos los animales a los que ahuyentarían. No podemos decírselo hasta que decida cómo manejar esta situación... y para eso necesito pensar un tiempo. ¿Les dirás a tus amigos que mantengan el secreto por ahora?

—Por supuesto. Ya acordamos que no diríamos nada hasta que habláramos

contigo.

Sé llevó dos dedos a la frente.

—Gracias. En cuanto al asunto de que salgáis por la noche a merodear: no volváis a hacerlo. Como no os pillaron, voy a fingir que no ocurrió.

Sonreí, a pesar de mi agotamiento general.

—Entonces, ¿esa es la regla? ¿Si no hay testigos no hay delito? Improbable se rio.

—Tienes agallas, chica.

Después, me acordé de advertirle sobre la facilidad con la que habíamos entrado y salido del campamento la noche anterior. Un Freak podría seguir aquella misma ruta sin ser visto. Así que le resumí el camino que habíamos tomado y le dije lo distraídos que habían estado los guardias.

—En cualquier caso —concluí—, no debería haber sido tan sencillo.

Alguien tendría que habernos visto y detenido.

Sé le escapó una profunda exhalación, más parecida a un resoplido de exasperación que a un suspiro.

—Intento no enfadarme, pero estos idiotas tendrían que mejorar.

Parecen creer que esto es un picnic familiar.

—Ninguno de ellos es un soldado —le dije tranquilamente.

—Cierto, pero eso no es excusa para la incompetencia. Hablaré con ellos. —Improbable me indicó que me marchara—. Sal de aquí. Ve a endurecer esos músculos.

Obedientemente, volví a mis ejercicios para incrementar mi fuerza y resistencia, y después entrené un poco con Frank, tal como le había prometido. Cuando terminamos me senté y esperé a que Fade y Stalker terminaran sus clases. Me miraron y se acercaron tan pronto como pudieron. Stalker se sentó a mi izquierda y Fade se colocó a mi derecha. Por el momento, la tensión entre nosotros había desaparecido, eliminada por la peligrosa situación.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó Fade.

Los puse al día, y Stalker negó con la cabeza.

—Entonces, ¿no va a hacer nada?

—Por ahora —le corregí.

—No creo que todos esos fueran Cazadores —dijo Fade—. Podrían ser el equivalente Freaks a mujeres y niños.

Pensé en ello.

—Eso explicaría por qué nos están dejando en paz.

En el pasado, los Freaks no habían mostrado ningún indicio de comportamiento especializado. Todos atacaban; se movían en manada, comían, y buscaban la siguiente presa. En los túneles nos habíamos dado cuenta de que los había de distintos tamaños, pero no habíamos sacado ninguna conclusión al respecto. Nunca se me había ocurrido pensar que los más pequeños podían ser crías.

Stalker dibujó algo abstracto y complejo en la tierra.

- No me gusta tenerlos tan cerca. Podrían estar esperando refuerzos.
—No somos suficientes para enfrentarnos a ellos —le recordé.
—Si no son luchadores, si lo somos —me replicó. Fade parecía preocupado.
—Pero ¿deberíamos atacarlos sin que nos hayan provocado?
—Joder, claro que deberíamos. Si no lo hacemos, nos arrepentiremos.

Stalker no cambiaría de opinión; la vida le había enseñado a luchar por su territorio y, aunque había aprendido otras cosas en Salvación, aún tenía tendencias lobunas.

—Y, en cualquier caso, no sería sin provocación. Nos atacaron la primera vez que intentemos plantar... Y no olvides lo que hicieron con nuestros muertos.

—Eso no es decisión nuestra. —Y me sentía agradecida por ello—. Ya hemos presionado suficiente a Improbable con la misión de reconocimiento. Si hacemos algo más sin su aprobación, nos enviará de vuelta al pueblo.

Los tres compartimos una mirada de horror ante la idea de vernos encerrados en el interior de las murallas, obligados a hacer otras tareas. Aunque vivir al raso tenía sus desventajas (no poder bañarnos, por ejemplo), al menos allí fuera teníamos la posibilidad de vivir emociones y de hacer algo importante. Además, sería humillante ser enviado de vuelta mientras el resto de guardias seguían de servicio. Ninguno de ellos luchaba ni la mitad de bien que nosotros.

Poco después, llegó un mensajero del pueblo. El guardia de Salvación buscó en su mochila y sacó dos asombrosos y flexibles pares de botas.

—Edmund me ha dado esto para Fade y Stalker.

Los chicos las cogieron con expresión sobre cogida, porque aquel era uno de los mejores trabajos de mi padre adoptivo. Por mi parte, me asombraba que hubiera encontrado a alguien dispuesto a hacer el viaje hasta el campamento de vigilancia. Observé a los chicos mientras se las ponían rápidamente y sonreí al mensajero en agradecimiento.

—Dile a Edmund que se lo agradezco mucho —le dije en voz baja.

—Yo también —añadió Fade.

Stalker parecía haberse quedado sin palabras, pero al final murmuró.

—Son fantásticas. Dale las gracias de mi parte.

El guardia inclinó su sombrero y volvió a Salvación. Improbable envió a un par de hombres para que lo acompañaran hasta la mitad del camino y cuando regresaron no informaron de problemas. Sabía que el resto de guardias envidiaban nuestro elegante calzado; todos serían afortunados si tuvieran a Edmund cuidando de ellos. Era un buen hombre, y me sentí orgullosa de ser su hija adoptiva.

Más tarde patrullé con Hobbs para comprobar si los campos habían sufrido algún daño. El resto de nuestro equipo se mantenía en contacto con nosotros mediante señales que Improbable había ideado. Eran sencillas: necesitamos ayuda, todo correcto, y peligro inmediato. Vimos rastro de una plaga de conejos, mordiscos en los brotes verdes, pero ningún indicio de que los Freaks hubieran estado allí desde que

encontramos las cabezas empaladas. Hobbs era un compañero digno de confianza que se mantenía concentrado en la tarea y no perdía el tiempo con charlas innecesarias.

—Es el momento de traer de nuevo a los sembradores —dijo Hobbs—. Esparcirán algo que ahuyentará a las plagas, evitará que salgan malas hierbas y nutrirá las plantas.

—Si nos dan lo que necesitamos podríamos hacerlo nosotros. Así el riesgo sería menor.

Hobbs negó con la cabeza.

—Los sembradores se pasan la vida estudiando el modo de hacer mejor las cosas. Si probamos sus métodos y la cosecha fracasa, seremos los responsables de que la gente pase hambre.

Viéndolo así, decidí que sería mejor que me contentara con mi tarea de escolta. Quizá Tegan vendría con los sembradores para ocuparse de las plagas. Echaba de menos a Tegan y a mis padres adoptivos más de lo que esperaba. Había echado raíces en Salvación, aunque no me gustaran todas sus reglas. Un día, quizá podría hacer viajes de aprovisionamiento con Improbable, si no me destinaban permanentemente a la guardia del pueblo. Era un sueño que merecía la pena perseguir.

Al volver al puesto de vigilancia, vi el lugar con nuevos ojos y me di cuenta de que estaba empezando a tener buen aspecto. Improbable obligaba a los hombres a trabajar siempre que no estaban entrenando. Por tanto, una muralla de piedra baja rodeaba ahora las tiendas, la torre de vigilancia, y una zona aparte para el ejercicio y el entrenamiento. *No está mal, pensé, teniendo en cuenta lo apresurado que ha sido.* Los hombres me miraron cuando pasé, pero la mayoría se habían acostumbrado a mí. Al menos, ya no murmuraban ni hacían gestos desagradables que sabían que yo podía ver de soslayo. Seguramente, el temperamento de Fade había tenido algo que ver con su cortesía. Era joven, pero aún podía acuchillarlos de la garganta al muslo antes de que encontraran sus propias armas. No me molestaba demasiado; normalmente no caía bien a la gente (como a las chicas del colegio), y por razones peores que mi género.

Hobbs se presentó ante Improbable, que asintió pensativamente.

—Enviaré un mensajero al pueblo para que traiga a los sembradores para atender a los campos.

—Me alegro de que no sea trabajo mío —murmuré. Improbable me dedicó una sonrisa.

—Yo también. Por lo que puedo ver, tu habilidad se reduce básicamente a matar cosas.

El jefe convocó una reunión poco después.

—Mañana, como os prometí, comenzaremos a conceder permisos. Echaré a suertes qué equipo irá primero. Después podréis acordar los turnos entre vosotros. Obtendréis el permiso en parejas, ¿lo comprendéis?

Eso provocó una oleada de nerviosismo en el campamento. Muchos hombres

tenían familias en el pueblo, y no estaban acostumbrados a estar lejos de ellas. En cuanto a mí, echaba de menos a Tegan y a los Oaks, pero podía esperar. Para mi sorpresa, nuestro equipo salió en la segunda ronda. Mis compañeros parecían muy contentos con nuestra buena suerte, y el resto de guardias apreciaban a Hobbs y a Frank lo suficiente como para no quejarse demasiado.

Justo antes de anochecer llegó la última patrulla con una bendición inesperada. Habían disparado a un ciervo, y ya le habían quitado la piel y habían cortado la carne en trozos manejables. Asado en el fuego olía delicioso, y todos se mostraron dispuestos a esperar un poco más para evitar las galletas y la cecina. Me puse casi al final de la cola de la comida y después me acerqué a Frank, que estaba devorando el jugoso venado con evidente deleite.

Comimos en silencio mientras intentaba ignorar a Stalker y Fade, que estaban discutiendo al otro lado del campamento. Tenían los ceños fruncidos, y Fade tenía los puños cerrados. De vez en cuando me miraban, lo que me hacía pensar que estaban discutiendo por mi culpa, pero no estaban hablando lo suficientemente alto como para que los demás los oyéramos.

No es asunto mío, me dije a mí misma. No me acercaría para intervenir.

—¿Qué vas a hacer en el pueblo? —me preguntó Frank, para distraerme.

—Bañarme.

Sé río como si estuviera bromeando.

—Yo voy a comerme todos los pasteles que pueda.

Los dulces estaban fuera del menú en el campamento, así que comprendía su deseo. Lo escuché hablar con poca atención sobre lo bien que cocinaba su madre. Mientras los miraba, los chicos dejaron de discutir y Fade empezó a hacer cola para conseguir su ración de venado asado. El chico rubio lo siguió con expresión malhumorada y la barbilla alzada de un modo que parecía afirmar que estaba preparando para una pelea.

A Stalker no le había gustado que nuestro plan respecto a lo que habíamos descubierto sobre los Freaks fuera no hacer nada. No lo culpaba. La Cazadora que había en mí luchaba contra la necesidad de eliminar aquella amenaza, pero respetaba las órdenes de Improbable. Aun así, aquella aldea del bosque me preocupaba, y no solo porque significaba que los Freaks estaban actuando por encima de mis expectativas.

—¿Está ocupado este sitio?

La pregunta llegó del último hombre que había esperado que buscara mi compañía, Gary Miles. Nos habíamos enfrentado dos veces, primero con su estúpida broma sobre mí, y después cuando se quedó dormido en su guardia. En consecuencia, me había despreciado desde entonces. Miles tenía cara de ratón, una larga y puntiaguda nariz y una barbilla inexistente. Su cabello grisáceo caía en mechones lacios sobre sus hombros, y apestaba como un cubo de vómito. Ninguno de nosotros olía bien, eso estaba claro, pero él ni siquiera intentaba lavarse.

No quería que se uniera a nosotros, pero no se me ocurrió ningún modo de rechazarlo sin que sonara grosero.

—Siéntate si quieres —le dije.

—¿De qué estabais hablando? —nos preguntó, una vez que se puso cómodo. Su sonrisa mostraba unos dientes sucios, algunos rotos y negros por las raíces. No podía evitarlo: aquel hombre me ponía el vello de punta, casi tanto como la primera vez que Fade y yo nos encontramos a un Freak alimentándose en la oscuridad.

—Sobre lo que vamos a hacer cuando consigamos nuestros permisos —le respondió Frank.

Miles tensó la boca en una amarga línea blanca, pero desapareció antes de que estuviera segura de que la había visto, reemplazada con falsa cortesía.

—Habéis tenido mucha suerte de conseguirlo tan pronto.

—Improbable lo echó a suertes —le indiqué. Su afabilidad se quebró.

—Lo tienes comiendo de tu mano, ¿verdad, bonita? No hay nadie más tonto que un viejo chocho. Todos hemos visto cómo te comportas con él, intercambiando miraditas enternecedoras mientras nosotros nos rompemos el culo para aprender técnicas de combate que nunca vamos a usar.

Seguramente no estaría sugiriendo que yo me había ganado un trato especial apareándome con nuestro comandante, ¿verdad? Aquello era asqueroso; no porque Improbable fuera viejo y feo, sino porque nunca haría algo tan abiertamente injusto e inmoral. Miré a Miles con disgusto: tenía la mente como la letrina que había cavado como castigo.

Evidentemente, Frank llegó a la misma conclusión que yo, porque negó con la cabeza.

—Estás diciendo tonterías.

—Fue idea suya que mantuviéramos una guardia permanente, y ahora se contonea por aquí como si fuera la jefa del cotarro. —Puso una sucia mano en mi muslo—. Es justo que me consuele un poco, ¿no?

Con la mano izquierda, saqué mi daga de su funda y la clavé entre sus muslos. Sabía exactamente qué estaba haciendo cuando su rostro palideció y tragó saliva por el miedo. A Frank parecía darle miedo intervenir... y hacía bien. Si me hubiera tocado, podría haber castrado a alguien.

—Déjame en paz —le advertí—. Si no te mato es por respeto a Improbable, pero, si vuelves a meterte conmigo, lo haré. Es una promesa.

Cuando retrocedí, se puso en pie torpemente.

—Esto no ha acabado.

—Sí, ha acabado. —No le di el honor de mirarlo mientras se alejaba.

Eso implicaría que lo consideraba merecedor de mi cautela.

—¿Por qué crees que está tan enfadado contigo? —me preguntó Frank.

—Algunas personas necesitan tener a alguien a quien culpar.

Pero para Miles es algo más profundo, pensé. Era probable que fuera uno de esos

hombres que no podían soportar que una mujer hiciera algo aparte de cocinar su comida y tumbarse para darle placer. Si tenía una compañera en Salvación, la compadecía.

Fade me puso la mano en el hombro y se sentó a mí lado. Era curioso, porque Frank sintió inmediatamente la necesidad de estar en otro sitio. Suponía que Fade Había dejado claro lo que sentía por mí cuando me defendió de Miles la primera vez. Su rostro se tensó por el disgusto de no haber estado allí para amenazar al tipo de nuevo.

—No te preocupes por eso —le dije, absolviéndolo—. Puedo ocuparme sola.

—Miles va a causarte problemas —me dijo. Asentí.

—No creo que vaya a parar. Sería mejor que Improbable lo remplazara, pero eso enviaría el mensaje de que hacérmelo pasar mal lleva a los hombres de vuelta a Salvación.

Puso su mano sobre mi muslo, y de ese modo borró conscientemente la impronta de los grasientos dedos de Miles. No me importó. Fade tenía derecho a tocarme. Pero retiró la mano antes de que alguien pudiera darse cuenta y me hiciera maliciosas insinuaciones de nuevo.

—¿Sé te ocurre algo para hacerlo desistir? —me preguntó. Tenía un montón de ideas, todas desagradables.

—Quizá tenga que matarlo. Eso le hizo sonreír.

—Otra cosa.

—Prefiero lo del asesinato —murmuré.

—Yo también. Pero eso sería malo para la moral. —Lo pensó por un momento, y después me echó una mirada de soslayo—. Pondríamos llevárselo a los Freaks de la aldea como regalo.

—Tentador. ¿De qué estabas hablando con Stalker?

Sé detuvo y sus ojos oscuros bajaron culpablemente hasta su plato.

—¿Te has dado cuenta?

—Todo el campamento se ha dado cuenta. —Le di un suave codazo—. Venga, cuéntamelo.

—Le he dicho que deje de mirarte como un lobo hambriento. Miré a Fade por el rabillo del ojo.

—¿No es suficiente con que te haya dado a ti la exclusividad de mis besos? ¿Qué importa cómo me mire?

Sus esculpidas mejillas se tiñeron de color, y sentí un cosquilleo en los dedos ante el impulso de apartarle el cabello negro de la frente.

—Si lo piensas así... —Fade se acercó para susurrarme—. Me muero de ganas de estar a solas contigo.

Sus palabras me hicieron añorarlo, y casi me rocé los labios al recordarlo. Deseé haberle robado un momento la noche anterior, pero Stalker estaba allí y no me había parecido bien hacerlo delante de él, sobre todo porque el otro chico también deseaba

aquella intimidad conmigo. Lo había rechazado, pero no quería echar sal en la herida.
Me puse tan nerviosa que creí que iba a notarlo todo el campamento.
—Estaremos en Salvación la semana que viene. De permiso.
La sonrisa con la que me respondió me dejó claro que él tampoco podía esperar.

La semana estaba pasando con relativa tranquilidad, aunque notaba que Gary Miles iba a darme problemas. Tenía un pequeño grupo de amargados que me observaba cuando salía de patrulla. Nunca hacían nada de lo que pudiera acusarlos ante Improbable, pero dejaban claro que éramos enemigos. *Estúpidos*. No necesitábamos problemas en el campamento; Salvación ya tenía más de los que podía solucionar. Para relajarme, toqué el naipe manchado de sangre que llevaba siempre en el bolsillo. Mientras siguiera intacto, nada malo podría ocurrirme. Aquella era la tradición del enclave. Desafortunadamente, no sabía si seguía creyendo en aquello. Si en algo poníamos nuestra fe los del enclave, era en el poder del símbolo del que recibíamos nuestro nombre. Mi madre de acogida decía que contenía una parte de nuestra alma... pero era un pensamiento confuso. Stalker (y el resto de ciudadanos de Salvación) no tenían ningún objeto así, ¿eso significaba que no tenía alma, o que estaban desprotegidos? Quizá era una tontería, algo que el Guardián de las Palabras se había inventado hacía mucho tiempo.

El primer equipo disfrutó de su permiso sin incidentes, de dos en dos. A continuación, nuestro grupo se votó y se decretó que Fade y yo volviéramos juntos en el primer turno. Al principio me pareció demasiado bueno para ser verdad y, si no hubiera estado tan ansiosa, me habría sentido avergonzada, porque el voto provocó las bromas de Frank y Hobbs y un gruñido de Stalker. Pensé que Improbable había hecho bien al sortear los equipos y dejar luego que cada uno decidiera el orden de los permisos. Eso nos daba la sensación de tener algún control sobre nuestras vidas. Era posible que él pensara que no era un buen líder, pero, desde mi punto de vista, estaba haciendo un buen trabajo. Antes de marcharnos, Improbable nos pagó nuestro sueldo. Era la primera vez que me ganaba mis propias fichas. Como se nos había prometido, había recibido un pequeño salario a cambio de mi trabajo de guardia. Podría intercambiar aquellos pequeños trozos de madera por provisiones y servicios en el pueblo. Tenerlos me hacía sentirme un poco más poderosa.

Fade y yo nos marchamos hacía Salvación después de que volviera el primer turno, con cartas y regalos de las familias del pueblo. En aquello había cierto riesgo, porque los Freaks podían decidir asaltarnos, pero nos moveríamos rápido y, si nos amenazaban con una batalla que no podíamos ganar, correríamos hacía las puertas. Aquello me recordó a nuestro viaje a Nassau.

—¿Crees que los Oaks me acogerán de nuevo? —me preguntó mientras corríamos.

Respiré a través de la nariz, moderando el ritmo para no ahogarme.

—Dijeron que serías bienvenido en cualquier momento.

—A veces, eso es solo algo que dice la gente.

—Mamá Oaks no es así. Y Edmund tampoco. Fade asintió.

—No sé, tú los conoces mejor.

Sé escuchó un crujido de ramas y hojas, algo parecía ir tras nuestros pasos. Me concentré en lo que nos rodeaba.

—¿Has oído eso?

—Algo nos está siguiendo.

Ambos sabíamos qué debía de ser. La única pregunta era cuántos... y si nos alcanzarían antes de que nos pusiéramos a salvo. Incluso si los que habíamos visto en la aldea no eran los mejores luchadores, eso significaba que no pudieran atacar. Aprovecharían la oportunidad de seguir a una presa fácil. Si nos atacaban, eso revelaría sin duda una inteligencia calculadora. Significaría que nos observaban y que planeaban sus asaltos en función de nuestro comportamiento. Era un pensamiento aterrador. La vida ya había sido suficientemente difícil cuando actuaban como monstruos estúpidos.

Fade aumentó la velocidad, y yo corrí a su lado. Él tenía una zancada más larga, pero yo era más pequeña y rápida. Rara vez había tenido la oportunidad de correr así en los túneles. Los sonidos se alejaron, como si hubieran decidido no abandonar el cobijo del bosque. En lugar de eso, noté el peso de unos hambrientos ojos, observando nuestro progreso y prometiéndose a sí mismo: la próxima vez.

Cuando llegamos a las puertas, Fade gritó:

—Abrid, rápido. Por ahora es seguro.

El guardia se tomó un momento para examinar la tierra a nuestra espalda, y después obedeció. Atravesamos la estrecha abertura agachados, y después cerraron las pesadas puertas. Colocaron la viga de madera de nuevo en su lugar; desde que los Freaks intentaron entrar, parecía que los guardias usaban aquel refuerzo a todas horas. Yo no los culpaba.

La hierba cuidadosamente cortada y los pequeños y meticulosos jardines y lechos de flores hacían que pareciera que allí jamás podría ocurrir algo malo. Los edificios brillaban con sus capas nuevas de cal; todo estaba bajo control. Como había estado en el campo, hasta la gente me parecía más limpia y más sana. Las chicas caminaban con sus largos y bonitos vestidos, con los dobladillos limpios. Los hombres se quitaban los sombreros cuando pasaban las mujeres.

Me sentía como si hubiera pasado mucho tiempo desde que había estado allí, como si vivir con Edmund y Mamá Oaks perteneciera a alguna otra yo; la que había vivido en los túneles también era otra persona, una versión más de la chica a la que veía en el espejo. Me sentía adulta, lo suficiente como para no tener que asistir al estúpido colegio de la señorita James, pero quizá aún no era la persona en la que tenía que convertirme. Suponía que aquella era la cuestión; la vida, si lo hacías bien, era un cambio y un aprendizaje continuo. Si no lo hacías, morías o dejabas de crecer, que era más o menos lo mismo. Así que iría cambiando mis distintos roles hasta que descubriera cuál encajaba mejor conmigo.

Mientras pensaba en ello, me di cuenta de que el pueblo me parecía, de algún modo, distinto. Flores frescas adornaban las mesas que había cerca, unas bonitas flores blancas como las que había visto en el camino hacia los sembrados. Lazos de colores colgaban de los negocios junto a la plaza y sonaba música, una dulce y alegre melodía. Un grupo de hombres y mujeres tocaban sus instrumentos, riéndose con la facilidad de aquellos a los que no les preocupaba que los monstruos se los comieran. Miré a Fade, que se encogió de hombros. Él tampoco sabía que estaba pasando.

—¿Hay una fiesta? —le pregunté a un guardia, recordando el cumpleaños de Justina.

—Algo parecido —me respondió—. Es el festival e la flor del cerezo. Así es como celebramos la llegada de la primavera cada año.

—¿Qué significa eso?

El hombre se rascó la cabeza.

—Bueno, esta noche habrá un baile en la plaza. Y también comida y bebida. Es una oportunidad para que la gente muestre su felicidad ahora que acaba de terminar la estación más fría.

—Suena divertido —dijo Fade—. Gracias.

No pregunté hasta que el guardia se alejó, sabía que Fade no se burlaría de mí.

—¿Qué es un baile?

Para mi sorpresa, cogió una de mis manos y colocó la otra en mi cintura.

—Sígueme.

Allí, frente a la puerta delantera, me hizo girar en un círculo, moviendo los pies al mismo ritmo de la música.

Cuando nos detuvimos, estaba jadeando y riéndome.

—¿Cómo lo sabías?

—Solía bailar con mi madre.

Aquello parecía un buen recuerdo. Por primera vez, me pregunté si mi madre había sido una chica amable, y si le gustaba el chico con el que me engendró. De vez en cuando, dos Criadores intimaban y pedían permiso para procrear juntos. Esos casos eran monitorizados de cerca para estar seguros de que no había un contacto innecesario después de que se consiguiera el embarazo. Así que había una ligera posibilidad de que fuera fruto del afecto. Pero mi existencia también podía haber surgido de una unión asignada por los ancianos. Yo sabía que los padres de Fade se habían elegido el uno al otro, y habían tenido a un hijo excelente.

Estaba mirándome, intentando descubrir en qué estaba pensando.

Le sonreí, pero no le di ninguna pista.

—¿Sí?

—¿Bailaras conmigo esta noche?

—Me encantaría. Pero, si vamos a ir a divertirnos con el resto del pueblo, deberíamos lavarnos —decidí en voz alta.

—Me gustaría verte con un vestido otra vez... y con el cabello suelto.

Teniendo en cuenta por lo que habíamos pasado juntos, sus palabras no deberían haberme hecho sentir vergüenza. Inexplicablemente, lo hicieron, quizá porque Fade quería pasar la noche con Deuce, la chica, en lugar de con Deuce, la Cazadora, y yo no conocía demasiado bien mi lado femenino. De hecho, antes de Fade y sus besos, no había creído que existiera.

Continué caminando a través del pueblo con timidez, mientras admiraba las decoraciones e la plaza. No tenía duda de que, cuando terminaran, quedaría bonito. Un par de chicas del colegio, Merry y Hannah, me saludaron alegremente cuando me vieron. Me detuve justo lo suficiente para ser educada.

—¿Es muy espantoso estar ahí fuera? —quiso saber Hannah.

—A veces.

Charlamos un rato, y después tuvieron que volver al trabajo. Fade y yo caminamos hasta la casa de los Oaks, que olía a pan recién hecho a través de las ventanas abiertas. Mi estómago rugió. Mamá Oaks nos recibió en la puerta y me dio un abrazo aplasta-costillas. Las lágrimas resplandecían en sus ojos, pero, como sonreía, supuse que estaba contenta. Como la primera vez que aparecimos, mugrientos, en su puerta, llamó a Edmund para que acudiera, pero esta vez me recibió con un abrazo y la nariz arrugada. Lavarse a trozos no mejoraba el olor de la ropa, ni remediaba todos los problemas de higiene.

—Voy a llenar la bañera —murmuró—. ¿Qué tal con las botas?

—Son perfectas —le dije, sinceramente—. Me encantan. Fade copió el saludo que Improbable usaba a menudo.

—Las mías también, señor. Son Fantásticas. Nunca había tenido nada tan bueno.

Edmund arrugó los ojos en una sonrisa.

—Genial. ¿Y el otro chico?

—Stalker —le recordé—. Dice que te de las gracias también.

Seguramente vendrá durante su permiso a agradecértelo en persona.

—Es lo menos que podía hacer por los que estáis luchando por Salvación.

Fade se aclaró la garganta para llamar mi atención, pero estaba mirando fijamente a mi padre de acogida, con los brazos nerviosos en los costados.

—Señor, necesito su permiso para salir con Deuce. Mis intenciones son honestas.

¿Qué? Tegan me había mencionado aquello de pasada, pero yo no estaba segura de lo que implicaba la palabra intenciones.

Antes de que pudiera decir nada, Edmund asintió.

—Está muy bien por tu parte que lo preguntes. Y te lo concedo.

Dicho eso, mi padre se dirigió a la cocina para empezar a preparar el baño.

Mamá Oaks entró en la habitación.

—¿Hasta cuándo podéis quedaros?

Ella se habría alegrado si hubiéramos podido quedarnos para siempre.

—Solo hasta mañana a esta hora. Tenemos un permiso de veinticuatro horas.

—Mejor eso que nada —dijo Edmund mientras bombardeaba agua. La anciana

asintió.

—Es cierto. Y al menos no os perderéis la fiesta de primavera. Es mi fiesta favorita, y Dios sabe que nos viene bien un poco de alegría.

Asentí. Era importante mantener a la gente animada durante las épocas malas. De otro modo, el pánico se asentaría rápidamente si ocurría lo peor, aunque no quería hablar o pensar en ello justo entonces. Fade y yo nos merecíamos un poco de despreocupación antes de volver al temor constante.

—¡Ven aquí y ayúdame, chico!

Con una mirada divertida, Fade entró en la cocina. Mamá Oaks me abrazó de nuevo y después se quedó mirándome como si no pudiera creer que hubiera vuelto a salvo.

Al menos esta vez.

—¿Echas de menos a tu hijo? —le pregunté.

—Solo al que perdí. Rex viene a vernos cuando puede.

Su tono contradijo sus palabras, y evidenciaba la tensión que ya había notado antes.

Rex no había venido a cenar ni una sola vez desde que yo empecé a vivir con los Oaks, pero no la contrarié diciéndolo. Si hubiera tenido una madre de verdad como Mamá Oaks, la trataría con cariño y traería a mi familia a probar su comida cada vez que pudiera. Pero la gente, a menudo, no apreciaba lo que tenía hasta que era demasiado tarde.

—¿Tuviste dos hijos? La mujer asintió.

—Aunque siempre quise una hija. —Me sonrió y añadió rápidamente—. Y ahora tengo una, así que toda va bien. ¿Qué te vas a poner esta noche?

—Creo que el vestido azul, si lo has terminado.

Pero yo no estaba pensando en ropa. En lugar de eso, estaba dando vueltas a la idea de que ella me considerara su hija de verdad. Algo así parecía imposible, pero sentí un nudo en la garganta ante la perspectiva. Nunca había imaginado un hogar como el que había encontrado en Salvación, ni la posibilidad de tener padres. También tenía curiosidad sobre aquel extraño intercambio entre Fade y Edmund.

Mamá Oaks asintió.

—Está en tu armario, limpio y planchado.

—Gracias —le dije en voz baja, pero no me refería a que hubiera lavado y planchado el vestido.

Ella lo sabía. Sus ojos se humedecieron sospechosamente de nuevo, y me dio una palmadita en el hombro.

—Gracias a ti, Deuce. Créeme, de verdad.

Mordiéndome el labio, pensé en mis opciones, y después me lancé.

Repetí lo que había dicho a Edmund.

—¿Qué significa?

—¿Le ha preguntado eso? —Su mano voló hasta su corazón, deleitada—.

Significa que va en serio. Cuando un chico va a hablar con el padre de una chica, está mostrándole respeto y prometiéndole que no jugara con ella. Ese chico está bien criado.

Me quedé perpleja ante la revelación.

—¿Eso significa que no pretende aparearse ilícitamente conmigo? Sus mejillas se sonrojaron.

—Por Dios, qué manera tienes de decirlo.

Fade salió entonces de la cocina, recién bañado y con ropa limpia. Contuve el aliento, pero solo pude verlo brevemente antes de que Mamá Oaks me metiera prisa para que me metiera en el baño. Por accidente o designio, estuvimos separados hasta la caída de la noche.

—¿Cómo le va a Fade? —pregunté mientras me peinaba. Mamá Oaks se encogió de hombros.

—Le dijo a Edmund que tenía que hacer un recado.

Uhm. Interesante.

Como antes, Mamá Oaks me recogió el cabello con trapos húmedos y después, cuando me lo soltó, me sujetó un mechón de rizos en la coronilla con un gachillo con piedras, de modo que el ondulado cabello se derramaba por mi espalda. Como el peinado no era tan alto como el que me había hecho para la fiesta de Justina, me gustaba más. La observé trabajar en el espejo, insegura de la chica del reflejo. Nunca me había preocupado mi aspecto; lo único que importaba en los túneles era mantenerse limpio.

—Esto perteneció a mi madre —me dijo, sacando algo de una delicada tela que había comenzado a amarillear. En la palma de la mano tenía una cadena de plata, delicadamente tallada y brillante como una estrella. De ella pendía un pequeño colgante azul que reflejaba la luz.

—Me gustaría que lo llevaras esta noche. Quedará perfecto con tu vestido azul.

Me quedé paralizada, y tenía miedo a cogerlo. Lo único que había poseído en mi vida había pertenecido a mi madre, y lo había vendido por una salida de los túneles. Todavía deseaba haber podido conservar aquel pequeño envase metálico. Tenía un espejo en su interior y los restos de olor dulce de algún polvo que había desaparecido hacía mucho tiempo.

—Es demasiado bonito —protesté.

—Deberías tener algo bonito en tu primera cita oficial con Fade.

Cita. Una nueva palabra. Sospechaba que tenía que ver con los besos y, dado lo que teníamos planeado hacer aquella noche, también debía de estar relacionado con divertirse. No le pedí que me lo aclarara.

Me lo puso alrededor del cuello sin esperar a que yo cediera. Era tan bonita que no tuve corazón de protestar de nuevo. Nunca antes había llevado nada que no sirviera a algún propósito, pero aquello solo brillaba y colgaba alrededor de mi cuello. Me encantaba. Siempre había tenido cierta debilidad por las cosas brillantes y

desde mi exilio, no había poseído nada más que mis dagas y mis ropas. No es que aquello fuera mío: comprendía que me lo estaba prestando, no haciéndome un regalo.

Mamá Oaks se marchó para que pudiera terminar de arreglarme. Estaba radiante, y supe que, si no discutía, la haría feliz. Me puse el vestido azul y acaricié la suave tela, admirando el corte. Mi madre adoptiva hacía cosas muy bonitas, y era tan hábil cosiendo como Edmund con las botas. El vestido llegaba hasta mis tobillos y la falda era abullonada, pero el cuerpo no tenía adornos, solo un escote en forma de corazón y unas elegantes mangas cortas que se detenían justo debajo de mis hombros. Aquella noche, mostraría mis cicatrices con orgullo.

Bajé las escaleras y encontré a Fade esperándome a los pies. Sus oscuros ojos me miraron con sorpresa y, por primera vez desde que lo conocía, se quedó sin habla. Me miró como si fuera todo lo que siempre había deseado. Mi corazón latió con fuerza ante la intensidad de aquella expresión, pero también daba un poco de miedo tener tanto poder. Di un paso hacia él, a pesar de mi inseguridad.

Edmund se aclaró la garganta.

—Tan bonita como una flor, ¿verdad?

Fade asintió. Su ansiosa mirada puso color en mis mejillas, y cuando me tocó fui demasiado consciente de la calidez de sus dedos. Me había tocado un brazo, pero los llevaba descubiertos y su caricia me pareció sorprendentemente íntima y demasiado atrevida frente a mis padres adoptivos. Asentí en respuesta al parloteo nervioso de Mamá Oaks ya la más contenida despedida de Edmund y ambos salimos a la noche, al aire fresco y la alegre música.

—Quiero huir contigo y esconderte lejos —susurró.

—¿Por qué?

—Siempre he sabido que eras hermosa, pero ahora todos los demás lo verán también. No voy a ser capaz de mantener al resto de chicos lejos de ti, y eso me volverá loco.

Me reí, pensando que estaba intentando hacerme sentir menos insegura sobre el vestido y mi cabello, que me hacía cosquillas en la nuca cada vez que me movía. Pero él mantenía la mano sobre mi brazo, como si pensara que alguien iba a aparecer y escabullirse conmigo. Había una cálida sensación entre ambos, más fuerte que la luz de las lámparas colgadas alrededor de la plaza.

No muy lejos de los bailarines, me apartó hacia las sombras y me abrazó.

—Un beso antes de que tenga que compartirte.

Apenas sin conocerme, ya que Deuce, la chica, estaba al mando aquella noche mientras la Cazadora observaba con muda vergüenza, levanté el rostro. Su boca rozó la mía, tan ligera como un suspiro, pero me acarició una y otra vez hasta que levanté las manos y cogí su rostro. Entonces el beso ardió como un relámpago, más profundo y concienzudo de lo que nunca antes se había atrevido a ser. Cuando su lengua tocó la mía retrocedí, perpleja y sin aliento.

—¿Dónde has aprendido eso?

—Si te lo contara te enfadarías.

Murmuré entre dientes. Seguramente tenía razón. No quería escuchar que había besado a alguna chica en los túneles. Si había otra mujer para él desde que llegamos a Salvación, querría arrancarle la cabeza y darle una paliza de muerte. La fuerza de aquel impulso me asustó, y retrocedí un paso. La chica que había en mí era tan violenta como la Cazadora, al parecer.

A pesar de estábamos en las sombras, Fade se dio cuenta y me pasó una mano bajo mis rizos artificiales, con los dedos calientes y tiernos contra mi nuca. Un escalofrío me recorrió. Me sentí incapaz de resistirme a él, incapaz de saber lo que era mejor para mí. Pero era Fade; él nunca me haría daño.

—Ahora no importa —susurró—. Solo existes tú.

No me gustaba saber que tenía secretos, pero a Fade tampoco le gustaba que Stalker me mirara como un lobo hambriento, así que no podía acusarlo de haberse sentido así antes, de que otra persona le hubiera enseñado a saborear a una chica como si su boca estuviera llena de miel.

—¿Quieres bailar? —le pregunté.

En respuesta, cogió mi mano y me condujo a la plaza iluminada por las lámparas, donde otras parejas estaban ya girando. Tardé un par de minutos en coger el ritmo, pero aquello no se diferenciaba demasiado de lo que habíamos hecho en las fiestas de los túneles, excepto que aquí lo hacías con una pareja en lugar de con toda la comunidad. Me gustaba la intimidad de su mano sobre la mía y nuestros cuerpos moviéndose en armonía perfecta, guiados por la música y el instinto. No confiaba en aquellos impulsos. Fade sonrió como si pudiera leer mis pensamientos. Sentía la fría brisa nocturna en mis brazos desnudos, y el cálido cuerpo de Fade contra el mío.

Al final, nos detuvimos para probar los refrigerios que habían preparado. Tegan se unió a nosotros, alegre y muy guapa con un vestido rosa. Había un chico con ella; parecía mayor, pero no creía conocerlo. Educadamente, Tegan nos presentó.

—Zachariah Bigwater, estos son mis amigos Deuce y Fade.

Debe de ser el hermano de Justina.

—¿No tenéis apellidos? —nos preguntó.

—No los necesitamos —le contestó Fade.

Sus maneras no fueron exactamente cortantes, pero podía notar su impaciencia. Aquella era nuestra noche, y no pretendía pasarla hablando con el heredero del alcalde. Zachariah debía de ser una persona agradable, si a Tegan le caía bien, pero yo opinaba lo mismo que Fade. Nuestro tiempo juntos estaba esfumándose. Aquella noche, ni siquiera quería dormir.

—La gente me llama Zach —dijo entonces.

—Encantada de conocerte —le contesté, aunque en realidad no era cierto.

Tegan me dedicó una sonrisa cómplice.

—¿Cómo están los campos? Saldré mañana para hacer un poco de mantenimiento.

—No hay problemas importantes.

A mi lado, Fade cruzó los brazos con hostilidad. Me apoyé contra su costado y le clavé suavemente el codo. Aunque no conocía a Zach, Tegan era una amiga, y llevaba tiempo sin verla.

Pero Zach captó la indirecta; se dirigió a Tegan.

—¿Quieres bailar?

La petición reveló que el chico tenía tacto y sensibilidad, ya que la pierna de Tegan podría no aguantar una pieza animada, pero la música había cambiado a una más lenta. Cuando se alejaron, Fade me atrajo hacia él, más cerca de lo que estaban el resto de parejas. No protesté. En lugar de eso, apoyé la cabeza contra su hombro y dejé que guiara mis movimientos. Aquello exigía una confianza que no le ofrecía a nadie más.

Un susurro desdeñoso y cargado de veneno traspasó mi ensoñación.

—¿Crees que tiene cuchillos escondidos bajo la falda? Alguien se rio.

—Seguramente.

Simulé que no lo había oído, pero los dedos de Fade se tensaron en mi cintura. Sabía que estaba dispuesto a luchar por mí, una vez más. Puse una mano en su mejilla.

—No importa.

—Quizá le gustan las chicas que se comportan como chicos.

Esa vez, necesité toda mi fuerza para contener a Fade. Ya no estaba bailando; nos habíamos detenido mientras el resto de parejas giraban a nuestro alrededor. Sus ojos negros ardían como oscuras estrellas, tan llenos de una fría cólera como nunca los había visto. Si pudiera ponerles la mano encima a aquellos idiotas del colegio, no podrían andar durante semanas. La plateada luz de la luna sobre sus rasgos le otorgaba una feroz belleza sobrenatural.

—Vámonos.

Se me ocurrió que, si nos metíamos en una pelea mientras estábamos de permiso, le causaríamos problemas a Improbable.

—A mí me parece que está muy guapa —dijo Merry. Era una de las chicas que habían sido amables conmigo en la fiesta de Justina.

—Bastante —admitió otra persona.

—Voy a pedirle que baile conmigo.

A Fade tampoco le gustó eso, pero no iba a darle un puñetazo al chico.

No supe su nombre hasta que se acercó. Terrence era tímido y tranquilo, pero se movía bastante bien. Teníamos mucho espacio entre ambos, y la mitad de la canción pasó antes de que hablara.

—Espero que Fade no esté enfadado. Pensé que esto calmaría a los demás.

—Parece que está funcionando.

Era un buen plan. El resto de nuestros compañeros de clase perdieron el interés en cuanto me mostré tan dispuesta a bailar como cualquier otra chica.

Pero, después de eso, fue como si Terrence hubiera abierto una puerta a través de la que podía filtrarse la curiosidad. El que había sido cruel conmigo no me lo pidió, por supuesto, pero otros sí. Baile con cinco chicos antes de que Fade perdiera la paciencia y reclamara mi mano. Aquel era un buen ejercicio, pensé, mientras recuperaba el aliento después de todas las piruetas.

—Te lo dije —murmuró—. Ahora no conseguiré ningún otro momento a solas contigo.

—Puedes pedírmelo.

Si nos escabullíamos, la privacidad provocaría que nos besáramos.

Me estremecí nerviosamente.

—¿Quieres dar un paseo?

Asentí, y sus dedos se entrelazaron con los míos en una inconfundible reclamación mientras nos alejábamos de la plaza.

Seguí a Fade a través del pueblo, creyendo que íbamos a sentarnos en el columpio junto a mi casa, pero en lugar de eso me condujo en una dirección que se me hizo más familiar con cada paso. Se detuvo ante la casa sin terminar donde había entrenado con Stalker antes de que me diera cuenta de que esas visitas de medianoche podían darle ideas equivocadas.

—¿Entramos? —le susurré mientras me preguntaba si había llegado allí por coincidencia, o si Fade lo había hecho por algún motivo especial.

—¿Hay alguna razón por la que no debemos? Negué con la cabeza.

Fade subió a la ventana.

—Yo entraré primero, y te abriré la puerta.

Cuando iba allí con Stalker, ambos entrábamos por la ventana, pero no aquella noche, no iba vestida como para subir a ninguna parte. Prefería que nadie me viera; pero con aquel vestido azul me sentía demasiado visible. La espera aceleró mi corazón, e hizo la pequeña travesura más excitante. Pronto, Fade me dejó entrar en la fría y oscura casa. Inmediatamente me acordé del recado que había mencionado antes y me pregunté si mi padre e acogida lo aprobaría.

Sobre el polvoriento suelo estaba la manta que había traído desde los túneles, y había colocado una vela en cada esquina. Sonriendo, sacó el aparato que había heredado de su padre; en los túneles lo había usado cuando estaba nervioso para hacer chispas en la oscuridad. Esta vez lo sostuvo más tiempo... y las velas cobraron una adorable y resplandeciente vida.

—Sabías que ibas a traerme aquí —le indiqué.

—Solo lo he planeado un poco. Además, fuiste tú quien sugirió que nos tomáramos un poco de tiempo para nosotros mismos.

Lo miré con cautela, a pesar de la romántica escena.

—¿Qué crees que vamos a hacer en esa manta?

—Sentarnos. Sería una pena que tu vestido se manchara.

Tenía razón; si volvía a casa sucia, Mamá Oaks querría saber qué había estado haciendo.

—¿Y las velas?

—Quiero verte la cara. ¿Confías en mí?

En respuesta, le ofrecí la mano y él tiró de mí para que me sentara a su lado. La manta era lo suficientemente grande para los dos siempre que nos sentáramos cerca, y Fade no parecía tener ninguna intención de dejar que hubiera distancia entre ambos. Me rodeó con los brazos y me acurrucó en su pecho. Cuando me abrazó aún con más fuerza, me acomodé entre sus piernas, tan nerviosa como excitada. Su cálido aliento agitaba los rizos de mi cuello, y me estremecí.

—¿Tienes frío?

—No.

De hecho, era posible que tuviera fiebre. Los escalofríos empeoraron cuando me pasó las manos por mis brazos desnudos.

—No puedo creer que estés aquí conmigo —me susurró al oído.

—¿En qué otro lugar iba a estar?

—Aquí, pero con él. —Fade hizo una pausa—. Otra vez.

Las buenas sensaciones murieron, reemplazadas por temor. Me senté muy recta.

—¿Cómo sabes...?

—Porque os vi. Jensen no solo se enfadaba conmigo porque fuera un bocazas, Deuce. Algunas noches me escapaba, porque me preguntaba qué estabais haciendo aquí. Y por qué no era yo.

Me quedé perpleja y paralizada. Aquella era la profunda duda que Fade nunca se había atrevido a pronunciar. Había estado meses comiéndoselo vivo, y finalmente había decidido enfrentarse a ella. Yo había temido su intención, pero confiaba en él... y no tenía oscuros secretos que confesar.

—¿Te pilló? —supuse.

Sentí su errático asentimiento.

—Pero nunca os delaté. Nunca le conté qué hacía cuando me escapaba. Me hiciera lo que me hiciera.

En aquel momento, me dolió tanto que creí que mi corazón iba a partirse en dos. Había guardado mi secreto para que no me metiera en problemas, aunque pensaba que yo estaba haciendo qué sabía que con un chico al que odiaba. Aquella lealtad me aterrorizó, pero también me motivó; intentaría ser merecedora de tal devoción.

—Si lo hubieras contado, lo habría entendido —susurré—. Puedo recibir mis propios latigazos.

Se movió y me recostó totalmente en su regazo para poder ver mi rostro.

—La cuestión no es si puedes o no. Yo siempre te protegeré.

Incluso cuando no nos hablábamos, incluso cuando dudabas de mí. Oh, Fade. Algunos podrían argumentar que, si no hubiera estado siguiéndome por la noche, no lo habrían pillado, y su castigo habría sido menos severo, pero sospechaba que Jensen era un hombre cruel cuando se pasaba con el licor de maíz, y habría encontrado alguna otra razón para hacerle daño a Fade.

—¿Por qué me seguiste? —le pregunté entonces. Se encogió de hombros.

—Si Stalker intentaba algo que no querías y necesitabas ayuda, estaría allí, por si acaso.

—¿Para protegerme?

—Sí. Siempre.

En aquel punto era inquebrantable, y me parecía dulce, pero yo sabía cuidar de mí misma.

—Estaba bien —dije, aunque apreciaba su intención.

—¿Qué significa eso? ¿Te tocó?

Al final, comprendí qué más estaba pasando. Era lenta, pero, si me daban tiempo, al final conseguía unir todas las piezas.

—No tienes ninguna razón para estar celoso, te lo prometo. Hablábamos... y entrenábamos. Tú eres el único chico que se ha acercado a mí de ese modo.

—Oh. —Un largo y lento suspiró se le escapó—. Me siento tan estúpido...

Llevé mis labios a su mejilla y susurré.

—No lo eres. Te quiero, Fade.

El tiempo que llevaba en Salvación me había enseñado el significado de esas palabras, y a no ser tacaña con su uso. Se lo diría a Edmund y a Mamá Oaks, de hecho, antes de volver al campamento de vigilancia. El que sentía por ellos era un tipo de cariño diferente, por supuesto, pero cada nueva versión del afecto hacía que mi corazón fuera mejor y más fuerte. Me permitía luchar mejor.

Fade inhaló rápida y entrecortadamente.

—Eso fue lo que te dije en la carreta.

Y entonces sus labios encontraron los míos, calientes como la luz del sol y dulces como el agua clara. Me envolvió en sus brazos y me senté sobre sus muslos, besándolo como me había enseñado antes, como jugando al escondite con las caricias de su lengua. Al principio me daba vergüenza hacerlo, pero mi timidez parecía incitarlo más. Sus brazos se tensaron, y de pronto comprendí cómo encajaban las piezas del puzzle. Perplejidad y excitación barrieron todo mi cuerpo, pero no me aparté. Confiaba en Fade, y cuando se recostó me tumbé sobre él. Sus manos vagaron sobre mi cuerpo y las mías sobre el suyo, torpes, extrañas e irresistibles. Entonces, su palma se cerró sobre la curva de mi pecho, rozándolo ligeramente y presionándolo a través de la seda de mi vestido, y yo me sentí como el amanecer.

Fade me abrazó con fuerza y después se colocó sobre mí y me cubrió mi rostro de rápidos y necesitados besos. Su aliento levantaba su pecho con fuerza, en un profundo y desesperado jadeo. Acaricié ligeramente su espalda intentando consolarlo, porque creía que estaba haciéndole daño. No había duda de que era así, aunque no estaba segura de por qué.

—Ya es suficiente —intentó susurrar, aunque sonó más parecido a un gruñido—. Le dije a Edmund que mis intenciones eran honestas.

Me besó las sienes y frotó su áspera mandíbula contra mi mejilla.

Después cerró los ojos con fuerza, temblando.

Le acaricié el cabello.

—¿Estás bien?

—No me moriré —murmuró. Pero no parecía alegrarse ante la perspectiva e sobrevivir, y por alguna razón eso me hizo reír.

Fade me mordió el labio inferior como represalia. Con el tiempo, los latidos de mi corazón se relajaron, y la fiebre de mi piel se desvaneció. Gradualmente, él también se calmó. Me acurruqué, con la cabeza apoyada sobre su pecho y, un poco incómoda,

le rodeé la cintura con el brazo.

Nunca habíamos estado así antes, con los cuerpos unidos y los brazos y las piernas enredados. Era una buena señal que pudiera estar tumbado sobre su espalda; sus heridas parecían estar sanando.

—¿Dónde aprendiste a besar? —le pregunté en voz baja. Fade se tensó, pero me respondió.

—Fue una chica de los túneles, una Criadora. A ella... le gustaba enseñarme cosas.

Aquello me dejó estupefacta. Otras preguntas aparecieron en mi cabeza, cargadas de dudas.

—¿Hiciste...?

—No. No hay ninguna posibilidad de que tuviera niños. No nos aparemos.

—¿Qué sentías por ella? Se encogió de hombros.

—Estaba solo. A veces... era agradable que me tocaran.

—Me dijiste que Bandera era tu única amiga.

—Yo no llamaría amiga a aquella Criadora, Deuce. Hay gente a la que le gusta romper las reglas. Les parece excitante.

—Entonces, ¿ella te veía como un... desafío?

—No lo sé. No hablábamos demasiado cuando estábamos juntos, y fue solo un par de veces. Después de que Bandera muriera, la otra chica tenía miedo de que nos pillaran. Además, para entonces ya te había conocido.

Por primera vez, comprendí porqué Fade sentía celos de Stalker, a pesar de que le había asegurado más de una vez que no tenía razón para estarlo. No había ninguna posibilidad de que volviera a ver a aquella chica, y aun así su existencia ardía en mi cabeza como un carbón encendido, porque había alguien más que había descubierto a qué sabía Fade, y cómo era su tacto. Incluso era posible que estuviera muerta, teniendo en cuenta lo que Seda me había contado sobre el destino del enclave en el sueño febril, pero eso no atenuaba mi envidia.

Mi silencio lo preocupó. Fade se puso de lado y me miró con el ceño fruncido. Bajo la parpadeante luz de las velas, leí su preocupación.

—Sabía que te enfadarías.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé. —Fui tan sincera como era posible—. No tengo nada que temer, pero oír eso me hace sentirme... enferma. No quiero pensar que has estado con otra persona.

—Eso es porque soy tuyo —me dijo en voz baja—. Igual que tú eres mi chica.

Aquella vez, no discutí con él. Comprendía lo que significaba. Aquel lazo no permitía que nadie más entrara; exigía una devoción y un compromiso exclusivo. No se refería a una propiedad completa, como había creído antes. En lugar de eso, era algo más complejo, nacido de las sombras y matices emocionales. Podíamos tener

otros amigos, por supuesto, pero entendía su deseo de tener la exclusividad de los besos. Como aquel no era mi fuerte, tenía que seguir mi instinto y confiar en que me llevara a buen puerto.

Al final, me acurruqué contra él. Me gustaba más cuando estábamos cara a cara, rodeándonos con los brazos. De este modo podía observarlo de cerca, pero sin el miedo a que despertara y me pillara. Como era una noche fresca, aunque no fría, nuestros cuerpos generaban suficiente calor como para mantenernos calientes. Sabía que seguramente debería volver a casa pronto, porque estaba haciéndose tarde, pero no podía moverme.

—Desearía que esta noche fuera eterna —susurré.

—Yo también. Entonces... ¿No estás enfadada? Negué con la cabeza.

—Ocurrió en los túneles, antes... bueno, antes de que nosotros. Si me dijeras que hay una chica en Salvación enseñándote cosas...

—No. No hay nadie, te lo prometo.

Nos quedamos así un tiempo, mientras Fade me acariciaba el cabello. Tenía un poco de sueño, pero luché contra él. Aquella era la última noche que estaríamos juntos en un tiempo, y pretendía aprovecharla. Fade también parecía somnoliento, como si le pesaran los párpados.

Para mantenernos despiertos, le hice una pregunta.

—¿Qué recuerdas sobre tus padres?

Pensó en ello un par de minutos, con los dedos cerrados alrededor de mechones de mi cabello.

—Mi madre hacía el mejor pan. Tenía un bonito acento, olía a flores... y tenía el cabello oscuro. Mientras trabajaba, cantaba... pero he olvidado las palabras.

Tarareó una evocadora melodía, pero no la reconocí. Como no continuó, me di cuenta de que no podía recordar nada más sobre su madre.

—Quizá alguien pueda decirte el nombre de la canción, y como seguía.

—Quizá.

Le acaricié la mejilla.

—Háblame de tu padre.

—¿Para qué?

—Me gustaría saber más cosas de ti, pero, si hablar sobre ellos te duele, olvida lo que he preguntado.

—En otro momento —me prometió—. No quiero ponerme triste esta noche.

Desafortunadamente, cuando la conversación terminó, me quedé dormida en sus brazos. Cuando desperté estaba a punto de amanecer. Mamá Oaks, si me había esperado levantada, me cortaría el cuello con un hacha (una expresión que había aprendido de Improbable), lo que significaba que estaría metida en un gran problema y recibiría una regañina.

—Fade —susurré—. Tenemos que irnos.

El chico se puso en pie con un gruñido y recogimos las cosas. Yo cogí las velas

fundidas mientras él doblaba la manta. Salí por la puerta y Fade la cerró a mi espalda, y después salió por la ventana. Caminamos cogidos de las manos bajo la luz del inseguro amanecer. Aún no había ciudadanos despiertos. Me preocupaba cómo nos recibirían en casa, pero, cuando entré por la puerta trasera, todo estaba en silencio. Aliviada, di a Fade un beso rápido mientras guardábamos su vieja manta.

—Deberíamos dormir un poco más, si podemos —me dijo en voz baja—. Yo me quedaré en la despensa.

Asentí, subí las escaleras y me metí en la cama. Con un poco de suerte, nadie sabría nunca lo tarde que había llegado a casa. Había sido una larga y emocionalmente agotadora noche, y me alegraba de descansar en una cama de verdad. El sueño llegó rápidamente, a pesar de que me sentía culpable.

Horas después, cuando Edmund se marchó a trabajar, me lavé, me cambié de ropa, y tomé el desayuno con Fade y Mamá Oaks. La mujer tenía un millar de preguntas sobre el baile, que respondí con la ayuda de Fade. Por acuerdo tácito, no mencionamos la hora de nuestra llegada. Al final, su excitado parloteo llegó a su fin.

—Tengo que ponerme a trabajar... Caroline Bigwater y Justina me han encargado cuatro vestidos.

—Bueno, tienen que lucir el aspecto que se espera de ellas —murmuré.

Mamá Oaks hizo una mueca como si tuviera algo que decir, pero no lo hizo por educación. La ayudé cambiando de tema.

—Tenemos un par de horas todavía. Voy a ir a la tienda antes de volver.

—¿Puedo ir contigo? —me preguntó Fade.

—Por supuesto.

Esperaba que no me preguntara qué iba a comprar delante de mi madre de acogida.

Le di un beso en la mejilla, puse nuestros platos en el fregadero, y nos marchamos por la puerta trasera. Estaba nublado y amenazaba con llover, así que la luz tenía un tono reticente. Fade era bueno leyendo mi expresión, porque no abrió la boca hasta que nos alejamos diez pasos de la casa.

—¿Qué vas a hacer, Deuce?

Su rostro parecía tranquilo y severo, como si esperara que fuera a dejarlo fuera.

En lugar de eso, le resumí lo que sabía sobre Mamá Oaks y sus problemas con su hijo Rex.

—Voy a hablar con él, eso es todo.

Fade no discutió conmigo. En la tienda compré un ovillo de cordel con una de mis preciadas fichas, y después pregunté dónde podría encontrar a Rex Oaks. Como me estaba quedando con su madre, el tendero no me preguntó por qué quería saberlo. En cualquier caso, Salvación no era el tipo de pueblo que salvaguardaba los secretos o la privacidad.

—Supongo que vamos a ir a visitar a Rex —me dijo Fade mientras salíamos de la tienda.

Asentí.

—No sé lo que ha pasado entre ellos, pero Mamá Oaks está sufriendo y creo que alguien debería decírselo.

—¿Es asunto tuyo?

—Voy a hacer lo que sea.

Rex Oaks y su familia vivían en una casita más pequeña que la que sus padres habían construido; estaba en la esquina noroeste, cerca de la puerta de la muralla. No era una buena ubicación, aunque, si las familias seguían creciendo, no tendrían más opción que terminar la casa vacía en la que habíamos estado Fade y yo la noche anterior. Pero la planificación del pueblo no me preocupaba. Caminé hasta la puerta delantera y llamé.

Una guapa mujer rubia me respondió. Parecía diez años mayor que yo. Era pequeña y delgada, y tenía las mejillas sonrosadas.

—¿Puedo ayudarte?

—Estoy aquí para ver a Rex.

—¿Puedo preguntar quién lo busca?

—Me llamo Deuce.

Sostuve su mirada hasta que apartó sus ojos, y eso me dejó claro qué tipo de mujer era.

Cuando se apartó para dejarnos entrar, no me sorprendió.

—¿Queréis esperar en la salita? Rex está trabajando en el jardín.

—Muy amable por su parte, señora —murmuró Fade.

Después de que nos sentáramos, fue a buscar a su marido. Examiné la habitación, que me pareció sencilla pero agradable. Cuando Rex se unió a nosotros, descubrimos que era un hombre grande, más alto que Edmund, pero vi el parecido de sus rasgos. Se sentó en una silla de madera con el ceño fruncido.

—¿Os conozco?

—No —le dije sin rodeos—. Pero me conocerías si visitaras de vez en cuando a tus padres. Soy tu hermana adoptiva.

—¿Disculpa?

—No tengo ni idea de por qué discutisteis, y no me importa. Lo único que sé es que estás haciendo daño a Edmund y a Mamá Oaks... y si fueras un verdadero hombre, harías las paces con ellos antes de que sea demasiado tarde.

—Tú no sabes nada —me espetó. Ignoré su beligerancia.

—Tienes suerte de tener una familia que te quiera. No los apartes de ti. Deja de romperles el corazón. —Antes de que recuperara la entereza para echarme de allí, me puse en pie—. Gracias por su tiempo, señor.

Sin esperar una respuesta, me dirigí a la puerta. En el exterior, Fade se rio.

—Qué cara ha puesto... Oh, Deuce. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Yo también —murmuré.

La lluvia llegó justo antes de que terminara nuestro permiso. Esperaba que el fuego que los Freaks habían robado se extinguiera, pero no tuve mucho tiempo para preocuparme mientras me ponía mi ropa e patrulla: Túnica, pantalones, y las estupendas botas de Edmund. Me recogí el cabello en dos trenzas y las sujeté con parte del cordel que había comprado antes en la tienda.

Había sido un buen día; aún no habíamos tenido noticias de Rex, pero esperaba que pensara en ello un tiempo. Edmund llegó a casa para el almuerzo, y jugamos una partida de ajedrez. Yo aún no era demasiado buena en el juego, lo que significaba que podía vencerme rápidamente. Más tarde, recordé que aún llevaba el colgante que Mamá Oaks me había prestado, así que fui a la cocina para devolvérselo. A cambio, me puso un paquete en la mano.

—Ten cuidado ahí fuera —susurró, abrazándome.

Aunque no quise preguntárselo el día anterior, tenía que saberlo antes de marcharme.

—¿Qué le pasó a tu hijo mayor?

Su arrugado rostro se quedó inmóvil, con los ojos en algún recuerdo lejano, pero no intentó evitar la pregunta. En lugar de eso, tomó mi mano y me condujo al sofá de la sala de estar. Arriba, escuché a Fade y a Edmund moviéndose, pero esperaba que no bajaran y nos interrumpieran.

—Se convirtió en guardia —me dijo—. Yo estaba muy orgullosa de él.

Debía de haber sido difícil para ella que yo hubiera querido seguir aquel mismo camino, pero no me parecía que trabajar en las murallas fuera demasiado peligroso. Tenía que haber algo más, así que espere a que continuara.

—Era un buen chico, mi Daniel. —Contuvo el aliento como si le doliera pronunciar su nombre. Estuve a punto de pedirle que lo dejara, pero continuó a pesar de su voz rota—. Un verano, no hace demasiado tiempo, una pequeña salió con los sembradores cuando fueron a atender los campos. Era una niña curiosa y alegre que siempre estaba haciendo preguntas sobre el mundo más allá de las murallas. Cayó la noche antes de que alguien notara que había desaparecido.

—¿Condujo él su búsqueda? La mujer apretó los labios.

—Era el único que podía hacerlo. El padre de la niña se negó a salir porque la presencia de Mutantes se había incrementado en la zona. Sus padres la dieron por muerta, y lloraron su pérdida. Ni si quiera lo intentaron.

Era evidente que tal cobardía desagradaba a Mamá Oaks... En aquel momento, pensé que ella habría salido a buscarme a mí. Decidí no ponerla nunca en un peligro así.

—¿Salió solo?

Imaginé la escena sin esfuerzo. Vi a un valiente joven haciendo lo que ninguno de los mayores quería hacer, arriesgándolo todo por una niña que ni siquiera era suya. Yo no lo había conocido, pero las lágrimas acudieron a mis ojos.

—En la oscuridad. Me quedé toda la noche levantada, con las lámparas y las velas encendidas.

Vi la escena de su solitaria vigilia con demasiada nitidez. Ya sabía cómo terminaba la historia.

—¿La encontró?

Mamá Oaks inhaló profundamente y asintió.

—Cuando llegué ante la puerta, tambaleándose, tenía a la niña en sus brazos. Sangraba tanto que no sé cómo consiguió volver del bosque.

—Murió —susurré.

—Por las heridas, sí. Tardó tres días, pero no fue posible salvarlo.

Estaba cubierto de mordiscos y zarpazos, casi muerto.

Ya conocía la respuesta.

—No lo había atacado ningún animal.

El odio brilló en su normalmente amable rostro.

—No, fueron ellos. Los Mutantes. Atacaron a la chica, y Daniel la salvó. Elder Bigwater pronunció un discurso, honrándolo por su heroísmo, pero... —Se encogió de hombros—. Eso no lo trajo de vuelta, ¿verdad?

Deseaba no haber preguntado, porque comprendía lo difícil que era para ella verme salir de patrulla. Debía de ser como si la historia se repitiera de nuevo. Por primera vez, me di cuenta de lo profundamente que podían afectar mis actos a los demás, aunque tuviera buenas intenciones.

—Lo siento —le dije en voz baja. No solo por Daniel, sino por lo que la estaba haciendo pasar, al recordarle su pérdida y obligarla a preocuparse de nuevo.

—No te disculpes. Estás haciendo un trabajo importante. Cuando esté cocinando la cena este invierno, estoy segura que te estaré muy agradecida.

Sus palabras de consuelo no pudieron borrar las sombras bajo sus ojos ni las arrugas junto a su boca.

Nuestra despedida fue tranquila y melancólica, porque pasaría bastante tiempo antes de que nos viéramos de nuevo. Si lo hacíamos. Pero Mamá Oaks no dejó entrever esa posibilidad, y su expresión se mantuvo cálida y serena mientras se despedía de nosotros desde los peldaños de la puerta delantera.

—¿Oíste nuestra conversación? —le pregunté a Fade.

—Es una casa pequeña. Aquella fue su respuesta.

—¿Crees que debería haberme quedado? Fade negó con la cabeza.

—No puedes vivir para otra gente. Pero nunca antes había visto a un hombre llorar de ese modo.

Sus palabras susurradas hicieron que me estremeciera. Me imaginé a Edmund sobre las escaleras, escuchando hablar de su antigua pérdida con las lágrimas bajando

por su rostro arrugado rostro. Ahora entendía que querer tanto podía ser peligroso, pero la alternativa no era mucho mejor.

Fade condujo el camino hasta el lugar donde se habían reunido los sembradores. Tegan nos saludó, pero no tuve la oportunidad de hablar con ella. Fuera, escuché la voz de Improbable. El resto de miembros de la patrulla de verano había venido a escoltar a los sembradores hasta los campos; Fade y yo le daríamos el relevo a Stalker y Hobbs. Después de hablar un poco, los guardias abrieron las puertas y salimos al húmedo y gris día. Cuando la lluvia bajaba por sus rostros, parecía que todo el mundo estaba llorando, lamentando la muerte de Daniel. Era evidente que estaba sensible porque había pasado demasiado tiempo siendo Deuce, la chica que se permitía dejarse llevar por su lado tierno más de lo que era aconsejable. Me puse en formación alrededor de los sembradores, preparada para protegerlos. El familiar peso de las dagas en mis muslos me hizo sentirme yo de nuevo. Aquella era quien era, aunque la luz de la luna y la música me hicieran sentirme como otra persona, y aunque la confianza de mi madre de acogida me hubiera conmovido profundamente.

Yo no confiaba en aquella ternura. No totalmente. Parecía haber algo traicionero en ella. Si me convertía en la chica del espejo, perdería mi habilidad para protegerme, física y emocionalmente. Me negaba a ser esa chica. Aun así, tenía dos mitades rotas... y cada una estaba en muda guerra con la otra.

La procesión hacía los campos fue bien. Me mantuve atenta por si había problemas, pero el clima era tan malo que incluso los Freaks habían decidido acurrucarse en el interior de sus cobertizos, optando por mantenerse lejos de la humanidad. Si aquello fuera cierto sería un claro indicativo de su inteligencia y de nuestras carencias, pero los sembradores tenían que atender los campos.

Y nuestro trabajo era protegerlos.

* * *

El verano pasó rápidamente, a pesar de las ocasionales inclemencias del tiempo. Me acostumbré a mis deberes, y los hombres parecían haberme aceptado. En los campos a nuestro alrededor las plantas crecían altas y verdes, bien cuidadas por los sembradores cuya seguridad era nuestra labor más importante. Estaban nerviosos, y más reacios que nunca a trabajar fuera de las murallas. Yo comprendía su miedo. Hablaba con Tegan cuando era posible, pero ella seguía estando muy ocupada porque eran muy pocos sembradores. Cuando podía me daba noticias de Edmund y Mamá Oaks. Nunca me contaba nada importante, pero aquello me ayudaba a recordar por qué estaba allí.

—¡Vienen! —gritó el centinela, y con ello rompió mi ensoñación.

Los Freaks nos golpearon en masa. Como habíamos entrenado para aquella situación, nadie entró en pánico. Deslicé mis dagas en las palmas de las manos, preparada para la embestida. Los rifles ladraron y abatieron a los Freaks mientras cargaban. Eran grandes y salvajes en comparación con los que habíamos visto en la

aldea, y su número era bastante superior al nuestro.

Gracias al buen tirador de la torre, la mitad de ellos cayó en un sangriento montón antes de que llegaran hasta el campamento. Yo mantuve mi puesto mientras otros guardias corrían hacia los campos para traer a los sembradores al lugar donde mejor podíamos protegerlos. El terror se cebó en mí hasta que vi que Tegan se había puesto a salvo. Mi corazón latía como un trueno, y me di cuenta de cuánto había echado de menos aquel ajeteo. El miedo no tenía lugar en el corazón de una Cazadora, pero rara vez lo sentía por mí misma; estaba reservado para mis seres queridos.

Quince Freaks supervivientes cargaron contra nosotros. Miré hacia los lados y encontré a Hobbs y a Frank junto a mí. Stalker y Fade recibieron a sus enemigos un poco más lejos, y me giré para luchar con una alegría que no era normal. Aquellas bestias tenían menos lesiones que las de las ruinas, aunque aún hedían a podredumbre y la saliva goteaba de sus amarillentos colmillos mientras embestían.

Esquivé un mordisco y recibí al Freak dibujando un arco con mi daga derecha. Acuchillé a su antebrazo y la oscura sangré mano de la herida, pero no podía descansar hasta que lo abatiera. Aquella pelea duró más de lo habitual, porque el Freak bloqueaba mis golpes antes de lanzarse hacia mi rostro con sus garras. Necesité todos mis reflejos para evitarlo y casi conseguí una nueva cicatriz, esta vez en la mejilla. Aquello alimentó mi furia, porque me gustaba mi rostro sin marcas, y me lance hacia la criatura con salvaje determinación, creando con mis dagas un borrón plateado en el sol de la tarde. Lo apuñalé tres veces en una sucesión rápida, usando el estilo que Stalker me había enseñado. No pudo esquivarme y empezó a debilitarse lentamente. Acabé con él con un golpe final en el corazón.

A mí alrededor, los Freaks caían. Los rifles resonaban y los guardias luchaban con las armas que tenían a mano. Cuando la batalla terminó por fin me incliné, apoyando las manos en mis rodillas para recuperar el aliento. Los sembradores estaban llorando, pero aquella vez no había huido ninguno. Ya sabían lo que les pasaba a los que perdían los nervios.

Habíamos tenido dos bajas: Rosa Massey, a quien no conocía, y Jeremiah Hobbs. El dolor formó un grito mudo en mi garganta. Aquel hombre había sido amable y respetuoso conmigo. Me arrodillé junto a su cuerpo, obviando la sangre, y rocé su pálida mejilla manchada de rojo. Una garra lo había destripado. Cubrí el daño lo mejor que pude y lo preparé para que se lo enviaran a su familia.

Como Daniel, pensé, recordando el dolor de mi madre de acogida.

Tegan cojeó hasta mí y se inclinó para poner una consoladora mano sobre mi brazo.

—Lo siento mucho. ¿Era amigo tuyo?

Luchando contra las lágrimas, asentí, y ella me abrazó. Apoyé la cabeza sobre su hombro un par de segundos y después me acerque a Improbable.

—Me gustaría escoltar a los muertos hasta el pueblo, si puedo.

Un par más se presentaron voluntarios, y él nos dio permiso, evidentemente

distraído.

—Llevaos a los sembradores también. Hoy no hay nada más que puedan hacer. Sacad los cuerpos de los enemigos del campamento y encended una fogata —gritó a los demás.

Los hombres no necesitaron más instrucciones. Sabían que quemábamos a los Freaks muertos tanto por razones higiénicas como para enviar un gigantesco mensaje de humo. Aún no sabíamos si provocaría miedo o furia; yo ya no podía predecir el comportamiento de los Freaks. Aquello me preocupaba, como lo hacía el fuego robado y la aldea secreta, respecto a la cual Improbable no había vuelto a decir nada. Apartando aquellos miedos, marché junto a la carreta cargada de suministros y cadáveres.

Tegan camino a mi lado, me dio conversación, y eso me ayudo a recuperarme. En la puerta, me abrazó de nuevo.

—Aprecio lo que estás haciendo hay fuera, Deuce. También el resto de Sembradores... y haré todo lo que pueda para que el resto del pueblo comprenda lo importante y peligroso que es tu trabajo en realidad.

—No importa —le dije—. Es algo que hay que hacer.

—Aun así, lo intentaré —me prometió. Seguramente, hacer algo más que limpiar el instrumental quirúrgico del médico haría que se sintiera mejor.

Asentí como agradecimiento y me marché con los demás. Cuando regresamos al campamento, ya habían limpiado la mayor parte del caos, pero el fuego aún ardía y el hedor era horroroso. La noche, sin embargo, fue tranquila. Quizá, después de todo, les habíamos enseñado una lección.

* * *

Cuando Improbable me llamó para hablar sobre lo que habíamos descubierto en nuestra exploración, llevábamos allí apostados casi dos meses.

—He decidido que es mejor dejarlos en paz —me dijo sin preámbulos—. Justo ahora, estamos en un punto muerto. Ellos no están atacándonos en gran número, y nuestra misión no ha cambiado.

Improbable era un líder prudente, pero no incompetente. Yo no estaba en desacuerdo con su decisión, aunque Stalker se pondría furioso con aquella táctica de esperar y ver; pensaba que lo mejor sería matarlos a todos mientras dormían. *Eso limpiaría la zona, había dicho, y la haría segura para que la habitaran los humanos.*

—Se lo diré a los chicos —respondí.

—¿Crees que tengo razón?

La pregunta me sorprendió. Ningún anciano me había hecho nunca esa pregunta, como si mis pensamientos fueran valiosos.

—No lo sé —admití—. Sospecho que están esperando algo, pero ¿quién sabe? Podrían pasar años antes de que nos atacaran. O podrían haber cambiado tanto que prefieran vivir en paz, cazando alces y ciervos.

—Tengo una mala sensación en los huesos —dijo, más para sí mismo que para mí.

Me estremecí. Él no era el único. Y, aunque en el caso de Improbable podía ser por la edad, eso no explicaba mi sensación.

Aquella noche, durante la cena llamé a Stalker y a Fade. Se acercaron a mí con sus platos, y me miraron con expectación.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó Stalker.

—Que un ataque no sería prudente. —No me lo había explicado, pero yo entendía por qué—. No tenemos hombres suficientes, ni recursos, para tomar la ofensiva. Será mejor que nos aguantemos aquí y terminemos nuestra misión. Salvación necesita la comida para el invierno.

Stalker murmuró una maldición.

—Me presenté voluntario porque creía que íbamos a tener algo de acción. Esto es bochornoso.

—¿A qué te refieres? —le contestó Fade. Se sentó a mi lado y me pregunté si era consciente de que estaba marcando su territorio.

—Sabemos cómo atacar a nuestro enemigo, y no lo hacemos. —El chico rubio me miró—. Tú debes estar de acuerdo. Eres una Cazadora, ¿no?

¿Cómo puedes soportar esto?

Entonces me di cuenta. Yo no era una Cazadora. Ya no. Aún conservaba las cicatrices, pero aquella ya no era mi profesión, porque aquel modo de vida había desaparecido. Así que negué con la cabeza.

—Lo fui en el pasado. Ahora soy solo yo.

Significara lo que significara eso. Tenía instintos, por supuesto, que se habían convertido en parte de mí. Los momentos de calma me molestaban tanto como a Stalker, pero a veces había que esperar para conseguir el éxito en una misión... y temía el fracaso más que la inactividad. Aun así, no me quedaba tranquila al recordar a los Freaks en su aldea, tan cerca y tan intocables debido a nuestra incapacidad de hacer al respecto. Stalker se puso en pie, con fuego en sus pálidos ojos.

—Odio esto. Es peor que el colegio.

En eso no podía estar de acuerdo. Allí, al menos, éramos útiles. Stalker se alejó. Se dirigió al extremo opuesto del campamento, con la mirada fija en los oscuros y lejanos árboles. Podía sentir su anhelo de ser libre. Me disculpé ante Fade y los seguí. Cuando le puse la mano en el brazo, noté la tensión de sus músculos bajo mis dedos.

—Prométeme que respetarás los deseos de Improbable, y que no irás al bosque solo —le dije.

Se rio, mostrando demasiados dientes; el salvajismo ardía en él.

—¿Qué valor tendría mi promesa para ti? Yo no formaba parte de tu estupenda tribu subterránea. No tengo honor, ¿vale? Ni soy lo suficientemente especial para ti.

Había temido que llegara aquel momento. El hecho de que hubiera tardado mese en hacerlo, en lugar de días, hablaba bien de su autocontrol. Pero yo no había

comprendido cómo había interpretado mi comportamiento hasta que fue demasiado tarde.

—No estás enfadado porque Improbable no prepare un ataque a la aldea. Estás enfadado porque elegí a Fade.

—¿Sí? —se burló.

Lo miré fijamente, esperando.

—Quizá. Ayúdame a entenderlo, Deuce.

Eso no resolvería nada. La única respuesta que podía darle era una que no lo haría sentirse mejor. Conocía a Fade desde hacía más tiempo, y confiaba más en él. Fade había decidido exiliarse conmigo. Ningún otro chico podría igualar nunca aquel acto.

Pero le debía una explicación.

—Tenemos una historia juntos.

Y Fade no me había secuestrado y perseguido a través de las ruinas, pero no dije eso. Aunque no le guardaba ningún rencor, porque yo también había sido así, Stalker nunca sería mi primera opción. No había sido culpa suya nacer donde había nacido, ni el modo en el que se había desarrollado su infancia, pero eso no significaba que fuera algo más para mí que un amigo.

—Entiendo. —Su mirada se alejó del bosque—. Entonces, tendré que esforzarme más.

Cuando quería algo, era persistente; eso había que reconocérselo. Pero, al menos, no era como Gary Miles. No entendía por qué Stalker se había empeñado a ganarme, de no ser por el desafío que le suponía mi rechazo. O quizá era más rudimentario, algo que operaba a un nivel primitivo. Me reconocía como una compañera fuerte y adecuada, capaz de protegerse a sí misma.

—Todavía quiero que me prometas que mantendrás tu palabra.

Nunca me has mentido.

A regañadientes, asintió.

—No lo haré a menos que nos lo ordenen.

—Eso es suficiente para mí. Gracias.

Me aleje de él y volví con Fade. La mirada de Stalker me siguió, hambrienta y atenta. Aquella noche, soñé con un chico con ojos de lobo, que acechaba para devorarme.

Aquel horrible día salí a hacer mis ejercicios habituales. Después me lavé los dientes y me di agua por trozos en mi tienda. Todos los demás tenían que compartir alojamiento, pero, como yo era la única mujer, tenía una tienda para mí sola. De vez en cuando oía quejas al respecto, pero todos estaban cansados para ser virulentos. El verano había sido duro para todos nosotros, y nadie pensaba en realidad que yo no estuviera haciendo mi parte.

Como Fade no se reunió conmigo para el desayuno, fui a buscarlo. Examiné el campamento concienzudamente, pero no encontré ninguna pista de dónde podría estar. No se había llevado nada, ni siquiera sus armas... y entonces supe que algo iba terriblemente mal. Entré en la tienda que compartía con Frank, por si el otro chico habría oído algo, pero él tampoco estaba. No parecía faltar ninguna de sus cosas, pero, cuando me arrodillé olfateé sus mantas... *Sangre, y el inconfundible olor de la carne rancia.*

El resto de guardias no me había creído el día que hablé del fuego robado. En realidad, nunca me creyeron. Nuestros guardias aún debían de estar quedándose dormidos y, la noche anterior, habían creído que nuestra reciente victoria nos mantendría a salvo. *Entonces fue cuando los Freaks se infiltrado y se llevaron a dos de nuestros hombres.* No habíamos recibido aún el reemplazo de los que habíamos perdido, así que solo éramos dieciséis.

Y Fade había desaparecido. Fade. Mi chico.

Me mordí la mano hasta que sangré para aplacar mi necesidad de llorar. El dolor físico me ayudó a equilibrar la angustia emocional. *Mantén la calma.* Tenía que pensar. Entonces encontré la respuesta; Improbable sabría qué hacer. Salí de la tienda y crucé el campamento corriendo. Estaba aún desayunando cuando lo encontré.

Sus cejas, que eran como arrugas grises, se elevaron.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que preparar una partida de búsqueda. Fade y Frank fueron secuestrados durante la noche.

—Tranquila, chica, rebobina. ¿Secuestrados?

Impaciente, le cogí la mano y lo arrastré hasta la tienda de Fade, donde lo invité con un gesto ansioso a que examinara él mismo las pruebas. Se tomó su tiempo, y sacó las mantas a la luz de la mañana para levantarlas y girarlas en sus manos. Al final, suspiró profundamente.

—Esto es sangre, vale, y en bastante cantidad. Las heridas de la cabeza sangran un montón.

Dejar a Fade inconsciente debía de haber sido el único modo de sacarlo del campamento sin que forcejeara tanto que despertara a todo el mundo en cien metros

en la redonda. Debía de haber estado inconsciente cuando se lo llevaron. Sin embargo, lo encontraríamos. Lo traeríamos de vuelta. Me negaba a considerar ninguna otra opción.

—Dime de quién puedes prescindir, y saldremos ahora mismo.

Improbable me miró fijamente, con la cabeza inclinada con perplejidad.

—¿Para qué? Comprendo que erais buenos amigos, pero no hay necesidad de malgastar recursos para recuperar su cuerpo.

Aquellas duras palabras me arrancaron un gemido. Como defensa ante el horror, me rodeé con los brazos. La verdad me aplastó, tan inexorable como el sol que brillaba sobre nuestras cabezas. Los Freaks no tomaban prisioneros. Si se los habían llevado, debían estar muertos.

Entonces pensé en Daniel, el hijo de Mamá Oaks, que se había adentrado solo en el bosque porque creía que podía salvar a aquella niña. La vergüenza calentó mis mejillas. Si no lo intentaba, no sería mejor. Encontraría a Fade de algún modo; quizá mi fe lo mantendría a salvo hasta que lo viera de nuevo.

Negué con la cabeza.

—Con el debido respeto, señor, no puedo continuar sin hacer un esfuerzo por recuperar a mis compañeros perdidos. Iré con o sin tu permiso, y si eso significa que ya no soy miembro de la patrulla de verano, que así sea. Si mi desobediencia conlleva que sea expulsada de Salvación...

Me encogí de hombros despreocupadamente.

Me importaba. Me negaba a quedarme en un lugar donde se negaba a rescatar a sus seres queridos. Si no cambiaba de idea, entonces no sería el hombre al que yo admiraba.

—Espera —dijo Improbable elevando su rostro hacia el cielo a modo de súplica. Tenía la sensación de que aquello era una prueba para él—. Yo no he dicho nada sobre ningún exilio. Si sales sin ningún plan, lo único que conseguirás es que te maten. Aprecio tu valor y tu lealtad, pero ¿de qué serviría desperdiciar tu vida?

—La vida no vale nada sin valor —dije tranquilamente. Improbable suspiró.

—No puedo aprobar tu misión, pero la verdad es que tampoco puedo ordenarte que te quedes. Te escabullirías a la primera oportunidad... Y sin que nos diéramos cuenta, bien lo sé. Así que, esta es mi oferta. Habla con los hombres. Si alguien está dispuesto a acompañarte en esta alocada misión, puedes llevártelo. Espera hasta que lleguen los reemplazos del pueblo. Después, podrás irte.

Aunque me fastidiaba tener que esperar, no conseguiría un trato mejor. Todavía había una parte en mi interior de la Cazadora, y creía que había que poner el bien de la comunidad por delante de los intereses personales, así que no podía marcharme con los hombres que quisieran ir a la caza del Freak y dejar el campamento vulnerable. Los Freaks podrían estar esperando que hiciéramos junto eso, y entonces tendrían la oportunidad de masacrar a los que quedaban y destruir las cosechas, que estaban casi listas para la recogida. No podía arriesgarme a que aquello fuera una

trampa.

—De acuerdo —contesté, y fui a buscar a Stalker.

No tuve que suplicarte tanto como esperaba para que accediera. Habíamos pasado varias semanas sin hacer nada, y estaba cansado. Después de eso expliqué lo situación a los demás, y lo que pretendía. No me sorprendió que nadie se presentara voluntario. Compartían la opinión de Improbable de que era una pérdida de tiempo: Fade y Frank ya estaban muertos. Había imaginado que algunos podrían querer vengar a nuestros caídos, pero, aunque pudieran disparar rifles desde la muralla, no llevaban a un guerrero en su corazón.

Solo quedaban dos guardias a los que preguntar, Gary Miles y Odell Ellis. Eran unos alcornos que siempre susurraban sobre mí cuando pasaba. Dudé antes de acercarme a ellos, por la mala relación que había entre Miles y yo, pero si podían ayudarme a encontrar a Fade, estaría mal y sería cobarde por mí parte negarme a pedir su ayuda, Miles estaba en la torre de vigilancia, montando guardia, así que subí a la plataforma.

Rápidamente, le resumí la situación.

—¿Ayudarás? —le pregunté.

Me dedico una sonrisa alarmante.

—Así que ahora me necesitas, ¿no, bonita? ¿Qué recibiré a cambio de mi tiempo?

Me sentí asqueada. Quería apuñalarlo, pero en lugar de eso forcé una sonrisa y eludí la pregunta.

—Si tuviéramos éxito, serías un héroe.

Miles se dio unos golpecitos en la mejilla, pensativo, y después llamó a su compañero, Ellis.

—¿Has oído, Odell? Tenemos la oportunidad de ser héroes.

—Claro —le contestó su amigo—. ¿Tú qué opinas?

—Me encantaría pasar algún tiempo paseando por el bosque, para variar.

No confiaba en que estuvieran dispuestos a arriesgar sus vidas, lo que significa que me darían más problemas de lo que me resolverían allí fuera, pero ya era tarde para retractarse. Stalker y yo tendríamos que ir con ellos. Iba a ir a buscar a Fade y a Frank con tres hombres enfadados que no tenía ninguna razón para desearme nada bueno.

Antes de que Miles pudiera hacer algo más que guiñarme el ojo, bajé de la torre y fui a buscar a Improbable.

—Ellis y Miles quieren venir con Stalker y conmigo.

El hombre frunció el ceño y se acarició el bigote, como hacía siempre que estaba preocupado.

—No me gusta. Ten cuidado ahí fuera. Si te ocurre algo, Mamá Oaks se morirá del disgusto.

Aquel fue un golpe bajo, pero me libré de la culpa y me encogí de hombros. Había sobrevivido a la pérdida de su propio hijo: Mamá Oaks era tan fuerte como el

árbol del que su familia recibía el nombre. No se merecía más dolor, pero yo no podía abandonar a Fade por no hacerle daño a ella. Él era mío, y yo lo traería de vuelta.

De algún modo.

Lo arrancaré de los brazos de la propia muerte.

Dudaba que Ellis y Miles sirvieran para algo, pero Stalker y yo los rescataríamos. Si los llevaba era porque serían un buen cebo para los Freaks. En cuanto a sus motivos, los comprendía. Creían que yo sería un objetivo más fácil lejos del campamento, e intentarían vengarse de mí por haberlos humillado. A pesar de la preocupación de Improbable, yo no era estúpida, y eso no iba a ocurrir.

—Lo prepararé todo —dijo el anciano—. Saldréis a la tarde.

Aquello no era lo suficientemente pronto. Mientras esperábamos, el rastro se estaba enfriando. Fade podía estar muerto, como todos los demás pensaban. Me imagine su cuerpo cocinándose sobre el fuego que nos habían robado y me sentí morir. El horror me abrasó como un carbón encendido que seguiría ardiendo eternamente en mi corazón. Incapaz de quedarme quieta, volví a la tienda de Fade y Frank. Stalker estaba ya allí, sobre sus manos y rodillas.

Lo observé un momento, y después le pregunté:

—¿Qué estás haciendo?

—Intentando descubrir por dónde se fueron.

En la ciudad, según recordaba, se le había ganado su nombre: Stalker, el acechador. Allí fuera había que leer las señales distintas, plantas en lugar de polvo y piedra, pero la base seguía siendo la misma. Quizá él vería algo que yo no había podido ver. La esperanza me atormentaba.

—Los arrastraron hacia allí —dijo finalmente—. Por la parte de atrás de la tienda.

Me agaché a su lado y vi las delatoras briznas de hierba rotas. La gente no caminaba tanto por allí como por otras partes, de modo que leer las señales era fácil para alguien que supiera lo que estaba buscando.

—¿Sabes cuántos Freaks eran? Stalker negó con la cabeza.

—Dos o tres, supongo, por las pisadas. Solo los suficientes para moverse en silencio y hacer el trabajo.

—¿Por qué se los habrán llevado? No tiene sentido.

—¿Para instigar miedo, quizá? Han aprendido que no pueden vencernos con un ataque frontal. Tenemos mejores armas y estamos mejor entrenados, así que hacen lo único que les queda: asustarnos.

Aunque era un día soleado, me recorrió un escalofrío. Había dormido intranquila desde que el ladrón del fuego se infiltró en nuestro campamento, pero aquello era peor. No sabía cómo iba a cerrar los ojos de nuevo. Cuando me expulsaron de Escuela, pensé que no podría experimentar un dolor mayor que el de ver a mis antiguos amigos mirarme con tanto odio.

Había estado equivocada. Aquello dolía más. Stalker cubrió mi mano con la suya.

—Sé que estás asustada, pero yo lo encontraré para ti.

Me quedé boquiabierta. *¿Está consolándome?* No esperaba eso de él.

—¿Por qué querrías tú...?

No pude terminar la pregunta; no podía acusarlo de alegrarse en secreto de que Fade hubiera desaparecido.

—Si alguna vez te consigo —me dijo, con furia en sus pálidos ojos— será porque me quieras a mí más que a él, no porque él haya desaparecido. No soy el segundo plato de nadie.

—Lo siento —le dije tristemente.

El chico dejó a un lado su enfado, como si fuera un par de zapatos que se le hubieran quedado pequeños.

—Está bien. Lo comprendo.

No me tocó, excepto la mano que había puesto sobre la mía, y me sentí agradecida. Si lo hubiera hecho habría perdido el control totalmente, y habría empezado a llorar o a gritar. No dejaba de recriminarme. Había fracasado, total y completamente. Mi tienda no estaba lejos de la suya.

¿Por qué no había oído nada? El hecho de que nadie más se hubiera dado cuenta me ofrecía poco consuelo. Significaba que los Freaks eran cada vez mejores infiltrándose, que estaban aprendiendo de los animales del bosque. Ya eran más fuertes, feroces y territoriales; no necesitaban destacar también en matar sigilosamente.

Cuando me tranquilicé, Stalker apartó la mano.

—Deja que termine de examinar la zona. Prepara nuestras provisiones.

Aquello estaba bien pensado. Prepararía nuestras provisiones para que estuviéramos listos para marcharnos en cuanto llegaran los reemplazos. Además, mantenerme ocupada evitaría que imaginara cosas terribles y descorazonadoras. No necesitaba pensar en Fade muerto, en Fade desangrándose, en Fade con el cuerpo cubierto de heridas mortales, ni en que nunca volvería a besarme, que nunca volvería a tocarme, que nunca volvería a abrazarme o a hablar conmigo de nuevo. No podía imaginar su belleza fría e inmóvil para toda la eternidad. Con las manos temblorosas, me froté la cara para alejar aquellas oscuras posibilidades.

Fiel a su promesa, Stalker reunió información mientras yo preparaba nuestras cosas. Tardé más de lo que esperaba porque los hombres se quejaban por todo lo que cogía. Pensaban que era una misión estúpida y que, si quería marcharme, debía hacerlo solo con mis armas y mi ropa. Sobreviviría en el bosque por mí misma, o no lo haría. Ellis y Miles resultaron de cierta utilidad. Cogieron lo que necesitaban sin preguntar, y fulminaron al resto de guardias con la mirada para que se mantuvieran en silencio. Nuestra incómoda tregua duró hasta que los hombres llegaron de Salvación. No estaba segura de que siguieran siendo tan serviciales cuando no estuviéramos a la vista de Improbable.

Los nuevos guardias formaban un grupo sombrío, porque sabían que estaban reemplazando a los dos que habían muerto, y dos más que habían desaparecido. Los

otros cuatro habían tenido mala suerte, porque de no haber sido por nuestra determinación por buscar a nuestros amigos, no habrían necesitado reemplazarnos. Aun así, la gente del pueblo se había dado cuenta de que aquel puesto de vigilancia era importante. Cuando llegara el otoño, los supervivientes volverían tras las murallas para pasar otro invierno y fingir que no había ningún peligro acechando en las tierras salvajes.

Improbable me detuvo en el límite del campamento. Tenía a su Vieja Chica en los brazos, porque esperaba problemas o porque aquella arma le proporcionaba seguridad en aquellos momentos difíciles. Yo sentía lo mismo con mis dagas. Las rocé disimuladamente. Notaba su peso.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —me preguntó. Asentí.

—Gracias por no obligarme a quedarme aquí. Podrías haberlo hecho.

—Te conozco desde hace tiempo, y sé que no es posible evitar que hagas lo que crees que es correcto.

No había nada que pudiera contestar a aquello. En el mejor de los casos, significaba que tenía principios; en el peor, que era una cabezota sin remedio. Nunca le preguntaría a Improbable qué pensaba que era. Como la mayoría, yo era una mezcla de bondad y maldad, de furia e instinto protector, de amabilidad y de orgullo. Pero, justo ahora, solo sentía un sofocante miedo y los deseos de venganza.

—Es la hora —les grité a Stalker, Ellis y Miles.

Caminaron a mi espalda, mientras seguíamos el rastro hacia el bosque infestado de Freaks.

Stalker condujo el camino con sus sagaces ojos y, mientras caminábamos, examinaba el terreno en busca de más indicios de paso. Yo me coloqué en la retaguardia, porque pretendía mantener a Miles y Ellis donde pudiera verlos. Hablaban el uno con el otro en voz baja, y se reían de vez en cuando con malicia. No pasaría mucho tiempo antes de que intentaran hacer lo que tenían en mente, y tenía que estar preparada.

—Aquí —dijo Stalker—. Aquí soltaron sus cargas. Mira, la hierba está aplastada, y la tierra batida.

—¿Cómo sabes que no se tumbó aquí un alce? —le pregunto Ellis.

—Las marcas de arrastre continúan hacia allí. Y, en ese caso, habría huellas de cascos.

Me agaché y yo también lo vi, débil pero inconfundible. Los talones del cuerpo de alguien (o de Frank o de Fade) habían hecho aquellas marcas en la tierra. Asentí, agradecida, y seguimos adentrándonos en el bosque. Esperaba toparme con ellos en cualquier momento, devorando a los secuestrados. Las sombras que proyectaban los árboles parecían amenazantes, decididas a mantener secretos.

—¿Cómo aprendiste a hacer esto? Stalker se encogió de hombros.

No he estado malgastando el tiempo en el campamento. He trabado amistad con uno de los guardias responsables de traer carne fresca al pueblo. Entre los dos tipos de cazadores había una diferencia clave: traer carne había sido parte de nuestro trabajo, pero también limpiar nuestro territorio de Freaks y proteger a los Constructores y Criadores. Como en Salvación tenían más guardias que Cazadores habíamos tenido allí abajo, su división de trabajo tenía sentido.

—¿Se dirigen a la aldea?

—¿Qué aldea? —pregunto Miles.

Stalker negó débilmente con la cabeza; no creía que fuera inteligente contarles demasiado. Mantuve la boca cerrada y deje que Stalker les hiciera una señal para que se mantuviera en silencio, ya que habría menos conflictos si pensaban que él estaba al mando. Aunque su juventud no les gustara, al menos tenía el equipo adecuado en los pantalones.

Ellis y Miles susurraron algo más. Deseaba no haberlos llevado, o que no hubieran tenido rifles, pero en el cuerpo a cuerpo no serían demasiado hábiles. Lo más probable era que yo fuera más rápida de lo que ellos esperaban. Los hombres siempre me subestimaban.

Para Stalker, a medida que nos adentrábamos en el bosque, cada vez le resultaba más difícil leer las señales del camino. El suelo estaba cubierto de hojas húmedas, que lo ocultaban todo excepto las pistas más obvias. Por primera vez, dudó. Me dije a

mí misma que estaba haciendo todo lo que podía; me había prometido que lo haría, y yo no tenía ninguna razón para pensar que no era así. Pero, cada segundo que nos retrasábamos, Fade se alejaba más... y el peligro de la situación se incrementaba. Me negaba a pensar que ya podría ser demasiado tarde, como todos los demás habían dicho. No contemplaría la idea de que mi búsqueda no tenía esperanza.

—Por aquí —dijo Stalker al final, pero yo sabía que no estaba seguro.

Para mi alivio, se alejó del camino que conducía a la aldea. En lugar de eso, parecía que esos Freaks estaban rodeándola, aunque no comprendía por qué. Quizá aún no habían sido aceptados por el asentamiento y esperaban usar a los hombres que habían secuestrado como regalos de bienvenida.

Para, me reprendí. Esto no sirve de nada.

La aflicción formó una bola de hierro justo debajo de mi esternón, atormentándome mientras caminábamos. Miles y Ellis tenían los hombros encorvados y una mano en sus rifles en todo momento. Iban a echarnos a toda la aldea encima justo cuando dispararan la primera bala, pero, como yo corría más que ellos, no me importaba demasiado. Solo me importaba Fade.

Solo Fade.

Dos o tres Freaks, actuando solos. Por mucho que lo intentara, no le encontraba sentido. Afortunadamente, no tenía que hacerlo; solo tenía que mantener la cordura y seguir a Stalker. Pronto no habría camino, lo que haría que el rastro fuera más fácil de seguir. Un par de Freaks adentrándose en la naturaleza salvaje dejarían ramas rotas y tierra batida.

De vez en cuando, tendrían que soltar sus cargas. No me permití preguntarme por qué no había señales de forcejeo. Si Fade hubiera vuelto en sí, habría luchado.

Pero eso no significa que esté muerto. No significa eso. Podría haber otra razón. Quizá lo dejan sin sentido cada vez que se recupera.

Quizá está muerto, sugirió una horrible voz. Estás persiguiendo un sueño, incapaz de rendirte porque él quería a las dos partes de ti misma: a la chica y a la Cazadora.

Negué con la cabeza, jadeando por el dolor.

Un poco después, Stalker se arrodilló. A pesar de las sombras verdosas que caían sobre su rostro lleno de cicatrices, vi su reacción ante la pista que había encontrado. Temor. Controlando mis nervios, me agache a su lado y el olor me alcanzó. Más sangre. Hasta aquel momento, no había querido pensar en la mancha de las mantas.

—¿Cuánta hay? —le pregunté.

Podría descubrirlo por mí misma si miraba con atención, si separaba las hojas húmedas con los dedos y tocaba la tierra mojada. Pero no iba a hacerlo, sobre todo si existía la posibilidad de que perteneciera a Fade; en aquel momento no me sentía lo bastante valiente. Stalker tendría que ser mis ojos.

—No suficiente para que fuera una herida mortal. —Parecía seguro de aquello, y el alivio aligeró la carga de mi pecho—. Pero no creo que sea humana. Toma.

Sostuvo una hoja contra mi nariz.

Más allá del acre inicial había un aroma subyacente: una putrefacción nauseabundantemente dulzona, como si las llagas que tenían en sus cuerpos hubieran llegado al hueso. Ellis y Miles se detuvieron a nuestro lado, olfateando con inconstante interés. Pensé que ambos olían demasiado mal como para poder oler otra cosa, pero ambos simulaban notar la diferencia.

—Esto es, definitivamente, sangre de mutante —dijo Miles—. Menuda suerte, joder. Deben estar heridos. Eso nos facilitará el trabajo cuando los encontremos.

Parecía verdaderamente concentrado en la búsqueda. Quizá pretendía dejar lo que había planeado para mí hasta que matáramos a los Freaks que se habían llevado a nuestros hombres. Si era así, era mejor guardia de lo que yo pensaba. Creía que Ellis y él saltarían sobre mí a la primera oportunidad, al segundo siguiente de darles la espalda. Por supuesto, yo aún no lo había hecho, así que mi teoría aún se había confirmado.

—¿Significa eso que Frank y Fade aún están vivos? —preguntó Ellis. Stalker se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Un depredador podría haber atacado a los Freaks mientras estaban descansando y eran más vulnerables, pero también sería posible que Fade o Frank hubieran recuperado la consciencia y se hubieran defendido de sus captores. No lo sabremos hasta que los encontremos.

Hasta. Lo habría besado por aquella palabra de esperanza, pero eso solo les habría dado alas a Miles y Ellis. Continué caminando en silencio, buscando problemas con los ojos.

Los problemas aparecieron en la maleza ante nosotros, y Miles disparó a la criatura instintivamente. El fuerte balazo resonó a través del bosque, y quise gritar. Ahora, cualquier cosa en los alrededores sabría dónde encontrarlos. El animal cayó muerto a nuestros pies, pero ya había sido herido; reconocí marcas de Freaks por todas partes. Aquella debía de haber sido la criatura que los había atacado. La bestia tenía la piel cubierta de manchas marrones, y orejas puntiagudas. Parecía un depredador hábil y elegante.

—Idiota —le espetó Stalker—. Podría haberlo matado silenciosamente. Miles se encogió de hombros.

—No fuiste lo suficientemente rápido, chico. Recuérdalo.

Quise apuñalarlo justo entonces, pero tenía que esperar hasta que me atacara él primero. Entonces sería autodefensa. Estaba empezando a desear aquella confrontación.

El animal se retorció mientras los estertores de la muerte tensaban sus músculos.

—¿Qué es? —pregunté, sin saber si era comestible. No pensaba comerme aquel ejemplar, por supuesto; no me llevaría a la boca nada que un Freak hubiera tocado. Ni siquiera el fuego podía limpiar la carne lo suficiente.

Ellis me miró con expresión burlona.

—Un gato montés. No es un verdadero cazador, pero podría haber atacado a los Mutantes si los consideró débiles. Suelen ir detrás de los ciervos.

Stalker parecía pensativo.

—Entonces, los Freaks están arrastrando a Frank y Fade. El gato montés ataca. Uno, o ambos, resultan heridos.

—Tenemos que darnos prisa —dije.

Cada susurro, cada murmullo del viento, se volvía siniestro en mis oídos. Toda la aldea podría haber oído el disparo; podía haber un centenar de Freaks reptando entre los árboles, preparados para atacar. Incluso los pequeños a los que había visto, que tenían un sorprendente parecido con los niños, tenía los dientes afilados y garras.

Por muy hábiles que fuéramos Stalker y yo, no podríamos vencer a un pequeño ejército.

—Estoy de acuerdo.

Stalker se alejó del cuerpo del animal y de la sangre de Freak derramada. Parecía saber qué camino tomar, así que lo seguí, con la esperanza que en cualquier momento nos topáramos con Frank y Fade, que habrían roto sus ataduras y vencido a sus captores.

Empezó a oscurecer, y eso no ocurrió. De vez en cuando escuchaba movimientos en los árboles, y necesitaba todo mi valor para seguir moviéndome. Aquello no era como patrullar buscando Freaks en los túneles, mi territorio natal. No sabía si podría esconderme en aquellos árboles extraños.

Pero, a pesar de mi miedo, continuaría por Fade. Hice una bola con mi temor y la empujé hasta mi estómago, muy hondo, donde ya no podía sentirla. Nadie hablaba, ni siquiera Ellis y Miles, que por fin habían entendido que aquel bosque podría estar lleno de Freaks. Era un lugar cargante y opresivo. De las copas de los árboles sobre nuestras cabezas, colgaban ristas de huesos que repiqueteaban en el viento. *Advertencias, pensé, para que no nos adentremos más, justo como las cabezas cortadas que colocaron en el sembrado.*

Antes, los Freaks habían sido una amenaza que tenía que erradicar por la seguridad de los que eran más débiles. Ya no. Ahora los odiaba con una ferocidad que hacía que mis pensamientos hirvieran. Me habían arrebatado a la única persona que amaba. Aunque había aprendido aquella palabra en la Superficie, había entendido su significado intuitivamente; era algo que no podía ser pronunciado o explicado. Simplemente era, como el amanecer, o una subida y repentina caída del agua gigante que me había robado el aliento en las ruinas, allí donde la tierra terminaba. Mi amor por Fade me fortalecía, y estaba decidida a no rendirme nunca. Lo seguiría hasta que el mundo se detuviera, o hasta que lo encontrara. Creía que el amor no me había debilitado o hecho tierna; en lugar de eso me había hecho poderosa, obstinada más allá de toda creencia. Pronto nos quedaríamos sin luz. Nos habíamos marchado muy tarde, aunque no habíamos podido evitarlo, pero eso había provocado que avanzáramos lentamente y había retrasado la búsqueda. No podríamos continuar

siguiendo el rastro.

—Tenemos que acampar —dijo Stalker.

Quise pegarle. Pero tenía razón y no había nada que discutir, por mucho que lo odiara. Había demasiadas posibilidades de que perdiéramos una pista crucial y nos equivocáramos de camino. Si nos perdíamos durante la noche, Fade y Frank morirían. Me dije a mí misma que, si nosotros no podíamos continuar, los Freaks también habrían tenido que acampar. Pero ellos podían ver en la oscuridad. Quizá correrían durante toda la noche con sus rehenes, hasta que llegaran a su destino final.

—Nada de fuego —dijo Ellis—. Es demasiado arriesgado.

Asentí. Aunque era un idiota por ser amigo de Gary Miles, parecía saber lo que hacía en el bosque. Nos sentamos en silencio, sombríos, mientras comíamos galletas y cecina que tragábamos con agua tibia. Pensamientos desagradables, que no podía decir en voz alta, daban vueltas en mi cabeza. Si los pronunciara sería como si me rindiera. No podía hacerle eso a Fade.

Cuando me perdí en los túneles, Fade vino a buscarme. No le entró el pánico. Cualquier otro compañero se habría encogido de hombros y habría vuelto al enclave, dándome por muerta. Había nuevos Cazadores todo el tiempo, que se ganaban sus nombres y reemplazaban a los perdidos. Fade no me había creído reemplazable entonces, y yo no lo haría ahora.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Stalker mientras se sentaba a mi lado.

Se colocó entre los otros dos hombres y yo. Si intentaban algo durante la noche, los mataría, no tenía duda. Deseé, y no por primera vez, que se conformara con mi amistad... y haberme dado cuenta antes de que quería algo más. A pesar de su deseo dolido y frustrado, Stalker estaba haciendo todo lo que podía para encontrar a Fade y Frank, y no porque fueran sus amigos, si no por mí.

—Bastante bien. —Hice una pausa, sin saber si estaba bien que hablara con él sobre aquello. Pero él había preguntado—. Lo peor es la incertidumbre, ¿sabes?

Asintió.

—A veces, la verdad no es tan mala como imaginas.

A veces. Aquella noche hacía frío, pero yo no tenía sueño aún, así que me envolví en mi manta, con mis cosas cerca. Las copas de los árboles evitaban que la luz de las estrellas llegara hasta nosotros, y le daba al bosque una forma indistinta y turbia en la oscuridad. Oí a los otros dos susurrando de nuevo, y se me erizó la piel.

Bajé la voz para que solo Stalker pudiera oírme.

—¿Crees que podemos confiar en ellos?

—Ni siquiera un poco. Tienen planes para ti, paloma.

Era la primera vez que usaba aquel apelativo cariñoso desde que había venido a advertirme que terminaría haciendo daño a Fade, porque él no era mi tipo. Ahora me preguntaba si aquellas palabras no habrían sido proféticas. Si Fade no se hubiera unido a la patrulla de verano por mí, no habría desaparecido. Lo había hecho para complacerme... y para cuidar de mí.

Oh, Fade, lo siento. Luché contra el impulso de culparme. Será mejor que me concentre en los problemas inmediatos, como los hombres que tenemos sentados frente a nosotros. Sabía el destino que tenían pensado para mí.

Mi voz sonó débil.

—¿Fade a intentar obligarme a aparearme con ellos?

Nunca había escuchado algo así hasta que llegué a la Superficie. En el enclave aquello nunca fue un problema, ya que los niños crecían conociendo sus roles. No entendía cómo era posible que Miles y Ellis esperaran librarse de las consecuencias. Aunque tenía una comprensión imperfecta de la sociedad, las reglas de Salvación eran claramente distintas a las de las bandas. Las mujeres eran respetadas allí, aunque no las tratasen como iguales.

—Para empezar.

—¿A qué te refieres? ¿Hay algo peor?

—Alguna gente —dijo Stalker en voz baja—, nace rota. Yo he conocido a algunos así.

—¿Tú no eres así?

Hasta después de haberle hecho la pregunta no me di cuenta de que podría dolerle.

Encorvó los hombros y respondió con un suspiró.

—Luché un montón en la banda. Me abrí camino a la fuerza hasta la cima, pero no porque disfrutara con ello. Lo hice porque solo podría cambiar las cosas si tenía el poder. Hice lo que tuve que hacer, y no me arrepiento de ello.

Nunca le había preguntado aquello antes.

—¿Cómo era?

—¿La banda? —Hizo una pausa, pensando en ello—. Brutal. Nadie vivía demasiado, y solo tomábamos lo que éramos lo suficientemente fuertes como para conservar. Aprendí pronto que no quería estar en la parte de debajo de la jerarquía. Nos concentrábamos en encontrar comida y en hacer más Lobos para luchar contra el resto de bandas, para mantener nuestro territorio.

—¿Tomabais muchos rehenes?

—¿Te refieres a Tegan? —me preguntó. Asentí.

—¿Lo hacíais?

—Tres o cuatro veces. Normalmente eran miembros de otras bandas, así que no luchaban. No sabía qué hacer con Tegan. Era muy desafiante, a pesar de que no tenía fuerza para oponerse a nosotros. —Suspiró—. Es raro... Hice lo que hice en su momento, pero, ahora, cuando lo recuerdo, es como si fuera otra persona.

—¿No harías las mismas cosas ahora?

Se encogió de hombros.

—¿Importa eso?

—A mí sí.

—Las cosas importantes, no. He aprendido mucho desde entonces. Ahora me doy

cuenta de que esa chica no importaba. En su momento creí que tenía que demostrar mi poder para mantener a los cachorros a raya, pero debería haberla dejado escapar. No es que eso le hubiera hecho algún bien... Otra banda la habría atrapado y la habrían tratado peor.

La habrían matado, pensé. Como habrían hecho en el enclave.

—Eso habría sido lo correcto —asentí—. Pero, aunque quizá no debería, me alegro de que la mantuvierais con vosotros. Si no lo hubierais hecho, quizá no habría sobrevivido, y ahora no sería mi amiga.

Era posible que Tegan no lo valorara, pero Stalker debía disculparse con ella. Yo no lo había dicho que lo hiciera; eso era un asunto entre ellos dos. Volví a otra cosa que había dicho.

—¿Qué sabes sobre la gente que nace rota?

—Viven para hacer daño a los demás.

Por su tono, parecía tener cierta experiencia al respecto. Podría haber sido eso lo que le condujo a luchar para llegar a conseguir el mando de la manada.

—¿Crees que Ellis y Miles son así?

Vi el movimiento de su cabeza lo justo como para saber que estaba asintiendo.

—Miles más que Ellis, que lo sigue por debilidad.

—Entonces, sea lo que sea lo que tienen en mente, no sobreviviré.

De algún modo, sentí consuelo al ver mi futuro trazado. Si no era lo suficientemente rápida.

—Eso no pasará. —Aquello parecía una promesa—. Duerme un poco, Deuce. Yo haré la primera guardia.

Aún no había amanecido y una tenue luz ya se filtraba a través de las hojas sobre nuestras cabezas. Estaba tumbada en mi manta, escuchando el tranquilo bosque. El silencio tenía algo expectante. No había pájaros, ni susurros de pequeños animales. Y, más allá de nuestro campamento, escuché movimiento.

Crujidos. Chasquidos.

Algo olfateó y emitió un gruñido grave. Nunca había oído aquello de un Freak, pero tampoco me había topado antes con uno que estuviera cazando solo en un bosque. Los de los túneles se alimentaban en frenéticas manadas hambrientas. Aquellas criaturas tenían poco en común con sus camaradas más débiles.

Un animal gimió (un lamento impotente y moribundo), y después no hizo ningún otro ruido. Lo siguieron sonidos húmedos. Reconocí la inconfundible señal de un Freak alimentándose de una presa: lametones húmedos y gruñidos guturales de placer. Cerré los ojos con fuerza. No parecían ser muchos; si lo hubieran sido, seguramente estarían luchando por la carne. ¿Estarían muy cerca?

Me di la vuelta y encontré a Stalker despierto. El idiota de Ellis se había quedado dormido en su guardia; seguramente había sido él quien dejó que los Freaks entraran y se llevaran a Fade de su tienda. Contuve la necesidad de cortarle el cuello. *No era un monstruo. No lo eres. No tienes pruebas.* Con dificultad, contuve mis furiosos impulsos. Miles tampoco se había despertado, pero Stalker y yo, gracias a nuestro adiestramiento, dormíamos ligeramente y con una mano en nuestras dagas.

Stalker hizo un par de movimientos concisos, para decirme que pretendía rodearlo y que yo iría por el otro lado, para que pudiéramos emboscarlo. Tomé aliento profundamente y asentí. Cogí mis dagas y salí silenciosamente de mi saco de dormir. La tierra hizo que mantener el sigilo fuera más sencillo de lo que lo habría sido con gravilla y cristales rotos. Sin echar una mirada atrás, repté a través de los arbustos verdes. Como había supuesto era un único Freak, y mi corazón casi escapó de mi pecho antes de asegurarme de que la presa no era humana. *No es Frank. No es Fade.* Era un ciervo, creía, pero era difícil estar segura, teniendo en cuenta lo mucho que el Freak ya había devorado. El hueso blanco se veía a través de la carne rasgada y masticada. La sangre manaba del cadáver, y el Freak bajaba la cabeza, lamiendo con toda la cara. La sangre roja corría por su barbilla y cuello, y manchaba su pecho.

Antes de que me oliera lo golpeé desde la izquierda, y Stalker desde la derecha. Nuestras dagas se hundieron y la criatura murió instantáneamente y cayó sobre su presa. Entonces, me derrumbé. Había tenido tanto miedo de encontrar a Fade allí que no pude soportar el dolor.

Stalker me puso las manos sobre los hombros y, por un momento, sus pálidos ojos

resplandecieron con el poder de lo que sentía por mí. El calor que reflejaban me calentó en puntos que ni siquiera sabía que estaban fríos. Entonces bajó sus doradas pestañas, para ocultar sus pensamientos. No podía dejar que aquel chico me consolara después de haberlo rechazado. La debilidad me hizo sentir egoísta, pero, cuando me abrazó, no me resistí. Durante un instante, me sorprendió su dulzura; cuando lo conocí había sido todo arrogancia e instinto depredador.

Me consoló con lentas caricias en mi espalda. *Mientras sea solo esto*, me dije a mí misma, *estará bien*. No le haría tener esperanzas, y me quedé quieta mientras mi respiración se relajaba. Después me aparté con un murmullo agradecido.

—Volvamos —me dijo sin mirarme.

Le había hecho daño. En aquel momento, me odié a mí misma. No me merecía ni a Fade ni a Stalker. Ellos solo me querían porque era distinta, porque usaba mis dagas con destreza y no me aferraba a ellos ni los buscaba para resolver mis problemas. Las chicas normales no eran como yo. La señorita James me había dejado eso totalmente claro en el colegio, pero nunca podría volver a los túneles, donde sentía que encajaba. Los enclaves habían desaparecido, y el dolor me abrumaba como un saco de huesos.

En el campamento, los otros dos ya se habían despertado. Cuando llegamos estaban desayunando un poco más de comida fría. Mientras daba un bocado, Ellis hizo una broma sobre mi escapada con Stalker, pero sus ojos tenían una luz codiciosa.

Miles me miró con una horrible expresión llena de malicia.

—Creía que sentías algo por el moreno. ¿No estamos arriesgando la vida por tu amiguito?

—También por Frank Wilson.

Pero ambos sabían que yo no habría insistido en salir si solo hubiera sido Frank, si se lo hubieran llevado a él solo. Lo sentía por su hermana, que había sido amable conmigo, pero no habría arriesgado mi vida por él. Miles se giró con una burla sin prestar atención a mi poco entusiasta respuesta.

Ya habían empezado los problemas. Aquellos dos no esperarían mucho más. No les importaba rescatar a ninguno de nuestros hombres, y estábamos lo suficientemente adentrados en el bosque como para que atacaran. Stalker y yo comimos en silencio, y después recogimos las cosas. Por acuerdo tácito, no mencionamos al Freak que habíamos matado.

Miles encontró el rastro de chiripa cuando se metió en la maleza para vaciar a su vejiga. Allí, vimos señales de una escaramuza. Podría haber sido el gato montés, pero yo no lo creía. El modo en el que la tierra estaba removida me hizo pensar que habían sido Fade y Frank, luchando por sus vidas. *No se ha rendido. Está intentando volver conmigo*. El pensamiento me ofreció la única alegría que pude reunir en aquella situación. Dejé a un lado la calidez que me embargó cuando Stalker me rodeó con sus brazos. Cualquiera me habría hecho sentir la misma desesperada gratitud, incluso Improbable, que era demasiado mayor como para estar interesado en aparearse con una chica de mi edad.

La noche anterior no había dormido bien, esperaba que los Freaks atacaran en cualquier momento; el que habíamos encontrado cerca solo había acentuado aquella sensación de peligro. El disparo de rifle contra el gato montés resonó en mis oídos. No había duda de que era imprudente ponerse nervioso. Necesitaba mantener la cordura más que nunca. De otro modo, las probabilidades de volver al campamento con vida y de encontrar a Fade serían pocas.

Stalker acompañó a Ellis para ver qué podía descubrir de las marcas del suelo, y yo los seguí. No me revelaron nada especial, pero esperé con mal escondida impaciencia el veredicto de Stalker. Si los Freaks estaban heridos (primero por el gato montés, y ahora por Frank y Fade) no podían estar moviéndose demasiado rápido. Si acelerábamos un poco, los atraparíamos.

Finalmente, Stalker terminó su examen.

—Cuatro o cinco participantes en la pelea. Dejaron a dos fuera de juego y los arrastraron. Puedes ver cómo se hundan las huellas en la tierra. Se marcharon por aquí.

—Guíanos —dijo Ellis—. Estoy más que preparado para un poco de acción.

Miles no dijo nada; aún seguía mirándome con aquella expresión que me hacía sentir sucia. Resistí el impulso de frotarme los brazos con las manos. No podía ver mis cicatrices, pero las toqué para reforzar mi valor. Yo no era una presa fácil: si lo intentaba, me encontraría preparada para luchar. Con un poco de esfuerzo, le sostuve la mirada hasta que rompió el contacto visual y siguió a Ellis. Volvía a estar en la retaguardia de nuevo, mi lugar preferido.

El día pasó en silencio con pausas ocasionales para tomar galletas y agua. Me fastidiaba tener que descansar, pero teníamos que estar preparados para una pelea. Con cada paso, mi esperanza crecía. Encontraría a Fade pronto.

Aquella tarde, todo se estropeó.

Nos topamos con un grupo de caza de Freaks: seis ejemplares fuertes, descansados y bien alimentados. El más alto gritó, y corrieron hacia nosotros mostrando sus dientes amarillos. El número no habría sido un problema si miles no se hubiera girado hacia mí con su arma. Me sujetó el cuello con el brazo, casi abrumándome con su hedor, y después me arrastró hacia los árboles. Pataleé y forcejeé tanto como me atreví, decidida a no dejar que Stalker se enfrentara solo a los Freaks, e igualmente decidida a no dejar que aquel cerdo me hiciera daño.

—Para ya —me gruñó—. Mi arma tiene el gatillo fácil, y te saltaré los sesos si no tienes cuidado, bonita. Esto no tiene por qué ser así. Podría ser muy agradable, si me dejaras.

A lo lejos escuché los sonidos del combate. El rifle de Ellis sonó dos veces, y después quedó en silencio. Stalker me llamó, pero su voz se hacía más débil a medida que nos alejábamos. Si Ellis conseguía abatir a uno o dos, Stalker podría terminar con el resto. Eso esperaba. *Por favor, que no te pase nada.* Para empeorar las cosas, Miles removía la tierra mientras me arrastraba así que, si alguno de esos Freaks sobrevivía,

no tendría ningún problema para rastrearnos, justo como nosotros habíamos estado siguiendo a Fade y Frank.

—No creía que un gusano fuera capaz de traicionar a un amigo —le escupí—. Ellis te necesita en esta pelea. En lugar de eso has decidido meterte conmigo.

Me apuntó con el cañón de su arma con más firmeza.

—Ha sido perfecto. Por una vez, ni siquiera estabas mirándome. En el momento perfecto para atacar. —Su voz adquirió un tono soñador—. Voy a destrozarte, bonita. Me pasaré días haciéndolo. Y después, cuando empiece a gustarte, cuando yo empiece a gustarte, te arrancaré tu bonito corazón. Cuando vuelva al puesto de vigilancia, informaré de tu pérdida con tristeza... y de la de tus amigos. Pero me llevaré el mérito por intentarlo, como un auténtico héroe.

Ja, pensé, Te arrancaré la garganta con los dientes. Pero parecía mejor fingir miedo, así que dejé que mi cuerpo se estremeciera y no respondí. En lugar de eso, hice planes. Antes o después, tendría que soltar su arma. No podría montarme con el rifle en la mano. Al menos, no lo creía.

Gary Miles era estúpido. Creyó que mi sumisión era una señal de que había ganado. Dejé que me quitara las armas de los muslos. Sus dedos se quedaron allí demasiado tiempo. Me entraron ganas de vomitar. Me contuve, aunque seguro que si echaba la comida lo tomaría como una señal más de debilidad. No lo hice porque necesitaba tener energía. Cuando lo matara, vería si Stalker había sobrevivido y, si era así, iríamos a por Fade. Si no, continuaría sola.

La voz de Seda susurró, Sobreviviste al viaje hasta Nassau. Sobreviviste al exilio en la Superficie. Gary Miles no puede vencerte, Cazadora.

Tenía razón. Mi amor por Fade y mi feroz rabia me ayudarían a llevarlo a cabo. Quizá no era tan fuerte como Gary Miles, pero mi cerebro funcionaba mejor. Incliné la cabeza en silencio, esperando sus instrucciones. A juzgar por el sonido desdeñoso que hizo, eso le gustó. Era un arrogante. Oh, se arrepentiría. Lo haría.

—Vamos a divertirnos un poco —murmuró.

Y entonces soltó su rifle. Miles se acercó a mí, seguramente con intención de hacerme algo horrible. No había ninguna razón para que se mostrara cauto. No se había tomado en serio mi entrenamiento, porque yo no entrenaba con los hombres. Había peleado contra Frank Wilson, pero no recordaba que Miles hubiera estado allí, así que no conocía mi destreza. Me había visto luchando contra Freaks, por supuesto, pero ellos no eran nada comparados con la pericia de un hombre humano.

Para Miles, yo era solo una chica, desarmada y sola en el bosque con un hombre que era más grande y más poderoso. ¿Verdad? Incorrecto. Con una sonrisa ataqué sus ojos, escarbé en ellos con las manos desnudas. Ciego y sangrando, rugió y me golpeó.

Demasiado lento. Yo ya no estaba allí. Dancé a su alrededor hasta colocarme en su espalda y le di una patada, que le dislocó el tobillo. Gritó con angustia y se cayó, incapaz de sostener su peso, pero yo no había acabado. Le cogí la otra pierna por el tobillo y lo golpeé con tanta fuerza que le partí el hueso. Se oyó un chasquido que

provocó un revuelo de alas sobre nosotros. Con los ojos sangrando e incapaz de correr, Miles aún golpeaba el aire, con la esperanza de descubrir mi posición por mis movimientos. Si hubiera entrenado privación visual, como yo, podría haber tenido alguna posibilidad. Le di un puñetazo en la sien.

—¿A cuántas chicas has hecho daño? —le pregunté. Jadeo a través del dolor.

—¿Qué te importa?

—Me importa porque quiero decirles personalmente que has muerto.

—Te mataré.

—No lo creo.

No tenía sentido seguir hablando. Seda me había enseñado a terminar los combates antes de que pudieran volverse en mi contra.

Con un giro furioso, me aseguré de que no pronunciaba sus nombres, aunque estaba segura de que había habido otras. La gente rota no dejaba de hacer daño a los demás; se alimentaba del dolor. Así que Miles lo había estado haciendo, discretamente, en secreto, y había dejado a sus víctimas demasiado avergonzadas como para hablar de ello. Deseaba poder consolarlas de algún modo, pero quizá su muerte lo haría por mí. Con el corazón frío, saqué mi daga y la hundí en su corazón. Fue una muerte más rápida de lo que se merecía.

Miré su cadáver, y encontré satisfacción en la visión de mi enemigo caído. Durante aquel momento, la Cazadora me poseyó. No había ternura en mí, y tampoco piedad. El trabajo de aquel día me complació ferozmente.

A continuación, limpié mi daga en la pernera de su mugriento pantalón. *No habrá ningún respeto para ti, Miles. Te trataré como a un Freak.* Cuando mi furia se disipó, reuní sus cosas y las guardé con las mías. Me colgué su rifle a mi espalda. Aunque no era tan diestra con él como otros, me ofrecía un peso consolador en el punto donde una vez había estado mi garrote. No fue difícil seguir el camino que había dejado mientras forcejeaba, así que no tardé mucho en llegar al punto de batalla. Antes de llegar allí, sin embargo, Stalker salió tambaleándose de entre dos árboles, con las manos rojas de sangre.

Lo sujeté con ambos brazos. Si hubiera estado en forma, habría acabado con esos seis Freaks sin sudar, pero había estado viviendo sin comodidad varios meses y no había dormido mejor que yo con Ellis y Miles tan cerca. Respiraba entrecortadamente, pero no escuché el húmedo sonido de aspiración que presagiaba una herida en el pecho. Apoyo su mejilla llena de cicatrices contra mi cabello.

—Venía a salvarte —me dijo, con la voz amortiguada. Eso me sacó una carcajada sorprendida.

—¿De Miles? Stalker sonrió.

—Debería haber sabido que no tenía que preocuparme.

—¿Estás herido?

Lo examiné sin esperar una respuesta. Le subí la camisa para mirar. Tenía varios tajos, y uno justo debajo de sus costillas era lo suficientemente profundo para

preocuparme.

—Tenemos que limpiar eso, o podría infectarse y acabar contigo.

—Me siento insultado. Las he tenido peores.

—No te hagas el héroe.

Su boca se curvó en una mueca.

—Creo que ambos sabemos que yo no soy así.

—No voy a discutir contigo —le dije—. Vayamos a algún sitio donde pueda curarte.

—Hay un lago a unos diez minutos, en el límite del bosque.

—¿Podrás llegar?

Stalker levantó un hombro, aunque estaba claro que el despreocupado movimiento le dolió.

—No creo que tenga elección. No tenemos suficiente agua para malgastarla lavándome.

Como eso era cierto, no seguí discutiendo el asunto con él. Le ofrecí mi hombro: estaba claro que tenía otras heridas que no me había mostrado. No podía enderezar totalmente la pierna derecha, aunque yo no sabía por qué.

No le pregunté qué había pasado con Ellis. Cuando salimos del bosque por segunda vez, encontré los grotescos restos de su batalla campal. El aire estaba cargado por el aroma de la sangre, y pasé sobre el cadáver de aquel hombre mientras conducía a Stalker hacia el lago. Aquello retrasaría nuestra búsqueda de Fade aún más, pero no podía dejar que un chico muriera para buscar a otro que quizá ni siquiera estaba ya entre los vivos.

Fue la decisión más difícil de mi vida.

Tanta agua siempre me sorprendía.

En los túneles, teníamos apenas un hilillo de agua y lo racionábamos para que no se agotara. Allí había una interminable extensión de brillante agua verde, limitada por un campo dorado en la orilla opuesta. El sol caía sobre el horizonte, prendiendo fuego al cielo. Me giré, incapaz de soportar tanta luz cuando llevaba el invierno en mi corazón.

En la orilla de aquel lago cuyo nombre no conocía, desnudé a Stalker y examiné sus heridas. La sangre se había secado sobre las peores: cortes irregulares de las garras de los Freaks. Afortunadamente no tenía mordiscos, que solían infectarse. No era de extrañar, porque sus bocas eran asquerosas. Rompí mi camisa de repuesto en tiras, mojé la mitad en el lago, lo lavé. Sería mejor si pudiéramos construir una hoguera para poder hervir agua, pero estábamos quedándonos sin tiempo. Cada minuto que nos retrasábamos, Fade y Frank se alejaban más. Aquella cura improvisada tendría que servir.

Durante mis vacilantes cuidados se quedó quieto, con los ojos entrecerrados como si aquello fuera placentero, incluso mientras cubría sus heridas con unguento. Yo sabía de primera mano cuánto escocía. No me quedaba mucho; me lo había preparado una amiga de Fade, y pronto se acabaría. Después, lo único que me quedaría del enclave serían mis dagas. Usando los jirones restantes, curé las heridas lo mejor que pude, sabía que teníamos que mantener los cortes limpios.

—Enséñame tu pierna. ¿La tienes rota? Negó con la cabeza.

—Solo torcida, creo. Después de que Miles te arrastrara, fui corriendo como un tonto. Se pondrá bien.

—Seguirías, aunque estuviera saliéndosete un hueso de la piel. Su sonrisa le dio un aspecto chulesco.

—Seguramente.

Terminé el cuidado rudimentario que nos permitían nuestros medios, y le vendé la rodilla. Me sentía extraña estando arrodillada ante él, pero no hizo ningún comentario sugerente, porque le habría hecho daño. Me aseguré de que el vendaje estaba seguro y de que podía aguantar algo de peso.

Después de lavarme las manos en el lago, le pregunté:

—¿Puedes seguir?

Stalker probó a dar un paso. No caminaba rápidamente, pero podía moverse.

—Me vendría bien que me ayudaras a encontrar un bastón.

No me apetecía volver al bosque, pero evité el campo de batalla y encontré una rama adecuada en el suelo junto a la línea de árboles, larga y lo suficientemente resistente como para servir a nuestro propósito. Aunque odiaba la sensación, corrí

hacía Stalker porque él representaba mi único atisbo de seguridad. Era una locura cómo había llegado a aquello. No me gustaba estar sola, y el silencio me volvía loca después del constante murmullo de los túneles.

—¿Te servirá este? Lo probó.

—Perfecto, gracias. Es el momento de descubrir si puedo recuperar el rastro.

Si no podía, todo aquello habría sido para nada. No podría enfrentarme a eso. La bola de angustia se hizo más grande en el interior de mi pecho, hasta robarme el aliento. No, encontraría a Fade.

Oh, Fade.

Stalker ignoró mi tenso silencio. Volvió sobre sus pasos, sufriendo con cada movimiento. No sabía cómo iba a continuar así, pero no dije nada mientras examinaba el límite del bosque. Al final, apretó un puño y lo golpeó contra su palma.

—Nada. Hay demasiado movimiento de otros animales sobre la hierba. Podría seguir seis rastros desde aquí, pero quizá encontraríamos una manada de ciervos.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Pensó durante un momento.

—Sigamos la orilla. Si no han dejado de avanzar, como nosotros, estoy seguro de que estarán sedientos. Los Freaks beben, ¿verdad?

Nunca había visto a uno agachado junto a un río, pero, si estaban vivos (y ya habíamos descubierto que se reproducían naturalmente), entonces sí, necesitarían agua para sobrevivir.

—¿El suelo estará lo suficientemente húmedo para mostrar señales más concretas, como en el bosque?

—Eso espero.

Ninguno habló de la alternativa.

Antes de que encontrara sus huellas, recorrimos la mitad del lago. Incluso yo podía discernir claramente el punto donde un bulto del tamaño de un hombre y otro más pequeño habían sido colocados en el suelo, y después tres grupos de pies con garras se habían acercado al agua. Las huellas eran más anchas que las de un pie humano, y las garras perforaban el barro sobre los dedos.

—Están rodeando el lago hacia las llanuras —dijo Stalker, después de seguirlas un rato.

¿Se alejaban de la aldea? Aquello era inesperado.

Sin embargo, eso lo cambiaba todo. Sin importar cómo, seguiría hasta que perdiéramos el rastro o encontrara a Fade. No habría otro resultado. Se había llevado incontables palizas por mí, y me había demostrado su amor cuando creía que había elegido a otra persona. Caminé detrás de Stalker y me pregunté cómo podía soportar el dolor. Sospechaba que estaba forjado del mismo acero que yo, y que su tranquila voz interior le susurraba cosas como, *no te rindas. Eres un Lobo*, justo como yo me animaba a mí misma como recordatorios de que había sido una Cazadora.

La luz se escurrió del día, y dio paso a la oscuridad. Después las estrellas aparecieron con sus parpadeos. En el pasado llegué a pensar que eran antorchas que

pertenecían a la gente con alas que vivía en una ciudad en el cielo, pero la señorita James me había enseñado que no era así. A veces, la verdad no se alejaba demasiado de la magia. La oscuridad pronto evitaría que siguiéramos avanzando, pero entonces... Me detuve en seco. Ya no necesitábamos el rastro.

Sabía a dónde lo habían llevado.

El campamento de los Freaks sobre pasaba cualquier cosa que hubiera visto o imaginado antes, una horda capaz de conquistar no solo Salvación, sino todos los asentamientos humanos. Tenían que ser miles; sus fogatas ardían en la noche (sin duda habían sido robadas de nuestro puesto de vigilancia), señales de humo que anunciaban su presencia sin miedo porque, ¿quién los desafiaría? Stalker me agarró el brazo y tiró de mí hasta la alta hierba, aunque estábamos demasiado lejos como para que nos vieran u olieran.

¿Significaba aquello que la aldea era su puesto de vigilancia, que estaban manteniendo una guardia sobre nosotros? No era capaz de imaginar con qué propósito, pero aquel pensamiento se había hecho misteriosamente parecido al nuestro. Me preguntaba si habían asignado a aquellos Freaks la tarea de atrapar a Fade y Frank como rito de madurez; al cazar una presa humana se convertirían en adultos, o algo así. Igual que ganarse un nombre en el enclave. No podía estar segura, por supuesto; tampoco podía preguntar. Pero tenía sentido.

También era posible que la aldea no tuviera nada que ver con aquella multitud. Al igual que había distintos grupos humanos, quizá también había otros tipos de Freaks. Por alguna razón, los monstruos que habían atrapado a mí chico habían evitado el asentamiento del bosque. Fuera cual fuera la verdad, aquello no cambiaba mi objetivo.

—Fade está ahí —jadeé.

Lo sentía en mis huesos.

Es imposible. Con nuestra destreza, habríamos tenido una oportunidad contra un pequeño grupo, pero la traición de Miles nos había retrasado demasiado y ya se habían reunido con la horda. Mi buena visión nocturna me permitía ver sus movimientos: eran demasiados Freaks. En lugar de rescatar a Fade, tendríamos que volver a informar de aquello. Salvación debía prepararse.

—Es decisión tuya —susurró Stalker.

Los segundos, que pesaban con terrible incertidumbre, me parecieron horas. Pero podía tomar decisiones duras. Yo era puro acero.

—No puedes venir conmigo. Tu pierna no aguantará una carrera y, si algo sale mal... Si no consigo volver, tendrás que informar de esto a Improbable.

Stalker apretó los puños, y un suspiro agónico se le escapó.

—No me pidas que te deje, paloma. Pídeme cualquier cosa, excepto Acaricié su rostro, sus cicatrices: aquel momento era importante.

Podría ser el último que pasáramos juntos. Stalker me lo permitió, como siempre había hecho, incluso cuando decía que eso parecía una debilidad. Algo cedió en mí

pecho.

—No sé cuánto voy a tardar en encontrar a Fade. Si es seguro, espera por aquí hasta justo antes del amanecer, y después vuelve. Si la cosa se pone fea antes, vete. Muévete rápido y sin hacer ruido. Sobre todo lo demás, debes informar a Improbable de lo que se avecina. Podría ser nuestra única oportunidad.

Nunca lo había visto tan serio. La desesperación se grababa en sus rasgos y tensaba sus cicatrices rojas.

—Si quieres que haga esto, tendrás que darme un beso de despedida.

—Trato hecho —le dije.

Una vez me había robado un beso, pero aquello fue la primera vez que se lo di por voluntad propia. Fue diferente, quizá porque había sido decisión mía. Su boca estaba suave y cálida bajo la mía, y el beso se prolongó; retrocedí, sorprendida, pero él no estaba sonriendo. Su expresión me decía que creía que no sobreviviría a la inmersión en la bulliciosa multitud de Freaks. Tenía que admitir que las perspectivas no eran buenas. Si planeaba un asalto frontal sería como darme una puñalada en el pecho y ofrecerme como desayuno.

Aquello no estaba en mis planes esa noche. Tranquilamente, le expliqué mi plan, y él asintió.

—Esa es tu única oportunidad.

Ahora tenía que buscar lo que necesitaba, y esperar.

* * *

No había luna, solo la luz de las estrellas, pero la oscuridad no me asustaba: me asustaba la horda de Freaks. Acabé con mi temor sin piedad y dejé mis cosas con Stalker. Estaba escondido en la hierba alta junto al lago, lo suficientemente lejos para que los Freaks no pudieran detectarlo. Si no volvía antes de que se marchara, tampoco necesitaría provisiones... y el peso extra podía hacer mi infiltración en las líneas enemigas más ruidosa. Para tener éxito, tenía que moverme como un fantasma, como la niebla.

No puedo creer que esté haciendo esto.

Había regresado al límite del bosque para recoger mis horribles accesorios, y me estremecí ante lo que estaba a punto de hacer. Pero, si los Freaks podían captar mi aroma (y podían hacerlo) tendría que enmascararlo. No podía permitir que mi olor los despertara de sus horribles sueños carnívoros. Cerré los ojos y cogí las entrañas que había arrancado de los Freaks. Las froté por todo mi cuerpo, y después añadí fétida sangre. Stalker me miró sin expresión.

—Todavía te quiero, ¿sabes?

—¿Incluso así? —Me reí para fingir que pensaba que estaba bromeando. Si así conseguía no dañar su orgullo, bien valía que pensara que era un poco tonta. Entonces me puse seria—. Buena caza.

Era el mayor cumplido que podía hacerle, ya que así lo reconocía como mi igual,

y Stalker pareció darse cuenta. Sonrió, tan rápidamente como una nube que pasa frente a la luna.

Sin más palabras, avancé lentamente a través de la alta hierba para no llamar la atención. Podría haber centinelas apostados, o era posible que algunos de los monstruos fueran nocturnos. En cualquier caso, tenía que arriesgarme. Tantos Freaks agrupados olían lo suficiente mal como para provocarme náuseas. Al acercarme, escuché sonidos suaves, como ronquidos, pero más húmedos y guturales, como un borboteo acuoso, pero no me hizo pensar que estuvieran sufriendo, sino todo lo contrario. Era un sonido de satisfacción, algo que jamás le había oído a un Freak, y había escuchado todo tipo de gritos, quejidos, lamentos y gruñidos.

Por favor, que estén durmiendo.

Lo estaban.

Dormían en montones, como animales, y, como ellos, tenían armas naturales: garras y colmillos para desgarrar a su presa. Me detuve en el perímetro. Los nervios me fallaron, y estuve a punto de volver. Fade no podía seguir vivo. No allí. Como mucho, encontraría su cadáver y moriría para nada.

Mejor una Cazadora muerta, me dijo Seda en silencio, que una cobarde viva.

Cuadré los hombros y asentí. Avancé hasta un lugar adecuado con movimientos lentos y silenciosos. Pasé junto a un grupo de Freaks dormidos, con la piel pegajosa por el terror. Podían despertarse en cualquier momento y hacer saltar las alarmas. Se abalanzarían sobre mí con un odio irracional ardiendo en sus ojos, y me desmembrarían.

Me aplastarían.

Pero nada de aquello importaba. Estaba decidida; había un plan en marcha para asegurar que Salvación no sufriera si yo caía. Si moría allí, no sería por nada. Sería por Fade.

Tragué saliva con dificultad, mientras respiraba ligeramente a través de la boca. *Él no quería que Stalker te tocara, y mira lo que has hecho.* Negué con la cabeza. Que hubiera besado a otro era el menor de nuestras preocupaciones. Aquellas emociones conseguirían que me mataran, así que las aparté y las obligué a retroceder. Me ocuparía de ellas más tarde, cuando salvara a mí chico.

Encuétralo, Cazadora.

Entonces escuché un ruido que me dio esperanza. De alguna parte en el interior del campamento, llegó el sonido de un llanto humano. No creía que fuera Fade pero ¿quién sabía cómo reaccionaría en aquellas circunstancias? Yo también lloraría, probablemente. Maniobré alrededor de los Freaks dormidos, agradecida por la pista. Me pregunté si habrían sentido ellos el mismo terror cuando se habían infiltrado en nuestro campamento, si habían tenido miedo a nuestros rifles, o ser descubiertos. *¿Temían los Freaks a la muerte?* Debería haberme hecho esa pregunta antes.

Con el tiempo, y a pesar de un temor que me aceleraba el pulso, llegué al centro de la enorme multitud. Agachada, miré con total incredulidad la fuente de los llantos.

En los túneles, los niños moribundos habían llorado así a veces; el chico de los ojos blancos que Fade y yo no habíamos logrado salvar lo hizo mientras el guardia se lo llevaba.

Son corrales de humanos.

En Salvación teníamos animales pequeños para obtener leche, huevos y, de vez en cuando, carne. Estaba lo suficientemente familiarizada con los pollos y las cabras como para comprender el propósito de los Freaks. Habían construido una rudimentaria valla, con estacas en el suelo, similar a las que habían usado para empalar las cabezas cortadas, y habían atado a los que estaban en el interior de aquel redil para evitar que se escaparan. Me puse histérica.

Quieren domesticarnos.

Aquel debía de ser un nuevo descubrimiento. Si Improbable hubiera visto (o hubiera oído hablar) de algo así durante sus viajes de aprovisionamiento, habría informado a Elder Bigwater, y se habría hablado de aquello en todo el pueblo. Como no había sido así, solo podía concluir que aquel era un nuevo comportamiento. Qué suerte había tenido al ser la primera en verlo.

Sin embargo tenía trabajo que hacer. Si Fade estaba en alguna parte, vivo, tenía que ser allí. Me acerqué aún más, y al final entré. La mayoría de los rehenes estaban insensibilizados por el horror o el dolor, excepto una mujer que lloraba con mudos y entrecortados sollozos. Era evidente que sus captores se habían acostumbrado a aquel ruido, y su dolor cubrió los sonidos de mí acercamiento. Repté entre los rehenes, y busqué a Fade. Mi corazón se derrumbó un poco más con cada rostro desconocido.

La gente despertaba cuando los tocaba, gemían y retrocedían cuando me olían. Parecían pensar que era un Freak que había venido para tomar un tentempié nocturno. Ignoré sus débiles golpes y sus movimientos cuando los soltaba. Era lo único que podía hacer, Si elegían quedarse o marcharse, sería decisión suya.

—Callaos —susurré mientras avanzaba.

Algunos corrieron inmediatamente hacia la libertad. Otros me miraron con asombro, como si hubieran estado soñando con mí llegada. No vi a Frank, aunque lo busqué. Lo hice pensando en cómo iba a enfrentarme a su hermana en Salvación, pero no estaba en los corrales.

Quizá ya se lo han comido. Y a Fade también.

No. Busqué más rápido. Al final encontré a Fade, tan golpeado que apenas lo reconocí. Sus rasgos estaban grotescamente hinchados: tenía los ojos ennegrecidos y los labios partidos. Cuando le di la vuelta vi sus cicatrices, y atenué su gemido poniéndole una mano sobre la boca. Fade luchó como un animal. Incluso en el mal estado en el que se encontraba, consiguió zafarse de mí. Caí sobre mí espalda y me quedé sin respiración.

A nuestro alrededor la horda estaba despertando, alertada por los humanos que estaban huyendo. Si nos retrasábamos más, nos atraparían.

—Fade, soy yo, Deuce. —Evitando sus brazos y piernas, desaté sus ataduras y

froté sus manos y pies rápidamente, desesperadamente—. ¿Puedes correr?

Por favor, di que sí. No creo que pueda cargar contigo. Lo intentaría por supuesto. Y ambos moriríamos. No quería morir allí. Sería una muerte gloriosa para una Cazadora, viendo a cuántos podría abatir antes de que me aplastaran y me comieran, pero la chica que había en mí prefería correr hacia la oscuridad, aprovechando la confusión, y seguir viva.

—¿Deuce...?

Estaba reaccionando con demasiada lentitud.

Más Freaks fueron despertando. Los gritos humanos llenaban el aire de la noche. Había querido darles la posibilidad de ser libres, no usarlos para cubrir nuestra huida, pero no había tiempo para remordimientos o arrepentimientos. No podía dejarlos allí, atados, mientras liberaba a Fade. Era el momento de movernos, o no saldríamos vivos de aquella. Nuestra única esperanza era ser más rápidos y valientes que los que ya estaban huyendo a través de la multitud de Freaks.

—Corre —le supliqué—. No luches. No te detengas. Solo sígueme y corre.

Muchas veces, empujé a Fade por delante de mí, esquivé el ataque de un Freak, o salté sobre el cadáver de una persona que no había tenido tanta suerte como nosotros, y corrimos. Por nuestras vidas. Solo la oscuridad y el tumulto podían salvarnos.

Y los desgraciados que morían en nuestro lugar.

Pero, seguramente, algunos de ellos conseguirían escapar. Quizá encontrarían Salvación y tendrían una segunda oportunidad, como tuvimos nosotros. Si no, al menos no morirían en los corrales de los esclavos, sacrificados para obtener carne. ¿Los engordaban los Freaks primero? La idea era repulsiva, así que la aparté de mí mente.

Cubrí la distancia hasta el punto donde Stalker nos esperaba en mucho menos tiempo de lo que había tardado antes. Monstruos dispersos nos perseguían, pero era una noche sin estrellas, todo olía a Freak, y el resto de presas confundían sus sentidos. Necesitábamos poner distancia entre la horda y nosotros. Si nos encontraban más tarde, en grupos pequeños, podríamos luchar en retirada, si era necesario.

—Lo has conseguido —susurró Stalker como bienvenida.

Trazando un círculo en el aire con la mano, una señal que significa que hablaríamos más tarde, cogí mí equipo. Stalker se puso en pie; su rodilla se había anquilosado mientras esperaba, y ahogó un quejido de dolor. Fade estaba en silencio, inquietantemente mudo, pero no era inteligente quedarse allí más tiempo. Escuché sonidos de búsqueda; no tardarían demasiado en descubrir por qué mí olor era tan confuso.

Los chicos me siguieron, y fijé el ritmo de acuerdo a nuestras heridas. Las piernas de Fade funcionaban, pero le dolían las costillas, y Stalker cojeaba incluso apoyándose en el bastón. Mientras nos movíamos, escuché los gruñidos y gritos distantes a nuestra espalda. Normalmente no viajaría de noche, por si nos pedíamos, pero la necesidad impedía la cautela. Stalker tropezó cuando llegamos al límite del bosque. Su rodilla había cedido a pesar del vendaje.

—Ya no podía más —admitió, con los dientes apretados.

Aunque no me gustaba la idea, teníamos que acampar. Sentía los ojos como si alguien me los hubiera frotado con carbones ardientes, y tenía los músculos agotados y doloridos. Aun así, yo estaba mejor que los chicos.

Pero Fade no me dejaba que lo tocara. Cuando me acerqué para mirar sus magulladuras, retrocedió. No fue un acto reflejo; fue algo profundo, vehemente y reflexivo.

—No lo hagas —me dijo con aspereza. Me encogí de hombros.

—Lo siento.

Así no era como me había imaginado que iba a ser. *Está herido*, me dije. *De la cabeza a los pies. Y tú hueles como los Freaks que le han hecho daño.* Dale tiempo. Cuando haya descansado y tú te hayas dado un baño, todo irá bien. Luchando contra la tristeza, retrocedí y le di la manta de Miles;apestaba, pero sería mejor que nada. La cogió sin decir una palabra y deseé poder leer su rostro pero, entre la oscuridad y la hinchazón, casi parecía un desconocido.

Fade se envolvió en la manta, pero no se tumbó... En lugar de eso se apoyó contra un árbol.

—Primera guardia —murmuró.

—Yo haré la siguiente —dijo Stalker—. Despiértame en tres horas.

—Eso me deja la tercera. ¿Aún tienes el cuenta-tiempo de tu padre? —le pregunté.

Movió su mano en respuesta. Yo tenía una pregunta más.

—¿Quieres mis dagas?

—Por favor —me dijo, con la voz ronca por el dolor.

Sin fanfarria, se las entregué. Después le ofrecí mí bota de agua, que había rellenado en el lago. Bebió con sorbos profundos y me la devolvió. Asintió en agradecimiento y después apartó los ojos, como si le doliera verme. No más charla, entonces. Confiaba en que los chicos me despertarían si los problemas daban con nosotros, y no solo porque fuera la que seguía en mejor estado. Después del terror y estrés del día, me quedé frita tan pronto como me puse en horizontal.

Desperté con un agudo dolor y giré de costado por instinto. Cuando abrí los ojos, vi a Stalker con un palo en la mano, y a Fade ocupándose del Freak que casi me había destripado. Me había atacado con sus garras a través de la maleza; afortunadamente estaba solo, y Fade luchó contra él como nunca antes lo había visto, desprovisto de su habitual elegancia. Sus heridas seguramente eran parte de la razón, ya que sus movimientos eran mecánicos, como los de los hombres de juguete que vendían en el mercado. Les dabas cuerda y movían sus brazos y piernas, pero no había nada dentro. Usó mis dagas con tranquila y mortífera destreza, y lo mató. Eficientemente. Silenciosamente. El Freak cayó.

—No podemos quedarnos aquí.

Stalker emitió un gruñido grave y frustrado. Si forzaba la rodilla se quedaría cojo, pero teníamos que movernos.

Un cadáver de Freak en los alrededores atraería a otros. Aunque Fade no había dormido, no dijo una palabra. Cogió las pertenencias de Miles, me devolvió mis dagas y desapareció en la oscuridad.

Es como si estuviera aquí, pensé, pero sin estarlo en realidad.

Tambaleándome por el cansancio, cogí mis cosas y seguí a Fade. Por la noche su visión no era tan buena como la mía, pero si se alejaba del camino se lo diría. Tenía una idea aproximada de dónde estaba el puesto de vigilancia.

El resto de la noche caminamos sin descanso. Al amanecer, tuve que prestarle mí

hombro a Stalker, además del bastón, o no habría podido continuar. Aun así se mantuvo callado, igual que Fade, y su estoicismo me daba ganas de gritar. No estaba acostumbrada a aquel tipo de incómodo silencio. Sentía que todo había cambiado, y de un modo que aún no podía comprender.

Por el ángulo del sol, cuando la torre de vigilancia apareció ante nuestros ojos, ya había pasado el mediodía. El centinela de guardia disparó al aire para que los demás supieran que nos han visto. Los guardias bajaron la colina y, bajo las órdenes de Improbable, formaron una litera de brazos unidos para Stalker. El hecho de que no protestara al ser llevado de vuelta al campamento era indicativo de lo mucho que debía de dolerle. Fade lo siguió, pero rechazó con la cabeza todas las ofertas de ayuda.

A la luz del día, apenas podía soportar mirarlo. Había sufrido mucho, y aun así se mantenía obstinadamente erguido, con los hombros hacia atrás y los ojos fijos en nada en concreto. Pero, antes de curar a Fade, tenía que hablar con Improbable.

El anciano nos escoltó de vuelta al campamento, mientras negaba con la cabeza debido al asombro.

—Lo has conseguido. ¿Qué ha pasado ahí fuera?

—Solo lo contaré una vez —dijo Fade en voz baja—. Y no aquí. En privado.

Bueno, tan en privado como pudiéramos conseguir, en cualquier caso. En el puesto de avanzada no teníamos paredes tras las que esconderse, excepto las que había en sus ojos nocturnos. Mientras nos conducía hacia su tienda, Improbable preguntó:

—¿Dónde están los demás?

—Los Freaks atraparon a Ellis —le respondí—. Maté a Miles por atacarme.

Improbable suspiró.

—Ojalá pudiera decir que me sorprende. Era una mala semilla. ¿Te importa si le digo a su familia que murió en batalla? Si la historia real sale a la luz, generaría más odio hacia ti.

—Está bien. —Le eché una mirada a Fade y me pregunté qué habría pasado con Frank. No lo había visto en el corral—. Y... Tengo malas noticias.

Improbable se tocó el bigote.

—¿Cuándo vas a tener de otro tipo? Entremos. Celebremos una pequeña asamblea y después vendaremos a Fade.

No sabía que era una asamblea, pero entré con él. Por primera vez me invitaban a la tienda del jefe: se parecía las de los demás, aunque él tenía un taburete plegable y un par de mantas extra. No envidié aquella comodidad, ya que él era viejo y todo eso. Fade se hundió en el saco de dormir, tan distante en maneras y expresión que podría no haber estado allí. Yo me senté a su lado, para dejarle el asiento más cómodo a Improbable. Además así le sería más fácil levantarse.

—¿Qué pasó, hijo?

—Nos atraparon —dijo Fade—. A Frank y a mí. En parte, creo, para demostrar

que podían hacerlo. Para asustaros con la desaparición de dos hombres.

Lo observé con el corazón lleno de temor. No me miraba, porque yo había visto los corrales.

—Pero esa no era la única razón —añadió Fade Improbable le indicó que continuara—. Sigue.

—Vinieron por la parte de atrás de la tienda, por la colina, supongo. Se marcharon por allí también. Recuperé la consciencia en el bosque. Debían de habernos golpeado. La cabeza me dolía mucho, y aún estaba oscuro. Me habían atado como a un ciervo listo para despellejar.

Busqué su mano, incapaz de soportar su átona pronunciación, pero Fade la apartó y entrelazó los dedos. No temblaban. No parecía sentir... nada. Podría haber estado hablando sobre si llovería o no.

—Nos transportaron durante un rato, no sé cuánto tiempo. Conseguimos liberarnos una vez. Luchamos, pero yo estaba mareado, y Frank estaba asustado. Lo mataron, y pude ver lo bien que cortan a un hombre con las garras. Deshuesaron a Frank y metieron su carne en un saco.

Improbable inspiró, con el rostro pálido bajo su arrugada piel bronceada. La bilis subió por mí garganta. Podía imaginar la escena con demasiada claridad. No era de extrañar que estuviera bloqueado. Fade no podía sentir aquello, no podía permitir que fuera real. *Oh, Fade.*

El chico continuó, implacable en su deseo de terminar la historia.

—Al final me ataron, más fuerte que antes, y continuamos.

Sospechaba que tenían planes para mí.

En ese momento interrumpí. Tenía que hacerlo. Unos cuchillos invisibles giraron en mí estómago, imaginando lo que había sufrido, recordando lo que yo había visto.

—Se lo llevaron al redil.

Las preguntas nacieron en el rostro de Improbable y, rápidamente, le esbocé la imagen: el número de Freaks y los rediles humanos. Era un paso más en el perfeccionamiento de sus técnicas, otro modo en el que podían estar haciéndose más humanos. Para ellos, estaba segura de que aquello no era diferente de lo que nosotros hacíamos con otros animales.

—Están domesticando cerdos bípedos —murmuró el viejo. Levanté las cejas, confusa, pero él negó con la cabeza—. ¿Estás segura de que no confundiste su número porque estabas cansada y asustada?

Siempre me pedía que le confirmara mis averiguaciones, como si mi información fuera errónea. Pero era una pregunta inútil. No se trataba de que no confiara en mí; más bien era que no quería creerme porque, cada vez que la situación cambiaba, era peor. Al menos no se negaba a escuchar lo que tenía que decir ni me amenazaba para que mantuviera la boca cerrada.

—¿Te hicieron esas heridas durante el forcejeo? —le pregunté a Fade.

Me miró durante un largo minuto, entrando y saliendo de la sombra de la tienda

de campaña agitada por el viento. La hinchazón le daba un aspecto monstruoso y distorsionaba sus palabras, aunque aún se le entendía bien. Deseaba tocarlo, pero él se había apartado dos veces de mí. Algunas cosas no podían arreglarse con un beso... y yo aún apestaba a los monstruos que lo habían secuestrado.

—No —dijo finalmente—. Eso llegó después.

—¿Por qué? —le preguntó Improbable.

—¿Alguna vez has cenado en casa de los Oaks? —Fade tenía una expresión extraña, una horrible mueca, como si su mundo se hubiera acabado y ahora se riera de todo, incluso de la muerte.

—Claro —dijo el anciano con cautela.

—Entonces sabes cómo golpean la carne para que esté tierna. No había nada que pudiera decir al respecto. Nadie podía.

Improbable se puso en pie.

—No tenemos mucho tiempo. No podremos defendernos de tantos, así que nuestra única esperanza es recoger la cosecha y protegernos tras las murallas.

No creía que la barrera de madera pudiera aguantar contra lo que habíamos visto en la llanura, pero a veces hablar no servía de nada. Solo hacía que la gente te odiara. Y yo no tenía ninguna solución para aquel problema, ningún modo de evitar el desastre.

Me levanté también.

—¿Cuánto falta para que la cosecha esté lista?

—No tengo ni idea, y eso no importa. Recogeremos lo que podamos mientras podamos, y huiremos para salvarnos. Cúralo, ¿vale?

El anciano se marchó, murmurando que iba a buscar a un mensajero que llevara la noticia a Salvación.

—Vamos a tu tienda —le dije, tan cariñosamente como pude—. Y te ayudaré a limpiarte. Yo...

—No.

Solo eso, una negación brusca.

No tenía sentido; me había dejado curarlo antes, cuando no quiso que Mama Oaks lo tocara.

Demasiado tarde, recordé las manchas de sangre de sus mantas.

¿Lo habría limpiado alguien?

—¿No quieres volver a tu tienda? De acuerdo, iremos a la mía entonces. Pero tenemos que curarte de un modo u otro.

Apoyo su frente, la única parte indemne de su rostro, en sus manos.

—Por favor. Lo haré yo. Déjame solo.

—Fade...

—Déjame solo —repitió, sin mayor énfasis, pero yo sabía que lo decía en serio.

Como no quería empeorar las cosas, hice lo que me había pedido. Fuera, los guardias seguían a lo suyo. Jugaban a las cartas, hacían guardia, entrenaban, y no

mostraban ninguna señal de que supieran lo enorme que era el peligro. El anciano había decidido, al parecer, enviar al mensajero sin revelar nada. Era un movimiento inteligente, aunque peligroso. Cuando se supiera la verdadera situación, la mayoría de esos hombres correrían hacia las murallas del pueblo sin preocuparse por lo que pasara con las cosechas. Dejarían que los sembradores se defendieran solos al día siguiente y no volverían a salir.

No me apetecía hablar con nadie y estaba demasiado cansada para ser de utilidad, así que cogí un cubo de agua del abrevadero común y fui a mí tienda. Si Fade no quería mí ayuda, entonces me ocuparía de mí misma: necesitaba un baño desesperadamente. Me quité mí mugrienta ropa y me lavé lo mejor que pude. El tajo de las costillas me escocía, y estaba hinchado. Usé mí pequeño trozo de jabón para enjabonarlo dos veces, y después me enjuagué. Cuando lo cubrí de ungüento, me escoció. No podía lavarme el cabello adecuadamente, así que lo mojé y lo recogí en una cola de caballo para que su mal estado me molestara menos.

No tenía prisa en vestirme, ya que no estaba de servicio, pero no me sentía cómoda estando desnuda con solo una endeble barrera de tela entre el resto de guardias y yo. Así que me puse mí última muda de ropa, ignorando el escozor de la piel herida. No podía vendarme sola pero, si mantenía la herida limpia, sanaría bien. Aunque no era muy profunda, me dejaría otra cicatriz, otra prueba de mí fuerza.

En cualquier caso, aquello era lo que solía pensar, lo que me habían enseñado en los túneles. Pero quizá tampoco era cierto, como todo lo demás, y mis cicatrices eran solo un defecto.

Después de darle la vuelta a mí manta para colocarla por el lado relativamente más limpio, me tumbé, pero no pude dormir. Tenía demasiadas preguntas sin responder, y sufría tanto por Fade que era como tener un grito atrapado en la garganta. Mis ojos se llenaron de lágrimas, que cayeron en silencio por mis mejillas. Se suponía que todo debía de ir bien. Había conseguido traerlo de vuelta.

Más tarde, cuando oscureció, Stalker entró en mí tienda. No tenía energía para discutir y, además, allí no había ninguna regla sobre la necesidad de tener carabina. Había entrado por la ventana de mi habitación incontables veces, y hacía mucho tiempo que ya no temía que intentara arrebatarme algo que yo no quisiera darle.

—¿Hay espacio para mí? —preguntó. Asentí y me deslicé sobre el camastro.

—¿Cómo está tu pierna?

—Me duele, pero si puedo descansar durante un tiempo, sanará. —Esperaba que lo hiciera—. Te dije que lo encontraría para ti.

—Gracias. No podría haberlo conseguido sin ti.

No era una exageración. Carecía de su habilidad, y su conocimiento nos había llevado a rodear el lago, a la espera de que hubiera algún rastró. Yo nunca habría pensado en eso. Era una Cazadora, no una acechadora.

Sus gélidos ojos brillaban con un tono plateado, como rayos de luna en el agua.

—Esto ha sido lo más difícil que he hecho nunca.

—¿El rastreo?

Negó con la cabeza.

—Ver cómo te adentrabas en el peligro sin mí.

Debía pedirle que se marchara. Había venido a comprobar cómo estaba, a asegurarse de que aún respiraba. No deberíamos estar sentados en la oscuridad mientras Fade estaba solo y destrozado. Pero yo también estaba herida, y no protesté cuando me rodeó con el brazo.

Improbable envió a Fade y Stalker a Salvación al día siguiente. Fade no me miró, y se alejó caminando tristemente. Su frialdad era como una puñalada por la espalda. No comprendía su comportamiento, pero sabía que había sufrido mucho. Con el tiempo, sanaría y sería capaz de soportar mis caricias de nuevo.

Las cosas mejorarían.

Como deseaba creerlo. Quizá algunas heridas no cicatrizaban nunca; seguían sangrando y sangrando hasta que te volvías loco, o te mataban.

Stalker se detuvo y susurró:

—Te veré pronto.

Y se inclinó hacia mí, pero yo giré el rostro y sus labios rozaron mi mejilla.

El dolor pasó por su rostro tan rápido que casi no me di cuenta. Entonces inclinó la cabeza, aceptando que nada había cambiado entre nosotros a pesar de todo lo que había hecho por mí en el bosque. Odiaba aquella situación. Me sentía como si no hubiéramos aclarado nada. Ninguno de los chicos por los que me preocupaba era feliz. No quería que ninguno de ellos se fuera, pero ambos estaban demasiado heridos como para servir de algo en el puesto de vigilancia. Por tanto, tenían que ponerse a salvo antes de que nos quedáramos sin tiempo. Aun así, eso incrementaba mi sensación de soledad.

Los hombres estaban tensos. Habían escuchado susurros sobre por qué teníamos que adelantar la cosecha. Me acosaban en parejas o tríos, pidiéndome pistas o confirmaciones. Como estaba distraída y preocupada por mis amigos, me resultó fácil librarme de ellos. Para ahuyentar a los mayores me bastó con hacer girar una daga en la palma de mi mano, un truco de niño, pero quizá mi expresión también contribuía a disuadirlos.

Aquella mañana, un grupo escoltó a los sembradores con varias carretas vacías y listas para la cosecha. Tendríamos que combinar nuestros esfuerzos para hacer aquello rápidamente. Esta vez no solo los observaríamos trabajar mientras hacíamos guardia. Cogí una hoz para trillar el alto cereal. La giré en mis manos, y descubrí que podía ser también una buena arma. *Esperemos que no tengan que usarla de ese modo.*

En el campo, encontré a Tegan trabajando tan rápido como podía. Estaba hermosa con su vestido amarillo y su cabello oscuro brillando bajo el sol. Apenas se parecía en nada a la delgada y magullada chica que había traído de las ruinas, casi muerta y temerosa de su propia sombra. Ahora parecía sana. Me uní a ella con una mirada triste; Tegan sabía que algo iba mal, pero el jefe de los sembradores nos gritó para que dejáramos de holgazanear, así que seguí su ejemplo con las plantas.

Aquella labor era agotadora. Tegan no me dio conversación; sabía lo importante que era que nos esforzáramos. Si fracasábamos, el asentamiento se moriría de

hambre. Mientras trabajaba mantuve un ojo fijo en el horizonte, temiendo el momento en el que oscureciera y viniera la horda. Sin detenernos a comer, aunque bebí agua a grandes tragos, corté y corté, dejando que otro recogiera el grano caído y lo amontonara en la carreta. En otras partes arrancaban maíz, sacaban patatas, y todo lo demás que los sembradores habían plantado. Yo no conocía todos los nombres. Cada vez me sentía más ansiosa.

—Más despacio —me suplicó Tegan—. O vas a enfermar.

Negué con la cabeza. Quedaba poco tiempo. Podía escuchar su tictac, tan claramente como las manecillas del reloj de Fade. Me había dejado usarlo en los túneles y, mientras yo hacía guardia y él dormía, había sentido aquel movimiento en mí piel. Ahora también lo sentía.

—Estoy deseando ver a mí mujer —dijo uno de los guardias que estaba cerca.

—Ha pasado mucho tiempo —asintió otro.

Aquellos hombres no parecían sentirlo. Trabajé más rápido. Febrilmente. Aquello no podía terminarse en un día. Cómo deseaba que fuera posible.

Cuando la luz desapareció, los sembradores regresaron a Salvación con las carretas cargadas. Yo no fui elegida como escolta, y volví al campamento como un espíritu en pena. Improbable me detuvo en la segunda vuelta de mí entrenamiento y me arrastró hasta su fogata privada. A veces, dejaba que los hombres se reunieran con él como trato de favor, si había destacado por algo aquel día. No creía que aquel fuera mí caso.

—Vas a agotarte —me dijo—. Y estás poniendo nerviosos a los demás.

¿Quieres volver y reunirte con tus amigos en el pueblo?

—¿Le pedirías eso a alguno de ellos? —le pregunté, ladeando la cabeza hacia los guardias que estaban agrupados alrededor de otra fogata.

—No —admitió—. Pero tú no eres un hombre adulto, por mucho que quieras.

Lo miré fijamente.

—Yo no quiero ser un hombre.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Sé que la gente de Salvación piensa que soy rara, pero no soy un mal ejemplo de Cazadora.

—Nunca he dicho que lo fueras.

Sin preguntarme si quería algo, me dio un plato de judías y carne asada. Era venado, pensé, lo que quedaba de la última cacería. Aunque me sentía demasiado nervioso para comer, me obligué a hacerlo. Si no comía mí cuerpo se debilitaría, y entonces le fallaría a alguno de mis compañeros. En aquellas circunstancias necesitábamos toda la fuerza que pudiéramos reunir.

—¿Cuánto falta? —le pregunté.

—Dos días bastarán. El resto se pudrirá en los campos, pero no está preparado para que podamos recogerlo.

—¿Habrá suficiente comida para el invierno? Improbable se encogió de hombros.

—Tendremos que apretarnos los cinturones un poco, pero nadie se morirá de hambre. Y a algunos les vendrá bien la pérdida de peso.

—Tú siempre has sido amable conmigo —le dije—. ¿Por qué?

Se quedó en silencio un largo momento, mientras miraba el oscuro paisaje. Entonces, inesperadamente, me sonrió.

—Yo te traje a Salvación. Eres de las mías.

¿Qué significaba eso exactamente? En los túneles no tenía parientes, y siempre había actuado por el bien de la comunidad. En la Superficie tenía padres adoptivos, y a Improbable... mientras que Fade no tenía a nadie. Aquello me parecía injusto; él necesitaba que la gente lo quisiera porque en el pasado había tenido familia, y la había perdido. Pero quizá yo podía hacer algo al respecto. Quizá mi corazón sería lo suficientemente fuerte como para reparar el daño. Me aferré a esa esperanza, justo como lo había hecho con la certeza de que estaba vivo.

—¿Por eso me enviaste con Mamá Oaks? ¿Por qué sabías que ella haría algo más que tolerarme?

El viejo inclinó la cabeza.

—Esperaba que te cogiera cariño, sí. Parecía que te vendría bien un poco.

Entonces fue cuando lo supe; a su modo, él también me quería. Por eso había aguantado mis preguntas y mis visitas a la muralla durante las noches de guardia. A pesar del dolor y de la incertidumbre, me sentí reconfortada. Era difícil mantenerse tensa cerca de Improbable, y esa era probablemente la razón por la que me había llamado. Mis músculos se relajaron, tanto por agradable compañía como por la tranquila calidez del fuego. Exhalando lentamente, cerré los ojos e intenté no pensar en Fade. Ni en Stalker, que me había dado un beso de despedida, aunque Fade se había mostrado indiferente también en eso. Ya no le importaba nada... Pero quizá estaba preocupándome sin ninguna buena razón. Podía ser normal que se retirara, teniendo en cuenta por lo que había pasado.

Ten paciencia, me dije a mi misma.

Poco después me excusé y me fui a la cama. El sueño no llegó con facilidad, y me desperté con cada ruido de la noche, con el miedo de encontrar a un Freak intentando sacarme a rastras de mí tienda. Como habían hecho con Fade. Si habían intentado sembrar el miedo con sus acciones, entonces habían tenido éxito. Ya no me sentía segura allí, aunque no es que hubiera seguridad en alguna otra parte. El mundo entero estaba en ruinas; era un lugar de afiliados ángulos y despiadadas líneas que te acuchillaban hasta el hueso.

Por la mañana bebí agua, comí galletas, y después busqué a Tegan en el campo. Yo tenía la piel quemada después de haber estado trabajando bajo el brillante sol, pero ella tenía un magnífico bronceado. Mamá Oaks tendría algún remedio para mi piel cuando volviera a casa. Deseaba ver a mi madre de acogida con una desesperación que rayaba en lo irrazonable, pero sentía que, de algún modo, ella podía hacer que todo fuera mejor, o al menos explicarme por qué ya nada tenía

sentido.

Te salvé, Fade. ¿Por qué me odias?

Quizá es por eso. Porque lo has obligado a vivir con ello.

Durante el almuerzo, Tegan me acorraló.

—Vi a Stalker y a Fade en el pueblo. ¿Qué está pasando? Tenían un aspecto horrible... y tú también.

Como no tenía sentido ocultarlo la historia, la aparté de los demás. Entonces le resumí los sucesos de los últimos días: la ausencia de Fade, el rescate, y el descubrimiento de la horda de Freaks. Su rostro palideció bajo su bonito bronceado, y me miró fijamente con los ojos muy abiertos.

—Eso es... —Se quedó sin palabras—. Pero explica muchas cosas. Stalker vino a verme anoche. Se disculpó. También me dijo que sabía que eso no cambiaba nada y que podía seguir odiándolo para siempre pero... que lo siente.

—Me alegro —murmuré—. Estoy segura de que no te importa, pero...

—En realidad sí. El odio es... es un peso... y cuando me dijo esas cosas, me libré de él. —Hizo una pausa—. Había estado pensando en lo que me dijiste. Quiero decir, lo que pasó fue horrible, pero comprendo que así era como lo habían criado.

—Creo que a él también le ocurrieron cosas malas. El dolor enseñaba a la gente a infligir dolor.

Tegan asintió.

—No me sorprendería. ¿Qué vas a hacer respecto a Fade?

—Darle tiempo para que me eche de menos, supongo. Me duele que me rechace.

Antes de que pudiera contestarme, el jefe de los sembradores nos gritó y volvimos al trabajo. Dos días pasaron de aquel modo, llenos de tareas mecánicas y pensamientos agobiantes, hasta que por fin estuvimos preparados para hacer el viaje final de vuelta al pueblo. Las carretas estaban muy cargadas, y las mulas bramaron en protesta. Defendería aquella caravana con mi vida, y no solo porque Tegan fuera parte de ella.

Cuando el centinela gritó y las carretas se pusieron en movimiento, lo supe. Oh, lo supe.

Y mí corazón murió un poco.

Aquello, aquel momento, era lo que habían estado esperando. Después de que destruyeran la siembra, establecimos el puesto de vigilancia y no pudieron acercarse lo suficiente como para hacerlo de nuevo debido a nuestros rifles. Se habían pasado el verano incrementando su número, llamando a Freaks de otros lugares, y ahora tenían una horda monstruosa. En una sola carga destruirían nuestra fuente de aliento y nos harían morir de hambre, si es que no conseguían traspasar la muralla. Eran tantos que seguramente lo conseguirían, aunque esperaba que aún no hubieran descubierto cómo hacerlo.

—Están cargando —gritó el centinela—. Que el cielo se apiade de nosotros. Oh, ten piedad.

Estaba claro que no era consciente de cuánto estaba asustando a los guardias que no disfrutaban de su ventaja visual.

—Miradlos, oscurecen la tierra.

—Cállate —gritó Improbable. El centinela obedeció.

Escuché junto al resto de los hombres las órdenes que ladraba Improbable.

—Somos pocos hombres para tantas carretas. Pero quiero, hijos de Adán, que luchéis como nunca habéis luchado antes. Hacedlos retroceder. Proteged estas carretas sea como sea. ¿Lo comprendéis?

—¡Si señor! —Fue la aterrorizada respuesta.

Tomé la posición que me habían asignado, y preparé mis dagas. Los mejores fusileros se quedarían atrás para abatir a tantos como pudieran antes de que nos golpeará la primera oleada. Los sembradores, que habían tenido la mala suerte de haber salido aquel último y aciago día, corrieron hacia las puertas. Con él corazón en la garganta, observé la marcha de Tegan. No era rápida, pero él jefe de los sembradores estaba ayudándola. Me alegré. Si se movían lo suficientemente rápido, no tendría que preocuparme por protegerlos a ellos también. Salvación estaba lejos, pero esperaba que no encontraran problemas, que no hubiera patrullas de Freaks acechando sin que pudiéramos verlas.

El chasquido de los rifles hizo que me girase, y seguí avanzando de espaldas. La primera oleada nos atacó desde atrás. Eran muchos. Demasiados. Un escalofrió me recorrió. *No podemos ganar. No podemos.*

No con esa actitud. No entrené para eso. Parte de mí quería buscar a Seda, pero a mí yo racional sabía que no estaba allí. Era solo un eco de mí mitad Cazadora, incentivándome cuando él valor me fallaba.

Los conductores azotaron a las mulas con las riendas para que las carretas fueran más rápidas. Los Freaks cayeron con las gargantas ensangrentadas, ya que Improbable había enseñado a los guardias a que apuntaran a la parte más grande de sus cuerpos. *No malgastéis balas, dijo, abatidlos.* A veces me recordaba a Seda, aunque él era mucho más agradable.

Yo tenía el rifle de Miles, así que lo empuñe. Aquella arma nunca sería mi favorita, pero disparé una y otra vez, y después recargué con manos temblorosas. El retroceso dolía, pero seguí disparando. Maté a cinco, seis, siete, pero la horda parecía interminable.

El resto de guardias hacían lo mismo. Los Freaks se derramaban hacia nosotros en una hambrienta oleada, mientras las carretas avanzaban pesadamente hacía las murallas. Si conteníamos a los monstruos lo suficiente, si podíamos hacerlo (y si no habían atacado a los sembradores por el otro lado), entonces nuestro pueblo podría conseguirlo.

Cueste lo que cueste.

Me alegraba de que Improbable hubiera puesto a salvo a Fade y Stalker. Tegan también se había marchado ya. Por tanto, no tenía nadie en concreto por quien

preocuparme. Mi miedo desapareció. Totalmente tranquila, me concentré. No había dolor, ni distracción.

Solo tienes que conseguir un poco de tiempo. Frenar su avanzada.

—Sabía que esto pasaría —dijo un guardia. Miró hacia el cielo y disparó por última vez.

La vanguardia nos alcanzó demasiado pronto. Tiré mi rifle y saqué las dagas. Peleé como la propia muerte, girando, esquivando y acuchillando. Los Freaks no dejaban de caer a mí alrededor, pero yo había estado practicando para aquel momento desde la primera vez que comprendí qué era un Freak. Cuatro de ellos me atacaron, pero carecían de mi entrenamiento. Sus garras y dientes no podían compensarlo por completo aunque, con el tiempo, lo haría su número.

Pero me llevaría a tantos conmigo como pudiera.

Dos murieron rápidamente bajo mis dagas, derramando sus entrañas en un montón a sus pies y manchando el suelo. Los otros dos se movieron con cautela y amagaron, gruñendo. Los Freaks habían perdido un poco de terreno, ya que aún no eran criaturas disciplinadas, y algunos cayeron presa de la tentación de alimentarse de los muertos en lugar de luchar.

Me di cuenta de que no estaban comiéndose unos a otros, tal como los otros, los más débiles, habían hecho en los túneles.

Dos más aparecieron y me rodearon. Bloqueé cuatro golpes, pero recibí el quinto. Apuñalé la mano del ataque y el Freak retrocedió, aullando de dolor. Sus turbios ojos casi humanos me miraron con odio desde su monstruosa cara.

—¿Creías que iba a dejar que me comieras? —le pregunté.

—Comieras —gruñó.

Casi se me cayeron las dagas. Solo había sido una repetición mecánica. No había hablado de verdad. ¿Verdad? Me recuperé justo a tiempo, y apuñalé al Freak en el cuello. Acabé con otro con un tajo giratorio que Stalker me había enseñado. Un muerto más. Otro. Se me estaban cansando los brazos, y recibí dos heridas casi seguidas. Zarpazos, no mordiscos. Eran más limpios.

¿Cuánto más aguantaremos? Vi agonizar a un hombre mientras llamaba a gritos a su esposa.

—¡Las carretas están a salvo! —gritó un chico a mi espalda, un audaz mensajero de Salvación que había venido a decirnos que habíamos resistido con valentía el tiempo suficiente.

—¡Retroceded! —gritó Improbable.

Los Freaks que se estaban alimentando de nuestros caídos levantaron la cabeza, con sus colmillos amarillentos goteando sangre, y observaron nuestra retirada. Algunos nos persiguieron. Improbable se mantuvo en su puesto y cubrió nuestra retirada con feroz determinación. Se aferró a su Vieja Chica como si fuera la única mujer a la que hubiera querido nunca, y disparó. *Otra vez. Otra vez.* Miré atrás y descubrí que aún no estaba retirándose. Mantenía su posición mientras luchaba por

nosotros.

—¡No! —grité. Me di la vuelta—. ¡No!

—Sigue, Deuce.

Improbable se llevó los dedos a la frente en un saludo final, y después amartillo su arma. Otro Freak cayó. Estaba retrocediendo lentamente, dándoles una razón para temerlo. Si salía corriendo, todavía podría conseguirlo.

Vamos, corre. Te necesito vivo.

Di dos pasos en la dirección contraria, y me habría quedado atrás si un guardia no me hubiera agarrado. Me cogió en volandas y corrió. Lo golpeé mientras los Freaks caían sobre Improbable, el hombre que me había salvado la vida hacía tantos meses. El jefe del puesto de avanzada cayó, pero siguió disparando incluso bajo el peso de los Freaks.

El guardia me arrastró, aun gritando, hacía Salvación, hacia la seguridad, hacía la culpabilidad por haber sobrevivido cuando Improbable no lo había logrado. Al final me dio una bofetada, con la mano abierta, y me miró con furia.

—No dejes que su sacrificio sea en vano. Tenía una pierna mal. No lo habría conseguido... Lo habrían atrapado desde atrás, y él no quería terminar así. ¿Puedes entenderlo?

Podía. Lo hacía. La Cazadora que había en mí respetaba su decisión, pero la chica lloraba incesantemente por aquel hombre que había muerto como un héroe. Recordé las noches que había pasado en la muralla con él, y cómo lo había visto frotarse la rodilla. Contuve las lágrimas con amargura. A veces tenía que ser solo Cazadora, o no podría sobrevivir al dolor. Algún día dejaría que la chica llorara por él, pero no hoy.

—Suéltame —le exigí.

Se fio de mi palabra y corrimos juntos hacia las puertas, que se habían abierto solo lo suficiente como para que los supervivientes entraran. De los veinte que habíamos salido, solo volvimos cuatro: el guardia que me había agarrado, otros dos... y yo.

Los familiares esperaban noticias dentro. Aquella escena era terriblemente familiar. La mayoría rompieron a llorar cuando se dieron cuenta de que había sido una masacre. Mamá Oaks estaría buscándome, frenética, de la mano de Edmund, pero yo no podía moverme. La zona era un caos de carretas y mulas, de mujeres y niños llorosos. Me froté el rostro con manos temblorosas y me puse en cuclillas, a la defensiva. Mis heridas eran lo de menos, no me importaba lo graves que fueran.

Improbable, pensé, y su nombre me apuñaló. Lo odiaba por ser un héroe.

Los Freaks merodeaban tras las murallas. Estaban dándose un festín.

Aquella vez no iban a marcharse.

Tegan fue la primera en verme. A pesar de mi desesperación, me sentí aliviada; me alegraba muchísimo de que hubiera conseguido volver después de haberle sugerido que se presentara voluntaria para ayudar con la cosecha. Si le hubiera pasado algo, no lo habría soportado. Con ojos preocupados, se arrodilló en la tierra junto a mí, sin preocuparse por si se manchaba la falda.

—Vamos a la consulta del doctor —me dijo.

Me encogí de hombros. Levantarme me parecía imposible. Entonces me examinó más atentamente.

—Estás sangrando.

—¿Sí?

En más de un lugar, seguramente. Como parecía decidida, dejé que me ayudara a levantarme.

Mamá Oaks nos encontró antes de que diéramos más de un par de pasos.

—¿Deuce?

Tegan me miró con seriedad.

—Voy a llevarla a que la vea mi padre.

Me pregunté si se había dado cuenta de lo que había dicho, y qué pensaría el doctor Tuttle al respecto. Aquel hombre había hecho todo lo posible para salvarle la vida, y la pierna, así que quizá se alegraría de haber ganado una hija. Su esposa, seguramente, también se alegraría. En Salvación había aprendido que los lazos familiares no siempre venían de la sangre.

Mi madre de acogida fue a abrazarme y se detuvo. Me puso las manos en los hombros.

—Tegan tiene razón. Necesitas atención médica. ¡Edmund!

El hombre apareció a mi espalda y me cogió cuidadosamente en brazos. No pensé que tuviera fuerza suficiente pero, arrastrando los pies, lo consiguió. Por el camino, comencé a marearme y mi visión se emborronó.

—¿Otro paciente? —Preguntó el doctor Tuttle—. Malditos Mutantes. Me dan más trabajo del que me gustaría. Tegan, cariño, trae agua, jabón, y mi bandeja de instrumentos. —La chica murmuró algo que no entendí, y él le respondió—. Sí, puedes ayudarme.

Cuando Edmund me dejó sobre la camilla perdí el conocimiento, y, cuando desperté de nuevo, estaba en mi propia cama. Sentarme me dolió más de lo que esperaba. Confundida, miré bajo mi camisón y descubrí cuatro nuevas cicatrices, pulcramente cosidas. Debía de haber estado peor de lo que pensaba.

Mientras me debatía entre levantarme o no, Mamá Oaks apareció con una bandeja. Olía mejor de lo que me merecía. La dejé sobre mi regazo.

—Me has dado un buen susto.

Le había hecho revivir lo de Daniel. Y me arrepentía profundamente.

—Lo siento —murmuré.

—El doctor Tuttle dice que te pondrás bien.

Bien, pensé, era un término relativo, pero él no podía coser las heridas que no podía ver. Cogí mi comida y la mordisqueé para hacerla feliz. Mamá Oaks se sentó en la silla junto a mi cama.

—¿Cómo están las cosas ahí fuera? La mujer frunció el ceño.

—No te preocupes por eso. Tienes que descansar y curarte.

—La inquietud no es buena para el descanso.

Suspiró débilmente y se pasó una mano cansada por el cabello. No me habría sorprendido que hubiera dormido en aquella silla, decidida a no moverse hasta que yo despertara. Edmund apareció mientras Mamá Oaks intentaba decidir cuál de las dos era más cabeza.

Dio un paso al interior de la habitación.

—Te he arreglado las botas.

Aquello fue más de lo que podía soportar, porque sabía cómo era Edmund. No le gustaban los asuntos sentimentales, así que, viniendo de él, aquello era como un abrazo. Asentí con los ojos húmedos.

—Gracias. Las he machacado mucho.

—Ha sido un placer —me dijo en voz baja, y después volvió a la planta de abajo.

—Supongo que no te hará daño que te lo cuente —decidió Mamá Oaks en voz alta—. Pero si intentas levantarte, le pediré al doctor Tuttle otra de sus pociones. Y entonces dormirás dos días más.

—¿Han pasado dos días?

No sabía que estaba sucediendo, pero no era mi labor arreglarlo. Yo ya había cumplido mi parte.

—Así es. Han rodeado el pueblo. Por ahora se mantienen fuera del alcance de los rifles, como si estuvieran vigilando.

—Planeando —dije amargamente.

El amable rostro de Mamá Oaks se tensó y se puso serio.

—Antes habría pensado que estabas loca por decir algo así, pero creo que tienes razón. Parece que están midiéndonos, intentando descubrir como entrar.

—Pero no pueden, ¿verdad?

—No —me respondió—. Claro que no. Elder Bigwater ha ordenado que se apuntalen las murallas, solo por si acaso, y han doblado las guardias. Aquí dentro estamos seguros, no te preocupes.

Estaba claro que era mejor no preocuparme, pero sus ojos afirmaban lo que sus palabras negaban. Estaba muerta de miedo, e intentaba esconderlo. Sus oscuras ojeras revelaban noches sin dormir, y se mordía el labio inferior con nerviosismo. Aquellas no eran señales de confianza en nuestra seguridad.

Fingí que la creía.

—Eso está bien.

—Ahora come, y después descansa. Prométemelo.

Me sostuvo la mirada hasta que murmuré las palabras que quería oír.

—¿Qué día es hoy? —le pregunté.

Cuando Mamá Oaks me lo dijo me reí, con un sonido amargo y desprovisto de alegría. Se había levantado para irse con Edmund a la planta de abajo pero, ante mi reacción, volvió y se sentó en el borde de mi cama.

—¿Qué pasa?

—Es mi día. —Su expresión perpleja me hizo explicarme—. El día en el que nací. Después de quince años, me gané mi nombre. Llevo siendo Deuce un año entero.

—¿Quieres decir que es tu cumpleaños?

—Sí, así es como lo llamáis aquí, creo.

Recordaba que Justina había celebrado una fiesta. Yo tenía el cuerpo lleno de costuras, una bandeja con un té de hierbas y una sopa suave. Empujé la tostada.

—No lo sabía. Deja que te haga una tarta. Se inclinó y me besó la frente.

No podía recordar que ninguna mujer hubiera hecho eso antes, pero... me gustó. Todo me dolía menos. Para complacerla (y porque iba a hacerme una tarta) bebí un poco del asqueroso té. Curvé el labio.

—¿Está Fade aquí?

Si no estaba, tendría que salir a buscarlo. Él no tenía una casa de acogida segura, como Stalker, Tegan y yo.

Su rostro se suavizó y asintió.

—Está abajo en la cocina. No quería quitarte tu sitio aquí, aunque él también estaba muy grave. Perdiste mucha sangre, niña.

—Ni siquiera me di cuenta. —Hizo una mueca de escepticismo, e intenté aclarárselo—. Cuando estoy luchando, es como si el mundo entero se quedara en silencio. No puedo oír ni ver nada excepto mi siguiente golpe. Ni siquiera siento...

—¿Dolor? —sugirió.

—A veces no. Mis dagas y yo somos uno. Es el ideal de toda Cazadora.

—No me importa cómo lo llames, pero esa es la razón por la que estás en cama, y por la que vas a tomarte ese té y no moverte un centímetro hasta que te pida que bajes para tomar tarta.

—Gracias —le dije.

Tarta... y Fade. A pesar del caos tras las murallas de Salvación y de mi dolor por el sacrificio de Improbable, sentí un poco de alegría agridulce. Se alegraría de verme, ¿verdad? *Ya han pasado dos días.*

—Te dejaré ropa para que te laves —me dijo al marcharse—. Pero no te levantes antes de que te lo diga. Y voy a traerte un poco de ungüento para tu pobre piel quemada.

Fui obediente: me bebí la sopa y el té y después me comí la tostada seca. Escuché a Edmund hablando en la planta de abajo, y a Mamá Oaks respondiéndole mientras trabajaba en la cocina. Nada de Fade, pero tampoco había hablado mucho antes de volver a Salvación. Me alegraba de que los Oaks le hubieran dejado que se quedara, ya que estaba herido y necesitaba tratamiento.

No paso mucho tiempo antes de que me aburriera... y me sintiera sola. Solo había un remedio. Salí de la cama, con cuidado de no hacer crujir el suelo, y cogí el libro que me había acompañado en los momentos como aquel. *Muchacho Diurno y Chica Nocturna* me consolaba; había encontrado aquel libro cuando llegué a la Superficie y me sentía identificada con la historia, a diferencia de lo que ocurría con las que leía en el colegio. Con dedos reverentes, recorrí el diseño de la cubierta y las letras. Ya podía descifrar las palabras sola. Al tocarlo, me sentí más cerca de Fade. Escuché su voz cuando nos narró el final de la historia, con el traqueteo de la carreta que nos acercaba cada vez más a Salvación, y a una nueva vida.

Para renovar mi fe, lo leí en voz alta. Odiaba hacer eso en clase porque era lenta, más lenta que todos los demás excepto Stalker. No era elegante. No era emotiva, como algunos, que podían hacer que las palabras sonaran como si las pronunciaran los propios protagonistas. Yo no podía hacer aquello. Pero leí las palabras de todos modos.

«El rey les entregó como regalo el castillo y las tierras de Watho, y allí vivieron y siguieron enseñándose cosas el uno al otro durante muchos años, que no se les hicieron largos. Y cada día que pasaba, Nycteris amaba más al día, porque era el ropaje y la corona de Fotogén, y vio que le día valía más que la noche y que el sol era más soberano que la luna; y Fotogén llegó también a encariñarse con la noche, porque era la madre y el hogar de Nycteris».

Aquello parecía una profecía, pero Fade había pasado tiempo tanto arriba como abajo. En términos precisos, el libro se refería a Stalker y a mí.

Él era el que tenía el cabello como la luz del sol, y el que había sido criado donde brillaba la luz. Yo siempre había vivido en la oscuridad. Incómoda de repente, como si el libro hubiera perdido parte de su magia, volví a colocarlo en la estantería.

Entonces volví a la cama, ya que incluso aquellos pocos pasos me habían agotado. Debí de quedarme dormida, a pesar de que no lo pretendía, porque me desperté con la llamada de Mamá Oaks.

—El pastel ya casi está listo. Prepárate, si puedes.

—¡Puedo!

No era una mentira, pero tardé más de lo que esperaba, sobre todo porque tuve que lavarme el pelo en la palangana. No me había bañado adecuadamente desde el permiso, y había perdido la cuenta de cuántos días habían pasado desde entonces. No

podía bajar las escaleras para recibir a mis amigos y familia con aquel aspecto. Para terminar tuve que pedir más agua, lo que hizo que Mamá Oaks apareciera parlotando.

—Oh, mira lo mojado que tienes el pelo. Vas a morirte de un resfriado.

—Estoy bien.

La miré, deseando que me ayudara sin quejarse. Mamá Oaks entendió la indirecta y cogió varias jarras. Al volver, dejó un bote de crema sobre el tocador.

—Esto reducirá la rojez y hará que la piel te escueza menos. Te han salido unas buenas quemaduras por culpa del sol.

—Me ocuparé de eso antes de bajar —le aseguré. Se detuvo en la puerta.

—Rex y su esposa vinieron a cenar la semana pasada.

—¿Sí?

—Me dijo que fuiste a verlo durante tu permiso.

—Creí que debía conocerlo, ya que es mi hermano adoptivo y todo eso.

También le había gritado: me pregunté si Mamá Oaks lo sabría, si Rex se lo habría contado.

—Me alegro de que lo hicieras. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vino a casa. Así que... gracias, Deuce. Has sido una bendición para esta familia.

Cuando Mamá Oaks se marchó, terminé apresuradamente mi baño improvisado. Mi fuerza no era como debía ser, y me senté en el borde de la cama para esperar a que se me pasara el mareo. Mientras, me recogí el cabello en una complicada trenza, y la até con un lazo verde. Después de eso, investigué el tarro que mi madre de acogida había dejado para mí. Olía bien, pero era pegajoso al tacto. Como se lo había prometido, me puse la crema sobre las manos y la cara.

Cuando me sentí un poco mejor abrí mi armario, pero no elegí el vestido azul que llevé en el festival. Quizá nunca volviera a ponérmelo. Su sedosa tela me traía demasiados recuerdos, y me preocupaba que Fade y yo nunca volviéramos a estar juntos como lo habíamos estado aquella noche. Luchando contra el miedo, elegí el vestido verde que pegaba más con el lazo de mi cabello. Comprobé mis reflejos, consideré que eran pasables, y bajé las escaleras.

Allí encontré a los invitados esperándome: Edmund y Mamá Oaks, el doctor Tuttle y su esposa, Tegan, Stalker, su padre de acogida, Smith, y, para mi alivio, Fade. La hinchazón alrededor de sus ojos y mandíbula había bajado lo suficiente como para que pudiera discernir de nuevo sus rasgos. Se movía con vacilación, como si le dolieran las costillas, y no me sonrió. Apartó la mirada. Cuando me vieron, todos hablaron a la vez, murmurando buenos deseos y felicitaciones. Boquiabierta, me di cuenta de lo que había hecho Mamá Oaks, y con tan poco tiempo para prepararlo. Aquello era una fiesta. Para mí. Parpadeé para alejar las repentinas lágrimas de la chica de mi interior.

Edmund me cogió del brazo y me escoltó hasta la mesa como si solo estuviera siendo educado, pero creo que se había dado cuenta de que me vendría bien el apoyo.

Los puntos me dolían, y dos de las heridas me escocían. Pero nada de aquello me obligaría a volver a la cama, bajo ninguna circunstancia.

—Tienes mucho mejor aspecto —me dijo el doctor Tuttle con una sonrisa jovial—. Justo a tiempo para un día especial, me han dicho. ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis —respondí.

Los mayores armaron alboroto sobre cómo estaba creciendo, y ni siquiera quise apuñalarlos. No les dije que ya era adulta, que llevaba siéndolo un año. Estaba totalmente distraída por otra cosa.

Un montón de regalos.

La mayoría habían sido envueltos apresuradamente, y no eran tan bonitos como los paquetes de la casa de Justina. No me importaba. Nadie esperaba que sangrara sobre ellos, a diferencia de los regalos que habían acompañado a mis cicatrices el día de mi designación. Aquellas ofrendas eran para mi deleite... y para mostrarme afecto.

—Gracias —dije, una y otra vez, mientras los abría.

Nadie me había dado nunca nada porque quisiera hacerlo. Siempre había intercambiado un objeto por otro. No importaba qué contenían los paquetes; estaba encantada fuera lo que fuera. Recibí más lazos para el cabello, una piedra de afilar para mis dagas y una delicada vaina de cuero que encajaba perfectamente en mi muslo.

Cuando le di las gracias a Edmund por la vaina, se sonrojó y me contestó:

—¿Cómo lo has sabido?

—Por la calidad del trabajo —le respondí, y mi padre de acogida quedó tan complaciente que se inclinó para besarme la mejilla.

Cuando terminé de abrir todos mis regalos comí pastel, charlé, y bebí sidra. Era una fiesta preciosa... y también horrible, porque Fade actuaba como si no estuviera allí. No sabía cuál había sido su regalo, si es que me había regalado algo, y temía acercarme a él después del modo en el que me había suplicado que lo dejara solo en el puesto de vigilancia. Me moriría si lo decía en frente de todos, así que lo observé por el rabillo del ojo, atenta a sus nerviosos movimientos.

Tegan se sentó a mi lado.

—Para ya.

La miré inmediatamente.

—¿Qué?

—No dejas de mirarlo.

Su tono me hizo pensar que tenía más que decir sobre Fade, pero aquel no era el momento de hablar de ello.

—Lo siento. —Miré a los demás—. ¿Puedes venir conmigo arriba? La chica asintió.

—Un ratito. Más tarde.

Después de la tarta, pasamos a la sala de estar llevando algunas sillas con nosotros. Las lámparas estaban encendidas, y las velas se fundían dejando cera en sus

patillos. Era una ocasión festiva, aunque el desastre y la muerte acechaban fuera de las murallas. Los mayores charlaron entre ellos. Edmund y Smith conversaron animadamente sobre sus distintas artesanías, y Mamá Oaks estuvo hablando con el doctor Tuttle y su esposa.

Al final, subí las escaleras con Tegan y nadie pareció darse cuenta. Al menos, no nos preguntaron qué estábamos haciendo. Los movimientos tiraron de mis puntos e hicieron que las heridas me escocieran. Tegan me ayudó a sentarme en la cama y se sentó a mi lado.

—Tú sabes qué está pasando —le dije entonces—. Pensé que, si le daba tiempo, todo iría mejor, pero no está siendo así. ¿Tienes alguna idea de por qué...?

—Cuando tú me liberaste de los Lobos, lo que más me gustaba de ti era que no me tratabas como a un pájaro con un ala rota. Me diste un arma y esperaste de mí que luchara.

—No comprendo qué tiene eso que ver con Fade.

—Pero, en mi interior, me sentía... sucia. Como si no fuera tan buena o tan fuerte como tú.

—¿Qué? —jadeé.

Levantó una mano para contener mi sorprendida protesta.

—Lo que le ha ocurrido a Fade, ha ocurrido contra su voluntad. No pudo detenerlo. Así que, si tengo que adivinar, diría que se siente como yo me sentía. Y no hay ninguna magia que pueda sanarlo. La única cura es el tiempo.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

Tegan se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Ojalá tuviera la respuesta, Deuce, pero tú lo conoces mejor que yo. Tú sabrás si debes insistir, o dejarlo en paz.

Mientras bajábamos las escaleras, esperé haber tomado la decisión correcta. Stalker cojeó para unirse a Tegan y a mí, con un brillante bastón tallado con una elegante forma.

—Nos tenías preocupados. Desmayarte es más propio de Tegan. La chica se rio y le dio un codazo.

—Me gustaría saber qué harías tú con un agujero en el muslo, después de que alguien te ponga encima un cuchillo ardiendo.

¿Se habían hecho amigos después de la disculpa de Stalker? Me alegraba de que hubieran hecho las paces, pero ya apenas reconocía mi mundo. Fade era un fantasma, y Stalker y Tegan bromeaban juntos. Moví la cabeza, me sentía confusa, cansada y dolorida. Mi oleada inicial de excitación había dado paso al cansancio, y quería retirarme, pero no podía ser maleducada.

Mamá Oaks interpretó correctamente mi expresión agotada. La fiesta terminó con sonrisas y más felicitaciones. Era curioso. Ya era lo bastante mayor, oficialmente, como para no ir al colegio con la señorita James. Desde que llegué, aquella había sido una fuente de infelicidad para mí, y anhelaba este día.

Ahora no me importaba en absoluto.

Murmuré mis buenas noches, y acepté besos en la mejilla de Tegan y Stalker. Con una sonrisa, el chico presionó los labios en la mejilla que Tegan no había besado. Después, los invitados se marcharon. Me giré hacia las escaleras. Parecía que había un largo camino hasta mi habitación. A medio camino, una cálida mano se posó en la parte baja de mi espalda, asegurándose de que no perdía el equilibrio al subir las escaleras. No miré, estaba demasiado asustada de que fuera Fade, pero el inconfundible hormigueo de mi espalda me dejó claro que era él. El silencio entre ambos duró todo el camino, hasta que llegamos a la puerta de mi dormitorio.

Y entonces habló.

—Feliz día de la designación, Deuce.

Una sonrisa creció en mi interior. Pero antes de que pudiera responderle, continuó.

—Olvídame. Deja de mirarme con esos ojos suplicantes. Ahora no puedo ser lo que necesitas.

Y entonces se marchó, todo hielo y aire, y me dejó muriéndome en silencio.



El doctor Tuttle llegó más tarde, aquella misma semana, para quitarme los puntos. Los cortó con manos firmes y hábiles mientras charlaba de trivialidades para que no me avergonzara demasiado por tener sus manos en lugares que nunca dejaría que nadie más que Fade tocara. Guardiana de la moral, Mamá Oaks se quedó con nosotros para tranquilizarme con una mano en mi cabello.

Nunca antes se había preocupado tanta gente de mis heridas. Ambos se sorprendieron al ver las cicatrices que tenía en el hombro y en el estómago, recuerdos de batallas ganadas. Las de mis brazos eran un símbolo de mi valentía, pero tampoco les gustaron. Que no reconocieran mi estatus del enclave ya no me molestaba tanto, porque aquel verano había dejado clara mi valía.

Mamá Oaks suspiró.

—Odio ver cómo te han herido.

—Todos los de salvación deberíamos ser así de fuertes —me alabó el doctor Tuttle—. Ahora no es el momento de escaquearse.

Cuando el médico se marchó, le pregunté a Mamá Oaks.

—¿Qué significa escaquearse?

—Fingir que te sientes mal para librarte del trabajo.

—Yo nunca haría eso.

Me sentí verdaderamente insultada; ya estaba cansada de que me trataran como a una niña.

Las cosas con Fade no había mejorado. Se pasaba los días con Edmund, aprendiendo a trabajar el cuero. No lo veía como zapatero pero, si seguía aprendiendo, podría fabricar armaduras, lo que significaba que tendríamos a Tegan como médico, a Stalker para fabricar armas, y a Fade para proporcionarnos el equipo. Eso me dejaba la sensación de que tenía que aprender a hacer algo más que luchar.

Me pasaba el tiempo remendando con Mamá Oaks y dando vueltas a oscuros pensamientos. No podía creer que Stalker no hubiera venido a verme ni una sola vez. No es que quisiera que lo hiciera; me alegraba de que por fin hubiera decidido dejarme en paz. Me alegraba de verdad, pero me dolía un poco que ambos chicos me hubieran abandonado.

Cuando mi estado mejoró, Elder Bigwater me mandó llamar. Mi madre de acogida había hecho todo lo posible para evitar que me enterara de las malas noticias, pero fui descubriéndolo todo poco a poco, y aquel día concreto, llegó un mensajero. Era el mismo chico que nos había avisado de que las carretas estaban a salvo. Me di cuenta entonces de que era Zachariah Bigwater, a quien conocí la noche del baile.

El hermano mayor de Justina era un héroe en el pueblo y la gente pedía a gritos su tiempo y atención, pero se quedó para escoltarme hasta la casa de su padre. Zach se

parecía un poco a Justina, pero su cabello era más oscuro, más parecido al cereal que había cosechado en aquellos malditos campos. Sin embargo, sus ojos brillaban con el mismo increíble azul. Sus rasgos también eran más fuertes, pero no se parecía demasiado a su padre.

—Luchaste junto a mi amigo, Frank Wilson —me dijo mientras caminábamos.

—Era un buen hombre. *Zach debe de estar dolido*. El chico insistió.

—Fuimos juntos al colegio.

—¿Quieres saber algo concreto? —le pregunté amablemente.

Era evidente que sí, o no habría sacado el tema. En su lugar, yo habría querido saber que había pasado exactamente. De no ser así, la interminable incertidumbre me acosaría y mi mente idearía destinos peores. Pero era imposible imaginar a un hombre dejando este mundo de un modo más horrible que Frank, aunque Zach no lo supiera. Sus miedos, en comparación con la verdad, seguramente serían consoladores.

El chico aminoró el paso.

—¿Murió bien?

No, pensé. Nadie lo hace.

No estaba acostumbrada a decir mentiras pero, si le repetía a Zach el relato de Fade sobre cómo Frank había sido asesinado y deshuesado, esa verdad solo serviría para alimentar sus pesadillas. Le mentí, aunque las esperanzadoras palabras se quedaron atrapadas en mi garganta.

—Lucho hasta el final. Fade dice que nunca se rindió.

Ni siquiera cuando lo trocearon.

Zach encorvó los hombros mientras nos acercábamos a la casa. Como recordaba, era bonita y grande, y estaba recién encalada. La señora Bigwater tenía un huerto en el lateral, y flores en la parte delantera que se amotinaban en tonos rosas y naranjas. En la parte trasera seguramente tenía verduras. Sabía que había una zona de césped en el otro lado, donde Justina había celebrado su fiesta.

—Quise presentarme voluntario —me dijo entonces—. Pero mi madre no me dejó.

Si lo hubiera hecho, seguramente no estaría allí. Habíamos conseguido volver muy pocos. Aún tenía aquel último viaje en mi mente, marcado con un nítido relieve, todo cenizas y sal.

No pude sonreírle, ya deseaba la gloria o sentirme digno de la valiente muerte de su amigo. No podía. La verdad era demasiado dura y cruel.

—Fue mejor que no lo hicieras —le dije con voz ronca, sorprendida por la sequedad de mi garganta.

Improbable.

—¿Mataste a muchos Mutantes?

Muchos. Demasiados. Eso ya no hacía que me sintiera valiente: había sido algo que no había podido evitar.

—Tantos como tuve que matar —le respondí—. Y tu mensaje llegó justo a

tiempo... De no haber sido así, ninguno de nosotros habría conseguido volver.

En mi mente vi de nuevo aquella oleada, justo después de la primera. Otro minuto más, y no habríamos sido capaces de huir. Era extraño pensar que le debía mi vida a Zach Bigwater.

—Gracias.

—Bueno. —Parecía incómodo, ya fuera por sus propias emociones o por mi gratitud—. No hagamos esperar mi padre.

La última vez no entre en la casa, así que me sentía rara siguiéndolo por las escaleras. El interior era más elegante que mi casa, y había más cosas bonitas que solo tenían un propósito decorativo. Había un montón de cristal, más del que nunca había visto antes en un único lugar. No me sentía cómoda allí, porque pensaba que sería demasiado fácil romper algo. Zach me condujo hasta la sala de estar y después seguimos por un pasillo hasta una habitación de la izquierda. Era agradable, y tenía un escritorio, dos sillas, y un sinfín de hileras de libros. Fade *querría leer todos los títulos*. Su nombre se me clavó en el alma con el eco de su distancia, así que hui de aquel pensamiento y me concentré en Elder Bigwater, que se levantó para recibirme.

Me ofreció educadamente la mano, así que crucé la habitación para estrechársela. Pareció sorprenderse cuando lo hice.

—Eres una jovencita bastante inusual —me dijo.

Miré a Zach y a su padre, preguntándome que había hecho mal.

—Los hombres se estrechan la mano —me explico su hijo—. Las chicas, normalmente, hacen una reverencia.

Uhm. Como yo no tenía ni idea de qué era eso, no haría ninguna. La gente a veces me miraba como si fuera defectuosa por no conocer las normas que ellos daban por sentadas. Fade, seguramente, se había sentido así cuando llegó a nuestro enclave y le reprendieron por su desconocimiento de unas costumbres que eran del todo ajenas a él.

Suponía que era momento de ir al grano.

—¿Podríamos hablar de la razón por la que querías verme? El anciano ladeo la cabeza.

—Por supuesto. ¿Zach?

El joven se despidió de mí con la mano, salió y cerró la puerta a su espalda. Con un gesto mudo, Elder Bigwater me invitó a sentarme en la silla frente a su escritorio. Lo hice preguntándome por qué estaba tan asustada. ¿Había algún problema conmigo? No había sido la Cazadora más obediente aquel verano. Quizá Improbable incluyó algo sobre mi conducta en el mensaje que había enviado al pueblo. Pero no lo creía; Improbable nunca intentó disciplinarme, y de ser así lo habría hecho él mismo en lugar de endilgarle la tarea a Bigwater a través de un mensajero. Era ese tipo de hombre.

—¿Señor? —pregunté.

—Primero, debo decirte que Karl tenía muy buena opinión de ti. Aquel era el

nombre de Improbable.

—¿Sí?

Esa noticia fue un bálsamo para mi dolorido espíritu. Improbable me lo había dejado claro antes de morir, pero me sentí mejor al escucharlo. Eso significaba que Improbable había hablado bien de mí con otra persona.

Bigwater asintió.

—Me escribió antes de la batalla, para informarme de nuestras circunstancias. Me dijo que habías resultado ser valiosa en el campo, sobre todo como exploradora. Que podías entrar y salir de las líneas enemigas como nadie a quien él hubiera conocido.

—Stalker y Fade pueden hacerlo también.

El anciano sonrió, pero la expresión no encajaba bien con sus cadavéricos y austeros rasgos.

—También los menciono a ellos. No te preocupes, tus amigos recibirán todo el crédito que se merecen.

—Me alegro de que estuviera satisfecho con mi trabajo.

Había muchas más cosas que quería decir sobre Improbable, pero no a Elder Bigwater.

—Sí, por eso quería verte.

Por fin, pensé.

El hombre continuó.

—Puede que no seas consciente de ello, pero Karl te dejó sus bienes terrenales. Si no tienes más preguntas, haré que Zachariah te enseñe la casa, para que decidas que quieres hacer con ella.

¿Si tengo más preguntas? Tenía un centenar.

—No lo comprendo.

Su expresión seguía siendo tranquila.

—Su casa y todo lo que contiene te pertenece ahora a ti, Deuce. No es un sitio grande, porque era un viudo que no tuvo intención de casarse después de que su mujer muriera. Tampoco tuvieron hijos. Pero ahora, esa casa es tuya.

No podía ser verdad.

—¿No tenía familia?

—Ya no. La fiebre se llevó a muchos de los nuestros, hace 15 años. Yo casi perdí a Zachariah.

—Esto no tiene sentido. Seguramente...

—Comprendo tu sorpresa —me interrumpió—. Pero Karl dejó claros sus deseos.

Por primera vez, reveló su impaciencia moviendo algunos papeles de su escritorio. Capté la indirecta. Tenía cosas más importantes que hacer que discutir conmigo. La horda merodeaba tras las murallas, y tenía que asegurar a la gente que podía descubrir cómo salvarla. No envidiaba aquella tarea.

—¿Puede responderme a una pregunta?

Por su expresión, parecía pensar que estaba relacionada con Improbable.

—Por supuesto.

—¿Cómo es la situación ahí fuera, en realidad?

Su gesto amigable desapareció para revelar el de un hombre amargado por el cansancio. Se apretó el puente de la nariz con los dedos como si eso pudiera calmarle. El día de la reunión lo había juzgado mal; no era un líder que usaba las ideas de otras personas en lugar de trabajar él mismo. Su rostro mostraba el agotamiento de intentar descubrir cómo romper el asedio de los Freaks.

—Por ahora los estamos manteniendo a raya, pero los guardias se quedan sin munición más rápido de lo que Smith puede fabricarla. Ese joven amigo tuyo está ayudándolo, pero no podremos seguir así mucho tiempo.

Ah. Eso explicaba por qué Stalker no había venido a visitarme. La presión alrededor de mi pecho se aflojó un poco.

—A menos que algo cambie, nos quedaremos sin balas antes o después, y entonces atacarán las murallas. Cuando eso ocurra, calculo dos días antes de que consigan entrar.

Aunque aquellas noticias eran nefastas, más o menos me las esperaba. Asentí.

—Gracias por tu sinceridad.

—No debería compartir esta información contigo, pero Karl me dio entender que puedes mantener un secreto.

—Así es. Dime si hay algo en lo que pueda ayudar, o si quieres que haga guardia en las murallas. No soy tan buena disparando como otros, sobre todo durante el día, pero por la noche puedo acertar a un Freak a un centenar de pasos.

Entonces me levanté y le ofrecí mi mano de nuevo. Él me la estrecho, y llamó a su hijo.

—¡Zach!

El muchacho apareció con tanta velocidad que sospeché que había estado esperando cerca. Las puertas eran muy gruesas y no creía que hubiera oído mucho, si es que había intentado escuchar.

—Enséñale a Deuce la casa de Karl, por favor. —Elder Bigwater me sonrió—. Aunque ahora es tu casa, supongo.

—¿Preparada? —me preguntó Zach.

Asentí y salí al pasillo con él para encontrar a una mujer esperando. Tenía aire el aire de una Cazadora enfadada, la boca tensa y los brazos cruzados como para evitar golpearme. Retrocedí instintivamente y Zach me puso la mano en la espalda. Normalmente le habría golpeado por aquello, pero el aire cargado de peligro.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —exigió saber la mujer. Zach se interpuso entre nosotras.

—Nos marchamos ya, madre.

Así que aquella era la señora Bigwater. Se apartó de mí y entró en el despacho de su marido. Su voz llegó hasta nosotros.

—No puedo creer que la hayas metido en casa, sabiendo cuál es mi opinión. Ella

es la razón de que estemos sufriendo así. Las plagas de la soberbia serán lo siguiente. Tienes que hacer algo, pero te niegas a escucharme. Y, para empeorar las cosas, ¿permities que se relacione con nuestros hijos? No voy a...

—Siéntate, Caroline.

Apartándome del despacho, Zach me condujo fuera de la casa. Fui a ciegas, recordando a la mujer de la reunión que había intentado poner al pueblo en mi contra. Me di cuenta de que había sido la mujer del alcalde. Y eso no traería nada bueno.

—Lo siento —me dijo el chico.

El chico. Era mayor que yo, pero no lo parecía. Tenía una inocencia que yo había perdido hace mucho. Estaba segura de que su padre no había compartido la verdad acerca de la situación de Salvación con él. Zach no tendría una mirada tan clara si lo supiera.

—Alguna gente tiene dificultades para aceptar a los que son diferentes.

—A mí no me pareces tan diferente —me dijo.

Eso era porque me juzgaba por las apariencias; miraba mi cabello, recogido con un lazo, y mi limpio y bien planchado vestido gris. Zachariah Bigwater no podía imaginar las cosas que yo había visto.

—¿Por dónde?

—Por aquí.

Me condujo de vuelta por el pueblo hacia las puertas. No me sorprendió que Improbable viviera cerca de la muralla; sería práctico para sus viajes de aprovisionamiento. ¿Quién se ocuparía ahora de esa tarea? Esperaba que me hubiera recomendado como su sucesora, pero aquella, por el momento, era el menor de mis preocupaciones.

—¿Es esta? —le pregunté, un par de minutos después.

Era una casa pequeña y sencilla. No era tan grande como la de los Oaks, pero parecía acogedora y cómoda. Una parte de mí no quería entrar y mirar sus cosas, que ahora eran mías, porque eso significaría aceptar su pérdida. Otra parte quiso subir al porche, tentada por la idea de tener un lugar propio.

Zach asintió.

—Aquí está la llave. ¿Quieres que entre contigo?

Sentía que aquello era algo que debía hacer sola, así que negué con la cabeza.

—Estoy segura de que tienes cosas que hacer. Gracias.

El chico levantó la mano como despedida y yo entré en casa de Improbable por primera vez. En el interior olía a las hierbas que usaba para mantener fresca su ropa. Llegué inmediatamente a una sala de estar, llena de toscos muebles de madera, parecía como si los hubiera hecho él mismo, impaciente por la necesidad. Los cojines suavizaban de algún modo aquel efecto, y supe que su mujer los había cosido. Seguramente le había prometido a su mujer que lo mejoraría con el tiempo, pero ella había muerto e Improbable había intentado mantener las cosas igual que cuando estaban juntos, para no perderla por completo. Ver su casa me hizo ver aún más claros

dos rasgos de Improbable: su tristeza y su lealtad.

La casa tenía un trazado sencillo: la cocina estaba a la izquierda, y el dormitorio ocupaba la zona tras la sala de estar. En la cocina había una escalera. La subí y encontré una habitación vacía con el suelo terminado y las vigas pulidas. La casa de Improbable había sido lo suficientemente grande para un hombre y su esposa. En aquel espacio habrían podido dar cobijo a un par de niños, pero no llegaron a tener la oportunidad. Las lágrimas anegaron mis ojos. El día de su muerte pensé, *Algún día dejaré que la chica lllore por él, pero hoy no.*

Ya había llegado aquel día.

Me derrumbé en el suelo desnudo y dejé que los sollozos salieran.

Mucho después, me sequé el rostro con la manga y bajé las escaleras para echar un vistazo. Sentí la presencia de Improbable con más fuerza en el dormitorio, donde había piezas de repuesto para su Vieja Chica, cargadores de munición, y un par de prendas sucias que no había lavado antes de salir de patrulla. Deseaba comprender por qué había elegido dejarme aquel lugar a mí.

Entonces, encontré el legado más importante: sus papeles. Los hojeé y me di cuenta de que eran los mapas de todas las rutas comerciales, con los nombres de los asentamientos y algunos datos como cuánta gente vivía en ellos y qué necesitaban trocar. Abracé los documentos contra mi pecho, con el corazón latiendo como una bestia salvaje. Aquello era poder: para mí era como tener las llaves del mundo entero. Leí, sobre cogida, moviendo los labios mientras convertía las letras en palabras: Appleton, Rosemere, Otterbun, Lorraine, Soldier's Pond, Winterville y algunos más. *Quería dejarme esto. La libertad. No una casa.*

Recordé nuestra charla en la muralla cuando le pedí que me llevara con él en sus viajes de aprovisionamiento. Antes me preguntaba a quién habría elegido, y aquella era su respuesta, tan clara como podía darla. Yo era su auténtica heredera, y él me había dado toda la información necesaria para hacer realidad ese sueño.

Guardé los documentos con cuidado en una carpeta de cuero, para mantenerlos a salvo. Ahora que la tenía, no quería que nadie me quitara aquella información. Quizá podría conseguir que Tegan me hiciera algunas copias, solo por si acaso. En el pasado se lo habría pedido a Fade, pero él ya me había dejado claro sus sentimientos. Por mucho que me doliera, respetaría su necesidad de distancia. No lo presionaría; comprendía lo que Tegan me había explicado sobre que no había magia que pudiera curarlo, solo porque yo quisiera que volviera a ser conmigo el mismo de antes. Pero valía la pena esperar.

Cuando miré a mi alrededor, me di cuenta de que podría ayudar a Fade incluso más.

— **H**as estado fuera mucho tiempo —me dijo Mamá Oaks.

Sus palabras eran una invitación para que le contara qué había hecho, así que le expliqué lo que había pasado. Me escuchó con atención, asintiendo en los momentos oportunos, y después me abrazó. Mamá Oaks suspiró.

—¿Era importante para ti?

Se refería a Improbable, no a los Bigwater con los que había hablado aquel día, aunque ambos eran hombres decentes: uno viejo y cargado de responsabilidad, y el otro joven y felizmente ignorante. Zach me parecía inocente, infantil. No tenía ninguna cicatriz, pero era un alma valiente y Salvación necesitaba tantas de esas como pudiéramos reunir.

Pensé en cuánto había significado para mí el jefe del puesto de vigilancia.

—Lo era, más de lo que creía. Ojalá se lo hubiera dicho.

—Sospecho que lo sabía, o no te habría dejado sus cosas.

Era un consuelo pequeño, pero mejor que nada. En cualquier caso, dudaba que Improbable se hubiera sentido cómodo con una escenita sentimental. Parecía el tipo de hombre que prefería que esas cosas se quedaran sin decir.

—¿Dónde está Fade?

—En la tienda, con Edmund.

—Entonces iré a verlo.

Su mirada me siguió mientras volvía a la puerta, con la carpeta de cuero aún en la mano. También tenía la llave guardada en el bolsillo. Mientras caminaba por el centro del pueblo, fui consciente de los ojos que me seguían. Un par de mujeres me miraron fijamente con descarado disgusto; seguramente eran amigas de Caroline Bigwater. Levanté la barbilla y las ignoré, acto seguido abrí la puerta del edificio que tenía el letrero de ZAPATERO, donde Edmund trabajaba la mayoría de los días. El aroma del cuero vivía en el aire pero, a diferencia de la curtiduría, el de allí era un olor agradable, suave y mantecoso.

Cuando entré, Edmund estaba trabajando en un par de zapatos. La sorpresa se reflejó en su rostro, pero desapareció rápidamente.

—¡Deuce! Me alegro de verte.

Charle con él un par de minutos para que no se sintiera ofendido por el hecho de que no hubiera ido a verlo a él.

—¿Qué son?

—Cuando estén terminados, serán un bonito par de zapatillas. ¿Te ha examinado ya el doctor Tuttle?

—Me ha quitado los puntos. Estoy como nueva.

No totalmente. Estaba herida de un modo en el que no lo había estado antes, porque mi dolor no era físico, y también me preocupaba el pueblo que se había convertido en mi hogar. Pero aquel no era asunto mío: los mayores resolverían el problema. Solo tenía que encontrar algún modo útil de ocupar mi tiempo, ahora que no tenía que asistir al colegio, aunque no me apetecía informar a la señorita James de mi decisión. En Salvación todo el mundo trabajaba... y yo no quería ser aprendiz de Mamá Oaks y convertirme en modista. Encontraría un modo de convencer a la gente para que me permitieran suplir a Improbable cuando se reanudaran las rutas de intercambio... Después de que se hubieran ocupado de los Freaks tras la muralla.

No será un trabajo fácil.

Entonces, Edmund demostró que era más perspicaz de lo que parecía.

—Fade está en la parte de atrás, cortando patrones.

—¿Te importa...?

—Ve. Puede tomarse un descanso, si quiere. Ese chico trabaja mucho, aunque no habla demasiado.

Solía hacerlo, pensé.

Con un vago murmullo, pasé junto a Edmund y entré en el taller de la parte trasera de la tienda. Fade levantó la mirada, y habría jurado que por un instante se alegró de verme, pero su expresión desapareció tan rápido que creí que lo había imaginado. Soltó la herramienta que estaba usando sobre el cuero e inclinó la cabeza de forma desafiante.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Lo que quería decir con aquella pregunta estaba claro: *Te dije que me dejaras en paz, que te olvidaras de mí. Y lo dije en serio.*

Ignoré el dolor y recordé por qué estaba allí. Coloqué la palma de la mano sobre el mostrador. Cuando la aparté, la llave estaba sobre el cuero a medio cortar.

—Sé que eres infeliz, que te sientes atrapado. Pero puedo ayudarte.

—¿Qué quieres decir?

—Improbable me ha dejado su casa. A mí no me gustaría vivir sola, y no me importa hacerlo con Edmund y Mamá Oaks, así que puedes quedártela y ocuparte de ella por mí. Te dará más tranquilidad... más intimidad. —Miré sobre su hombro, preguntándome si sabía cuánto me dolía aquello—. Allí nadie te molestará.

No tendrás que verme. Podrás lamerte las heridas y echarme de menos hasta que vengas a buscarme... porque tú eres mío, y yo soy tuya. Pero me callé esa parte.

—Yo... Te lo agradezco de verdad.

—¿Sabes dónde está?

Me era difícil mostrarme despreocupada con Fade cuando deseaba tanto tocarlo, entrelazar mis dedos con los suyos y besar las palmas de sus manos, decirle que estaba actuando como un loco.

Inclinó la cabeza.

—Improbable me llevó allí una vez.

No lo sabía pero, durante los primeros meses en el pueblo, había visto muy poco a Fade. Teniendo en cuenta cómo lo había tratado el señor Jensen, no me extrañaba que hubiera pasado en el establo tan poco tiempo como fuera posible. Lo imaginé buscando un lugar distinto donde quedarse cada noche, y deseé que hubiera acudido a mí.

—Eso es todo, entonces.

Me giré, decidida a no humillarme.

—Deuce... —Por un momento, un glorioso, alegre y esperanzado momento, pensé que iba a pedirme que volviera. Pero lo único que hizo fue añadir—. Gracias.

—De nada —murmuré.

Me despedí de Edmund, que estaba atareado de nuevo. No era de extrañar que disfrutara descansando en casa cuando se pasaba el día encorvado sobre un banco de trabajo. Al salir escuché disparos, uno detrás de otro. En lugar de volver a casa, fui a la muralla para ver por mí misma la situación. Más de una vez busqué a Improbable cuando estaba de servicio para quejarme por mis problemas, pero ya no podía hacerlo. Los guardias no me dejarían subir, pero el centinela me reconoció... Bueno, más o menos.

—Te conozco —me dijo, frunciendo el ceño.

Me sonrojé; el vestido debía de haberlo desconcertado. Yo lo había reconocido nada más verlo. Era, de hecho, el hombre que me había salvado la vida.

—Patrullé contigo todo el verano —le recordé. Se relajó, satisfecho con mi respuesta.

—Pareces otra, vestida como una mujer.

A pesar de mi estado de ánimo sonreí, y señalé la escala que conducía a la plataforma.

—¿Puedo?

—Seguramente no, pero después de todo lo que has visto, no creo que importe mucho. Vamos, sube.

Después de subir me coloqué a su lado. Me protegí los ojos con la mano porque el sol me molestaba un poco. Mi piel estaba aún pelándose en algunas partes después de haberme quemado durante la cosecha, pero tenía un poco de color por primera vez en mi vida. Al final, había perdido la palidez subterránea y por dentro sentía que también parte de mí misma. Ya no era la misma Deuce... y era demasiado pronto para saber si eso era algo bueno. Me sentía un poco más lista, quizá, menos inclinada a creer lo que la gente me contaba.

Tardé un minuto en fijar la vista bajo la luz del sol, y lo que vi me horrorizó. La horda había llegado y había rodeado Salvación como una nube oscura. Los Freaks estaban justo fuera de rango de disparo, como si sopesaran sus opciones. Al final (aunque no eran demasiado rápidos de mente) se les ocurriría que, si cargaban todos a la vez, no tendríamos suficientes fusileros para matarlos a todos. Llegarían a la muralla.

En aquella horrible y burbujeante masa también vi rayos de luz: nuestro fuego robado. Salvación estaba construida con madera. Cerré los ojos, abrumada. No importaba cómo se sentía Fade, o dónde iba a vivir. El pueblo apenas tenía unos días, y no veía señales de una solución inminente, a pesar de las buenas intenciones de Elder Bigwater. Era un hombre con recursos limitados y problemas infinitos.

—Pinta fatal. —El guardia vaciló—. Me temó que no recuerdo tu nombre.

Aquello hizo que me sintiera mejor. No era posible que todo el mundo me odiara, como aquellas mujeres me habían hecho sentir, si alguien con quien había trabajado podía olvidarme tan fácilmente. Aquella sensación de alivio se intensificó cuando recordé que aquel hombre me había salvado la vida y me había abofeteado por portarme como una idiota histérica. Debería haberse acordado de mí. Era consolador que no fuera así.

—Deuce.

—Yo soy Harry Carter.

Recordaba que habían leído aquel nombre el aciago día del sorteo inicial, y me pregunté cómo se sentía al ser uno de los pocos supervivientes de la patrulla de verano, si lo abrumaba como me abrumaba a mí, y si sentía que no lo merecía. Pero era un hombre mayor, casi de la edad de Improbable, y no me habría sentido cómoda preguntándole esas cosas, no sin tener la misma conexión que compartía con el jefe del puesto de vigilancia, como mínimo.

—Gracias por salvarme la vida, Harry Carter —le dije con seriedad.

—Eres de Gotham.

No era una pregunta, aunque seguramente estaría seguida de una, así que, mientras asentía, me preparé para lo inevitable. Nunca me preguntaban nada inteligente. Pero Harry me sorprendió con un pensativo silencio.

—Siento que tu gente se quedara atrás.

Había pasado mucho tiempo desde aquello y me sorprendía que aquel hombre hubiera pensado en ello, pero me pareció amable por su parte.

—Supongo que se llevaron por delante a todos los que pudieron.

—Quizá —murmuró el hombre mientras levantaba su rifle.

Otra oleada de Freaks cargó contra las murallas y los guardias dispararon desesperadamente, abatiéndolos. Los siguió otro grupo más, que corrió esquivando las balas en zigzag. Rocé las dagas que tenía escondidas bajo la falda, pero a aquella distancia no servirían de nada. Un par de rezagados se acercaron lo suficiente como para golpear la madera, pero no llevaban fuego. Lo harían pronto. Pronto se darían cuenta. Harry se inclinó y le acertó a uno en la cabeza con un perfecto tiro vertical. El cerebro salpicó las murallas y olí su muerte, un hedor que estuvo a punto de hacerme vaciar mi estómago.

—Deberías irte —me dijo Harry.

Como no podía soportar estar allí y no luchar, obedecí. Aún tenía el rifle de Miles, pero no quería causar problemas. Sin embargo, bajo aquellas circunstancias,

los guardias aceptarían toda la ayuda que pudieran. Mamá Oaks, seguramente me podría aconsejar. Animada con mi nuevo propósito, corrí hacia la casa. Protegería las murallas y aprovecharía mi entrenamiento de Cazadora. Seguramente mi puntería mejoraría con la práctica, y estar en la muralla me ofrecería interminables objetivos. También apuntaría a los portadores de fuego.

Entré en la casa, con la falda al vuelo, y sorprendí a Mamá Oaks, que dejó caer el vestido al que estaba cosiéndole el dobladillo.

—¿Estás herida?

—No, señora —le dije—. Solo tengo que coger mi rifle.

Me miró tan fijamente como si hubiera anunciado que tenía la intención de aparearme con Edmund.

—¿Para qué?

—Me necesitan en la muralla. ¿Crees que le importará a alguien?

El género me parecía una razón estúpida para negarse, si es que podía disparar... y podía. Pero, por mucho que deseara ayudar, no quería enfurecer a la gente.

Con el ceño fruncido, Mamá Oaks pensó durante un rato en ello y al final negó con la cabeza.

—Si no llamas la atención, no pasará nada.

Bueno, no pretendía atravesar el pueblo gritando, *Miradme, soy una chica y llevo pantalones, mirad como dispare*. Dejando aquella obviedad sin decir, le conteste que tendría cuidado y subí las escaleras corriendo.

Antes de nada, guardé la carpeta de cuero que contenía el legado de Improbable. Después me cambié de ropa y busqué mi rifle. Alguien lo había guardado debajo mi cama, descargado. Encontré las balas en mi tocador y lo cargué. Me sentía algo mejor de lo que me había sentido desde la muerte de Improbable, ya que iba a hacer algo útil. Me puse mi equipo de soldado: sencillos pantalones marrones y mi túnica a juego. Después me calcé mis botas de Edmund recordando lo orgulloso que se había mostrado y lo cuidadosamente que había medido mi pie y las había cosido solo para mí. El cuero estaba desgastado después de todo el verano llevándolas, pero se adaptaban a mis pies perfectamente. Me quité el lazo del pelo y me hice un nudo sencillo.

Aquel día me sentía como una Cazadora.

Mamá Oaks me besó la mejilla antes de salir. Tuve la precaución de evitar la calle principal y rodeé el perímetro. Nadie me miró dos veces. Debían de pensar que era un chico que había sido reclutado joven. Eso encajaba conmigo.

Harry Carter estaba aún de servicio cuando subí, esta vez sin pedir permiso. No me preguntó que pensaba que estaba haciendo; supuse que lo sabía por el rifle que llevaba en la mano. Y parecía muy cansado. No había guardias suficientes para proteger la muralla en todo momento, y los que lo hacían tenían turnos increíblemente largos.

Me habló mientras yo examinaba mi arma.

—Por ahora se han retirado, pero lo intentarán otra vez. Podrás disparar.

Como predijo, no tuvimos que esperar demasiado. Levanté mi rifle y apunté al torso como Improbable me había enseñado. Uno cayó. Mío. Otro muerto. Nadie tocaba ya la campana, porque había demasiados ataques y eso crearía mucho estruendo. Las armas y los Freaks ya eran suficientemente malos. En una rápida sucesión disparé a cinco más, y después tuve que recargar usando munición del cubo de Harry. El rifle de Miles era bastante bueno, tenía un suave cañón negro y una culata de nogal, pero me habría gustado tener el de Improbable... por razones sentimentales.

Llevaba luchando un rato cuando la calamidad nos golpeó. En cuestión de desastres aquel fue uno pequeño, pero los problemas diminutos podían terminar hinchándose, como las garrapatas se hinchan de sangre. Al principio no presté atención a las voces a mi espalda, porque estaba concentrada en evitar que los Freaks completaran su carga. Harry era un compañero silencioso, diestro y tranquilo.

Pero seguían hablando a voces. Disparé a los Freaks hasta que la carga terminó. Había cadáveres por toda la hierba alrededor de las murallas, y el hedor crecía en proporción a cada muerte. A lo lejos los escuché gruñendo y gimiendo, chillando de dolor en su terrible idioma inhumano.

Al final, me giré para decir algo a quien fuera que estuviera gritando en la base de la muralla. Me quedé paralizada. Caroline Bigwater estaba con un grupo de ciudadanos, algunas mujeres y algunos hombres, todos con la misma expresión acusadora. Tenían un libro en las manos cuya antigüedad solo podía comparar con *Muchacho Diurno* y *Chica Nocturna*; parecía igual de viejo.

—Ya veis. —Su voz resonó en una estridente mezcla de miedo, furia y desprecio—. Miradla, vestida como un hombre. Esto es lo que pasa cuando rompemos el pacto con el cielo. Salvación no se había enfrentado a una desgracia así desde las plagas de la soberbia. Hay que hacer algo, o todos pagaremos el precio.

Un asentamiento retumbó entre la multitud. Eché una mirada de soslayo a Harry, preguntándome si estaría de acuerdo con ellos. Me puso una mano amble en el hombro y susurró:

—Quédate aquí. No dejaré que te lleven.

¿Que me lleven? ¿A dónde?

Caroline Bigwater abrió su antiguo libro y leyó.

—«Las mujeres deben engalanarse con ropas modestas, con decoro y sobriedad. Dejad que las mujeres trabajen en silencio y con subordinación. Las mujeres deben ser prudentes en todo momento, limpias de corazón y amables; trabajarán en sus casas, vivirán bajo la autoridad de sus maridos, y de este modo ningún mal caerá sobre nosotros». La mujer miró hacia arriba, sopesando la reacción a sus palabras. Se oyeron más gritos de enfado. Me miró con los ojos brillantes, y reconocí aquella mirada de los túneles: significaba que debía temer el resultado de aquella confrontación. Para mí, podría no terminar bien.

—Caroline tiene razón —gritó una mujer—. ¡Los problemas comenzaron después de que ella llegara!

La señora Bigwater asintió.

—Así es. Y es por esto: «Las mujeres no usarán las armas y armaduras de un guerrero, y un guerrero tampoco debe usar el atuendo de una mujer, porque todo esto son abominaciones para el cielo. La plaga descenderá sobre vuestras casas, mientras esta atrocidad siga viva». Me vieron con mi ropa masculina y un rifle en la mano, y sus rostros se oscurecieron aún más. Comenzaron a sugerir cómo expiar y conseguir que Salvación fuera pura de nuevo. Tenían miedo de moverme; no reconocía a aquella gente. El miedo y la muerte los habían retorcido y roto.

—¿Cómo podemos arreglarlo? —preguntó un hombre. Caroline Bigwater me sonrió, toda piadosa dulzura.

—No quieres que todos nosotros muramos, ¿verdad, querida?
Entonces sabes qué debes hacer.

—¿**Q**ué demonios está pasando aquí? —gritó Elder Bigwater. No siempre empleaba un tono de voz autoritario, pero aquel día lo hizo para bien.

La multitud se quedó sorprendida y la mayoría de los rostros se llenaron de expresiones de culpabilidad, pero no se dispersaron. La mujer miró a su marido, serena gracias al respaldo de sus compañeros creyentes. Necesitaban a alguien a quien culpar; eso lo comprendía, pero no cambiaba lo asustada que estaba.

La señora Bigwater intentó explicárselo, pero el hombre la silenció con una sola frase.

—Tu marido quiere que estés en casa. ¿Estás siendo femenina al desobedecerme?

No estaba de acuerdo con la idea de que las mujeres siguieran las órdenes dadas por los hombres, pero eso dejaba clara la discrepancia entre su ataque hacia mí, y su propio comportamiento. Con un gruñido enfadado, se marchó por el centro de su camarilla. No me engañé pensando que aquello había terminado; solo había pasado el peligro inmediato.

—Ven aquí, Deuce.

El anciano tenía una expresión amable, una que había aprendido que a menudo enmascaraba malas intenciones. Pero no podía quedarme en la muralla para siempre, así que bajé la escala después de despedirme de Harry con un asentamiento.

Bigwater me colocó una mano sobre el hombro y me alejo de allí. No me gustó, pero pensé que pretendía mostrar su apoyo para que los demás se lo pensaran dos veces antes de meterse conmigo. Dejé que se tomara aquella libertad sin darle un codazo en los riñones.

—Creo que puedo resolver este problema de un modo que podría satisfacernos a ambos.

—¿Cómo? —le pregunté con cautela.

Como los guardias, bajo la mortecina luz de la tarde parecía cansado. Su delgado rostro tenía arrugas nuevas, y sus ojos se hundían incluso más profundamente en su cabeza.

—Ya sabes lo mal que están las cosas. No podemos seguir así. Ya me había dejado aquello suficientemente claro antes.

—Soy consciente de ello.

—Necesitamos que alguien vaya a pedir ayuda —dijo Bigwater tranquilamente—. Hay otros asentamientos en la ruta comercial...

—Tengo los mapas de Improbable.

—Bien. Creo que él tenía esta solución en mente cuando te dejó la herencia, Deuce. Ahora que ya no está, tú eres la única que puede completar su misión. Nadie más tiene tanta experiencia como tú en la tierra salvaje.

Repasé la idea en mi mente y vi fantasmagóricos paralelismos entre aquello y la misión suicida que le habían encargado al chico de Nassau. No había ninguna garantía de que mi experiencia me permitiera sobrevivir pero, si me quedaba, moriría seguro. Aquello era un hecho. Alguno de aquellos fanáticos encontraría un modo de sacrificarme, o los Freaks conseguirían entrar. No veía otra salida. Al menos, aceptando aquella misión, elegiría mi muerte, como hizo Improbable. Quizá él no hubiera querido que fuera yo; quizá Elder Bigwater solo decía eso para hacerme aceptar sus planes.

Pero estaba funcionando. Me gustaba la idea de hacer que Improbable se sintiera orgulloso de mí. Me había salvado dos veces, así que era mi turno de hacer algo por él.

—Muy bien —dije lentamente—. Deja que me despida y que se lo explique todo a mis padres de acogida. A Mamá Oaks no le va a gustar.

Una tristeza auténtica rozó sus hundidos ojos.

—Debido a lo que le pasó a Daniel.

—Sí, señor.

—Prepararé provisiones para el viaje. —Hizo una pausa—. Eres una chica valiente y un orgullo para el pueblo, a pesar de lo que diga mi esposa.

—Gracias.

No debería importarme lo que él pensara, pero lo hacía. Su aprobación significaba que no había malgastado mi tiempo allí; había marcado la diferencia. Pero había un problema.

—¿Cómo voy a conseguir salir?

—Pocos saben esto, Deuce, pero, cuando se fundó el pueblo, excavaron una salida de emergencia. Los túneles corren desde el sótano de mi casa hasta el otro lado de la muralla trasera. No tengo ni idea de en qué estado estarán, ya que nadie los ha usado en cincuenta años, así que tendrás que tener cuidado al avanzar.

Le ofrecí una fugaz sonrisa.

—Es mejor que me marche esta noche. La oscuridad hará que sea más fácil evitar a los Freaks.

—Entonces, te veré dentro de poco.

Me presionó el hombro como despedida y fui a casa de Mamá Oaks por lo que podía ser la última vez.

—Me he enterado de la escena que te ha montado esa horrible Caroline Bigwater. Lo siento mucho, niña. No todas las mujeres son así, te lo prometo. —Me miró atentamente, estudiando mi silencio, y su rostro palideció—. ¿Qué pasa?

Con tranquilidad, le conté que me iba a marchar... y por qué. Sabía que quería protestar, *¿Por qué tienes que ser tú?*, y la quise por ello. Mamá Oaks me echaría de menos. Si no volvía, me recordaría. Alejó las lágrimas de sus ojos mientras me presionaba contra su pecho. Me mantuve quieta porque temía su reacción (y lo duro que sería si marcharme) si me derrumbaba.

—Supongo que tienes que reunir tus cosas —me dijo cuando nos apartamos.

—Así es.

Me dirigí a las escaleras.

—Estaba guardando esto como sorpresa, pero ahora lo necesitarás. Mientras estuviste fuera te cosí unos trajes de patrulla nuevos. Te vendrán bien para el viaje.

Aquello fue demasiado. Me lancé hacia ella y la abracé. Lloré un poco contra su hombro. En aquel momento era solo una niña, no una Cazadora, y no quería dejar a mi madre. El acero volvería a mí, no tenía duda, pero todavía no.

Ella no intentó acallarme. Mamá Oaks susurró sinsentidos contra mi cabello y me dijo que todo iría bien. Aquella mentira, aunque ambas conocíamos la verdad, me conmovió, y la quise por ello también. Al final me aparté, me froté los ojos, y subí las escaleras.

No tardé demasiado en reunir mis cosas. Ella me ayudó, doblando mi nueva ropa en pequeños e impecables cuadrados que seguramente estarían arrugados antes de que saliera de la casa, pero ambas sabíamos que la cuestión era hacer algo para no llorar. *Gracias, pensé, por no convertir esto en algo imposible.* Guardé la carpeta de cuero de Improbable entre mis cosas, porque necesitaría los mapas para el viaje.

—Edmund llegará a casa pronto, para la cena. ¿Te quedarás hasta entonces?

—Por supuesto.

Aún no había oscurecido del todo, al fin y al cabo.

Para mi sorpresa, Rex apareció con su esposa, cuyo nombre aún no sabía cuando fui a verlo para reprenderlo. Ruth era una persona amable que se ponía nerviosa cuando estaba cerca de Edmund y Mamá Oaks, aunque yo me alegraba de verla haciendo un esfuerzo. Mis padres de acogida necesitarían a su hijo más que nunca cuando me marchara. Quizá había hecho lo correcto al mediar entre ellos.

La comida fue tranquila, pero Edmund comió con tristeza. Mamá Oaks intentó dar conversación, y Ruth habló más de lo que le correspondía. Rex hacía algún comentario de vez en cuando, pero parecía consciente de que aquella era una ocasión triste, incluso aunque todavía aún no conociera la noticia.

Pero entonces demostró que sí lo sabía.

—Quiero darte las gracias —me dijo en voz baja—. Había olvidado lo que era importante... y me había dejado llevar por el orgullo.

—Fui maleducada —murmuré. Rex se encogió de hombros.

—Me lo merecía.

Me comí el resto de la cena con decidida alegría. Después, mientras lavaba los platos con Ruth, le pregunté:

—¿Qué fue lo que paso?

La mujer miró fijamente el plato que tenía en la mano.

—Una combinación de cosas... Normalmente no te lo contaría, porque eres una extraña, pero también eres parte de la familia.

—Gracias.

Estaba conmovida. Ruth continuó.

—Yo estaba... embarazada cuando Rex se casó conmigo. Su familia pensaba que eso significaba que yo no era una buena chica, y después perdí el bebé. Algunos decían que había sido un castigo del cielo.

Esa gente se merecía una patada en la boca.

—Lo siento.

—Rex discutió con sus padres porque me quería. Se negó a seguir trabajando con su padre, y la cosa empeoró con el tiempo, hasta que dejaron de hablarse por completo.

Hasta que yo llegué y le exigí que hicieran las paces.

Cuando terminamos de limpiar los platos de la cena, Rex y su esposa se despidieron de mí. Era casi el momento de irme, y Mamá Oaks se puso a llorar de nuevo. Justo antes de marcharme, Edmund me dijo que cuidara de mis botas, y después me abrazó incómodamente por los hombros. Sus ojos cansados decían otras cosas, como, *Te echaré de menos*, y *Vuelve pronto*, y *No le rompas el corazón a tu madre*. Durante un glorioso momento, me maravillé ante el hecho de tener una familia.

Y entonces los dejé.

Solo me quedaban tres despedidas. Nadie más me importaba lo suficiente; Elder Bigwater lo anunciaría si así lo decidía.

Fui a ver a Stalker primero porque se había mantenido siempre a mi lado, sin importar cómo, y por eso se merecía escuchar la noticia antes que los demás. A pesar de la hora que era estaba trabajando en la forja, vertiendo metal fundido en los moldes. Aquello se convertiría en munición cuando el proceso terminará. Su rostro brillaba por el sudor, destacando sus cicatrices, pero parecía alegre de verme... hasta que descubrió la bolsa que llevaba al hombro y el rifle en mi mano.

—¿Vas a alguna parte? —me preguntó.

Utilicé pocas palabras para resumir la situación pero lo conseguí, y en sus ojos brilló una fría furia.

—¿Vienes a despedirte de mí?

—Así tiene que ser.

La ira alimentó sus movimientos mientras se quitaba un delantal de cuero.

—No. No. Pídeme que vaya contigo. Lo miré sorprendida.

—¿Estás seguro de que tu pierna está lo suficientemente fuerte?

La última vez que lo vi, usaba un bastón. Ya no lo veía ahora, y además había pasado largas horas en la forja. Sus brazos estaban atestados de músculos, pero eso no tenía nada que ver con el estado de su rodilla.

Aparentemente enfadado por la pregunta, me besó con fuerza antes de que me diera cuenta de que pretendía hacerlo. Sus labios estaban furiosos y hambrientos a la vez.

—Dilo, Deuce.

—Ven conmigo, Stalker.

Entonces sonrió y di un paso hacia él, atraída sin quererlo por su feroz belleza.

—Se lo diré a Smith y cogeré mis cosas.

—Reúnete conmigo en casa de Bigwater cuando puedas.

Me sentí animada mientras me dirigía a casa del doctor Tuttle. Quería un abrazo de Tegan, y sus buenos deseos. Estaba cenando con el doctor y su esposa cuando llegué; se puso en pie y me ofreció un plato que rechacé.

—¿Podemos hablar en privado un momento?

Sus padres excusaron elegantemente la interrupción, e incluso más amablemente ignorando el hecho de que iba vestida para la guerra. Tegan y yo salimos fuera.

—Me marchó —le dije, y después le expliqué las circunstancias.

—Odio a esa Caroline Bigwater —me dijo, con sus pequeños puños apretados—. La odio. ¿Sabes que dijo lo mismo sobre mí por estar ayudando al doctor Tuttle en su consulta?

No me sorprendía.

—Espero que no te dé problemas cuando yo me haya ido. Tegan sonrió.

—No lo hará.

Ladeé la cabeza, perpleja.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque no estaré aquí. Necesitarás a un médico durante el viaje, e incluso el doctor admite que ya soy casi tan buena como él.

No cometí el error de preguntarle por su pierna; ya no cojeaba tanto como antes. Además, si había sido lo bastante fuerte como para soportar el agotador trabajo de la siembra, y después de la cosecha, podría soportar también aquel viaje. Tegan podía ser la más fuerte de todos nosotros.

Corrí de vuelta a casa y habló con los Tuttle.

—Ayúdame a preparar un maletín médico.

—¿Hay alguien enfermo? —le preguntó el doctor.

La dejé dar las explicaciones pertinentes y, después, el médico se levantó de la mesa para dividir su equipo. Le suministró aguja e hilo, vendas, ungüentos, y otros objetos con cuyo uso no estaba familiarizada, aunque era evidente que Tegan sí.

—¿Estás segura de esto? —le pregunté, sin saber si comprendía el peligro al que se exponía.

—Totalmente. Me has salvado la vida más de una vez. Es mi turno de devolverte el favor.

—Pero te encanta estar aquí.

Me sorprendía que Tegan se aventurara conmigo cuando había estado buscando la seguridad desde que yo la conocía.

—Este es mi hogar —dijo sencillamente—. Así que haré todo lo que esté en mi mano para protegerlo. Y te lo debo, así que... —Se encogió de hombros—. Necesito hacer esto.

Conmovido por su lealtad, le dije que se reuniera conmigo en casa de Bigwater tan pronto como estuviera preparada y me marché. Me sentía incluso mejor. Era posible que no fuera una chica normal, o lo que se consideraba normal en Salvación, pero tenía buenos amigos. No había duda. Y debía de haber algo bueno en mí si estaban dispuestos a acompañarme.

Me quedaba solo una despedida más: Fade. Quizá, como estaba sufriendo, no le importaría que me fuera, pero le debía la cortesía de verlo antes de marcharme.

Como esperaba, la casa de Improbable estaba a oscuras. No había velas ni lámparas encendidas, pero Fade debía de estar allí, porque no se quedaba en la tienda después de que Edmund se marchara. Necesité todo mi valor para subir al porche y golpear la puerta con los nudillos.

Esperé durante largos minutos hasta que escuché un susurro de movimiento en el interior. Fade abrió la puerta con el rostro oculto por las sombras.

—¿Has olvidado algo?

—Solo esto.

Cuando besé su mejilla, se apartó instintivamente y me quedé perpleja. Aquello fue como una revelación: mis caricias ya no le proporcionaban placer. Quizá asociaba todo contacto con el dolor físico y la muerte. Pensaba que solo necesitaba algo de tiempo... No me había dado cuenta de que sus heridas fueran tan profundas.

Stalker susurró en mi cabeza. *Él es débil en aspectos en los que tú y yo no lo somos. Al final, vas a destruirlo.*

Quizá, pensé. Pero también puedo salvarlo.

Sin embargo no sería aquel día. Mi chico ya había sufrido suficiente, y no podía pedirle que luchara más por mí. Necesitaba la pequeña paz que Salvación podía proporcionarle en aquellos momentos difíciles.

—Adiós, Fade.

Me faltó corazón para contar la historia de nuevo. Edmund se lo mencionaría, si Fade seguía ayudando en la tienda. Bajé rápidamente los escalones, para alejarme de él y dirigirme a un futuro incierto y peligroso.

—Me lo merezco —dijo en voz baja.

Sus doloridas palabras me detuvieron, pero no me volví.

—¿Qué?

—Que no confíes en mí lo suficiente como para pedirme ayuda. —Las palabras ardieron con cruda angustia, como si, de algún modo, me hubiera decepcionado—. O quizá crees que no soy lo bastante fuerte como para servir de ayuda.

Así que ya lo sabía. No le pregunté cómo se había enterado. Los secretos podían extenderse mediante susurros transportados por el viento.

—Yo no pienso eso —le respondí con seguridad.

Pero tú sí.

—Aún somos compañeros, ¿no?

Su voz portaba una esperanza desesperada.

La pregunta me dolió, el hecho de que necesitara que le respondiera. Aquella era la segunda vez que me rechazaba después de haberle rescatado, como si yo no tuviera nada en mi interior para ofrecerle, ninguna habilidad de consuelo, y eso habría roto mi corazón en un millar de trozos. Pero no era el momento de estar enfadada; no podía concentrarme en cómo me hacía sentir su comportamiento. Sabía que la duda debía de estar atacándolo como un cuchillo escondido. Lo miré con expresión neutra, porque sabía que mostrar lástima lo destruiría.

—Nunca he dejado de serlo —le dije—. No te he pedido ayuda porque estaba intentando hacer lo que era mejor para ti. Evidentemente, tenerte conmigo es siempre lo mejor para mí.

—No quiero quedarme aquí. Ni siquiera quiero estar en mi propia piel. ¿Puedo ir contigo?

El dolor de su pregunta me desarmó.

—Fade, me dijiste que no podías ser lo que yo necesitaba, pero eres lo que quiero. Incluso si te rindes, yo nunca lo haré. Yo lucharé por ti.

—No deberías decir eso —susurró—. No lo merezco.

—Eso no es verdad.

Quería lanzarme a sus brazos, pero recordé que lo había hecho retroceder con un beso. Tenía que tomármelo con calma; ya era suficiente que estuviera hablando conmigo de nuevo. Como Tegan había dicho, yo no podía hacerle ver lo importante y valioso que aún era, a pesar de lo que los Freaks le habían hecho. Tenía que llegar a esa conclusión él mismo, y yo estaría esperándole cuando lo hiciera. Por mucho que tardara.

En un momento de extravagancia, le lancé un beso a Fade, como había visto hacer a otras chicas con sus enamorados, y su mano subió lentamente para atraparlo. La esperanza revoloteó a través de mi cuerpo como un pájaro. Me alejé, sonriendo, con cuidado de evitar a los fanáticos que podrían estar al acecho. Un par de minutos después llegué a casa de Bigwater y encontré a Zach esperándome en el patio delantero. Me condujo a través de la casa, así que supuse que su padre le había pedido al chico que lo hiciera. No hablé hasta que llegamos al sótano, una habitación con el suelo de tierra llena de cesta de verdura.

—Vienen tres amigos de camino —le dije entonces—. ¿Te importaría esperarlos en la puerta?

—Será un placer. —El chico dudó, visiblemente indeciso—. Me gustaría ir contigo. He oído que Tegan es una de tus compañeras... y ella me gusta mucho.

Aplaudí su valor y su deseo de demostrarme que era mi amigo, pero no tenía ni la habilidad ni la experiencia para servirnos de ayuda. Así que lo desanimé educadamente. Se quedó decepcionado, pero la facilidad con la que aceptó mi negativa me dijo incluso más sobre su carácter. No conseguiría sobrevivir a lo que íbamos a hacer, y no necesitaba darle a Caroline otra razón para odiarme. Además, Tegan no lo había mencionado, y podría no alegrarse de que Zach viniera con

nosotros.

Elder Bigwater se reunió pronto conmigo, cargado con las provisiones prometidas.

—He oído que has reunido un equipo para tu misión. Qué emprendedora. He tenido que hacer un segundo viaje al mercado.

Deje que me alabara, aunque no se lo había pedido nunca a nadie, excepto a Stalker, y no lo hubiera hecho si no me hubiera puesto nerviosa con aquel beso. Pero me parecía buena idea dejar que el anciano pensara lo mejor sobre mi habilidad para motivar.

Para mi alivio, no habló. En mi opinión, ya había dicho todo lo que importaba. Iba a hacer lo que me había pedido. ¿Qué más era necesario?

Los demás llegaron pronto: Stalker primero, después Fade, y finalmente Tegan. Era de noche, la hora perfecta para escabullirse sin ser visto. Los Freaks estarían durmiendo, fuera del alcance de nuestros rifles, y, si nos encontrábamos con alguna partida de caza fuera del túnel, podríamos ocuparnos de ella. Por la mañana habríamos puesto distancia suficiente entre ellos y nosotros.

—Os ahorraré las ceremonias —nos dijo Bigwater—, porque ya sabéis que nuestro destino está en vuestras manos. Así que solo lo desearé buen viaje.

—Buena caza —le corregí.

Me miró con perplejidad, pero repitió las palabras.

—Buena caza entonces, para todos vosotros. —El anciano se acercó a una tosca estantería de madera, llena de fruta enlatada—. Ayudadme a mover esto, chicos.

Realizaron la tarea rápidamente y revelaron la entrada de un oscuro túnel. El aire frío agitó el velo de telarañas que se aferraban a la abertura. Olía a tierra y libertad. Era extraño que pensara eso, pero la oscuridad me llamaba, me recordaba mi vida en los túneles. Aquello me facilitó mi entrada.

Bigwater me ofreció una lámpara, pero negué con la cabeza. Podría delatar nuestra presencia cuando saliéramos por el otro lado, así que era mejor que emprendiéramos nuestro camino sin ella. Si lo necesitábamos cuando estuviéramos en el campo, todos sabíamos cómo hacer antorchas. Me puse en cabeza porque, una vez que mis ojos se adaptaran, podría discernir las ásperas paredes de tierra y las ocasionales vigas, ahora medio podridas por la falta de mantenimiento. Era un túnel estrecho, mucho más corto que aquellos en los que había vivido bajo la Superficie, así que me moví a gachas, alerta por si encontrábamos problemas. En un espacio de aquel tamaño, el combate resultaría imposible.

Afortunadamente, no encontré nada más aterrador que ratas y arañas que se escabullían mientras avanzaba.

—Esto es horrible —susurró Tegan—. Podríamos morir aquí abajo. La despreocupada respuesta de Stalker llegó hasta mí.

—Podríamos morir en cualquier parte.

Era cierto. Aquel verano habíamos perdido mucha buena gente, y más morirían si

fracasábamos y no traíamos ayuda. Una profunda empatía por aquel pobre niño ciego de los túneles se asentó en mi estómago; esperaba tener más suerte que él. Fade se mantuvo en silencio, pero me pregunté si compartía mi pensamiento.

Incontables minutos después, una fría brisa llegó hasta nosotros. La tierra le proporcionaba un regusto arenoso. Subí la suave pendiente usando las manos para apoyarme. Más allá, lo desconocido se abría ante nosotros una vez más, con otra misión imposible. Los cuatro salimos de la tierra y dirigimos nuestros pasos hacia el oeste, en busca de la última esperanza para Salvación.



Ann Aguirre es una escritora norteamericana nacida en el Medio Oeste (27-8-1970).

Licenciada en Literatura inglesa por la Universidad de Ball State. Antes de convertirse en escritora a tiempo completo realizó varios trabajos (sin dejar de escribir) para pagar sus gastos, fue payaso, cocinera, obrera, actriz de doblaje y salvadora de gatitos perdidos, no en este orden.

Creció en una casa amarilla frente a un gran maizal, pero ahora vive en México, encantada de la vida con su esposo, hijos y varias mascotas (un gato quejumbroso y dos perros nostálgicos). Le gustan los libros, la música emo y las películas de acción. Su marido, Andrés Aguirre, de pasado mucho más «interesante» que ella, colaboró en sus primeras novelas con la construcción meticulosa de mundos fantásticos mientras ella se centraba en desarrollar personajes convincentes, el equipo de redacción de marido y mujer: A. A. Aguirre.

Escribe ficción para adultos y adolescentes, aunque fantasía urbana, ciencia ficción romántica, *thriller*-romántico paranormal apocalíptico, ficción distópica *post-apocalíptica*... serían algunas de las etiquetas que mejor la definen.